



Carmen Sereno

Maldito  
síndrome de  
Estocolmo

Ganadora  
del  
Premio  
Chic

CHIC



**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

*Dedicatoria*

*Nota*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

*Glosario*

*Agradecimientos*

*Sobre la autora*

# **MALDITO SÍNDROME DE ESTOCOLMO**

**Carmen Sereno**

**Principal Chic**



# MALDITO SÍNDROME DE ESTOCOLMO

V.1: octubre, 2018

© Carmen Sereno, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

[info@principaldeloslibros.com](mailto:info@principaldeloslibros.com)

[www.principaldeloslibros.com](http://www.principaldeloslibros.com)

ISBN: 978-84-17333-32-4

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# MALDITO SÍNDROME DE ESTOCOLMO

**«¿Quién eres realmente, Eric Grau, y qué ocultas bajo esa piel tan fría?»**

Ana empieza a trabajar en Laboratorios Grau, una multinacional farmacéutica. Su jefe, Eric Grau, un hombre alto y atractivo al que todo el mundo llama *Iceman*, tiene fama de ser arrogante y despiadado, además de un auténtico depredador sexual. Al principio, la relación entre ambos es muy tensa, pero, poco a poco, la joven descubrirá que su implacable jefe no es el hombre de hielo que todos creen.

¿Podrá Ana resistirse al síndrome de Estocolmo que Eric despierta en ella?

**Obra ganadora del I Premio Chic de novela romántica**

*A Salva, mi bendito síndrome*

«Desde el principio, casi podría decir que desde el primer momento en que le conocí, sus modales, que me impresionaron de tal manera que me convencieron de su soberbia, de su vanidad, y de su desdén egoísta de los sentimientos de otros, fundamentaron la falta de aprobación que sentía por usted; y los sucesos que han ocurrido posteriormente no han hecho más que confirmar esa aversión hasta hacerla inamovible. Apenas había pasado un mes desde que le conocí, y ya sentía que sería usted el último hombre que podría convencerme para que me casara con él».

*Orgullo y prejuicio, Jane Austen*

## Nota

Al final de este *ebook* hay un [glosario](#) con la traducción de términos en inglés, sueco e italiano empleados en el texto. (*N. de la E.*)

# Capítulo 1

El ascensor me escupe en el vestíbulo de la décima planta y el pulso se me acelera. Confieso que estoy bastante nerviosa, pero es que no todos los días se tiene el privilegio de entrar en un edificio tan imponente como este. Tomo aliento y me ajusto la coleta. «Que empiece el *rock 'n' roll*», me digo en cuanto la robusta puerta metálica de acordeón se cierra a mi espalda.

El espacio es amplio y diáfano, y enseguida sé que trabajar aquí me gustará. La luz natural de la calle entra a raudales a través de las paredes acristaladas y se derrama con calidez por toda la planta. El barullo de teléfonos e impresoras se mezcla de forma desordenada con el runrún de las conversaciones a media voz, lo cual me resulta sorprendentemente agradable. Sobre los escritorios, agrupados en armoniosas islas de cuatro, hay cestas de fruta variada y reluciente, como en un anuncio de la tele, algunas botellas de agua Evian y una increíble colección de ordenadores portátiles MacBook Pro de última generación. «Este sitio es como el paraíso. Qué suerte tengo», pienso. Luego, me doy cuenta de que en esta parte de la planta solo hay chicas y ya no sé qué pensar. Guapísimas, sonrientes, muy jóvenes —diría que ninguna pasa de los veinticinco años— y se parecen mucho entre sí. Todas están cortadas por el mismo patrón: tienen una melena lisa y larga, la falda inversamente proporcional, tacones infinitos, piernas de alambre y llevan brillo de labios rosado. Me pregunto si, en vez de una entrevista de trabajo, habrán tenido que pasar un *casting* para estar aquí.

Me dirijo a una de ellas, la que está sentada en la mesa más cercana. En cuanto se percata de mi presencia, baja la pantalla de su MacBook con suavidad y me dedica una mirada hierática.

—¿Puedo ayudarte?

La verdad, no puedo evitar sentirme en inferioridad de condiciones. Lleva uno de esos bonitos *shorts* de moda, tan minúsculo que parece salida de un desfile de Victoria's Secret. En cambio, yo, con este pantalón pitillo oscuro, mis inseparables zapatillas Converse rojas y una camisa de cuadros del mismo color, tengo más pinta de haberme vestido para darlo todo en el Primavera Sound.

Joder, tendría que haber hecho caso a Dani.

—Estoy buscando a Lidia Fortuny. Hoy es mi primer día y me han dicho que pregunte por ella.

—Su *office* está al final de la planta —dice, y lo pronuncia como si acabara de llegar de un curso intensivo de inglés en la Universidad de Stanford.

—Vale, gracias.

—No hay de qué. Suerte con Lidia. Y bienvenida a Ventas y Finanzas —añade con una resplandeciente sonrisa que me parece de todo menos sincera.

Una placa en la puerta del despacho la identifica como la subdirectora del departamento. Carraspeo para aclararme la garganta y llamo sutilmente con los nudillos. Una voz femenina me invita a pasar.

—Buenos días, soy...

La mujer, que está hablando por teléfono, levanta un dedo para darme a entender que espere hasta que termine su conversación. Rondará los cuarenta y cinco años y, aunque no me parece nada del otro mundo, es elegante y tiene pinta de disponer de una cantidad indecente de dinero en su cuenta bancaria. No hay más que verle el pelo. No me la imagino yendo a hacerse esas estupendas mechas californianas a la peluquería de señoras de barrio en la que trabaja Dani. Seguro que ella va a un *salon de beauté* de la zona alta donde los peluqueros, que a menudo tienen un nombre como René o Remi, se hacen llamar estilistas y los ejemplares manoseados de las revistas del corazón son sustituidos por un vaso de zumo *detox* decorado con unas ramitas de apio. Además, está bastante bronceada para esta época del año.

—Perdona —dice cuando cuelga el teléfono. Su mirada de párpados

pesados resbala sobre mí sin verme—, ¿quién eres?

—Soy Ana Luna. Hoy es mi primer día y me han dicho que viniera a hablar con usted.

Ella chasquea la lengua irritada, se levanta de su silla ergonómica y se coloca frente a mí con los brazos en jarra.

—Primero, no me hables de usted. Creo que llevo bastante bótox en la cara como para permitirme el lujo de disimular mi edad. Y, segundo, si no me dices de qué consultora vienes, yo no puedo adivinarlo.

—Claro, sí. Qué tonta. De IT Professional Solutions.

—Ya veo. Lo que ocurre... ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Ana.

—Ah, sí. Lo que ocurre, Ana, es que esta no es tu planta. Y, francamente, no entiendo para qué te envían a mi despacho, con lo ocupada que estoy. Tienes que ir a la menos uno.

—¿A la menos uno? —repito con las cejas arqueadas.

—Sí, eso he dicho. Ahí es donde está el personal externo. Y, por cierto —añade mientras me da un repaso de arriba abajo con una clara mirada desdeñosa—, en esta empresa tenemos códigos de vestimenta muy estrictos. Procura no venir tan informal mañana.

Definitivamente, tendría que haber hecho caso a Dani.

## Capítulo 2

Si la décima planta me ha parecido el paraíso, este sótano sombrío y húmedo me recuerda más al inframundo. La verdad, cuando Lidia Fortuny me ha dicho que aquí es donde trabajan los externos, no me imaginaba que quisiera decir que aquí es donde se los pone en cuarentena como si fueran portadores de alguna enfermedad altamente contagiosa. Inspecciono el lugar con una desagradable mezcla de decepción y estupor. A través de las puertas de cristal de las docenas de diminutos cubículos que lo conforman, veo personas que parecen cansadas de sobrevivir como pueden de lunes a viernes. No hay ni rastro de los MacBook Pro, ni de la fruta, ni del agua Evian sobre las mesas. Y, por supuesto, las pocas chicas que hay ni sonríen ni parecen modelos de pasarela. Aquí todo es gris: los trajes, las miradas y hasta el aire artificial que sale por los respiraderos. Y ese breve arranque de euforia que he experimentado hace apenas unos minutos desaparece.

Un chico que lleva unas gafas enormes y pasadas de moda sale de uno de los cubículos y se dirige a mí.

—¿Eres la nueva? Yo soy Sergio, ¿cómo te llamas? ¿Quieres un café de la máquina? Al principio es asqueroso, pero ya te acostumbrarás —dice de forma atropellada.

Demasiadas preguntas. Y no soy capaz de quitar la vista de sus ridículas gafas.

—Ana. Encantada —respondo mientras le tiendo la mano y trato de mirar hacia otro lado—. Oye, ¿esto es temporal? Lo digo porque no parece muy buen sitio para trabajar, sin ventilación ni luz natural.

Sergio me dedica una mirada compasiva.

—Pues más vale que te vayas acostumbrando.

—Ya, como con el café.

—Exacto. Ven, te presento a los demás.

El resto de mis nuevos compañeros, un chico y una chica, están sentados en una pequeña mesa cuadrangular sobre la que se amontonan de cualquier manera cientos de papeles y una maraña de cables amenazadora como una bomba de relojería. En el techo, un molesto fluorescente que parpadea sin tregua le otorga al lugar el aspecto tétrico de un taller de costura clandestino y no puedo evitar preguntarme si será cierto que la diferencia de clases dejó de existir después de la Revolución Industrial o es más bien un mito difundido por algún historiador idealista. El chico, que se llama Oliver y desprende un discreto aire rebelde a pesar de la sobriedad de su traje, despega momentáneamente la vista de su viejo portátil y me saluda con un breve movimiento de barbilla. La chica se llama Marga y no parece muy simpática. Tendrá unos treinta años, aunque muy mal llevados. Su rostro es el espejo de un alma frustrada e insatisfecha y, al mirarla, me da por pensar que a partir de esa edad uno tiene la cara que se merece. Es flacucha, pálida y nada agraciada. Y la ropa que lleva, como si fuera una ejecutiva triste que dejó de ascender hace años, es una auténtica fatalidad. Lo que me hace pensar que, tal vez, el estricto código de vestimenta que ha mencionado Lidia Fortuny no es aplicable a esta parte del edificio. Como intuyo que no lo son otras muchas cosas.

—Así que tú eres la que va a trabajar con *Iceman* —dice Marga dedicándome una mirada de pocos amigos.

—¿*Iceman*?

—Se refiere a Eric Grau —me aclara Sergio—. Es el director de Ventas y Finanzas de la empresa y el menor de los tres hijos del presidente.

—¿Y por qué lo llamáis así?

Ella deja ir una risa maliciosa.

—Será mejor que lo averigües por ti misma.

—¿Qué tal si dejáis de abrumar a la chica?

La voz me resulta conocida. Cuando me doy la vuelta, me encuentro frente a frente con Alberto: moreno, cara afable, ojos risueños, unos pocos kilos de más... Él me entrevistó días atrás para el puesto. Lo primero que se

me pasa por la cabeza es reprocharle que, cuando me dijo que tendría la ventaja de trabajar con el cliente, se le olvidó mencionar desde dónde. Pero seamos realistas: si en las entrevistas de trabajo no se pasaran por alto ciertos detalles, el concepto de empleo tal y como lo conocemos habría dejado de existir hace tiempo. Además, me cae bien; creo que es uno de los pocos entrevistadores honrados que he conocido durante mi penosa trayectoria profesional.

—Perdona por haber llegado tan tarde, pero para un día que se me ocurre venir en coche, me ha tocado comerme un atasco de dos pares de narices. ¿Qué te parece si te instalas primero y después salimos a tomar un café? Así te pongo al día —me dice.

## Capítulo 3

Qué poco me gusta el metro en hora punta. Y qué poco me gusta tener que hacer transbordo de la línea amarilla a la roja. El pasillo, que es interminable, está abarrotado de gente sudorosa que lucha contra el caldeado aire subterráneo y se arrastra hasta el vagón más próximo cargada de maletines, mochilas para el gimnasio o bolsas de comida. Y, cuando han conseguido entrar, intentan hacerse con el mejor hueco a base de golpear con sus molestos bultos a todo el que se les ponga por delante. Es como si no hubieran entendido que después de las siete de la tarde la lógica obliga a dejar de competir.

Me pongo los auriculares y la voz añorada de Chris Martin me acaricia los oídos con su *Every Teardrop is a Waterfall*. Trato de ordenar mentalmente todas las cosas que Alberto me ha explicado y me atormentan las dudas: ¿Habré estado a la altura en mi primer día? ¿Seré capaz de enfrentarme al segundo?

—Es normal que ahora mismo estés hecha un lío —me ha dicho para tranquilizarme al término de la conversación—. Es mucha información de golpe y trabajar para una empresa de esta envergadura no es sencillo.

Yo ni siquiera sabía de la existencia de Laboratorios Grau antes de hoy, pero después de mi extensa charla con Alberto, he descubierto que el colosal edificio de fachada oscura acristalada que ocupa casi toda una manzana del Paseo de Gracia pertenece a una de las multinacionales farmacéuticas más importantes del mundo.

—La séptima más importante, según Forbes —ha puntualizado.

Las grandes empresas acostumbran a contratar a consultores externos para tareas muy específicas porque les sale más barato. Y en la jerga de la consultoría, Alberto es lo que se conoce como *project leader*. Él coordina al equipo externo de IT Professional Solutions para el Departamento de Ventas y Finanzas, es decir, a Sergio, Oliver, Marga y ahora también a mí, y le rinde cuentas al cliente, es decir, a Laboratorios Grau, personificado en la figura de Eric Grau. Eric Grau es, además, mi jefe, pero no el de Alberto, quien, a su vez, también es un poco mi jefe, aunque no tan importante como Eric Grau, ¿no? Menudo lío. La cuestión es que, por lo visto, a pesar de llevar solo un par de años como director de Ventas y Finanzas, el tal Eric Grau se ha encargado de dismantelar la anterior estrategia financiera de la empresa —un auténtico desastre, en palabras del propio Alberto— y ha impuesto una nueva táctica basada en el pago de incentivos.

—A ver si lo he entendido bien. Un visitador médico es una especie de representante comercial de la empresa y tiene la función de convencer a los médicos de que receten sus medicamentos y no los de los otros laboratorios, ¿no?

—Más o menos. Y, cuanto más receten los médicos, mayor será el premio que reciban los visitadores. Sueldo y dietas aparte, claro. Eso es lo que llamamos incentivo.

Y ahí es donde entro yo. Mi trabajo consistirá en asegurarme de que cada mes la fuerza de ventas de Laboratorios Grau recibe el incentivo que le corresponde. Pero la cifra final depende de un montón de variables que el propio Eric Grau tendrá que explicarme personalmente.

—¿En serio? Pues sí que es importante el asunto.

—Ya lo creo. Los incentivos son la piedra angular de la nueva estrategia económica de Laboratorios Grau. Además, Eric Grau es un fanático de la metodología, de su propia metodología. Y la verdad es que no sabe delegar.

—¿Por eso lo llamáis *Iceman*?

Alberto me ha dedicado una mirada alarmada.

—No te quiero engañar, Ana. Trabajar con él es un poco complicado. Es un tipo frío, arrogante y nada compasivo. La última persona que ocupó tu puesto duró solo tres semanas. La despidió porque entregó un informe veinticuatro horas después de la fecha límite y si algo detesta Eric Grau es la falta de puntualidad. No te imaginas la bronca que le echó, a la pobre. *Iceman*

tiene un carácter de mierda.

—Y me lo dices ahora.

—La buena noticia es que casi siempre está de viaje, así que no tendrás que tratar mucho con él.

Cuando llego a casa, oigo a Dani canturrear una canción de Fangoria en el cuarto de baño, donde se está acicalando para salir.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta mientras se rocía laca en el tupé.

—La verdad es que es un poco diferente a como me lo esperaba. ¿Es necesario que uses tanta mierda de esa? —le reprendo entre toses—. Joder, que te vas a cargar lo que queda de la capa de ozono tú solito.

—No seas pesada, anda. Y vamos a lo que importa: ¿hay tíos buenos en el curro?

—No sé, ni me he fijado.

Pone los ojos en banco y exhala de indignación.

—A ver, Anita. ¿Cuántas veces tengo que decirte que el radar hay que tenerlo siempre activado? Nunca se sabe dónde puede surgir la oportunidad de comerse un buen pollón.

Me río agradeciendo su frivolidad en un momento tan crítico para mí. Mi compañero de piso y yo no nos parecemos en casi nada. Él lleva una vida de lo más disoluta en la que todo gira en torno al sexo, la fiesta y la moda. Y yo soy una tía más bien introvertida, que le da mil vueltas a todo y que no ha echado un polvo en meses. Seis, para ser exactos. Algo que a Dani le preocupa mucho más que a mí. Pero, a pesar de lo distintos que somos, es lo más parecido que tengo a un hermano y lo adoro. Y creo que, en el fondo, también lo envidio por su estilo de vida despreocupado y diametralmente opuesto al mío. Y es que yo, por desgracia, soy la persona con mayor tendencia a la autoflagelación que he conocido en mis veinticinco años de existencia.

—Hablando de comida, voy a ver qué hay en la nevera, que estoy muerta de hambre. ¿Te preparo algo?

—No. Hoy es lunes, cielo. Hay fiesta *Nasty Mondays* en Apolo y va a estar lleno de heteros con ganas de experimentar. Seguro que habrá algo por ahí que pueda llevarme a la boca. ¿Cómo estoy? —me pregunta cuando termina de abotonarse hasta arriba la camisa negra ajustada.

—Divino, como siempre. Eso me recuerda que mañana tendrás que echarme un cable con la ropa, que hoy me ha caído la bronca. Así que no vengas tarde.

—Te lo dije, pero no me escuchas. Te empeñas en disfrazarte de *hipster* en vez de lucir esas curvas que tienes.

—Ya sabes lo que opino de estas curvas —digo para zanjar la conversación. Luego, le doy un beso de despedida en la frente y, tras desearle que se divierta, me dirijo a la cocina.

Media hora más tarde, estoy sentada en el sofá, con el pantalón desabrochado, las zapatillas tiradas de cualquier manera por el suelo, un sándwich vegetal bien cargado de mayonesa en una mano y el mando de la tele en la otra. Después de haber cambiado unas veinte veces de canal, me quedo en uno de esos de la TDT a los que nunca llego porque están al final de la lista. Están dando un programa que se llama *Bienvenid@ a mi empresa*. Por lo visto, en cada capítulo un equipo de reporteros visita una compañía distinta y muestra sus entrañas. «Bah». Estoy a punto de cambiar otra vez cuando veo algo que me resulta familiar. La cámara barre de arriba abajo la fachada oscura acristalada de un colosal edificio. Lo conozco. Igual que conozco el sobrio vestíbulo que aparece en el siguiente plano y a la recepcionista que sonrío nerviosa como una chiquilla mientras finge que hace su trabajo. Subo el volumen y observo con interés el *tour* visual por las distintas plantas. Lo que viene a continuación me deja con la boca abierta. En la pantalla de la tele aparece un hombre impecablemente trajeado, de unos treinta y cinco años, más o menos, al que le preguntan no sé qué acerca del año fiscal anterior. Creo que responde que hubo beneficios. La verdad es que me he quedado tan pasmada al verlo que no puedo asegurar haber entendido al cien por cien lo que ha dicho. Tiene el pelo rubio nórdico, liso, bien cortado y engominado con precisión hacia un lado. En la frente, se le adivina una vena tensa y furiosa. Las cejas finas, rubias, casi imperceptibles. Bajo los ojos, felinos, de un intenso color aguamarina y de pestañas espesas como las de una diva del cine negro, unos profundos surcos denotan las preocupaciones de un hombre exigente y, tal vez, la resignada costumbre a un sueño de escasa calidad. La nariz bien perfilada y los labios, sin ser muy gruesos, resultan jugosos a la vista. Creo que es porque los frunce todo el tiempo formando un dibujo que me recuerda a una fruta carnosa pidiendo a

gritos ser mordida. Los dientes blancos y rectos, perfectos. Y, en la barbilla, un hoyuelo muy masculino realza la fiereza de sus facciones. Habla a cámara sin apenas parpadear, conquistándola, conquistándome, con una seguridad meridiana, una voz profunda y, por momentos, áspera y la certeza de que el mundo le pertenece escrita en su mirada.

—Madre mía... Es el tío más impresionante que he visto en mi vida — exclamo con la boca llena.

Pero lo que realmente consigue que se me caiga el sándwich de las manos es el rótulo que hay debajo de su hermoso rostro y que dice: «Eric Grau, director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau».

## Capítulo 4

—Deberías estudiarte esta documentación, Ana. ¡Ah! Y esta también — dice Alberto.

La montaña de dossiers apilados en mi lado de la mesa empieza a ser preocupantemente alta. Se me acumula el trabajo. Y eso que lo único que he hecho estas dos semanas ha sido leer y leer. Resoplando, echo un vistazo a los últimos títulos de la colección de grandes obras de la literatura empresarial: *Modelo de incentivos para mejorar la productividad de Laboratorios Grau*, *Business intelligence aplicado a la industria farmacéutica* y *Nuevas metodologías para alcanzar la efectividad de la fuerza de ventas*. Fascinante. Y lo mejor de todo es que entre las tres sumarán, como poco, unas cuatrocientas páginas.

Alberto me ha dejado caer que voy algo retrasada y yo me he tenido que morder la lengua para no decirle que, si no hubiese tenido que perder tanto tiempo con los puñeteros cursos de Seguridad y Protección de Datos, ya me habría leído toda la documentación y estaría preparada para empezar a hacer mi trabajo. Pero es que, de verdad, en esta empresa tienen una obsesión insana con la confidencialidad. Me han hecho firmar una cláusula anexa al contrato según la cual me comprometo a no divulgar ninguna información estrictamente confidencial hasta cinco años después de haber salido de la empresa, so pena de incurrir en un delito contra la Ley de Protección de Datos. ¡Cinco años! ¿Quién sabe dónde estaré yo dentro de cinco años? Además, en ningún apartado del contrato se especifica qué se entiende por estrictamente confidencial. Aunque, a juzgar por las instrucciones que se dan en el curso, del tipo «Nunca te levantes de tu sitio sin dejar el portátil

bloqueado», «Cambia las contraseñas cada semana», «Utiliza siempre la destructora de papel cuando un documento impreso ya no te sirva» o «Encripta los correos electrónicos de alto riesgo», me da que aquí es confidencial hasta la receta de la pizza que sirven en la cantina los viernes a mediodía.

—En este tema no se andan con tonterías —me contó Sergio—. Mira si se lo toman en serio que, si te despiden, un *segurata* te acompaña hasta tu sitio para impedir que robes información. Tampoco te puedes instalar programas como Spotify en el portátil de empresa y la mayoría de las páginas de Internet están capadas por seguridad. Ah, y mucho ojito con poner nada en las redes sociales. A una de Marketing se la cargaron solo porque tuiteó una foto en la que salía cenando con un *product manager* en Le petit Bergerac.

—Joder, pues qué dictadores. Y eso que su lema es «Cuidamos de las personas. Cuidamos de ti».

Los ojos me empiezan a picar cuando llevo un rato concentrada en la retahíla de tecnicismos de la documentación. Decido que ha llegado el momento de hacer una pausa, así que dejo a un lado lo que estoy leyendo y, después de desperezarme como un gato, me dirijo a la máquina de café del vestíbulo de la planta. Introduzco una moneda de cincuenta céntimos en la ranura, escojo uno con leche y pulso dos veces sobre la tecla del azúcar. La máquina empieza a hacer un ruido espantoso y escupe un vasito de plástico.

«Bebida en proceso de erogación».

Mientras espero, me descubro inquieta, preguntándome por qué narices no he conocido todavía a *Iceman*, si tan importante se supone que es la tarea que tengo que desempeñar para él. Y, de repente, no sé ni cómo, me sacude una inmensa ola de deseo de volver a ver a ese ejemplar único de macho alfa y acabo tecleando su nombre en la aplicación de Facebook del móvil.

«Bebida lista para su consumo».

—Yo que tú no lo haría. Ese café está muy malo.

Una voz grave irrumpe de forma repentina a mi espalda y, al darme la vuelta, me encuentro con su imponente figura.

—¡Madre mía, qué alto! —exclamo de forma inconsciente.

¿Casualidad o karma? El caso es que me pongo tan nerviosa que el móvil se me escurre de las manos y va a parar encima de sus elegantes y, sin duda, caros mocasines granates. Me agacho a toda prisa a recogerlo, pero él se me

adelanta.

«Por favor, por favor, por favor, que no mire la pantalla».

—Uno noventa y cuatro, para ser exactos —dice mientras me devuelve el teléfono. Y, al incorporarse, me envuelve una nube de perfume masculino.

Lo contemplo unos segundos desde el suelo, impresionada por su monumental altura y por las formas atléticas que se adivinan bajo su ajustado traje de color grafito. Y, embobada como una mema, me digo a mí misma que en persona es aún más increíble que en la tele. Cuando me doy cuenta de lo ridícula que debo de parecer, mirándolo boquiabierto como una adolescente contempla a su ídolo, me apresuro a recoger del suelo la poca dignidad que me queda y me levanto.

—Soy... Soy... —trato de decir.

Él arquea una ceja con arrogancia.

—Sé quién eres. Lo que no sé es cómo te llamas.

—Ana. Luna. Ana Luna.

—Yo soy Eric Grau —dice, como si fuera una promesa.

Me tiende la mano con firmeza, una mano grande, cálida y suave al tacto. Y me sorprendo preguntándome cuántos gritos de placer habrá arrancado con ella. Trato de estrechársela con distancia, pero él me aprieta con una fuerza tan brutal que, por un momento, tengo miedo de deshacerme entre sus dedos. Es como si hubiera conseguido poseerme entera con ese brevísimo contacto físico. Evito a toda costa su mirada. Mi agitación es demasiado obvia y él, sin embargo, permanece impasible. Seguro que está acostumbrado a poner nerviosas a las mujeres, el muy cabrón.

—Me habría gustado venir antes a conocerte —dice cuando me libera por fin—, pero acabo de volver de un viaje y apenas he tenido tiempo para ponerme al día. Mi *assistant* te enviará una convocatoria para que te reúnas conmigo cuanto antes.

Asiento, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Ah, y una cosa más. No pierdas el tiempo buscándome en Facebook.

Una fortuita ola de bochorno me golpea las mejillas. Mierda. Lo ha visto.

—No quiero distracciones en el trabajo —me advierte lanzándome una mirada de lo más intimidante—. Espero no tener que repetírtelo.

Y, después de su apabullante aviso, desaparece. Yo me quedo inmóvil,

como si un huracán me hubiera pasado por encima, mascando una  
catastrófica sensación de desbarajuste emocional.

Menudo comienzo de mierda.

## Capítulo 5

—Y, ¿qué? ¿Qué te ha parecido? —me pregunta Marga mientras se arregla el flequillo frente al espejo del baño.

—Uf, ese hombre huele a peligro a un kilómetro de distancia.

—No te haces a la idea —dice como si me estuviera perdonando la vida.

Me enjuago las manos y me las seco con una toallita de papel.

—¿Has trabajado con él alguna vez? —inquiero con curiosidad.

—Sí, claro. Tu puesto iba a ser para mí. Pero, al final, pasé.

Frunzo el ceño y la miro con extrañeza. Ella se me acerca, con una llama centelleante en los ojos, como si estuviera en posesión de un secreto de estado, no sin antes deslizar una mirada precavida en dirección a la puerta.

—A ver, entre tú y yo —bisbisea—, tienes que tener mucho cuidado con *Iceman*.

—Sí, creo que me hago una idea de lo autoritario que es.

—No, no me entiendes. No me refiero a eso.

—¿Entonces a qué?

Marga exhala, a punto de perder la paciencia.

—A su reputación, Ana. A eso. Dicen que se ha tirado a casi todas las mujeres de la empresa. Salvo honrosas excepciones, claro —matiza dándose un golpecito teatral en el pecho—. Es un auténtico depredador sexual. Cuando se le mete una presa entre ceja y ceja, no para hasta conseguirla. Y, ya lo has visto, feo precisamente no es.

—Pues no, no lo es.

Y, de repente, no sé por qué, se me forma en los labios un arqueado, así,

como de mala leche, y me obligo a apretarlos muy fuerte para retener en la garganta las ganas de decirle a Marga algo muy desagradable. Matar al mensajero, eso es lo que quiero ahora mismo.

Y no lo entiendo. De verdad que no lo entiendo.

—De todas formas, lo que Eric Grau haga con su vida privada no es asunto mío ni tuyo. Estamos aquí para trabajar —le espeto, tajante.

La expresión de la cara le cambia de inmediato y la observo pasar de la complicidad femenina de mano en el hombro a la indignación más absoluta en cuestión de segundos. Y, entonces, bajo la luz desvaída del baño, me doy cuenta de que esa chica es peligrosa.

—Muy bien. Pero luego no digas que no te he avisado —dice con acritud antes de irse.

## Capítulo 6

Una de las cosas que más me llama la atención de esta empresa es la cantidad de canales de comunicación interna que hay y la frecuencia con la que difunden la información. En el poco tiempo que llevo trabajando aquí, he recibido tres *newsletters*, dos boletines especiales y la versión electrónica de la revista trimestral corporativa *En primera persona*. ¡Por Dios! Todavía no he empezado a trabajar en serio y ya tengo la bandeja de entrada colapsada. Me pregunto si este despliegue tan exhaustivo es realmente necesario, si responde a una voluntad de transparencia total, o, por el contrario, forma parte de alguna estrategia propagandística para infundir entre el personal un sentimiento de pertenencia a la empresa. Aunque no deja de ser curioso que, al mismo tiempo, se dediquen tantos esfuerzos a hacer sentir excluidos a los externos. A propósito de eso, ¿cómo es posible que mi dirección de correo sea `ana.luna-external@laboratoriosgrau.com` y que tenga prohibido el uso de una firma personal en los correos? No tiene sentido.

Hace un par de semanas, cuando empecé a trabajar aquí, tenía la convicción de que detrás de cada acción que lleva a cabo una gran empresa farmacéutica como esta subyace la voluntad de construir un mundo mejor. Curar enfermedades y cuidar de las personas. ¿Qué puede haber más socialmente contributivo que eso? Pero cada vez estoy más convencida de que el verdadero motor de esta industria es el dinero. Y la política. Aquí todo es política. Las negociaciones, los nombramientos de nuevos cargos, las relaciones con la prensa o esa barrera infranqueable entre internos y externos, sin ir más lejos. Cuando vamos a comer a la cantina a mediodía —una de las pocas ocasiones en las que podemos mezclarnos con los internos—, me

dedico a observarlos en silencio y no puedo evitar sentir algo de rabia. Su impostura al hablar, al moverse o al llevarse a la boca ese pedacito de comida siempre orgánica y respetuosa con el medio ambiente no los hace mejores. Ni tampoco sus carísimos MBA o como mierda se llamen. Ni sus relojes de firma suiza. Ni su puta plaza de *parking* garantizada. Porque, en el fondo, detrás de todo ese elitismo tan superficial, lo único que hay es un montón de mediocres a los que curar y cuidar a las personas les importa un huevo. Así que, por mucho que se pasen el día bombardeando con mensajes propagandísticos sobre su maravillosa organización empresarial, mi opinión sobre ellos no va a cambiar. Por eso he decidido crear una carpeta especial en mi gestor de correos a la que irán a parar todos esos mensajes molestos a partir de ahora. Aunque, en vez de «*Internal*», la he llamado «*Infernal Communications*», que es bastante más apropiado.

Tengo que reconocer que hay una cosa que me divierte: LGR TV, el canal interno de televisión de Laboratorios Grau. Menuda cara de idiota se me debió de quedar la primera vez que vi una de las muchas pantallas que tienen repartidas por todo el edificio. «Pero ¿en qué clase de secta me he metido?», me pregunté horrorizada. Ahora ya me he acostumbrado y sí, me divierte. Me divierte ver que se conceden tanta importancia a sí mismos como para tener un canal de televisión propio con el que adoctrinar a los empleados a todas horas con los mismos contenidos inútiles una y otra vez.

—Y pensar que me he pasado cinco años estudiando audiovisuales para acabar editando esta mierda —me confesó en voz baja un externo del Departamento de Comunicación un día que coincidimos en el vestíbulo mientras esperábamos el ascensor.

Pero, si no fuera por ese bendito canal de televisión, nunca me habría enterado de que la empresa organiza un evento mensual llamado *Desayunos con*, en el que un directivo se sienta a tomar café con los empleados y responde a sus preguntas. «Puede estar muy bien», me digo, «es una buena oportunidad para poner en un aprieto al directivo en cuestión». Me imagino a mí misma con una libretilla y unas enormes gafas a lo Clark Kent incomodando al entrevistado con voz inquisidora y sonrío como una mema al pensarlo. «¿Podría usted asegurar que nunca abre Facebook en horas de trabajo?» Y, si no fuera por ese bendito canal de televisión, tampoco me habría enterado de que el desayuno de este mes es casualmente hoy, a las

nueve, ni de que el invitado es casualmente él.

Eric Grau.

Una bombilla se enciende de repente sobre mi cabeza y de forma instintiva miro el reloj. Son las nueve menos cinco, así que todavía tengo algo de margen para decidir qué hacer. Puedo arrastrar el culo hasta el oscuro, húmedo y diminuto cubículo en el que trabajo y olvidarme de que he visto lo que he visto. O puedo subirme al ascensor, pulsar el botón de la séptima planta y ver cómo mi atractivo y autoritario jefe le echa un pulso a la máquina de la verdad. La primera opción es la más inteligente.

Pero la segunda es la más estimulante.

Lo que todo el mundo llama «el *lounge* de la séptima planta» es una sala pensada para que las mentes creativas —y mimadas— de Marketing y Comunicación disfruten de una pequeña pausa en horas de trabajo. Me hace mucha gracia que esté decorada con motivos tan zen como cañas de bambú, piedras y hasta un buda, como si la filosofía budista tuviera algo que ver con la orgía de ostentación de esta empresa, no te jode. Pero la verdad es que todos los elementos de la sala invitan a relajarse: los sonidos de la naturaleza del hilo musical, los colores pastel, la temperatura suave e incluso la calidez de la luz, que no se parece en nada a la del puñetero fluorescente parpadeante que tengo que sufrir a diario. Joder, ¿cuándo lo piensan arreglar? Una cafetera Nespresso de proporciones descomunales junto a una mesa repleta de infusiones de todo tipo, bollos recién hechos y fruta fresca preside la sala. A su lado, hay un sofá que parece muy cómodo y decenas de cojines de estampado étnico en el suelo. Pero lo sorprendente no es que aquí parezca que esté a punto de empezar una clase de kundalini yoga. No, señor. Lo sorprendente es que la sala está llena hasta los topes de mujeres. Solo mujeres. A excepción del pobre externo de Comunicación, que aguanta el tipo estoicamente mientras coloca la cámara en el trípode. Mujeres jóvenes, maduras, altas, bajas, delgadas, menos delgadas, guapas, menos guapas... De todos los estilos y generaciones. Así que no sé si hemos venido a ver al director de Ventas y Finanzas de una farmacéutica o a George Clooney.

Me quedo apoyada en el marco de la puerta, detrás de la multitud de féminas que se congregan, algunas sentadas y otras de pie, alrededor del sofá. Una mujer de unos cincuenta y cinco años presenta el acto. Tiene pinta de acabar de salir de la peluquería por lo compacto de su peinado y el rastro de

laca que va dejando al moverse. Lleva un traje de sastre azul marino y un regio collar de perlas sobre el cuello arrugado.

—Buenos días a todas y muchas gracias por asistir a otro de nuestros fabulosos *Desayunos con*. Como directora de Comunicación y Relaciones Públicas de esta casa, es un lujo para mí contar con el invitado de hoy, que, a pesar de ser un hombre muy ocupado, ha accedido a acompañarnos esta mañana. Un hombre que no necesita presentación, aunque sí me gustaría remarcar que, en el poco tiempo que lleva como director de Ventas y Finanzas, ha conseguido una lista interminable de logros para nuestra empresa. —Hace una pausa para tomar aire y adopta el mismo tono infantil que un presentador de circo a punto de dar paso al número de los payasos—. Y ya, sin más dilación, ¡demos un fuerte aplauso a Eric Grau!

El rugido de los vítores consigue ensordecer el hilo musical. ¡Por Dios, pero si parecen *groupies*! *Iceman* aparece por la puerta sin reparar en mi presencia y camina despacio entre las mujeres, desprendiendo un magnetismo que consigue que todas se le quieran acercar como polillas a la luz. Patético. La directora de Comunicación le espera en el sofá con ojillos expectantes, los brazos abiertos y los labios dispuestos a plantarle un par de besos demasiado efusivos.

—Gracias por invitarme, Elena. Y gracias a todas por venir. Si hubiera sabido que ibais a ser tantas, me habría puesto un traje mejor —dice esbozando una sonrisa seductora.

Se desabotona la americana y se sienta con distinción en el sofá, al lado de Elena. Y, en ese momento, no puedo evitar juzgarlo sin compasión. «Pero qué tío más creído. El hombre más vanidoso sobre la faz de la Tierra, vamos. ¿Qué se habrá pensado el desgastador de espejos este? Seguro que se mete en la cama con el traje puesto, el muy imbécil».

—Me gustaría comenzar recordando que estamos celebrando el mes de la salud cardiovascular en Laboratorios Grau. ¿Qué hace Eric Grau para cuidar su salud cardiovascular? —le pregunta ella, esbozando una sonrisa pícaro y fuera de lugar.

Así que esto son los *Desayunos con*, una especie de programa del corazón refinado. Fantástico.

—Primero, déjame decir que estoy muy satisfecho con los esfuerzos que las áreas de Marketing y Comunicación han dedicado durante las últimas

semanas a la promoción de la salud cardiovascular. —Cruza una pierna—. Como médico, soy muy consciente de la importancia de mantener un corazón sano, así que yo mismo procuro cuidarme todo lo que puedo. No fumo y hago ejercicio a diario.

Un momento. ¿Médico? ¿*Iceman* es médico? No le pega nada.

—¿Qué clase de ejercicio? —pregunta alguien.

—Soy un gran aficionado a los deportes de invierno y al *running*. No hace mucho tuve el inmenso placer de correr mi cuarta maratón en Nueva York.

Se abraza la pierna cruzada entrelazando las manos sobre la rodilla y los músculos de los brazos se le adivinan tensos a través de la chaqueta. Sí, se nota que hace ejercicio. Un oscuro deseo de verlo enfundado en un apretado conjunto de ropa deportiva, con el cuerpo brillante de sudor y el pelo mojado, aflora en mi vientre como un chispazo y, al punto, me siento avergonzada. «Depredador, depredador, depredador», me repito para tranquilizarme.

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —pregunta otra.

Pongo los ojos en blanco y bufo con disimulo.

—¿Tiempo libre? Disculpa, no sé qué es eso.

Todas se ríen como si hubiera contado el chiste del año. Hay que joderse.

—Bueno, pero harás algo para conciliar trabajo y vida personal, ¿no? —insiste la misma.

Eric se pasa la mano por el pelo y un tímido mechón engominado le cae con gracia sobre la frente.

—La verdad es que trabajo tanto que apenas me queda tiempo para mí. Una posición como la mía en una empresa como esta requiere mucha dedicación.

—Entonces, ¿Eric Grau no hace más que salir a correr y trabajar? —inquire alguien con un notable tono de desencanto en la voz.

Pero ¿qué les pasa a estas tías? Tienen a un directivo ante sus narices y no preguntan más que chorradas.

—Lo cierto es que soy un hombre bastante aburrido —alega.

—Oh, no seas bobo —le dice Elena dándole una descarada palmadita en la pierna.

Él sonrío con encanto, seguro de sí mismo y consciente del efecto que

provoca en las mujeres. Le encanta tener el control; es un líder nato. Y está claro que un seductor también.

—¿Tan aburrido como para no tener ni una cita?

Un murmullo general inunda la sala.

—¡Señoritas, por favor! No abrumemos a nuestro invitado con preguntas de índole personal —tercia Elena, tratando de poner orden.

Desde mi escondrijo, estiro el cuello todo lo que puedo para ver quién ha hecho la pregunta. La reconozco enseguida. Es la que me indicó el primer día dónde quedaba el despacho de Lidia Fortuny. La observo detenidamente enrollarse con parsimonia un mechón de la melena larga y sedosa en los dedos, con su boquita de piñón pintada de rojo entreabierta y los ojos embobados, fingiendo una estudiada inocencia, y no puedo evitar sentir unas ganas arrolladoras de abofetearla. Huelo sus pretensiones desde aquí y me parecen el colmo del descaro.

—Ya sabes que para ti siempre tengo tiempo —dice él guiñándole un ojo en plan castigador.

Y a mí me sube a la boca un incomprensible ardor con sabor a rabia.

—De todas formas, estaría bien que alguna de vosotras me preguntara algo relacionado con el trabajo —añade con una sonrisa ensayada que les afloja a todas las bragas.

—¿Cuáles son los principales cambios que has introducido desde que eres director de Ventas y Finanzas para conseguir incrementar el beneficio de la compañía? —pregunta una chica.

—Si hay algo que sé acerca de vender es que la clave del éxito reside en la motivación de los vendedores. Por eso, desde que estoy en el cargo, he revisado y modificado al alza la política de incentivos para mejorar la efectividad de la Fuerza de Ventas. Está demostrado que las empresas farmacéuticas que registran mayores beneficios son aquellas en las que sus representantes comerciales tienen mejor retribución.

No puedo evitar replicar.

—¿Está sugiriendo que es más importante el trabajo de un visitador médico que el de un investigador médico, por ejemplo?

Un silencio glacial se apodera de la sala. Todas las cabezas se giran automáticamente hacia la puerta y me observan con una mezcla de incredulidad y consternación, como si hubiera cometido el peor de los

pecados y no pudieran dar crédito. Odio sentirme observada, pero si hay algo que detesto todavía más es tener que morderme la lengua cuando no me gusta lo que oigo. Por ahí sí que no paso. No puedo, es superior a mis fuerzas.

—¿Quién es esa? —pregunta Elena, estirando el cuello como una jirafa—. ¿Es nueva? No la conozco.

—Es una externa —responde alguien desde algún lado del *lounge*.

—¿Una externa? Pero el evento es solo para gente de la casa.

Él, sorprendido, dirige su mirada hacia mí y nuestros ojos se encuentran.

—No es más importante, pero sí más estratégico —dice con autoridad.

—Muy bien, siguiente pregunta —tercia Elena con una sonrisa nerviosa en los labios arrugados.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo —replico de nuevo—. Al fin y al cabo, sin investigación no habría fármacos que vender.

A él se le endurecen las facciones. Supongo que el implacable *Iceman* no está acostumbrado a que le lleven la contraria.

—Afortunadamente, una estrategia de ventas no se decide en una discusión de cafetería. Detrás hay muchos profesionales que se han pasado horas y horas analizando resultados antes de definirla.

Sé que debería callarme, pero su manera de argumentar me parece tan arrogante que lo único que quiero es seguir incordiándolo como si fuera una incisiva periodista en busca de la verdad. Bueno, y, además, me ha dado mucha rabia que tonteara con la descarada esa.

—Entonces, ¿qué hace usted exactamente, además de correr maratones y dejar que sean otros los que piensen, señor Grau?

El público reacciona con el mismo asombro que si hubiera asistido a una confesión de brujería y él, con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, me escruta como si fuera a desenvainar una catana para rebanarme sin piedad en cualquier momento.

—Tal vez dirigir a las personas, planificar la actividad comercial, garantizar las ventas y llevar un seguimiento exhaustivo de las cifras a ti te parece poco, ¿verdad? Yo he diseñado el nuevo plan de incentivos, ¿lo entiendes? Yo. —Se señala el pecho con el pulgar—. Y te garantizo que es perfecto.

—La perfección no existe.

—¡Se acabó! —me grita, con fuego en las pupilas. Luego mira el reloj que lleva en la muñeca y susurra algo al oído de Elena. Está visiblemente incómodo y deduzco que quiere impedir a toda costa cualquier intento de réplica por mi parte. Ya veo: nadie desafía a Eric Grau, nadie atenta contra su desmesurado ego y, por supuesto, nadie cuestiona su trabajo. Y mucho menos en público.

—Creo que con esto ya podríamos ir finalizando el encuentro. No queremos entretener a nuestro invitado más tiempo, ¿verdad? —dice ella con condescendencia.

Él se incorpora y se apresura a abandonar la sala airado, no sin antes fulminarme con una mirada gélida. Y, de su seductora sonrisa, ni rastro.

Una mano me agarra con brusquedad por el codo y me empuja a salir.

—¿Se puede saber qué puñetas haces?

Es Lidia Fortuny y está hecha un basilisco.

—Tú no deberías estar aquí. Y mucho menos importunar a Eric.

—Solo estaba haciendo preguntas. Pensaba que el evento iba de eso.

—Sí, pero a ti nadie te ha invitado. Y tú no estás aquí para hacer preguntas. Estás aquí para hacer el trabajo que Eric... que el señor Grau —se corrige— te mande. ¿Queda claro?

Sí, me queda claro que el orden establecido no se cuestiona en esta empresa. Y mucho menos si eres una paria subcontratada como yo. Y me queda claro que la he vuelto a cagar con *Iceman* y que, tal vez, pero solo tal vez, debería haber cerrado la puñetera boca.

## Capítulo 7

¡Joder! ¡Son las ocho y diecisiete! No me puedo creer que me haya quedado dormida precisamente el día que tengo la primera reunión con Eric Grau. ¡Malditos cinco minutitos más! Solo me faltaba esto después de que me pillase buscándolo en Facebook como una ciberacosadora y del calamitoso tercer grado al que lo sometí ayer.

Va a matarme por llegar tarde.

Salgo de la cama de un salto, pero lo hago con tan poca destreza que me enredo con la sábana y me caigo al suelo golpeándome la rodilla contra el pico del escritorio. ¡Joder! Corro al cuarto de baño dolorida. Me lavo la cara y los dientes a toda prisa y, como de costumbre, me recojo la media melena en una coleta, hoy bastante más desastrosa de lo habitual porque mis indomables ondas se han empeñado en declararme la guerra. De vuelta a mi habitación, revuelvo con desesperación la ropa de mi armario. ¡Joder! ¿Es que no hay ni una puta prenda limpia en esta casa? Encuentro una camisa blanca demasiado ajustada, demasiado escotada y demasiado transparente — no sé en qué estaría yo pensando para dejarme convencer por Dani de que tenía que comprarme algo así— y una falda oscura de ejecutiva agresiva. No es que sea de mi estilo, pero es lo único medio presentable que tengo para ir a trabajar, así que me visto con torpe rapidez.

—Vaya tetas, nena —dice Dani asomando la cabeza por la puerta—. Tu jefe se va a empalmar en cuanto te vea.

Pongo los ojos en blanco y finjo no haberlo escuchado.

Miro el reloj. Las ocho y treinta y nueve. ¡Joder! Cojo el bolso y salgo

escopeteada. Detesto las prisas en general, pero por la mañana es cuando más me fastidian. Como no estoy muy acostumbrada a llevar tacones, tropiezo al bajar las escaleras del metro y me caigo de culo. ¡Joder! ¡Joder! A las nueve menos diez minutos el metro aún no ha llegado. *Iceman* me va a aplastar como a una cucaracha. No, peor aún, me va a arrancar la piel y se va a hacer un abrigo con ella. Por megafonía avisan de que una incidencia indeterminada en la línea está causando una demora. ¿Se puede tener peor suerte? Oh, sí. Ya lo creo que se puede. Para hacer tiempo, pido un café con leche para llevar en el quiosco del andén, pero cuando me dispongo a pagar, oigo el metro llegando a la estación. ¡Joder! Rebusco en el bolso como una loca, pero no encuentro el monedero. O me lo he dejado en casa o se me ha caído cuando he tropezado por las escaleras. ¡Esto no me puede estar pasando a mí! El metro está parado y los pitidos que anuncian su inminente partida resuenan amenazantes. Arranco a correr y le grito al tendero, que se ha quedado con cara de pasmo, que esta tarde se lo pago. Consigo colarme en el vagón por los pelos, pero choco con un imbécil rezagado que se baja en el preciso instante en el que yo me subo. ¡Joooooder! Y, claro, el café se vierte a causa del impacto y se desparrama sin piedad sobre mi camisa blanca, que ahora, además de ser demasiado ajustada, demasiado escotada y demasiado transparente, está hecha un asco. Así que, sí, es oficial. El karma, la ley de Murphy y todas las puñeteras fuerzas del universo juntas están conspirando hoy contra mí.

Esto solo puede ser el augurio de una pésima jornada.

Son las nueve y cuarenta y uno cuando llego al despacho de Eric Grau con el inequívoco presentimiento de que se va a mostrar inclemente conmigo. La puerta está abierta y él está hablando por teléfono, con la vista fija en el gran ventanal que hay detrás de su escritorio, así que no se percata de mi presencia.

Suena cabreado.

Pero tiene un culo magnífico.

Carraspeo casi de forma involuntaria y se da la vuelta. Y, como no podía ser de otra manera, sus ojos se posan de inmediato sobre mi camisa manchada. Tal vez son imaginaciones mías, pero creo observar cierta torpeza en su forma de mirarme. Luego traga saliva y desliza la mano sobre su bonita corbata color burdeos sin apartar su mirada evaluativa de mí. Se despide a

toda prisa de su interlocutor y deja el móvil sobre el escritorio.

—Llegas tarde, Luna —dice con severidad.

Me llama por mi apellido. Supongo que es su forma de marcar distancia.

—Es que el metro...

—No tolero la falta de puntualidad —me interrumpe de forma abrupta.

—Ya. Por lo visto, hay muchas cosas que usted no tolera.

—¿No crees que deberías mostrar un poco más de respeto? Te recuerdo que soy tu jefe.

Me muerdo el interior de los carrillos avergonzada.

—Es verdad. Le pido disculpas. Y también por lo de ayer. Tal vez se me fue un poco de las manos.

Eric deja ir un resuello de desconcierto.

—¿Que tal vez se te fue un poco de las manos? A mí me pareció que intentabas dejarme en evidencia. Y, por favor, tutéame. Solo tengo treinta y tres años.

Me abstengo de decirle que aparenta algunos más. No sé cómo se lo tomaría y no me apetece lo más mínimo saberlo.

—¿Cuántos tienes tú?

—Veinticinco.

—Pues la próxima vez que vayas a opinar sobre cosas de mayores, asegúrate de que te encuentras en el foro adecuado. ¿Entendido?

Asiento y agacho la cabeza con sumisión. Si ahora mismo tuviera que evaluar mi fortaleza en una escala del uno al diez, suspendería estrepitosamente. Es evidente que *Iceman* siempre, siempre, siempre tiene la última palabra.

Me insta a sentarme en uno de los dos sofás negros de piel que hay junto a la mesa. Él se sienta en el otro, frente a mí, y me pide que le explique de forma breve y concisa todo lo que he hecho hasta ahora.

—Perdona, pero yo así no puedo —me interrumpe al poco de haber empezado. Me desliza una mirada que no sé cómo interpretar—. A ver, dime. ¿Qué talla de camisa usas?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Me temo que no voy a poder concentrarme con lo que tienes ahí.

Sus ojos se posan sobre mi escote con discreción y yo, que no estoy

segura de si por «ahí» se refiere al enorme manchurrón de café o, más bien, al volumen de mis pechos, me cubro con una gruesa capa de indignación.

—Ya, pues no mires.

—Eso es muy improbable —dice.

Se humedece los labios, no sé si de forma inconsciente o premeditada, y al instante noto cómo se me erizan los pezones, lo que me obliga a cruzar los brazos púdicamente sobre el pecho y desviar la mirada hacia otro lado. Me siento acosada. Y lo peor es que me gusta.

—Le pediré a mi *assistant* que te consiga una camisa nueva cuanto antes. Y después nos pondremos a trabajar.

## Capítulo 8

Estoy cansada. Tengo los músculos agarrotados por la tensión que he acumulado tras más de dos horas encerrada en su despacho, con los cinco sentidos puestos en interiorizar los complejos procedimientos que configuran el pago de incentivos y haciendo un esfuerzo titánico por no perder el hilo de sus explicaciones. Pero ya no puedo más, solo tengo ganas de estirarme descaradamente como un gato. He llegado a ese punto de no retorno en el que ya no soy capaz de absorber ni una gota más de información.

Por fortuna, Eric parece leerme el pensamiento y decide concederme una pequeña tregua.

—Deberíamos hacer una pausa. Voy a buscar un café, ¿quieres uno? — me pregunta poniéndose en pie.

—Sí, gracias. Con leche y dos de azúcar, por favor.

Asiente y sale por la puerta.

Reconozco que me fascina su despacho. No es solo por las vistas privilegiadas que tiene del Paseo de Gracia o por la cantidad de luz natural que entra a través del inmenso ventanal. Es, sobre todo, porque tengo la sensación de que este lugar dice mucho sobre su personalidad enigmática. Para empezar, que es un adicto al trabajo. Se nota por el despliegue de material que hay sobre su mesa: papeles, dossiers, carpetas, más papeles, más dossiers y su MacBook Pro. Todo está dispuesto siguiendo un orden de precisión milimétrica, lo que me hace llegar a la conclusión de que es un hombre metódico al que le gusta tenerlo todo bajo control. Aunque eso ya me lo imaginaba. Pasa muchas horas aquí dentro y, como consecuencia, su

silueta se ha acabado moldeando en el respaldo de su silla. Supongo que suele estar acompañado, pero el ejemplar gastado de *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton, camuflado entre su extensa colección de revistas médicas me hace pensar que, en realidad, se encuentra más a gusto estando solo.

No obstante, lo que más me llama la atención es una gran fotografía en blanco y negro colgada en la pared junto a sus diplomas y algunas pinturas expresionistas. En la imagen, que parece haber sido tomada en una especie de campamento médico, un Eric con bata blanca y algo más joven juega en cuclillas a piedra, papel o tijera con un niño negro que se ríe de forma despreocupada, haciendo habitable lo que para otros es inhóspito en algún lugar lejano. En ese instante suspendido en el tiempo, no hay espacio para la degradación que existe fuera del campo de la lente fotográfica. Lo único que de verdad importa es que el papel le gana la partida a la piedra y todo queda corregido. Eric no parece el mismo, hay algo diferente en él. Tal vez la presencia fulgurante de la felicidad en sus ojos. No hay ni rastro del muro de hielo que parece rodearlo ahora. No hay tensiones, ni ojeras, ni mandíbulas apretadas. Eric es tan solo un hombre. Un hombre cualquiera, común y anónimo. Un ser humano, sin que el adjetivo sea gratuito. Y es tanta la verdad contenida en esa imagen que consigue conmoverme y hace que me sienta cómplice, como si él mismo me hubiera revelado el mayor de sus secretos.

«¿Quién eres realmente, Eric Grau, y qué ocultas bajo esa piel tan fría?».

—Aquí tienes —dice cuando vuelve al despacho. Me tiende un humeante vaso de cartón ondulado y se sienta frente a mí—. Pero, esta vez, procura no echártelo por encima.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Dónde es? —digo señalando la foto.

—En Kenia, en el campamento de refugiados de Dadaab. Fui médico voluntario durante un tiempo. Ese crío se llamaba Abasi, era encantador. Su madre estaba muy enferma; probablemente haya muerto ya —me explica, y sé que está controlándose para que no le traicione la emoción—. No te imaginas lo duro que fue estar allí. Pero volvería. Volvería sin pensármelo.

Y, al mirarlo a los ojos, tengo la sensación de que se ha evadido de este

despacho, de este momento y de este lugar y se ha sumergido en el pasado. No habla conmigo, sino consigo mismo.

—Debes de echar mucho de menos la medicina.

—Todos los días de mi vida —me confiesa con una sonrisa triste desgarradora.

Pero, al punto, todas las facciones del rostro se le contraen en un gesto severo, salvaje y temible, sellando al vacío esa pequeña fisura de fragilidad. Y, después de soltarme como un reproche su maldita frase de marras, «Vamos a terminar de una vez con esto, que soy un hombre muy ocupado y no puedo dedicarte todo el día», asumo que se ha vuelto a poner la máscara de hielo y piedra.

## Capítulo 9

En Laboratorios Grau hay siete unidades de negocio y cada una corresponde a un área terapéutica diferente: Sistema Cardiovascular, Sistema Respiratorio, Oncología, Neuropsiquiatría, Enfermedades Infecciosas, Dermatología y Salud Reproductiva. Para cada unidad hay un número variable de visitantes médicos distribuidos según las distintas zonas geográficas del país y que dependen, en última instancia, de un gerente que, a su vez, depende de Eric Grau. Así que hay siete en total. Siete gerentes cuyas cuentas engrosan proporcionalmente a las ventas del área que lideran. Un sistema piramidal la mar de conveniente, sin duda.

Hoy es la primera vez que me reúno con ellos y, para qué negarlo, estoy acojonada. Como soy más bien de pasar inadvertida, no puedo evitar sentirme acorralada por los siete tíos que comparten conmigo la sala de juntas de la décima planta en este momento y que me escrutan como si dudaran de mis capacidades. Como si, por el hecho de ser mujer, joven y encima externa, no tuviera que estar aquí. Por suerte para mí, al ser la primera reunión, Alberto me acompaña y apenas tendré que abrir la boca. Pero hay algo con lo que no contaba y que me pone aún más tensa: Lidia Fortuny, la subdirectora de Ventas y Finanzas y el segundo peor depredador de esta casa, está aquí. ¡Menuda carnicería!

—Pensaba que *Iceman* estaría al mando —le comento a Alberto en voz baja, sin poder disimular una mueca de disgusto.

Lidia se sienta frente a mí, presidiendo la mesa desde el extremo contrario. Ese es el sitio que simboliza el poder, el liderazgo y la autoridad. Y, además, le viene de perlas para poder intimidarme con esa cara de

serpiente a punto de engullir a un pajarillo. Me la tiene jurada desde el día de los *Desayunos con*, lo sé. Por eso no tardó ni dos segundos en quejarse a Alberto, para ver si así conseguía que me echaran, la muy cerda. Menos mal que él, que se toma las cosas con filosofía, no le hizo ni caso y se limitó a reprenderme con un burlesco «Se ve que a ti nunca te han dicho que no hay que morder la mano que te da de comer».

—Eric tiene una llamada importante y me ha pedido que empecemos sin él, así que despachemos esto de una vez, que todos tenemos mucho trabajo — empieza Lidia.

—Antes de nada, quisiera presentaros a la nueva incorporación de IT Professional Solutions al departamento —dice Alberto.

—¿Una externa? No te molestes en decirnos cómo se llama. Lo más probable es que en cinco minutos se nos haya olvidado —replica uno de los gerentes para hacerse el gracioso.

Muy bonito, sí señor. Empieza a cabrearme que los de aquí se empeñen en tratarnos como si no valiéramos nada. Y, cuanto más arriba en la jerarquía está el cargo que ocupan, más obsceno me parece ese clasismo del que hacen gala sin tapujos.

«Claro, hombre. ¿Cómo van a acordarse de mi nombre si yo ni siquiera existo para ellos? Hay que joderse».

Lidia ataja con cierta brusquedad y comienza a exponer a toda prisa las cuestiones que hay que tener en cuenta de cara al próximo ciclo de pago de incentivos.

—¿Y cómo van a impactar todos esos cambios en la configuración del sistema de cálculos? —pregunta uno con dramatismo.

—Es muy probable que necesitemos un nuevo desarrollo técnico — expone Alberto.

Y entonces empiezan las quejas. Que si no hay tiempo, que si esto se tendría que haber previsto antes, que si ya veremos si hay presupuesto, que si así no se puede trabajar. Que si esto, que si lo otro y, al final, la sala acaba convertida en un gallinero en el que —oh, sorpresa— se descubre que las gallinas no han hecho bien los deberes. Francamente, me siento decepcionada. Yo creía que un gerente sería alguien competente y serio. Alguien atractivo. La clase de persona que va siempre envuelta en un halo de exceso de trabajo que la obliga a estar todo el tiempo conectada a un

*smartphone* del que casi depende su vida. Alguien que está siempre de acá para allá, arrastrando un *trolley* de viaje para un día, dos a lo sumo. Una persona acostumbrada a los aeropuertos, a las bandejas de comida precocinada de los aviones, a ignorar las instrucciones de seguridad y a las azafatas con demasiado maquillaje y una pésima pronunciación del inglés. Un idioma que el gerente o, mejor dicho, el *business manager*, por supuesto domina, porque forma parte no solo de su trabajo, sino de su manera de entenderlo, y por eso peca de una verborrea plagada de neologismos anglosajones que fascinan a unos e irritan a otros. Y, así, el beneficio mutuo se convierte en *win-win*, la facturación en *billing*, los informes en *reports*, las reuniones en *meetings* y la metodología en *know-how*. Lo que seguro que no hace es improvisar ni hacer pucheros cuando algo no le gusta. ¿Y estos son los profesionales de los que hablaba Eric Grau? Venga, no me jodas. A mí me parecen más bien un puñado de *amateurs* jugando a hacerse los importantes. Y, desde luego, de atractivos no tienen nada.

—Yo propongo que aplacemos esta reunión —dice alguien.

—¡Ni hablar! —exclama Lidia, histérica—. De aquí no nos movemos hasta que hayamos evaluado el impacto real de las modificaciones. ¡A ver, tú! —dice, apuntándome de forma amenazante con el dedo índice—. Refréscame la memoria. ¿Qué productos de la familia de Pulmitine se incentivaban el mes pasado?

—Pero, Lidia —protesta Alberto—, Ana no lleva tanto tiempo aquí como para saber eso.

—Lleva el suficiente. Y más vale que se espabile o tendremos que reemplazarla pronto.

Su chulería me revuelve el estómago. Y que se refiera a mí en tercera persona como si no estuviera presente me da ganas de vomitar.

La puerta se abre de golpe.

—Eso lo decido yo.

Tengo que mirarlo, aunque me desintegre; es inevitable. Eric camina despacio como un felino insoportablemente bello y se planta con los brazos cruzados delante de Lidia, que no tiene más remedio que echarse a un lado. Los bíceps se le marcan con descaro a través de la camisa, y me parece estar viendo en ellos un hermoso reflejo del poder con el que acaba de desautorizarla delante de todos.

Dios, eso es lo que yo llamo justicia poética.

—Tu pregunta es improcedente —le espeta con una frialdad cortante—. Coincido con Alberto en que la chica no está preparada todavía para responder a eso. Y no porque no tenga aptitudes suficientes, que las tiene, sino porque yo no he podido dedicarme a formarla todo lo que quisiera.

Lo miro con los ojos muy abiertos, sorprendida por su reacción y agradecida por que haya aparecido. Y creo que ya va siendo hora de que le devuelva el favor.

—Pero sí que puedo, Eric. Puedo contestar a la pregunta.

Él levanta las cejas con aire de asombro y me devuelve una mirada expectante con la que parece estar suplicándome que no le haga quedar mal. Y, entonces, ante la estupefacción de todos, me crezco y empiezo a soltar una retahíla de nombres de fármacos, cifras y porcentajes. Todos los datos son correctos. No podía ser de otra forma, porque me he pasado las últimas semanas con los ojos pegados a un montón de documentación sobre el puñetero sistema de pago de incentivos de esta empresa. Y tendré muchos defectos, pero la mala memoria no es uno de ellos. Eric relaja la expresión de su rostro y me sonrío. Desde que lo conozco, es la primera vez que lo hace. Y su sonrisa es limpia y sincera como la de un niño.

Un soplo de aire fresco.

—Sabía que tenías potencial —me dice.

Y yo siento que me derrito.

## Capítulo 10

—Y ella, ni corta ni perezosa, le dice que sí, que sí puede contestar a la pregunta y se pone a recitar la lista de productos como si llevara toda la vida dedicándose a esto. ¿No es la hostia? —dice Alberto emocionado antes de dar un trago de su pinta de Guinness.

Mis compañeros vienen cada jueves a tomarse unas cervezas al The George Payne al salir del trabajo. Por lo visto, es una costumbre que ni siquiera una apocalíptica tormenta de granizo como la que está cayendo ahora mismo puede alterar. Es un ritual del que hoy, por primera vez, yo también formo parte. No es que me muriera de ganas de venir, la verdad. Para empezar, los *pubs* irlandeses no son lo mío. No me gustan la cerveza negra ni la música celta. Además, soportar a un puñado de pelirrojos borrachos gritando como energúmenos mientras ven un partido de fútbol no es precisamente mi pasatiempo favorito. Tampoco es que me entusiasmara salir con mis compañeros. Sé cómo funcionan estas cosas; al final, solo se habla de trabajo. Trabajo y más trabajo. Como si no hubiera tenido ya suficiente.

—Es que no tengo paraguas —le he dicho a Alberto a modo de excusa.

Pero él ha insistido tanto en que, después del día de hoy, me merecía al menos una cerveza que, al final, he acabado aceptando.

Y ya voy por la segunda.

—Tendríaís que haberle visto la cara a *Iceman*. Decir que lo has dejado impresionado es quedarse corto. ¡Un brindis por ti, Ana!

Alberto alza su jarra y la choca con estruendo contra las nuestras. Y todos reímos y nos sumamos al barullo del pub dejando ir carcajadas y gritos de

alegría como consecuencia de los tragos que ya hemos tomado. Todos excepto Marga, que, además de no beber, mantiene los ojos clavados en mí como si fuera una hiena hambrienta.

Es culpa de algo que ha sucedido hace apenas un rato, cuando al salir de la oficina me he cruzado con Eric en el vestíbulo. Llevaba el nudo de la corbata flojo y unas profundas ojeras le otorgaban un aspecto más cansado de lo habitual.

—Luna.

Yo he tartamudeado como una idiota al decir su nombre y él me ha dedicado una bonita sonrisa burlesca.

—Ten cuidado no vayas a mojarte —me ha dicho apuntando con un fugaz movimiento de la barbilla hacia la gran puerta acristalada de la calle. Después, se ha metido en el ascensor y ha desaparecido. Y yo me he quedado allí, anclada, con las mejillas encendidas y el pulso acelerado, como si tras esas palabras se escondiera la más erótica de las promesas. Qué vergüenza. Menos mal que mis compañeros, que para entonces ya habían abandonado el edificio y echado a correr bajo la lluvia en dirección al metro, no se han dado cuenta de nada. Excepto Marga, claro. Y, desde entonces, no ha dejado de mirarme como si le debiera algún favor.

—Tampoco es para tanto —replica ella con expresión ofendida—. Ya sabemos lo volátil que puede llegar a ser *Iceman*. Un día te adora y al siguiente te pone de patitas en la calle.

Su comentario me irrita tanto que no puedo evitar lanzarle una mirada de asco absoluto. Suspiro contrariada y me levanto de la mesa.

—Voy a la barra.

Alberto no tarda en seguirme. Se sienta en un taburete a mi lado y me pone la mano en el hombro con delicadeza.

—No le hagas ni puto caso.

—Es que no entiendo por qué me tiene tanta manía.

—Porque está celosa.

—¿De quién? ¿De mí?

—Pues claro, mujer. ¿No ves que tú tienes el puesto que ella quería?

Enseguida recuerdo aquella tarde aciaga en la que coincidí con ella en el baño. Al pensar en las cosas que me contó entonces, los ojos se me abren

como si hubiera visto un fantasma.

—Si me dijo que lo había rechazado.

Alberto deja ir una risa sarcástica.

—Hay que tener cara —dice sin poder ocultar el dejo de indignación de su voz—. Para que hubiera podido rechazarlo, primero se lo tendrían que haber ofrecido. Y eso, créeme, ni ha pasado ni va a pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque *Iceman* no la traga. Tú, en cambio...

—¿Yo qué?

—Que le gustas.

—Ah.

Y la inoportuna pincelada de rubor vuelve a calentarme las mejillas y me traiciona otra vez. Alberto enarca las cejas con suspicacia ante mi reacción y dice:

—Y, por lo que veo, él a ti también.

Suena tan rotundo, tan convencido de sí mismo, que no puedo evitar sentirme acorralada. Y, al instante, empiezo a notar cómo me hierve la sangre por dentro con una rabia más intensa que de costumbre.

—¿Quién? ¿El tirano ese? —Chasqueo la lengua y agito la mano con un gesto desmayado—. Ni en un millón de años.

## Capítulo 11

—¿Qué es todo el jaleo que hay montado en la entrada? —pregunto nada más llegar al cubículo por la mañana.

—Los activistas de Red Action. Vienen a manifestarse a la puerta del edificio una vez al mes —dice Sergio—. ¿Quieres un café? Tienes pinta de necesitar una buena dosis de cafeína.

La verdad es que anoche me costó mucho conciliar el sueño. Estaba molesta por lo que me había dicho Alberto. Que hubiera insinuado que me sentía atraída hacia Eric Grau me parecía tan ridículo como peligroso. Y, sin embargo, lo que más me cabreaba era que le hubiera resultado tan fácil llegar a esa conclusión.

Asiento y nos dirigimos hacia la máquina del vestíbulo.

—¿Y por qué se manifiestan?

—Por lo visto, Laboratorios Grau tiene un asunto con la patente de Pulmitine en Sudáfrica —responde Sergio con una sonrisa indulgente.

Oliver, que acaba de introducir una moneda en la ranura de la máquina, se da la vuelta y lo mira con cara de pocos amigos.

—Hay cientos de personas muriéndose de cáncer allí porque a esta empresa no le sale de los huevos soltar la patente del único medicamento que podría salvarlas. Si eso te parece un «asuntillo»...

Sergio suspira como si estuviera aburrido.

—La gente se muere de cáncer en todo el mundo, Oli.

—Pues igual es porque a las farmacéuticas les interesa —le espeta Oliver. Luego recoge su café y se marcha airado hacia el cubículo.

—De verdad —protesta Sergio—, qué manía tiene este chico de llevarlo todo al terreno personal.

Unos minutos después y algo más despejada por la cafeína, me siento en mi sitio y enciendo el portátil. Una alerta en el lado inferior derecho de la pantalla me indica que acaba de llegar un correo categorizado como de alta prioridad y me apresuro a abrirlo. Se trata de un comunicado extraordinario firmado por la directora de Comunicación y Relaciones Públicas que dice:

*Apreciado colaborador:*

*La sede de Laboratorios Grau está sufriendo múltiples ataques por parte de algunas asociaciones no gubernamentales desde hace un tiempo. A pesar de que su poder de convocatoria para con los medios es limitado, en aras de evitar que el conflicto que estas entidades quieren crear vulnere nuestra imagen corporativa, el Departamento Legal nos insta a hacerte llegar las siguientes recomendaciones:*

*No te dirijas a los manifestantes ni intercambies palabras con ellos al entrar o abandonar el edificio.*

*- No tomes fotografías ni vídeos de los manifestantes.*

*- Cúbrete el rostro si intuyes que alguno de ellos puede tomar imágenes tuyas.*

*- Llama a un agente de seguridad si alguno de los manifestantes se muestra agresivo, pero no te encares con ellos, son extremadamente peligrosos.*

*Asimismo, te recordamos que está terminantemente prohibido visitar ninguna de sus páginas web, blogs o perfiles en redes sociales.*

*El Departamento Legal de Laboratorios Grau está recopilando evidencias de todas las infamias que estas entidades vierten en la red contra nuestra empresa. Por favor, si alguna información llega a tu poder, no dudes en reportarla de inmediato.*

Caray con la Gestapo; ni que estuviéramos en un estado de excepción.

Un nuevo mensaje me llega a la bandeja de entrada.

DE: Oliver León  
PARA: Ana Luna  
(Sin asunto)

Si te interesa saber de qué va el tema, te recomiendo que entres aquí:  
[www.laverdadincomoda.es/pulmitine](http://www.laverdadincomoda.es/pulmitine)

Miro la pantalla con perplejidad preguntándome qué contendrá el enlace y, sobre todo, si debería arriesgarme a abrirlo aquí. Las instrucciones de la empresa al respecto son muy claras, así que supongo que lo más sensato sería olvidarme de las teorías *conspiranoicas* de Oliver, borrar su mensaje de inmediato y ponerme a trabajar.

Eso sería lo más sensato.

Pero nadie ha dicho que yo lo sea.

El enlace lleva a un blog. Reduzco la ventana del navegador y la arrastro con disimulo hasta la esquina inferior izquierda de la pantalla. En la cabecera, hay una ilustración de una probeta y una calavera sobre un texto que reza:

«Si quieres dejar de ser cómplice de la verdad incómoda, empieza por conocerla».

Un alarmante titular aparece ante mis ojos:

«El veneno de la serpiente: la vida de miles de sudafricanos enfermos de cáncer, en manos de Laboratorios Grau».

Miro hacia los lados para asegurarme otra vez de que nadie puede verme y, con la alarmante sensación de que, tarde o temprano, esto acabará pasándome factura, me zambullo en la lectura del artículo.

*A pesar de ser uno de los países del continente africano que más crece económicamente, la situación en Sudáfrica es de verdadera urgencia humanitaria. A la pobreza y la desigualdad que castigan el país hay que añadir la imparable multiplicación de casos de cáncer de pulmón. Una enfermedad sin apenas incidencia en el país africano hasta la fecha, pero que se ha expandido mortalmente en los últimos años como consecuencia de*

*las toneladas de basura tecnológica que Occidente vierte allí.*

*La última esperanza para los sudafricanos son los medicamentos genéricos, cuya asequibilidad garantizaría un tratamiento seguro. Y es que, en este país, donde el gasto medio por persona es de 1,25 dólares al día, la sanidad es tan cara que más de la mitad de la población no podría costearse ni un simple analgésico. Pero la industria farmacéutica no parece estar dispuesta a consentir que disminuyan sus beneficios. En una demostración soberbia de hasta dónde puede llegar el poder del primer mundo sobre el tercero, las principales compañías han empezado a poner trabas a la distribución y el suministro de medicamentos genéricos en la mayoría de los países africanos. Es el caso flagrante de Laboratorios Grau, productor de uno de los medicamentos contra el cáncer de pulmón que más dinero ha movido en los últimos tiempos. Hace poco más de dos años, cuando la patente de Pulmitine estaba a punto de expirar en Sudáfrica, el laboratorio de Barcelona puso en el mercado una variación de la misma molécula con retoques mínimos en su farmacocinética bloqueando de esta manera la aparición de medicamentos genéricos. Red Action y varias organizaciones no gubernamentales han denunciado que la nueva molécula tiene un perfil de seguridad y eficacia incluso inferior al medicamento reemplazado. No obstante, su precio es más elevado y el resultado es un perjuicio infinito para los pacientes y para el ya debilitado sistema nacional de salud sudafricano.*

*«No es más que una deleznable treta de Laboratorios Grau para aprovecharse de un país enfermo, pero cuyo crecimiento económico se prevé de un 16 por ciento en los próximos años», afirmó recientemente un miembro de Red Action que ha preferido permanecer en el anonimato por miedo a las represalias por parte de la empresa.*

*Así, mientras Laboratorios Grau se frota las manos y continúa haciendo caja, la entrada en vigor del genérico se retrasará otros veinte años y miles de sudafricanos enfermos de cáncer de pulmón se quedarán sin esperanza.*

«Esto es moralmente despreciable», me digo, «pero demasiado mezquino para ser verdad». Y, para tratar de convencerme a mí misma de que tanta crueldad no es posible, decido buscar algún tipo de prueba que me saque de dudas. Así que tecleo en Google «prácticas abusivas de Laboratorios Grau» y, entre los 25 300 resultados obtenidos, aparece ante mis ojos una retahíla de

palabras como soborno, ocultación de efectos secundarios, alteración de resultados clínicos y estafa millonaria.

Unas palabras que desearía no haber tenido que ver nunca.

Suspiro y me sujeto la cabeza con las manos tratando de apaciguar la horrible sensación de mareo que me zarandea. Y, bajando la pantalla de un golpe seco, me pregunto de qué lado estoy yo.

## Capítulo 12

En esta empresa padecen un grave trastorno llamado «reunionitis aguda». Necesitan reunirse para todo, incluso para decidir cuándo se reúnen. La mayoría de las veces es puro postureo. Alguien, normalmente una becaria, reserva una sala para un día y una hora concretos e invita a quince personas, de las cuales solo siete confirman la asistencia, aunque acaban presentándose cinco, tres que llegan tarde y dos que se tienen que ir antes. Con lo cual, y en vista de que la reunión en cuestión ha sido un fracaso, se convoca una nueva, que también acaba posponiéndose, porque cuadrar las agendas de todo el mundo es más complicado que hacer un ejercicio de contorsionismo. Y vuelta a empezar. Es el pez que se muerde la cola.

Después de que la secretaria de Eric haya aplazado la reunión con el Comité de Ventas hasta cinco veces esta semana, una alerta en la agenda de mi correo electrónico me avisa de que la definitiva es hoy. Ahora. Dentro de cinco minutos, para ser exactos. Otra de las enfermedades de esta empresa: las puñeteras urgencias. Resoplo y subo a la sala de juntas de la décima planta, donde ya deberían estar todos. Deberían, pero aquí no hay nadie. ¿Tanta prisa para esto? Contrariada, miro el moderno reloj de diseño colgado en la pared. Solo pasan tres minutos de la hora prevista, suficiente para que don No Tolero La Impuntualidad haya puesto el grito en el cielo. «Qué extraño», me digo. «¿Habrán vuelto a posponerla? No, no creo. De ser así, me habría llegado un aviso al móvil». Después de meditar al menos un minuto más, decido que quedarme sola esperando a que alguien se digne a aparecer es ridículo, así que me acerco al despacho de Eric. No he vuelto a verlo desde el día en que me crucé con él en el vestíbulo y tengo los nervios a

flor de piel, pero es la mejor manera que se me ocurre de averiguar por qué no ha comenzado todavía la puñetera reunión.

La puerta está entreabierta. Llamo con los nudillos, pero nadie responde. Aunque lo correcto sería que me diese la vuelta y volviera por donde he venido, no sé cómo, acabo empujándola y colándome como una ladrona. Siento que se me acelera el corazón y me sudan las manos. Sé que esto no está bien, pero en el ambiente hay una especie de fuerza silenciosa que me empuja a ello y no puedo hacer nada para evitarlo.

Me dirijo a la biblioteca que hay a un lado y repaso las estanterías hasta que mis ojos se posan sobre el lomo del ejemplar gastado de *Anatomía de la melancolía*, de Robert Burton. Lo saco con mucho cuidado, como si fuera un tesoro, y lo hojeo despacio, procurándome una ligera brisa al pasar las páginas. En una de ellas, alguien ha subrayado a lápiz la siguiente frase:

«Si es que hay un infierno en la tierra, debe estar en el corazón del hombre melancólico».

De forma casi inconsciente, llevo la mirada hacia la hermosa fotografía de Eric y Abasi, el niño keniano. Y, calibrando la intensa carga emocional de las palabras que acabo de leer, termino preguntándome si él se verá a sí mismo reflejado en ellas. Si, en realidad, su corazón no será más que un infierno lleno de melancolía.

Coloco el libro en su sitio y rodeo el escritorio. Deslizo los dedos con suavidad sobre sus papeles, hasta que llego a una taza de café, todavía caliente, y acaricio el contorno como si estuviera haciendo lo mismo con sus labios. Su boca ha estado ahí y me estremezco solo de pensarlo. Enseguida reparo en su elegante americana colgada en el respaldo de la silla. La cojo por la solapa y se me dispara el pulso. Hundo la cara en ella. Aspiro su perfume y cierro los ojos.

—Qué bien hueles —susurro ahogando la voz contra la tela.

Y, entonces, la fatalidad me pilla *in fraganti*.

—¿Qué coño haces? —exclama desde la puerta.

La americana se me escurre de los dedos y cae al suelo. Y, mientras advierto con preocupación cómo la expresión de la cara le pasa del asombro a la cólera en una milésima de segundo, barajo las posibilidades que tengo de inventarme alguna excusa medio creíble.

Son exactamente cero.

—Te he hecho una pregunta —insiste acercándose a mí con aire desafiante.

No me atrevo a articular palabra. Enmudecida, desvío la vista hacia mis pies, que han empezado a moverse por los nervios.

—¿Voy a tener que obligarte a que me lo digas?

Cuando el olor a café de su aliento me acaricia la nariz, retrocedo de forma instintiva.

—Nada... Yo... No estaba haciendo nada...—titubeo.

Mi espalda choca con el cristal de la ventana y me doy cuenta de que no tengo escapatoria. Lo miro conteniendo la respiración. Tiene la vena de la frente hinchada, la mandíbula tensa y su mirada, ensombrecida a causa de las profundas ojeras que la acompañan siempre, resulta aún más amenazadora. Debería tener miedo, pero en sus ojos hay un brillo de animal depredador que me enciende por dentro.

—¿Entonces qué cojones buscas en mi despacho? —me grita hecho una furia.

—¡Nada! ¡Ya te lo he dicho! Solo... Solo estaba mirando, te lo juro.

Me flaquean las piernas y me falta el aire. Quiero que se aparte y, al mismo tiempo, que se quede justo donde está y siga castigándome con esos ojos entrecerrados, con esa mirada dura, de bestia felina. Entonces, se inclina sobre mí, me coge la barbilla y ejerce sobre ella una leve presión que me obliga a mirarlo a los ojos.

—Entiendo que sientas curiosidad, pero nunca, escúchame bien, nunca más vuelvas a entrar aquí si yo no estoy. No soporto que nadie viole mi intimidad. ¿Está claro? —sentencia con su autoritarismo habitual.

—Sí, señor —contesto tras aclararme la garganta.

—Muy bien, pues vámonos. No quiero que lleguemos tarde a la reunión —dice soltándome por fin.

Y solo entonces, cuando su magnética presencia se aleja de mi cuerpo convulso, consigo liberar la presión de los pulmones y respirar con normalidad.

## Capítulo 13

Si algo me ha quedado claro después de la reunión de esta mañana, es que en esta empresa el pago de incentivos es como un dogma de fe que nunca se cuestiona. Y, por la actitud de sumisión que mantienen los gerentes hacia Eric Grau, diría que él es el líder espiritual en esa especie de secta monoteísta llamada Departamento de Ventas y Finanzas. Pero, si la fe que dicen profesar fuera sincera, por lo menos mostrarían un poco de respeto hacia su libro sagrado.

O sea, el *Plan de incentivos*.

Cuando se han referido a él como si fuera la piedra angular de su doctrina, me he imaginado que sería un documento único, estrictamente confidencial y cuidado al milímetro. Al fin y al cabo, el *Plan de incentivos* contiene todo lo que se necesita para obtener las cifras correspondientes al dinero que hay que abonar a la Fuerza de Ventas. En otras palabras, todo lo que yo necesito para hacer mi trabajo. Se suponía que los gerentes debían hacerme llegar una copia del documento con los datos de cada una de sus unidades de negocio para que yo pudiera introducirlos en la aplicación de cálculo de incentivos e iniciar así el proceso. Al menos, eso es lo que se ha dicho en la reunión. Sin embargo, lo que he recibido esta tarde es una auténtica chapuza: seis complejos archivos Excel llenos de fórmulas y cifras ininteligibles y un Word. No entiendo cómo alguien tan meticuloso como *Iceman* consiente esta forma de trabajar tan anárquica. ¿Y este es el sistema de incentivos tan supuestamente perfecto que él mismo había diseñado? Venga, no fastidies, si hasta un niño de primaria lo haría mejor. Con lo práctico que sería crear una plantilla única para que cada gerente rellenara los

datos de su unidad de negocio. En fin, supongo que tendré que aplicar mi propia metodología si quiero que esto funcione.

«Fallo en la configuración de ponderación de productos».

Suponía que la primera vez que me enfrentara al proceso no sería fácil, pero no me imaginaba que fuera a aparecer un aviso de error tan catastrofista en medio de la pantalla de mi ordenador. Pero bueno, ¿y esto? Vuelvo a revisar las indicaciones del plan punto por punto. A continuación, introduzco de nuevo los parámetros de cálculo en la aplicación, cruzo los dedos y... nada. Otra vez el maldito error. Y ahí sigue después de haber repetido el trabajo hasta tres veces más. Se supone que debo informar a Eric de cualquier anomalía. Lo que pasa es que no estoy muy segura de no haber sido yo la que la ha cagado de forma estrepitosa a la hora de interpretar el plan. Y no tengo agallas para decirle que no soy capaz de encontrar el origen del error. A saber cómo reacciona, con lo cabreado que está conmigo después de mi pequeña incursión en su despacho. Tanto que no me ha dirigido la palabra ni una sola vez en la reunión de esta mañana. Me ha ignorado por completo, como si no existiera. Y, claro, la zorra peliteñida de Lidia Fortuny pasándoselo en grande mientras *Iceman* me hacía el vacío.

Tras darle unas cuantas vueltas al asunto, decido que lo mejor será pedir ayuda a Alberto.

—Se ha ido —responde Sergio cuando pregunto por él.

—¿Y no ha dicho si va a volver?

—Ni idea. Aunque, con la hora que es ya, lo dudo mucho.

Agobiada, miro el reloj. Mierda, son casi las cinco. No puedo esperar a mañana. Eric ha sido claro y meridiano: los datos tienen que estar introducidos en la aplicación de cálculo antes de las doce de la noche. Muy claro y meridiano. Así que, si no espabilo, el tirano de mi jefe me va a despedir sin piedad por no cumplir con el *timing*. Exactamente igual que a mi antecesora.

Vale. Seamos realistas. Necesito su ayuda.

Inspiro profundamente y me armo de valor para redactar un correo electrónico.

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

Asunto: Problema inesperado

Eric:

Siento molestarte, pero me ha surgido un problema inesperado cuando llevaba a cabo el proceso y no sé cómo solucionarlo. ¿Podrías ayudarme para que pueda continuar con la carga de datos?

Gracias de antemano.

Saludos,

Ana Luna

Su respuesta llega enseguida a mi bandeja de entrada.

DE: Eric Grau

PARA: Ana Luna

Asunto: RE: Problema inesperado

Ok. Te llamaré asap.

Eric Grau

Enviado desde mi iPhone

Vaya, qué escueto. Aunque, francamente, prefiero esto a algo como «No aguanto los problemas inesperados. ¿Estás preparada para morir?».

Los minutos corren sin piedad en el austero reloj de pared que no puedo dejar de mirar. Son las seis y once. Ha pasado más de una hora desde que he recibido su mensaje y todavía no me ha llamado. Pero ¿qué narices estará haciendo? ¿Se habrá olvidado? ¿O es que se está vengando de mí por haber violado su intimidad? Me muerdo las uñas compulsivamente y observo con disgusto cómo mis compañeros, que ya han apagado sus portátiles y recogido sus cosas, van saliendo por la puerta.

—¿Te quedas? —me pregunta Oliver mientras se pone la chaqueta.

Dibujo una mueca de fastidio.

—Qué remedio. Me ha surgido un marrón de última hora y tengo que esperar a que *Iceman* me llame para darme instrucciones.

—Uf, pues que te sea leve —dice regalándome una mirada solidaria.

Luego desaparece y me quedo sola en el cubículo.

A los pocos minutos por fin suena el teléfono. Doy un bote en la silla y me lanzo a responder, no sin antes respirar hondo y aclararme la garganta.

—Tenía una videoconferencia que se ha alargado más de la cuenta. Tú dirás.

—Me sabe muy mal tener que molestarte con esto. Sé que estás muy ocupado y...

—Al grano, Luna —me corta.

Le explico el problema de forma sucinta y lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Vale, sube a mi despacho.

—¿Ahora?

—Sí, Luna. Ahora.

—Pero se supone que mi jornada termina a las seis.

—Tu jornada termina cuando yo digo que termine, así que no discutas y sube inmediatamente. Y tráete el portátil —me ordena antes de colgar de forma abrupta.

## Capítulo 14

Me arrastro hasta el ascensor sintiéndome una auténtica desgraciada y le envío a Dani un WhatsApp imaginario de despedida en el que le cuento que, en unos minutos, voy a ser brutalmente asesinada a manos de mi jefe. Cuando llego a la décima planta, tengo las manos tan sudadas que decido tomarme un momento para pasar por el baño a lavármelas.

A pesar de que la puerta de su despacho está abierta, llamo y espero a que me invite a entrar.

—Pasa —me ordena—. ¿Dónde estabas? Hace diez minutos que te he llamado.

Parece nervioso. Camina de un lado a otro del despacho con los brazos separados del cuerpo y las manos apretadas en puños.

—Lo siento, es que me he entretenido un poco.

—Ya, pues que no vuelva a pasar. No tengo todo el tiempo del mundo para ti, ¿queda claro?

—Clarísimo —musito.

Eric retira las cosas que hay sobre su escritorio hacia un lado y, con un gesto, me indica que me siente.

—Nunca me había sentado en la silla del jefe —confieso con una sonrisa ingenua, mientras dejo el portátil sobre la mesa.

—Pero bien que te has colado en su despacho —replica sarcástico desde el otro lado del escritorio.

*Touchée.*

Consciente de que su áspera observación me ha debido de sacar los

colores, hago un esfuerzo y le digo:

—Es verdad que te debo una disculpa por lo que he hecho esta mañana, pero tú también me la debes a mí —añado con un hilo de voz.

Unas líneas de incredulidad se le dibujan en la frente.

—¿Cómo dices?

—Bueno... —titubeo—. Sé que ha estado mal que entrara aquí sin tu permiso, pero tampoco creo que mereciese que me gritaras de esa forma ni que me agarraras de la barbilla.

Me mira de arriba abajo con perplejidad, como si se preguntara de dónde ha salido ese ser que se atreve a cuestionárselo todo y, torciendo los labios en una sonrisa simulada, dice:

—Eres la primera mujer que se queja de que la toque.

«Imbécil».

Cómo me gustaría mandarlo a la mierda y dejarle bien claro que sus jueguitos de depredador sexual no funcionan conmigo. El problema es que, ahora mismo, no soy capaz de pronunciar una sola palabra. Cuando se pone así, en plan seductor, se me llena el pecho de inquietud y se me acaban paralizando todos los músculos del cuerpo. Él permanece impassible, en frente de mí, con los brazos estirados y los puños apoyados sobre el escritorio, y me mira de esa forma que tanto me agita porque no sé cómo interpretar. No sé si esas pupilas centelleantes encierran rabia, deseo o una mezcla de los dos. Y es tan atractivo, tan insoportablemente atractivo, que me intimida y consigue que me sienta minúscula e insignificante.

—Venga, enséñame el error —dice por fin, aflojándose el nudo de la corbata. Después se remanga la camisa hasta los codos, con la misma dolorosa parsimonia con la que me imagino que se desnuda para una mujer, y no puedo evitar mordirme los labios cuando me fijo en la fina capa de vello rubio que le cubre los antebrazos.

«Basta, Ana. Céntrate».

—Aquí está. —Giro el portátil para mostrárselo—. Por cierto, ¿quién narices ha diseñado este *software*?

Eric se inclina sobre la mesa y concentra toda su atención en la pantalla.

—El departamento de IT. ¿Por qué?

—Porque parece más una alerta por fusión del núcleo que el aviso de un

fallo informático.

Suelta una carcajada. Y yo me sorprendo grabando este momento a fuego en mi memoria porque probablemente no volveré a ver algo así en mucho tiempo. Vaya, así que *Iceman* también es capaz de reírse. Menuda sorpresa.

—Estoy abierto a escuchar tus sugerencias de mejora —dice con ironía—. Dios, no sé cómo puedes trabajar con este ordenador tan pequeño —protesta. Y, luego, baja la pantalla con brusquedad y dice—: Hablaré con Recursos Humanos para que te faciliten un portátil en condiciones. ¿Tienes el Plan de incentivos a mano?

Asiento, lo saco de mi portafolios de plástico transparente y se lo paso. Él frunce el ceño y lo mira extrañado.

—Lo he unificado en un solo documento para trabajar de forma más ágil —me justifico tratando de sonar convincente antes de que ponga el grito en el cielo.

Eric levanta la cabeza de golpe, alarmado.

—Bueno, es que los gerentes me lo han enviado en varios archivos. Siete en total. Y todos con formatos diferentes. Creía que estabas al corriente.

La vena de la frente se le hincha y eso solo puede significar una cosa: el fuego está a punto de derretir el hielo.

—¡Esto no cumple con los requerimientos originales! —chilla lanzándome con violencia el documento—. ¡Sabéis de sobra que tienen que usar la plantilla que yo diseñé! ¡Estoy harto de tener que supervisarlos todo! ¿Me oyes? ¡Harto! —añade mientras se pasea nervioso de un lado a otro.

—Vale, pero, por favor, cálmate. No me gusta cuando te pones así.

Mis palabras lo obligan a tranquilizarse. Se acerca a mí y se pone en cuclillas. Se pasa las manos con detenimiento sobre el pelo y me mira compungido. Entonces me doy cuenta de lo agotado que parece y me compadezco de él. En la cara lleva escrito un inconmensurable deseo de dejarse caer. Pero no puede, no le está permitido, así que tiene que levantarse una y otra vez. Dios, qué difícil debe de ser estar en su piel. No me extraña que tenga esas terribles ojeras que le hacen aparentar más edad.

—Lo siento, no he debido ponerme tan agresivo contigo. No es culpa tuya —dice con una dulzura repentina y conmovedora—. Averigüemos dónde está el maldito error y vayámonos a casa, ¿vale?

Me acerca a él tirando de la silla hasta que no queda espacio entre los dos.

Su olor me llena las fosas nasales y tengo la sensación de que la atmósfera se vuelve electrizante de repente. Lo miro de reojo. Está concentrado en el documento con la cabeza apoyada en el dorso de una mano. Con la otra, se rasca el cuello con aire pensativo. Lleva en la muñeca izquierda un distinguido reloj metálico marca Philippe Patek, uno de esos que solo un hombre como él puede permitirse. Las formas torneadas de sus músculos se adivinan a través de los pliegues de la camisa y en la tensión de sus piernas flexionadas.

Y lo único en lo que soy capaz de pensar ahora mismo es en sexo.

Sexo duro y salvaje sobre este escritorio.

—¡Aquí! —exclama de repente devolviéndome a la realidad—. Ya lo tengo. Mira, fíjate en esto —dice y hace una marca sobre el papel con un subrayador amarillo.

Escucho con atención su explicación y respiro tranquila en cuanto descubro que el fallo no es cosa mía, sino de cierto gerente despistado que se ha olvidado de incluir algunas especificaciones relativas a su área terapéutica en el documento.

—Mañana hablaré con él —dice Eric. Se mira el reloj y se incorpora—, pero ahora vámonos. Ya es muy tarde.

Son más de las ocho y la décima planta está desierta. El único sonido que se oye es el del carrito de la limpieza que alguien de mantenimiento empuja por el pasillo. En la pantalla del vestíbulo de la planta aparecen imágenes sin volumen de los manifestantes de Red Action a la entrada del edificio. Eric las observa en silencio. Exhala y se masajea la sien.

Las puertas del ascensor se abren invitándonos a entrar.

—¿Dónde vives? —dice de repente. Pulsa el botón de la planta menos dos, la del *parking*, y un escalofrío me recorre la columna de arriba abajo.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Para llevarte a casa.

—No hace falta, puedo coger el metro.

Levanto la mano decidida a pulsar el botón de la planta baja, pero él, con unos espectaculares reflejos, alarga el brazo y me coge de la muñeca para impedirlo.

—No, te llevo yo.

La intensidad de sus ojos es punzante.

—Por favor, no me mires así —musito con timidez.

—Así, ¿cómo?

—Así.

Un leve amago de sonrisa se dibuja en sus labios. Me libera la muñeca y, al hacerlo, me roza la mano con una sutileza que entraña una fuerte carga erótica. El ritmo cardíaco se me acelera. Me va a explotar el corazón ahora mismo. Por suerte, el ascensor se detiene enseguida y mi tormentosa agonía se acaba.

—Primero paso por mi cubículo para recoger mi bolso.

En el *parking* solo quedan un par de coches y está bien claro cuál es el suyo. Eric se saca un mando minúsculo del bolsillo del pantalón y pulsa un botón. Se escucha un pitido. A continuación, las puertas del impresionante Audi R8 gris metalizado se desbloquean y los faros delanteros parpadean.

—Caray —musito.

Eric me abre la puerta del copiloto.

—Me alegro de que te guste —dice con orgullo.

El interior huele a un fresco ambientador con aroma a cítricos. Me siento con cuidado sobre el elegante asiento de piel, dejo el bolso a los pies y entrelazo las manos sobre las piernas. Cuando entra, me dedica una fugaz mirada y se inclina sobre mí hasta que está tan cerca que un mechón de mi pelo se mueve con su respiración. Yo me revuelvo nerviosa e intento recular en cuanto me doy cuenta de que su mano se acerca peligrosamente a mi hombro.

—El cinturón —dice entonces. Tira de él y me lo abrocha. Y yo siento una extraña mezcla de decepción y alivio.

Teclea mi dirección en el GPS y escucho el chasquido de sus huesos al apretarse los nudillos. Luego pone el coche en marcha y sube la rampa del *parking*. El sonido bronco del motor me altera y me revuelvo tensa en el asiento. Al llegar arriba, saluda con la mano al vigilante de seguridad de la garita, que le devuelve el gesto con una mirada de extrañeza dirigida a mí. Después, sale a toda pastilla, casi quemando rueda, y yo, que siento un vertiginoso revoloteo en el estómago, me encojo y agarro con fuerza el cinturón de seguridad.

—¿No te gusta la velocidad?

—No mucho.

En cuanto noto que aminora la marcha, consigo relajarme un poco y estirar las piernas. Conduce en silencio, sin despegar la vista de la carretera, sujetando el volante con esas manos que parecen haber sido diseñadas para acariciar el cuerpo de una mujer. Me encantan. Creo que podría pasarme horas enteras mirándolas y no me cansaría.

—¿Tienes algo de música?

—Sí, claro. ¿Qué quieres que ponga?

—Lo que a ti te guste, lo último que estuvieras escuchando.

Selecciona una opción del menú táctil de la pantalla del navegador y una canción suave y muy envolvente empieza a sonar. *Cold Little Heart*, de Michael Kiwanuka. «Un título muy apropiado», me digo. Sube el volumen y vuelve a concentrarse en la conducción. Y yo me entrego en secreto al placer de haber descubierto algo más de él.

Después, un atasco kilométrico en Diagonal con Muntaner nos obliga a permanecer parados. Eric suspira, como si previera una larga espera al volante.

—¿Qué habrá pasado? —pregunto.

—Un accidente, según Google Maps —dice tras comprobarlo en el navegador—. Espero que no tengas mucha prisa, porque tiene pinta de ir para largo.

—Ah, no te preocupes. Dani ya sabe que hoy llego tarde a casa —digo como si nada.

Me mira con un brillo especulativo en los ojos y me pregunta:

—¿Dani es tu novio?

—Mi compañero de piso. Es gay —añado inmediatamente, aunque no tengo ni idea de por qué lo he hecho. No creo que su orientación sexual sea un dato relevante para esta conversación, al fin y al cabo.

Avergonzada, giro la cabeza hacia la ventanilla y fijo la vista en el paisaje urbano. Un manto de color naranja oscuro casi rojo ha empezado a teñir los edificios. No falta mucho para que anochezca, pero la ciudad sigue siendo un hervidero de coches y transeúntes que cruzan de un lado a otro la ancha avenida. Un súbito escalofrío me eriza la piel y me froto los brazos para

entrar en calor. Ha refrescado un poco. Eric enciende la calefacción sin decir nada y yo le dedico una tímida sonrisa de agradecimiento.

Al poco rato, conseguimos avanzar unos metros.

—No tienes pinta de médico —confieso.

—¿Y de qué tengo pinta? —dice acompañando la velocidad de su coche al avance de la caravana.

—De director de Ventas y Finanzas.

Se ríe con ganas y pienso que ya es la segunda vez en un solo día que oigo ese sonido tan maravilloso.

—¿Te gusta tu trabajo? —me pregunta tras una pausa.

—En general, sí.

Él frunce el ceño y me doy cuenta de que tal vez no era esa la respuesta que esperaba.

—Quiero decir que tiene sus pros y sus contras, como cualquier otro.

—No, no me refiero a si te gusta el trabajo que haces, sino a si te gusta hacerlo para mí.

Dejo que el aire me infle los carrillos y vacilo antes de contestar.

—Sí —musito—, menos cuando te pones autoritario.

Eric traga saliva y dice:

—A mí también me gusta que trabajes para mí, menos cuando te pones contestona.

La cola de coches acaba deshaciéndose por fin y no tardamos más que unos pocos minutos en llegar a mi casa.

—Es aquí. —Señalo el viejo y deteriorado portal.

Eric aparca en doble fila y acciona las luces de emergencia. Después sale del coche y me abre la puerta con amabilidad.

—Gracias. Y también por traerme a casa.

—Ha sido un placer —dice curvando los labios en una tímida sonrisa. Y después me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

Me estremezco y me quedo boquiabierta. Debo de parecer imbécil, mirándolo con la expresión de un niño de primaria que trata de resolver un problema matemático, pero es que Eric Grau es un verdadero enigma. Me desconcierta que sea capaz de tener conmigo un gesto tan dulce y espontáneo cuando la mayor parte del tiempo me trata de forma fría y hostil.

—En fin... Buenas noches, supongo —mascullo presa de una especie de nerviosismo expectante, como si estuviera convencida de que algo más podría pasar.

—Buenas noches, Luna —dice él clavándome su inquietante mirada azul. Pero lo único que pasa es que no consigo dejar de mirarlo.

## Capítulo 15

Esta mañana me he despertado atontada y no doy pie con bola. Es como si estuviera drogada o flotando en una dimensión desconocida donde las acciones que ejecuto cada día de forma mecánica carecieran de sentido. Me he puesto la camisa del revés y juraría que me he aclarado el pelo sin haberme echado antes el champú. Se me han quemado las tostadas y no me he tomado el café con sal de milagro.

—Uy, uy, uy... Que la niña está enamorada —canturrea Dani con un molesto tonillo burlón.

—Anda ya.

Me acabo el café de un trago y le doy un beso en la frente a modo de despedida. Pasan unos pocos minutos de las nueve cuando llego al trabajo y la única que está en su sitio es Marga.

—Te han traído eso —dice señalando con desdén una gran caja de cartón que hay sobre la mesa.

—¿Quién? —pregunto extrañada mientras la examino.

—Ni idea. Ya estaba aquí cuando he llegado. Parece un portátil nuevo.

Arranco como puedo las bridas protectoras y saco el ordenador de la caja.

—Joder, un MacBook Pro.

—Vaya, qué suerte tienen algunas —farfulla Marga irritada—. Yo llevo meses pidiendo uno y nada. Y tú, en dos días, consigues ese pepino. Ya me contarás cómo lo has hecho.

Ignoro su comentario cargado de envidia y me concentro en mi nuevo juguete. Cuando Eric me dijo anoche que hablaría con Recursos Humanos

para que me facilitaran un portátil en condiciones no pensé que lo dijera en serio. Supuse que se trataba de una de esas promesas de mejora que un jefe le hace a su empleada para camelársela. Pero está visto que, para bien o para mal, Eric es un hombre de palabra. Me pregunto si no se habrá tomado demasiadas molestias para que lo reciba hoy mismo y a primerísima hora de la mañana.

—¡Guau! —exclama Sergio en cuanto entra por la puerta—. ¿Alguien ha pedido un crédito al banco?

—No se lo ha comprado ella —se apresura a aclarar Marga—. Se lo han dejado aquí esta mañana, pero no nos quiere decir quién —añade con inquina.

—Anda, no seas mala y confiesa. Tienes un admirador secreto en la empresa, ¿a que sí?

—Sí, eso. Deja de hacerte la interesante y dínoslo de una vez.

—Pero ¿qué tonterías estáis diciendo? Yo no tengo ningún admirador secreto. Esto es cosa del jefe.

—¿De Alberto? —pregunta Sergio.

—No, del otro jefe —respondo apuntando hacia arriba con el dedo índice.

—Vaya, conque *Iceman* te ha regalado un MacBook Pro —dice Marga dedicándome una mirada sibilina.

—No es ningún regalo.

—Qué bien te lo montas, chica. Ya mismo te contrata como interna y mira que eso es difícil —apunta Sergio dándome una palmadita en el hombro.

No tendría que haberles contado nada. Decido pasar de sus bromitas estúpidas y me dedico a configurar la cuenta de correo en el portátil nuevo. Lo primero que hago en cuanto termino es enviar un mensaje a Eric para agradecersele.

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

Asunto: Portátil nuevo

Eric:

Muchísimas gracias por el portátil, pero no deberías haberte tomado tantas molestias. Me habría conformado con algo más sencillo.

P. D.: Aún sigo desconcertada. No creí que hablaras en serio.

Saludos,

Ana Luna

Al cabo de un par de minutos, recibo su respuesta.

DE: Eric Grau

PARA: Ana Luna

Asunto: RE: Portátil nuevo

No ha sido ninguna molestia. Y tampoco tienes que agradecermelo. Míralo como una inversión de futuro.

P. D.: Yo siempre hablo en serio.

Eric Grau

Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

Asunto: RE: RE: Portátil nuevo

De todas formas, gracias. Aunque sigo manteniendo que, con una inversión menor por tu parte, el beneficio habría sido el mismo.

P. D.: Me consta que bromear no es lo tuyo.

Ana Luna

DE: Eric Grau

PARA: Ana Luna

Asunto: RE: RE: RE: Portátil nuevo

¿Algo que objetar?

Eric Grau

Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

Asunto: RE: RE: RE: RE: Portátil nuevo

No me gustaría que alguien pensara que el jefe está mostrando algún tipo de favoritismo.

Ana Luna

DE: Eric Grau

PARA: Ana Luna

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: Portátil nuevo

Entiendo, pero deja que yo me ocupe de la imagen del jefe.

P. D.: Ponte a trabajar ya. No estoy de broma.

Eric Grau

Director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

Asunto: RE: RE: RE: RE: RE: RE: Portátil nuevo

Eres un borde. ¿Te has mirado el agujero del culo últimamente? Puede que tengas un palo metido ahí dentro y no te hayas dado cuenta.

Ana Luna

No, claro que no le he enviado ese último mensaje, aunque ganas no me faltan. Estas son las cosas que me fastidian de él. Unas veces se muestra tan atento conmigo que incluso llego a pensar que soy especial, y otras, en cambio, es un auténtico gilipollas. «Eres tan desconcertante, Eric Grau», me digo con un suspiro antes de ponerme a trabajar.

## Capítulo 16

Hay mucho jaleo en la sala. Alberto está hablando por teléfono con alguien de IT Professional Solutions y Marga y Sergio discuten con Oliver sobre una incidencia. Y a eso hay que sumarle el bullicio procedente de los cubículos contiguos, que se filtra a través de los frágiles cristales opacos que nos separan. La euforia patente en las voces excesivamente altas y acompañadas de risas nerviosas da buena cuenta del día de la semana que es hoy. Los viernes siempre se forma esta algarabía. Es como si estuviéramos programados para interrumpir el trabajo y dejar de rendir de forma progresiva a partir de cierta hora. Es una realidad, se nos nubla la mente en cuanto se acerca el fin de semana. Por desgracia, yo no puedo permitirme el lujo de distraerme porque el Comité de Ventas está esperando el resultado del cálculo de los incentivos.

Me pongo los auriculares y abro la aplicación de Spotify en el móvil. Busco *Cold Little Heart*, de Michael Kiwanuka, y la programo para escucharla en bucle. Es tan sugerente que no puedo evitar cerrar los ojos un momento y dejar que la imaginación me lleve de vuelta a ese momento en su coche, a su lado.

Y, cuando rememoro la calidez de su caricia, me estremezco.

Basta. Tengo que concentrarme. Paro la música y me marco como objetivo llenarme la cabeza de números y más números durante las próximas horas. Tantos que no pueda haber espacio para nada más. El proceso no es demasiado complicado. Primero, introduzco en el sistema los parámetros que vienen detallados en el plan y después solo tengo que pulsar «Ejecutar» y esperar a que se complete el cálculo. Si todo va bien, en menos de una hora

puedo obtener los resultados. Si no, es que algo ha fallado. Por fortuna, este segundo intento acaba mejor que el de ayer. A continuación, reviso las cifras finales una por una. Podría confiar en la inteligencia del sistema y no molestarme en hacerlo, al fin y al cabo, hay cientos de resultados y cotejarlos todos es un trabajo de chinos. Pero un error, un solo error más, y no sobreviviré a la implacable ira de *Iceman*. Así que es mejor curarse en salud, nunca mejor dicho.

Mi indignación crece a medida que verifico los resultados que aparecen en pantalla. Me imaginaba que los visitantes médicos se llevarían un buen pellizco extra cada mes, teniendo en cuenta que uno de los pilares de la política financiera de la empresa es justamente el pago de sus incentivos. Pero dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil euros de retribución al mes —sueldo y dietas aparte— me parece una auténtica obscenidad. ¿Y todo por qué? ¿Por instar a un médico a prescribir un producto comercializado por este laboratorio? ¿Y a cambio de qué? ¿Qué saca el médico en esta transacción perversa? Se tiene que beneficiar de alguna manera, digo yo, porque al final no es el visitador quien consigue la venta, sino el propio médico y seguro que nadie le pone una pistola en el pecho para obligarlo a recetar un fármaco u otro. La cosa se pone todavía peor cuando me topo con la escandalosa cifra de cinco mil euros. No, no puede ser, esto ya es desorbitado. Tiene que tratarse de un error, me digo. Pero, tras dos comprobaciones y un cálculo manual, me llevo la desagradable sorpresa de que la cantidad es correcta.

—¿Te apuntas al *japo* de la calle Aragón? —me pregunta Alberto.

—¿Hoy no comes en la cantina?

—Me apetece variar un poco. Ya estoy harto de la pizza de los viernes.

—Te lo agradezco, pero es que no sé si voy a poder parar para comer. Hay una cifra que no me cuadra y tengo que averiguar por qué. Necesito dejar esto listo antes de irme a casa o *Iceman* me crujiará.

Alberto frunce el ceño y dirige una mirada de interés hacia la pantalla de mi ordenador.

—Mira. Según esto, hay un visitador al que le corresponderían cinco mil euros en incentivos. He comprobado el cálculo, incluso lo he hecho a mano, y me sigue saliendo lo mismo. No puede ser, Alberto. Es demasiado dinero. Tiene que haber un fallo en alguna parte. —Exhalo y me llevo las manos a la nuca.

Él sonríe con indulgencia y me dedica una fraternal caída de párpados.

—No te agobies, que no hay ningún fallo. Esa cantidad es muy común en ciertas áreas de negocio.

—¿Me dices en serio que un visitador médico se embolsa toda esta pasta solo en incentivos? —pregunto con una mezcla de incredulidad y crispación.

Alberto suspira con una calma indiferente y desengañada.

—Ajá.

—Joder, es una cantidad indecente.

—Pues acostúmbrate —interviene entonces Oliver, sumándose a la conversación—, porque a esto es a lo que se dedican en realidad las farmacéuticas. A despilfarrar el dinero.

—Entonces, ¿qué? ¿*Japo*? —insiste Alberto mirándonos a los dos.

## Capítulo 17

—¿Vas a salir? —pregunta Dani observándome desde la puerta del baño.

—Sí. Un compañero de trabajo me ha invitado a una fiesta —contesto mientras termino de recogerme el pelo.

—¿Y piensas ir así? ¿Con esa camisa de cuadros?

—¿Qué pasa? ¿No voy bien?

—Hija, es que pareces bollera.

—Pues mira, a lo mejor hasta me sale una novia —digo con ironía.

—Tú con esa actitud no follas. Pero ni hoy ni dentro de un mes.

—Qué obsesión tienes, joder.

Dani pone los ojos en blanco y desaparece mascullando que va a prepararse un copazo.

Son más de las doce de la noche cuando llego al piso de Oliver, que está en la Barceloneta. Se oye bastante barullo desde fuera. Llamo al timbre varias veces y, para mi sorpresa, me abre la puerta un tío con una melena negra hasta la cintura y una barba espesa. Lleva el torso desnudo y cubierto de tatuajes, y los pezones perforados. Le pregunto por Oliver un poco intimidada y él se me echa encima y me apretuja con fuerza contra su cuerpo, como si me conociera de toda la vida. Huele a cerveza barata, a tabaco de liar y a desodorante Axe. Todo un clásico.

—Pasa, guapa, no seas tímida. Oli anda por ahí.

Lo sigo por el pasillo hasta que llegamos al salón y le pierdo la pista. Hay un montón de gente de todas las tribus urbanas imaginables charlando o

bailando sin complejos al son de una pegadiza rumba *ska*. Todos tienen algo de beber en las manos y, a juzgar por las risas y el penetrante olor, diría que hay algo más que alcohol circulando por aquí. Me llama la atención la decoración reivindicativa. De una de las paredes cuelgan el icónico retrato del Che Guevara y esa famosa composición de Banksy en la que una niña vietnamita cuyo pueblo acaba de ser atacado con Napalm corre desnuda de la mano de Ronald McDonald y Mickey Mouse. No hay tele, tampoco muchos muebles. Lo que sí hay es una mesa de billar en la que unos y otros se turnan las partidas.

Una mano se posa sobre mi hombro.

—Estás aquí.

Me doy la vuelta y me encuentro con Oliver, sonriente y con aire desenfadado. Tiene el pelo revuelto y lleva una sudadera Obey y unos pantalones militares. Nada que ver con los trajes de estilo sobrio y aburrido que acostumbra a llevar en el trabajo.

—Claro. Te dije que vendría, ¿no?

Me inclino y le doy dos besos.

—Tenía mis dudas.

A decir verdad, yo también. Cuando me contó que todos los externos de Laboratorios Grau iban a estar aquí, me entró el pánico. Demasiada gente, pensé. Pero después de haberse pasado prácticamente toda la comida insistiéndome en que viniera, me dije que tal vez iba siendo hora de empezar a integrarme un poco más.

—Así que tú vives aquí.

—Sí, con mi compañero de piso. Seguro que ya lo has visto. El moreno de los *tattoos*. ¿Quieres una birra?

—Venga.

Nos abrimos paso entre la gente y vamos a la cocina, que es todavía más austera que el salón.

—A ti no te van mucho las comodidades de la vida moderna, ¿verdad?

Oliver se ríe.

—Es que, en el fondo, soy un antisistema.

Abre un par de latas de cerveza y empieza a soltarme una perorata sobre cómo el consumismo ha jodido la sociedad occidental y la ha acabado

convirtiendo en un puñado de individuos amargados, llenos de ira y frustración, que necesitan tomarse una pastilla para enfrentarse al día a día y otra para conciliar el sueño.

—Admitámoslo: la mayoría de las necesidades modernas son ficticias — dice al tiempo que se saca del bolsillo una bolsita de plástico con marihuana.

Nos dedicamos a arreglar el mundo mientras se lía el porro. La crisis esto, la precariedad laboral lo otro... Yo le confieso lo sorprendida que me he quedado hoy al comprobar el dinero que se embolsan los visitantes médicos solo con los incentivos. Sorprendida para mal, claro. Y que no me extraña que la empresa esté tan obsesionada con la confidencialidad, porque, si la gente supiera en qué se gastan la pasta en realidad, esa visión idílica de las farmacéuticas que desean curar a las personas se desvanecería igual que un espejismo en medio del desierto.

—A esos lo único que les interesa es cronificar enfermedades para seguir llenándose los bolsillos. —Sella el papel de fumar con la lengua. Y, luego, tras encenderse el canuto y darle una honda calada, dice—: Joder, ni pastillas ni pollas en vinagre. Esta medicina sí que es buena.

Dos partidas de billar, muchas risas y unos cuantos porros más tarde, la cabeza me da tantas vueltas que necesito salir a tomar el aire. Me dirijo a la calle, abriéndome paso como puedo entre la gente, saludando a unos y otros sin saber ni quiénes son. Abro la puerta y me siento en las escaleras del portal. Una ligera brisa marina me acaricia con suavidad la cara y hace ondear los mechones que se me han soltado de la coleta. El silencio, interrumpido únicamente por el rugido lejano de alguna moto que desaparece en la oscuridad, reina en la calle y yo respiro aliviada.

—¿Qué haces aquí tan sola?

Oliver se sienta a mi lado y me ofrece el canuto que tiene en la mano.

—Uf. No, gracias. No creo que pueda fumar más esta noche —digo, rechazándolo con un gesto de la mano.

—El último, anda —insiste él.

—Venga, el último.

No sé cuánto tiempo nos quedamos sentados, pero diría que bastante. El aire ahora es más fresco y una ligera bruma ha empezado a derramarse sobre nosotros en el portal. No falta mucho para que amanezca. Los invitados van saliendo de la casa en bandada, entre ellos Marga, que, tambaleante y con el

rímel completamente corrido, nos lanza un irritante «Hasta el lunes, tortolitos» que me pone de una mala leche inexplicable.

—Bueno, yo me voy, que ya es muy tarde —digo, luchando para que se me despeguen los labios al hablar.

—Qué va.

—Que sí, que sí. —Me incorporo con torpeza—. Y encima llevo un colocón que no me aguanto ni de pie.

—Vale, pues te acompaño al metro.

Caminamos a paso de tortuga por el paseo marítimo. Estoy tan mareada que tengo que apoyarme en el hombro de Oliver para no perder el equilibrio. Él no para de hablar y la cabeza me está a punto de explotar. Miro hacia la playa y me concentro en observar cómo se deshacen las olas en la orilla. La luz rosada del alba tiñe el mar, calmado y silencioso. A lo lejos, una bandada de gaviotas grazna y levanta el vuelo hasta desaparecer en el horizonte. No se ve ni un alma.

—¿Y ese? Hay que ser friki para salir a correr a estas horas —dice Oliver con un resuello.

Cuando miro al frente, veo una figura masculina que avanza al galope en nuestra dirección.

Entonces Oliver se detiene en seco.

—¡Joder, pero si es *Iceman!* —exclama atónito.

Un latigazo de sudor frío me azota la espalda. Enfoco la vista y cuando el hombre está tan cerca que se percibe el sonido de sus pasos impactando contra el pavimento, lo reconozco.

Sí.

Es él.

Es Eric.

—Qué puta casualidad, ¿no? —masculla Oliver.

Tensa como un arco, me separo de él de un respingo, casi de forma mecánica. Y, sin pensarlo, lo dejo atrás y dirijo mis pasos en dirección a Eric. Cuando me ve, aminora la marcha hasta detenerse. Se quita los auriculares y pone en pausa el pulsómetro de su muñeca.

—¡Luna! ¿Qué... haces... aquí... a estas horas? —me pregunta dedicándome una mirada de extrañeza y la voz entrecortada por el esfuerzo

físico.

Imagino que debe de llevar mucho rato corriendo, a juzgar por el enrojecimiento de su rostro y la pátina de sudor que le empapa el pelo. Vacilo en contestarle. Estoy tan impactada que no me salen las palabras. Es la última persona que esperaba encontrarme aquí. Y reconozco que me resulta chocante verlo vestido con ropa deportiva. Aunque lo más chocante es que el ajustado conjunto oscuro que lleva y esas zapatillas Asics con pinta de haber corrido unas cuantas maratones le queden igual de bien que cualquiera de sus trajes de firma. Justo como había imaginado.

—Pues... Yo... Vengo... de una fiesta. —La boca me sabe a papel de fumar y me cuesta hablar—. Y ¿tú? ¿No es muy temprano para salir a correr?

Sus ojos se posan de inmediato en Oliver, rezagado unos pocos pasos por detrás, y lo fulminan con una de sus habituales miradas desafiantes.

—Duermo poco —responde lacónico. Y tras un breve silencio inquisitivo, vuelve a mirarme y añade—: ¿Estás colocada?

Su pregunta me pilla desprevenida.

—¿Perdón? Yo... ¿A qué viene eso?

—Tienes los vasos sanguíneos oculares dilatados, muestras dificultad en el habla y estás pálida como un muerto. Es evidente que te has puesto hasta arriba de hierba —dice con un marcado tono reprobatorio.

—No tanto —trato de justificarme.

—Ya. Tú no has oído hablar de las desconexiones neuronales, ¿verdad?

Se me escapa la risa floja y su mirada se enfurece al instante. El entrecejo se le arruga hasta que se le forman dos profundos surcos verticales que auguran lo que está por venir.

—Se acabó la fiesta. Te llevo a casa.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. Espérame aquí mientras voy a buscar el coche.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Porque lo digo yo.

—¡No! ¡Ni hablar! —Levanto la mano y le apunto directamente al pecho con el dedo índice—. Pero ¿tú qué te has creído? ¡No tienes ningún derecho a darme órdenes fuera del trabajo!

—No discutas más, por favor —dice él, imperturbable ante mis gritos.

—¡He dicho que no!

Oliver se acerca e intercede.

—Eh, déjala en paz. No quiere irse contigo, ¿o es que no lo ves?

—¿Y tú quién coño eres? —le escupe como una advertencia. Es evidente que la pregunta es retórica. Y, dirigiéndose a mí otra vez, añade—: Voy a llevarte a casa y no se hable más. Espérame aquí. Sola —matiza deslizando una mirada hostil hacia Oliver—. ¿Lo has entendido?

No digo nada. Me siento como si una enorme bola de demolición amenazara con destrozarme la cabeza.

—Que si lo has entendido —insiste elevando el tono de voz.

—Sí —musito al fin.

Y, entonces, noto que todo mi amor propio se repliega sobre sí mismo hasta hacerse tan pequeño como una servilleta de papel arrugada. Él me mira con la promesa de que volverá escrita en sus ojos y desaparece corriendo calle arriba a la velocidad de la luz.

—Supongo que no vas a irte con él, ¿no?

No contesto. Exhalo agobiada y me dejo caer con lasitud sobre un banco del paseo marítimo.

—Pero ¿de qué coño va todo esto, Ana?

—No deberías haberte metido —lo reprendo, negando con la cabeza.

—¿Que no debería haberme metido? ¡Ese tío es un acosador!

—Ese tío es tu jefe, Oliver. Y el mío.

—Como si es el puto papa de Roma. No tenía ningún derecho a tratarte así. Tú no eres de su propiedad.

—Déjalo ya, ¿vale? Vete antes de que vuelva y nos metas a los dos en un problema. Ya has visto cómo se pone cuando se le lleva la contraria.

—No me jodas, Ana.

—¡No, no me jodas tú a mí!

Oliver me mira como si lo hubiera apuñalado por la espalda.

—Te gusta el cabrón ese, ¿no?

Pero el rugido cada vez más cercano del deportivo de Eric ahoga mi respuesta y lo único que consigo decir es:

—Prométeme que no le contarás nada de esto a nadie.

## Capítulo 18

El sol se filtra por la ventana y abro los ojos con dificultad. No sé qué hora es ni cuánto habré dormido, pero me siento como si hubiera estado en coma, desorientada y con todos los músculos del cuerpo entumecidos. Ni siquiera recuerdo cómo he llegado a la cama. Saco el móvil del bolsillo delantero del pantalón. Joder, las cuatro menos cuarto de la tarde. Además, tengo seis llamadas perdidas de Dani, cosa que me extraña bastante. Quizás se ha quedado en la calle sin llaves y ha intentado localizarme para que le abra la puerta.

Todavía aturdida, le devuelvo la llamada.

—¡Ya era hora, joder! Te he llamado mil veces. Me tenías preocupado.

—Lo siento, lo siento... —respondo con una vocecilla inocente—. No lo he visto hasta ahora. Es que me acabo de despertar.

—¿Dónde coño estás?

—Pues en casa, Dani. ¿Dónde voy a estar?

—De eso nada, guapa. En casa estoy yo y te garantizo que aquí no estás.

—Vale, ahora soy yo la que empieza a preocuparse —confieso.

De repente, me doy cuenta de que llevo puesta una sudadera oscura que no es mía. Diría que es de hombre y, por lo largas que me vienen las mangas, de uno bastante alto. Me acerco una a la nariz y aspiro. Una serie de imágenes borrosas e incongruentes acuden de inmediato a mi cabeza, superponiéndose como fogonazos, hasta que poco a poco se ordenan.

Y, entonces, me acuerdo.

## *Unas horas antes*

Eric coge una sudadera oscura de detrás de su asiento.

—Póntela —me ordena y la deja sobre mis rodillas.

—No tengo frío —respondo con hostilidad.

—Vamos, no seas cabezota y ponte la puñetera sudadera.

Permanezco impassible durante unos segundos, desafiándolo con una intensa mirada de odio que soy incapaz de disimular. Él suspira con resignación.

—No quiero que te enfríes cuando te dé el bajón —puntualiza, suavizando la voz.

Chasqueo la lengua y hago lo que me dice resoplando y de mala gana.

—¿Siempre tienes que salirte con la tuya?

No contesta. Se limita a clavarme su indescifrable mirada azul y no me queda otro remedio que rendirme y apartar la mía. Lo reconozco, contra esos ojos no puedo luchar; estoy condenada a perder la batalla. Luego arranca el coche y se dirige hacia la ronda Litoral, conduciendo en silencio y con el semblante serio. La luz tenue del amanecer se proyecta con timidez sobre las cornisas de los edificios, aunque la ciudad todavía duerme. Lo miro de reojo y observo su pelo húmedo por el ejercicio y el brillo de las gotas de sudor que le recorren el brazo. Tal vez la sudadera le hace más falta que a mí, pero ha insistido en que me la ponga yo. Si no estuviera tan enfadada con él, incluso podría apreciar el detalle. Habría pensado que quiere cuidarme y hasta me habría parecido romántico. Pero no, no hay nada de romántico en todo esto. Más bien es surrealista. Que Eric haya aparecido de la nada y haya montado esa escena ridícula es surrealista. Y que yo haya accedido a subirme a su coche, aún más.

Surrealista y temerario.

Una puta locura, vamos.

Me oculto tras la capucha decidida a acallar las voces de mi cabeza y me acomodo en el asiento, con la mirada fija en la ventanilla. Los párpados me pesan, empieza a costarme mantener los ojos abiertos. «Voy a cerrarlos un minuto», me digo, conteniendo un bostezo. Estoy muy cansada y necesito dejar la mente en blanco.

Demasiadas emociones en tan poco tiempo.

\*\*\*

—Espera un segundo, Dani.

Dejo el móvil sobre la cama al darme cuenta de que no reconozco la habitación. Es amplia, blanca y aséptica. Con enormes ventanales y sin apenas muebles y, por el olor a nuevo, no parece que nadie duerma aquí habitualmente. Creo que sé dónde estoy, pero necesito alguna prueba.

—¿Sigues ahí? —oigo decir a Dani.

Con el teléfono pegado a la oreja y sin articular palabra, me levanto y abro la puerta sin saber muy bien qué hacer. Fuera hay un largo pasillo iluminado por una hilera de lucecitas redondas de suelo en un lado y con varias puertas cerradas en el otro. Despacio, abro la primera y me encuentro con un cuarto de baño más grande que toda la superficie de mi casa, de paredes blancas y suelo de madera. A un lado, hay una bañera ovalada y profunda y, detrás de un biombo de color negro jaspeado del que cuelgan un par de toallas, una espaciosa ducha. Al otro lado, cuatro lámparas cilíndricas de metal caen suspendidas del techo iluminando un inmenso mueble rectangular de madera sobre el que descansan un espejo casi tan ancho como el mueble y un moderno lavamanos. Un baño de lujo, sin duda. Observo el pequeño armario de pared junto al espejo y no me puedo resistir a abrirlo. Dentro hay una gran cantidad de artículos masculinos de aseo personal y cosmética de marca ordenados con precisión. Ah, y también una caja medio vacía de pastillas para dormir.

Con sumo cuidado, cojo un frasco de perfume Armani Code, lo destapo y pulverizo el ambiente un par de veces.

—¡Lo sabía!

—¿Qué pasa? ¡Joder, que me tienes en ascuas! —replica Dani impaciente al otro lado de la línea.

Dejo el perfume en su sitio y cierro el armario.

—Luego te cuento. Ahora tengo que irme.

—Pero Ana...

Cuelgo sin dar más explicaciones y me guardo el móvil en el bolsillo. La

boca se me crispa en una mueca de horror cuando me veo en el espejo. Tengo los ojos hinchados y el pelo revuelto. Me lo recojo en una coleta lo más decente posible y aprovecho para vaciar la vejiga, a punto ya de reventar. Después, me lavo la cara para despejarme y me seco con una de las mullidas toallas que cuelgan del biombo. Huele a limpio.

No me detengo en ninguna de las otras puertas al salir. Cuando llego al final del pasillo, doy con unas escaleras metálicas flotantes y bajo al piso inferior con un nudo de vértigo en el estómago. No hay barandilla y los peldaños son irregulares. Me pregunto qué clase de kamikaze habrá diseñado una cosa así. La verdad, no me explico cómo he sido capaz de subir yo sola. Y tampoco me acuerdo. En el piso de abajo, me recibe un salón ultramoderno de paredes acristaladas y proporciones descomunales. Es luminoso y diáfano, aunque demasiado minimalista para mi gusto. No estoy acostumbrada a estos espacios tan blancos, tan impersonales y fríos, por muy modernos que sean. Junto a una chimenea de aire rústico hay un mueble alargado, bajo y de color blanco. Sobre él descansa una inmensa pantalla extra plana y curva. ¡Madre mía, en mi vida he visto una tele así! El sofá también me deja con la boca abierta. «Aquí cabría un equipo entero de fútbol», pienso mientras paso los dedos por encima con suavidad. Hay una mesa cuadrada de cristal al lado, casi a ras de suelo, sobre una alfombra de pelo rojiza, y, al otro lado del salón, una más alta rodeada por unas pocas sillas de diseño futurista. A decir verdad, tiene pinta de no haberse utilizado en la vida. De hecho, no hay nada en toda la estancia que sugiera que aquí tenga lugar la más mínima actividad. Me hace pensar en las casas de los famosos que salen en las revistas y que parecen más un decorado que un hogar. No hay ni un ápice de vida en este salón. No hay fotos, ni adornos, ni recuerdos de viajes y la única nota de color, aparte de la alfombra, la aporta un inmenso lienzo de tonos amarillos y azules que descansa en el suelo junto al mueble.

Una suave música llega hasta mis oídos desde algún lugar de la planta. Sigo la melodía y llego a una habitación cercana al salón cuya puerta está entreabierta. Llamo y desde dentro me responden que pase. Cuando lo veo allí, se me corta la respiración. Eric está sentado en el escritorio de lo que parece su estudio, frente a un ordenador portátil. Lleva el pelo sin engominar y unas estilosas gafas de pasta negras que nunca le había visto. Alza la vista y me mira con expresión hierática.

—Buenos... Buenos días —titubeo.

—Son las cuatro de la tarde —responde él con sequedad.

Vaya. Menudo recibimiento.

—Ya lo sé, he dormido demasiado —me lamento avergonzada—. Espero no haber interferido en tus planes.

Eric se levanta de la silla y se acerca a mí despacio. Va vestido con unos pantalones deportivos grises que le caen sobre los pies descalzos y una ajustada chaqueta del mismo color remangada hasta los codos. «Qué bien le sientan, joder. La genética se ha pasado un huevo con este hombre», me digo tratando de contener un suspiro delator.

—Tranquila, no me has hecho cambiar nada. Tenía previsto pasarme el sábado entero trabajando y eso es lo que he hecho —confiesa con cierto aire melancólico.

—Entonces es verdad. Eric Grau no hace más que salir a correr y trabajar. —Sonrío con la intención de parecer graciosa, pero, a juzgar por su expresión, no lo he conseguido. Él avanza unos pocos pasos más y me envuelve una castigadora bocanada de Armani Code. El pulso se me dispara de golpe; ya estoy otra vez al borde del colapso.

—Espero que hayas dormido bien.

Retrocedo de forma instintiva. Está demasiado cerca y está demasiado bueno. Y yo ni siquiera me he lavado los dientes. Intento disimular mi debilidad carraspeando y trago saliva.

—Sí, gracias. Pero ¿cómo he...? ¿Por qué estoy aquí? Lo último que recuerdo es haberme subido a tu coche.

—Te quedaste dormida y no había forma humana de despertarte, así que decidí traerte a casa —dice, como si fuera lo más normal del mundo.

Arqueo las cejas asombrada.

—¿Cómo que no me despertaba?

—Pues no, pero no me extraña, teniendo en cuenta lo colocada que estabas.

«¡Otra vez!» Lo que me recuerda que debería abandonar de inmediato el tono amable porque en realidad estoy cabreada con él.

O debería estarlo.

—¿Tienes por costumbre secuestrar a todas tus empleadas?

Eric esboza una media sonrisa irónica y sacude la cabeza.

—No tengo el más mínimo interés en retenerte en contra de tu voluntad. Si estás aquí es porque no iba a dejarte tirada en la calle. Ante todo, soy un caballero.

—Un caballero, ya —contraataco—. Pues lo de marcar el terreno y llevarse a la presa parece algo más típico de un depredador.

Entonces suspira, se pasa las manos por el pelo, que le cae como una cortina alrededor de la cara, y aprieta la mandíbula de forma ostensible. Esa secuencia significa, sin ningún género de dudas, que su paciencia está a punto de agotarse. Y, cuando eso pase, espero no andar muy cerca.

—Eres libre de marcharte cuando quieras.

—Muy bien. Entonces me voy ya. Ah, y gracias por no haberme dejado tirada en la calle, supongo.

Me doy media vuelta con un sabor amargo en la boca y la desagradable sensación de no haber hecho las cosas bien. Pero él me tira de una manga y me obliga a girar de nuevo sobre los talones.

—¿Por qué te empeñas en enfrentarte a mí?

Percibo mucho cansancio en su voz y un color distinto en su mirada, como si de repente un velo le hubiera cubierto el brillo. Me quedo callada, sin saber qué decir, y sobre nosotros cae un silencio pesado como el metal que yo misma acabo rompiendo con un «Lo siento» casi imperceptible.

Una estúpida disculpa más.

—¿Tienes hambre? —dice al punto, como si nada de lo anterior hubiera pasado.

—No —miento. En realidad, me comería un chuletón de ternera con un buen plato de patatas fritas nadando en ketchup, pero estoy demasiado abrumada por la situación.

—¿Me dejas que al menos te prepare un café?

Pienso la respuesta durante unos segundos. Lo más sensato sería decirle que no y largarme de aquí cuanto antes, pero últimamente no ando muy sobrada de sensatez, que digamos. Sobre todo desde que conozco a Eric Grau y me subo en su coche sin rechistar.

—Está bien, pero antes aclárame una cosa: ¿cómo he conseguido subir esas escaleras? Es que no me acuerdo.

Creo que la sonrisa que se dibuja en sus labios es de todo menos inocente.  
—Porque no lo has hecho —confiesa. Y me guiña un ojo antes de desaparecer.

Porque no lo he hecho, vale. ¿Y cómo se supone que he llegado a la habitación?

Solo se me ocurren dos posibilidades:

- 1) Volando.
- 2) Que él me haya subido en brazos.

Decido que es mejor no darle más vueltas y me concentro en observar su estudio. Me recuerda a su despacho de Laboratorios Grau, salvo que este es más luminoso y personal. Me acerco al escritorio y echo una ojeada a su moderno reproductor inalámbrico Bang & Olufsen. Reconozco la canción que suena de inmediato: *Cold Little Heart*.

—¿Conocías a Michael Kiwanuka?

Al oír su voz, me doy la vuelta. Está en la puerta, con un par de tazas, una jarra humeante y un plato con unos cuantos bollos muy apetecibles sobre una bandeja.

—No, pero reconozco que ha sido un gran descubrimiento. Tienes muy buen gusto musical.

—Yo tengo muy buen gusto para todo —puntualiza con cierta chulería. Y me mira con una intensidad tan agotadora que me veo obligada a dirigir la vista hacia otro lado—. Vamos, se va a enfriar el café —añade.

Lo sigo hasta el salón, donde corre uno de los grandes ventanales que hace las veces de pared y me indica que salga. El inmenso espacio que se abre al cielo tras el cristal me deja sin palabras. Sus dimensiones me impresionan, pero también su decoración fresca y desenfadada. Se parece a una de esas terrazas ibicencas rodeadas de grandes antorchas de bambú, en las que puedes sentarte en una silla de mimbre a contemplar la puesta de sol y detener el tiempo. Al final de una pasarela de madera, hay una piscina en la que no puedo evitar imaginármelo haciendo unos largos cada mañana para mantener en forma sus torneados hombros. También hay un par de hamacas bajo una sombrilla de brezo y hasta una sauna. Aunque, sin duda, lo mejor de todo son las vistas. Más allá de la piscina, un manto de vegetación frondosa salpica el paisaje coronado por un montón de palmeras. Y, más allá todavía, la bella calma del Mediterráneo se extiende ante mis ojos como un tapiz

infinito.

Nos sentamos en las sillas de mimbre y Eric sirve el café.

—Tienes una casa espectacular. ¿Vives aquí tú solo? —pregunto con cierto nerviosismo.

Asiente en silencio con un cabeceo y yo me dejo envolver por una absurda, aunque placentera sensación de triunfo.

—Tal vez es demasiado grande para una persona sola —observo.

—Puedo permitírmelo, créeme —replica con una estúpida mueca de autosuficiencia.

—No hace falta que alardees de tu estatus.

—Ni que tú sueltes sin filtrar lo primero que te pase por la cabeza —contraataca fulminándome con la mirada.

Es verdad. Es uno de mis peores defectos. Debería aprender a filtrar ciertas cosas antes de decirlas.

Una oportuna llamada telefónica fractura el momento. Se saca el móvil del bolsillo de la chaqueta deportiva y, después de mirar la pantalla, se disculpa y contesta. Lo observo con atención. Tiene los hombros rígidos y la vista puesta en la cucharilla de café, que mueve entre los dedos. Está serio, puede que más de lo habitual, parece que la llamada es importante y habla en una lengua extraña que no reconozco.

—¿Qué idioma era? —pregunto con curiosidad cuando termina la conversación.

—Sueco.

—¿Hablas sueco?

—Soy medio sueco, mi madre es de Estocolmo.

Como el síndrome.

—De hecho, hablaba con ella —aclara.

—¿Y cuál es tu segundo apellido? ¿Larsson?

—Casi. Hansson.

Que se parece bastante a *handsome*. Ahora entiendo que tenga ese físico tan poco corriente en estas latitudes. Ese pelo rubio, esos ojazos azules y esa altura descomunal. Eric Grau Hansson. Claro, tenía que ser sueco. O medio sueco.

—Y estos también son suecos —dice, señalando el plato de bollos—. Se

llaman *kanelbullar*. Tienes que probarlos.

Eric parte uno de los pastelitos en dos y, de improvviso, me acerca un pedazo a la boca.

—¿Te gusta? —pregunta con su voz de terciopelo.

—Mu... mucho —titubeo—. Son... de canela, ¿verdad?

Asiente y sonrío con un aire distinto al de las otras veces. Casi perverso. Y tengo la certeza de que se acaba de resquebrajar la fina membrana que hasta ahora me mantenía a una distancia de seguridad de él.

—Tienes un poco de azúcar aquí... —dice sin alterar su sonrisa, mientras me roza la comisura de los labios con el pulgar. Después, se lo mete en la boca y lo succiona sin apartar los ojos de los míos. Los latidos de mi corazón desbocado suenan igual que el tic tac de una bomba a punto de explotar.

De pronto, las facciones se le endurecen. Inspira con fuerza elevando el mentón y vuelve a obsequiarme con la misma mirada arrogante de siempre.

—El tío de esta mañana —dice, observándome con suspicacia, como si me estuviera evaluando.

—¿Oliver?

—Sí, ese. ¿Hay algo entre vosotros dos?

Elevo las cejas con exageración y dejo ir un resuello de desconcierto.

—Responde a la pregunta, por favor —insiste, evidenciando su impaciencia.

—No. Solo somos compañeros.

—Entonces, ¿por qué estabas con él?

—Oye, ¿se puede saber a qué viene este interrogatorio? —pregunto exasperada.

—No me gusta ese tío, Luna. Y no me ha gustado nada que estuvieras con él. No quiero que vuelvas a verlo fuera del trabajo.

—Pero ¿qué dices? ¡Tú no decides con quién puedo salir!

Eric golpea la mesa con el puño y me sobresalto.

—Te dije que no quería distracciones.

La sangre me hierve desde la cabeza hasta los pies.

—Claro, ya te distraes tú bastante por los demás —le recrimino con sarcasmo.

No dice nada. Se limita a levantarse las gafas y a masajearse el puente de

la nariz mientras deja ir todo el aire de sus pulmones en una larga exhalación.

—Si vuelves a salir con él, lo despido. ¿Queda claro? —sentencia con una asombrosa frialdad.

—Sí, clarísimo. —Me levanto con dignidad—. Ahora entiendo por qué todo el mundo piensa que eres un dictador. Aplastar voluntades se te da genial, ¿verdad?

Se incorpora de golpe y se apresura a agarrarme del brazo.

—¿A dónde vas?

—¿No has dicho que era libre de largarme cuando quisiera? Pues eso es lo que voy a hacer.

—Entonces te llevo a casa.

—¡Ni de coña! ¡No pienso volver a subirme en tu coche nunca más! —chillo con la garganta incendiada por la rabia.

—¡Muy bien! ¡Haz lo que te dé la gana! ¡Es lo que haces siempre! —me espeta y me suelta moviendo los brazos agitado. Luego gira sobre sus talones y me da la espalda.

Salgo de su casa dando un portazo, a toda prisa y con el corazón palpitando sin control. Cuando la gran verja metálica que franquea el chalé se abre, me doy cuenta de que me encuentro en una lujosa zona residencial que no se parece en nada al barrio donde vivo. No sé dónde estoy, pero es evidente que no he pisado esta parte de la ciudad en mi vida. Junto a la verja, un tío cachas de uniforme vigila la casa desde una garita. Me acerco y golpeo con los nudillos el cristal de la ventana. El hombre abre con cierto recelo y me examina con una mirada de desconfianza.

—Perdone, ¿me puede decir en qué zona de Barcelona estamos?

El guarda arquea las cejas y me mira frunciendo el ceño.

—Vallvidrera.

¿Vallvi...? Pues esto no está cerca de mi barrio, precisamente. Y, al pensarlo, me doy cuenta de que me he dejado el bolso en su casa, de que no llevo ni un triste euro encima y de que a mi móvil, que es lo único que tengo conmigo, solo le queda una rayita de batería.

Soy gafe.

—¿Pasa algo? ¿Quieres que avise al señor Grau?

Podría volver a su casa, recuperar el bolso y pedirle que llame a un taxi

que me devuelva al mundo real. Pero no. No, no y no. No pienso darle a *Iceman* ni un solo argumento más para que se crea que tiene algún tipo de derecho sobre mí.

—¿Sabe cómo puedo llegar a pie al centro?

—¿A pie? —repite incrédulo—. Supongo que tienes que caminar recto calle abajo durante un buen rato, sin perder de vista la perspectiva del mar. Cuando llegues al final, vuelve a preguntar. Es lo único que puedo decirte, pero te advierto que debe de haber por lo menos tres horas andando. ¿Seguro que no quieres que avise al señor Grau?

—No, gracias.

Me doy la vuelta y echo a correr por donde me ha indicado el vigilante, ansiosa por salir de ese mundo que no es el mío, de esa ciudad que de repente me parece tan lejana. De su mundo, de su ciudad. Pero enseguida comienzo a respirar con dificultad. No sé si es por el trote al que he sometido a mis piernas en tan poco tiempo o por la insoportable desazón que me embarga. Luego recuerdo que aún llevo puesta su sudadera y, en un acto reflejo, me llevo las mangas a la nariz y aspiro con fuerza.

Su olor sigue persiguiéndome.

Su dulce, exquisito y penetrante olor.

—¡Maldito síndrome de Estocolmo! —grito, vaciando los pulmones de golpe.

Y, después, un torrente de lágrimas sale de mis ojos sin que pueda hacer nada para evitarlo. Y todas las emociones contenidas en los últimos días brotan sin parar, llevándome de acá para allá hasta que acabo mareada y agotada, completamente derrotada.

## Capítulo 19

—Menudo cuadro —dice Dani tras escuchar mi historia—. Aunque yo hubiese vuelto para pedirle el bolso y que llamara a un taxi. No sé cómo tienes el coño de ponerte a hacer senderismo sin batería en el móvil.

—No quería volver a verle la cara al imbécil ese —digo, y me desplomo como un peso muerto contra el respaldo del sofá.

—El imbécil ese quiere metértela, que lo sepas.

—Ya, pues que siga soñando.

—Nunca digas nunca ni sobre esta polla no cabalgaré —replica él con una sonrisita picarona. Ambos acabamos partiéndonos de risa sobre el sofá. Supongo que, por más seria que me parezca la situación ahora mismo, ni siquiera yo soy inmune a una pequeña dosis de superficialidad—. Venga, arréglate que nos vamos.

—¿A dónde? —pregunto, poniendo morritos.

—A la sala Metro. Esta noche es la fiesta de la espuma.

Me retuerzo en el sofá resoplando de pereza.

—Paso. Ve tú, yo prefiero quedarme en casa.

Pero Dani chasquea la lengua y niega con la cabeza para dejarme claro que no hay margen para la negociación.

—¿Para qué? ¿Para que te comas la olla pensando en el sueco?

—Medio sueco —puntualizo.

—Lo que sea. Tú te vienes conmigo y no se hable más.

Suspiro con resignación. Lo último que me apetece es meterme en una discoteca llena de gais con la camiseta empapada y una temperatura corporal

que haría saltar el mercurio de cualquier termómetro. Pero, si me quedo en casa, no creo que sea capaz de vencer la tentación de acabar tragándome algún drama lacrimógeno sin final feliz para regocijarme en mi propia miseria. Como de costumbre, Dani tiene razón. Conoce de sobra mi tendencia al autosabotaje. Y, después de todo lo que me ha pasado en las últimas horas, hoy sería un día idóneo para ello.

—No te oigo, Ana —insiste con impaciencia.

—Vale, iré. Pero solo un rato. Y tú invitás.

Casi dos horas más tarde, estamos en la sala Metro, que es, con toda seguridad, el peor antro gay en el que he estado en mi vida. A la atmósfera opresiva que provoca su estructura de pasillo angosto, oscuro y sin ventilación, hay que sumar las desagradables escenas que he presenciado en más de una ocasión y que suelen tener que ver con todo tipo de fluidos corporales —líquidos y sólidos— y con sustancias estupefacientes de dudosa procedencia. Pero, después de los dos chupitos de tequila a los que me ha invitado Dani, empieza a darme igual todo. Y, con el tercero, ya envalentonada por el calor, hasta me atrevo a golpear la barra con el vaso.

—¡Por el sueco! —grito como una *hooligan* ante la risa enardecida de Dani.

—¡Y por su polla morena! —exclama él.

—Querrás decir rubia.

—Rubia, morena, qué más da. Una polla es una polla.

Después del segundo *gin-tonic*, pierdo la noción del tiempo y el espacio. La sala se expande y se contrae una y otra vez. Todo da vueltas a mi alrededor y me siento como si estuviera encerrada en una lavadora gigante llena de espuma. Llevo la camiseta de los Ramones empapada y Dani ha desaparecido. Lo último que recuerdo es que se ha ido a buscar a un tío que ha conocido en Tinder. Me ha metido un billete de veinte euros en el bolsillo y se ha esfumado. Veinte euros que debería invertir en un taxi que me lleve a casa, pero que acabarán financiándome otro lingotazo, que me conozco.

De repente, noto una vibración en los pantalones. Saco el móvil a toda prisa, convencida de que es Dani que me está buscando, pero al mirar la pantalla, una sacudida zarandea mi cuerpo como un relámpago.

No es Dani.

Es el jodido sueco de polla morena o rubia, que me está llamando.

«Mierda, ¿qué querrá este tío ahora?».

Después de varios tonos, acabo descolgando.

—¿Qué pasa? —contesto con frialdad. Toda la frialdad que mi estado etílico me permite. Intuyo el sonido de su voz al otro lado de la línea, pero no consigo oír lo que dice. Hay demasiado ruido—. Dame un minuto. Ahora te llamo —digo antes de colgar.

Me abro paso como puedo entre la masa de cuerpos que bailan al compás de la música enlatada como si tuvieran convulsiones, tratando de no resbalar para no caerme de culo sobre alguno de los charcos que la espuma va dejando a su paso. Una corriente de aire fresco me golpea la cara cuando consigo salir y casi me tambaleo. «Si no me ha subido ya el alcohol, poco le falta», pienso mientras me apoyo en la pared de forma preventiva. Antes de que consiga marcar su número, está llamándome otra vez.

—¿No te he dicho que me dieras un minuto? —le espeto con la boca un poco pastosa.

—Y te lo he dado. Tres minutos treinta y seis segundos, para ser exactos. ¡Maldito friki controlador! ¡Me saca de quicio!

—Bueno, ¿querías algo, además de cronometrarme?

—Acabo de darme cuenta de que te has dejado el bolso en mi casa.

—Ya lo sabía.

—¿Ya lo sabías? ¿Y a qué esperabas para decírmelo?

—Joder, Eric... Son las dos de la madrugada. ¿No podías haberme llamado mañana? ¿Y si hubiera estado durmiendo, qué?

—Pero estás despierta. Y creía que necesitarías tus cosas. Disculpa por ser tan considerado —dice con sarcasmo.

—Sí, vale, lo que tú digas. El lunes me las llevas a la oficina y lis... listos. —Ya empiezo a arrastrar las palabras.

—¿Cómo has llegado a casa?

—No es problema tuyo.

—Luna...

—¡Andando, joder! ¡He llegado andando! —grito exasperada.

—Pero ¿cómo puedes ser tan cabezota? Deberías haber vuelto. ¡Por el amor de Dios, te habría llevado en coche!

—Sé cuidarme solita, ¿va... vale? —replico con una dificultad que me

delata.

Y tras un silencio inquisitivo, la pregunta.

—¿Has bebido?

—¿Y a ti qué te importa? —exclamo viniéndome arriba—. Pues, ¿sabes qué? ¡Sí, he bebido! Me he bebido hasta el agua de los floreros, ¿vale? ¿Estás satisfecho? Déjame en paz de una puta vez, *Iceman* de los cojones.

—Vaya. ¿Tú también me llamas así? —pregunta con una mezcla de incredulidad y humor.

—Te llamaría cosas peores si no fueras mi jefe —confieso, ya completamente desinhibida por el alcohol.

—Como si eso fuera un problema para ti. —Le oigo emitir un profundo suspiro al otro lado de la línea—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. Me vas a decir ahora mismo dónde estás y te vas a quedar quietecita hasta que yo llegue. ¿Lo has entendido?

—¡Y una mierda me voy a quedar «quietecita», friki controlador! ¡Voy a hacer lo que me dé la gana! O mejor, ¿sabes qué? Voy a seguir bebiendo hasta acabar en coma etílico. ¿Qué te parece?

—¡Ni se te ocurra beber una gota más de alcohol!

—¿O qué? ¿Me vas a despedir? —exagero el tono de burla.

—Basta ya, Luna. ¿Qué te he hecho para que me trates con tanto desprecio?

Esperaba que me amenazara, que me gritara con su habitual fiereza, incluso que me insultara, pero nunca me habría imaginado que se mostraría tan frágil en un momento como este. Y sentirlo tan vulnerable acaba destruyendo todas mis defensas.

—Yo no... Yo no te desprecio, Eric... —musito, borracha y al borde de las lágrimas.

—Entonces no me castigues más y dime dónde puedo encontrarte, por favor.

—Estoy en la sala Metro. ¿Sabes dónde...?

Pero él cuelga antes de que pueda terminar la frase. ¿Quién es ahora vulnerable?

## Capítulo 20

Eric se abre paso a trompicones entre la multitud. Desde mi posición privilegiada en la barra, lo observo avanzando desconcertado y notablemente incómodo, mirando de un lado a otro en mi busca y desprendiéndose, no sin cierta violencia, de los cuerpos masculinos que se frotan contra el suyo. Todavía lleva las gafas y el pelo lacio, sin engominar. Va vestido de manera informal, con una sencilla camisa negra y unos vaqueros gastados y, sin embargo, para mí está más atractivo que nunca. Cuando por fin me ve y sus ojos dan cuenta del *gin-tonic* que tengo en la mano, me lanza una severa mirada de desaprobación y aligera el paso.

—Basta de alcohol por hoy —dice y me quita la copa y la deja sobre la barra, a una distancia suficiente como para que no pueda alcanzarla sin toparme con su cuerpo. Me fijo en las gotas de agua que recorren su cuello; supongo que no le habrá resultado fácil esquivar la lluvia de espuma atomizada.

—Todavía no me creo que estés aquí.

—¿Qué? ¡No te oigo! —exclama.

—¡Digo que no me creo que estés aquí!

Se inclina hasta pegar completamente su boca a mi oído y me dice:

—Por lo visto, no puedo dejarte sola.

Sus labios me acarician el lóbulo al hablar y siento un placentero cosquilleo. Está tan cerca de mí que puedo oler su perfume y sentir su calor corporal.

—¡Yo no necesito que me protejas! —grito medio riendo y me cuelgo de

su cuello con descaro.

—Pues a mí me parece que sí —responde mirándome la boca. No he podido oírlo, pero sí leerle los labios. Me coge las manos con delicadeza y las desenrosca de su cuello. Los brazos se me caen como un peso muerto a ambos lados del cuerpo y me tambaleo, pero justo antes de caerme al suelo, él me agarra por la cintura con agilidad.

—Se acabó. Te llevo a casa.

—¡Pero no me quiero ir todavía! —protesto.

Me deslizo como una serpiente hacia la barra en busca de mi *gin-tonic* y, antes de que pueda impedírmelo, me bebo de un trago lo que queda en la copa. Después, lo cojo de la mano con determinación y tiro de él hacia la pista. Me gusta la música que está sonando; es lenta, metálica y muy erótica, justo lo que quiero ahora. Le rodeo el cuello con los brazos y me aprieto contra su cuerpo, contoneando la pelvis con descaro. A pesar de que él no me corresponde con un baile, por el parpadeo ininterrumpido de sus ojos y la forma en la que se humedece los labios entreabiertos, sé que está excitado. Y esa certeza me enciende aún más. Llevo sus manos a mis nalgas y, aunque no me las aprieta, tampoco las aparta.

—No me imaginaba que fueras tan tímido... —le susurro poniéndome de puntillas y agarrándome a su cuello otra vez.

Él sonrío con una especie de ternura nerviosa que me parece irresistible y yo le acaricio los labios con suavidad. Aunque permanece impasible a mi caricia, no se me escapa el detalle de que traga saliva, así que decido ir un paso más allá. Desabrocho el primer botón de su camisa, luego el segundo y luego el tercero, y cuando el principio de una fina capa de vello claro asoma en su pecho medio descubierto, el deseo ansioso de probar a qué sabe se apodera de mí.

Quiero desabrocharle un botón más.

Que su piel se derrita en mi boca caliente.

Quiero saber a qué sabe.

Dios, necesito saber a qué sabe.

Pero en el momento en que mis dedos se dirigen con urgencia hacia el cuarto botón de su camisa, Eric me coge las manos y las inmoviliza contra su propio pecho.

—Para, por favor, para.

—¿Es que no te gusto? —pregunto enfurruñada como una niña.

Él aprieta la mandíbula de forma ostensible antes de contestar.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces por qué no me follas de una vez y acabas con esta agonía?

—Has bebido demasiado, Luna, no sabes lo que dices —sentencia negando con la cabeza. Me suelta las manos y se abotona la camisa.

—Estaré borracha, pero sé muy bien lo que digo —replico, tratando de cogerle del cuello por tercera vez.

De pronto, algo impacta con fuerza contra mi espalda. Un chorro de agua a presión me golpea con brutalidad hasta que pierdo el equilibrio y acabo cayendo de rodillas frente a él. Mareada, levanto la vista y con una sonrisa irónica consigo decir:

—Siempre a sus pies, señor Grau.

—Vámonos —me ordena desde su infinita atalaya.

## Capítulo 21

Eric abre la puerta del copiloto y yo me dejo caer sobre el asiento. En lugar de cerrar la puerta, se inclina para ponerme el cinturón de seguridad.

—¿Estás enfadado? —pregunto tirándole de la manga.

—Más bien preocupado. Llevas un par de días descontrolada, Luna.  
¿Siempre eres así?

Sonrío y me abrazo a su cuello con aire teatral.

—¿Y tú siempre eres tan protector con todas?

Pero él me dedica una mirada gélida y se desprende de mis brazos.

—Hablo en serio.

Resoplo y le giro la cara con desdén.

—No sé por qué te importa tanto.

Eric me toma con suavidad de las mejillas y me obliga a mirarlo.

—Me importa y punto —admite con la voz sedosa.

Y en sus ojos felinos vislumbro todas las cosas que imagino que quiere hacer conmigo.

Quiere besarme ahora mismo y enredar los dedos en mi pelo.

Quiere deslizar su lengua por mi cuello y sentir contra su pecho la presión de mis pezones endurecidos.

Quiere empujarme contra el asiento y bajarme los pantalones.

Quiere hundir la cabeza entre mis piernas y luego hundirse él, entero.

Quiere mojarme y que lo moje.

Quiere usarme y que lo use.

Y como yo también quiero todo eso, voy a facilitarle el camino. Me acerco a él con los labios entreabiertos, cierro los ojos y dejo ir un gemido involuntario. Pero Eric no reacciona como yo esperaba. Se separa de mí antes de que nuestras bocas lleguen a rozarse y me cierra la puerta en las narices.

—¿Acabas de hacerme la cobra? —le pregunto de mala leche en cuanto se sube al coche. Su única respuesta consiste en lanzarme una botella de agua sobre los muslos y ordenarme que me la beba para no deshidratarme. De verdad, qué hombre tan complicado.

Enseguida arranca y salimos del *parking* a la velocidad de la luz, esquivando a un grupo de jóvenes borrachos que caminan tambaleándose de forma temeraria de un lado a otro de la calzada. Eric masculla algo entre dientes y acelera y yo no dejo de preguntarme si alguien como él, siempre tan serio y malhumorado, se habrá divertido alguna vez en su vida. A medida que nos alejamos del centro, las calles se van quedando vacías, escoltadas únicamente por la tímida luz de las farolas y el resplandor verdirrojo de los interminables semáforos. Eric parece sentirse más cómodo en la quietud y supongo que por eso su forma de conducir se vuelve más pausada. De reojo, observo la suavidad con la que acaricia el volante y me entran unas ganas incontrolables de volver a la carga. Coloco mi mano sobre su muslo con descaro y, con la lengua medio trabada, le pregunto:

—¿Vas a acostarte conmigo?

—No, Luna. —Me aparta la mano con delicadeza—. Voy a llevarte a casa y voy a asegurarme de que te metes en la cama. Eso es todo.

—Pero no lo entiendo. Antes has insinuado que te gusto.

—Esa no es la cuestión, Luna. La cuestión es que soy tu jefe.

—¡Venga ya! —exclamo dando una palmada sarcástica—. ¡Si te has pasado por la piedra a todas las tías de la empresa!

Eric esboza una sonrisa cargada de ironía y niega con la cabeza.

—Es de dominio público —añado.

—Ya. Y tú te lo crees, ¿no?

—Por supuesto. Así que no me vengas con excusas baratas. Si no te gusto, me lo dices y punto —le increpo en un tono repentinamente agresivo—, pero ahórrate el papel de hombre de principios conmigo.

Como tantas otras veces, permanece callado. Se limita a conducir de forma mecánica, sin apartar los ojos de la carretera y su impassibilidad

consigue enervarme.

—Dime una cosa, Eric —insisto—. ¿Por qué te tomas tantas molestias si no vamos a follar?

—Basta, Luna. Déjalo ya. Me estás haciendo sentir incómodo.

—Pues para el coche, que me bajo.

—No digas tonterías.

—¡Que pares el puto coche! —exclamo revolviéndome en el asiento como una demente.

Entonces empiezo a notarme agitada y con dificultad para respirar. Trato de inspirar todo lo profundo que puedo, pero un colosal bloque de acero me aprieta los pulmones. Mierda, me voy a morir asfixiada.

—¿Qué te pasa? —pregunta alarmado por los inquietantes estertores que salen de mi garganta.

—No puedo... No puedo respirar... —sollozo con el rostro contraído por la angustia. Me siento como un pez agonizando fuera del agua.

Eric da un volantazo brusco hacia el lateral de la calzada y frena el coche de golpe. Con rapidez, me quita el cinturón de seguridad, abre la ventanilla y me obliga a sacar la cabeza fuera.

—Respira hondo —dice sujetándome por la nuca con delicadeza.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gimoteo.

—Tranquila. Solo es una pequeña crisis de ansiedad. Vamos, respira. Yo estoy aquí. Estoy contigo.

Su voz es tan cálida y tan compasiva que lo único que soy capaz de sentir ahora mismo es arrepentimiento. Arrepentimiento por la forma cruel en la que lo he tratado. Y vergüenza, muchísima vergüenza. Y es entonces, al hacer balance de todas las estupideces que he dicho y hecho esta noche, cuando una violenta arcada me sacude el estómago y acabo vomitando por la puerta del copiloto.

—Tranquila... No pasa nada... —me susurra sujetándome el pelo.

Cuando todo se acaba, dejo ir la cabeza contra el respaldo del asiento y cierro los ojos. Me siento vacía. Pero no es la clase de vacío que viene tras una purga, no, es más bien la de después de un cuento con final triste.

Oigo a Eric abrir la guantera y manipular un envoltorio de plástico y, después, me limpia con un pañuelo de papel los restos de vómito de la cara.

—Lo siento mucho. Te he puesto la puerta perdida —balbuceo abriendo los ojos.

—Ya te pasaré la factura. ¿Estás mejor?

—No, Eric, me siento como una mierda. Todas las cosas que te he dicho... Yo...

—Chsss... —Me acaricia el pelo con suavidad—. Vamos a olvidarnos de lo que ha pasado esta noche, ¿te parece?

Asiento con timidez y cierro los ojos de nuevo. Me hundo un poco más en el asiento y dejo que el aire frío que entra por la ventanilla me transporte a algún lugar donde todo esté en calma. Luego, un pitido intermitente me sobresalta y vuelvo a abrirlos. Eric se ha desabrochado el cinturón y ahora está inclinado sobre mi cuerpo, desabrochándomelo a mí.

—¿Dónde estamos? —pregunto desorientada.

—Ya hemos llegado.

Entramos en casa a oscuras y sin hacer mucho ruido. Eric me sigue hasta el cuarto de baño sosteniendo mi bolso en una mano y cogiéndome por la cintura con la otra.

—Necesitas comer algo. Ya busco yo la cocina. Tú quédate aquí —dice, mientras deja el bolso en el suelo. Luego cierra la puerta con cuidado y desaparece.

Metó la cabeza bajo el grifo del lavabo y exhalo. Y entonces aflora otra vez ese sufrimiento inalterable. Las lágrimas me salen a chorro de los ojos y se mezclan con el agua corriente. Y no sé por qué ahora, que ya ha pasado todo.

Aunque en realidad sí lo sé.

Lo he sabido siempre.

Eric me espera apoyado en la barra de mi cocina americana con un sándwich de queso y un vaso de Coca-Cola que le agradezco con una sonrisa fugaz. De reojo, me fijo en cómo observa en silencio el destartado salón de mi minúsculo piso compartido, con sus colores estridentes y todos esos objetos excéntricos e inútiles que le gusta coleccionar a Dani. Desde luego, mi casa no tiene nada que ver con la suya.

Del mismo modo que yo no tengo nada que ver con él.

Él es un triunfador de ideas claras y yo una pequeña catástrofe social con

una boca que habla cuando tiene que callar, una cabeza que piensa demasiado y un corazón desbocado. En realidad, lo único que me une a él es una fría transacción laboral. Y esa certeza me debilita tanto que comer me parece imposible ahora mismo. Aparto el plato hacia un lado y busco su mirada.

—Siento mucho todo lo que ha pasado.

—No le des más vueltas —dice en un tono conciliador—. Habías bebido y no eras consciente de tus actos. Fin de la historia.

—Aun así, Eric. Deberías estar muy enfadado.

Él sonrío como le habría sonreído a una chiquilla que acaba de decir algo gracioso y me acerca el plato de nuevo.

—Come.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? Necesito entenderlo.

—Creía que pensabas que soy un dictador.

—A veces lo pienso, pero esta noche no. Esta noche eres un Eric distinto.

—No tengo ni la más remota idea de a qué te refieres —admite frunciendo el ceño. Y la magia se rompe en cuanto se mira el reloj—. Es muy tarde, deberías dormir.

Me acompaña a mi habitación y se sienta conmigo en la cama. Me quita las zapatillas con un cuidado casi paternal y las deja en el suelo. Después me ayuda a meterme bajo la sábana y se asegura de que estoy bien tapada. Y yo no puedo dejar de pensar que, aunque no tengamos nada en común, está aquí.

Ahora.

Conmigo.

Tal vez no de la forma que habría imaginado, pero eso ya ni siquiera me importa.

—Bueno, Luna. Tengo que irme. Prométeme que vas a portarte bien lo que queda de fin de semana.

Trago saliva y saco el brazo de debajo de la sábana para cogerle la mano.

—No te vayas, por favor. Quédate.

Él se pone serio, o tenso, no sabría decirlo, y niega con un gesto de la cabeza.

—Sabes que no puedo.

Me incorporo y la aprieto con más fuerza.

—Sí, sí que puedes. Solo quiero que te quedas a dormir conmigo y me abrases. Por favor... —insisto con la voz ligeramente quebrada.

—¿Solo eso?

—Sí, solo eso. Te lo juro.

Eric frunce los labios como si calibrara cuál es la respuesta más adecuada, pero acaba accediendo tras un suspiro. Se quita el reloj y las gafas y los deja sobre la mesita de noche. Después se quita las zapatillas y las apila junto a las mías. La cercanía de su cuerpo bajo la sábana consigue que me estremezca y él me rodea con el brazo, apretándome contra su pecho. Su latido es atropellado y no puedo evitar que me embargue una dulce sensación de victoria. Al final, siempre hay un instante en el que la verdad acaba aflorando en un gesto involuntario.

—Eric, yo...

—Chsss... *God natt, min lilla Luna. Sov gott.*

## Capítulo 22

Una aguda palpitación en la cabeza me desvela. Me despierto sobresaltada, entrecerrando los ojos por la claridad que se cuela por las rendijas de la persiana, y me masajeo el cráneo para intentar minimizar la sacudida. Tengo la boca seca y me siento como si una apisonadora me estuviera aplastando el cerebro contra el suelo, así de bien. Pero, entonces, lo veo a mi lado y se me pasan todos los males. Está de cara a mí, con las manos bajo la almohada y su preciosa mata de pelo liso y rubio cayéndole sobre la cara como una cortina. Duerme tan plácidamente que las ojeras y el rictus de preocupación parecen haberse atenuado. Es como si se hubiera alejado de su asfixiante mundo cotidiano y estuviera en paz consigo mismo y con el resto de la humanidad. Nunca había visto tanta inocencia en su rostro y siento la perentoria necesidad de acariciar toda esa belleza sin artificios. Pero me contengo porque, apenas unos segundos después, comienzo a sentir un malestar más intenso que la peor de las resacas: los recuerdos de la noche pasada invaden sin piedad mis redes sinápticas y me obligan a verme en una degradante versión de mí misma, borracha como una cuba y desenfrenada. Suplicándole primero sexo y después cariño.

A mi jefe.

Qué vergüenza.

Eric se despereza y abre los ojos en ese momento, como si el ruido de mis divagaciones lo hubiera despertado, y me mira con esa entrañable confusión transitoria de quien aún no ha procesado la realidad.

—Hola —susurra al cabo de unos segundos, regalándome una sonrisa.

Yo, en cambio, estoy muy seria.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo una resaca de campeonato.

—A mí me duele la espalda —dice crispando la boca en una mueca de dolor al moverse para cambiar de posición.

—Es que esta cama es muy pequeña y tú eres muy grande.

—Aun así, he dormido bastante mejor de lo habitual —afirma mientras se frota los ojos—. Tal vez deberíamos repetir la experiencia.

Si tuviera la certeza de que está hablando en serio, le diría muchas cosas ahora mismo. Cosas como que me encantaría dormir con él una y mil veces más y ni siquiera me importaría que no me tocara. El problema es que, como de costumbre, no sé cómo interpretar sus palabras. Lo único que sé es que ha recuperado el control de la situación y eso me hace vulnerable de nuevo. Y por ese motivo necesito levantar mis murallas defensivas cuanto antes.

—Ahora vengo. Voy a por un ibuprofeno, que me va a estallar la cabeza —digo incorporándome con cuidado y salgo de la habitación.

En el pasillo huele a café recién hecho. Me dirijo a la cocina, dando por sentado que Dani ya está despierto, pero en su lugar me encuentro con un tío que trahina en los armarios de espaldas a la entrada. Un tío que, por cierto, lleva unos horribles calzoncillos con dibujos de superhéroes y nada más. Qué visión tan desagradable.

—Hola, soy Ana, la compañera de piso de... —empiezo a decir.

El tío se gira sobrecogido al oír mi voz y cuando estamos frente a frente, la taza que acababa de sacar del armario se le escurre de las manos y se estrella contra el suelo.

—La madre que me... —masculla al verme, con los ojos como platos.

Yo tampoco quepo en mí del asombro.

—¡Alberto! ¡No me lo puedo creer! ¿Eres amigo de Dani?

—Más bien su rollo de Tinder. Y tú su compañera de piso, claro. Ay, mierda —maldice tratando de cubrirse con las manos las redondeadas formas de su torso desnudo.

—Pero ¿tú eres gay?

—Pues sí, pero es que... no lo sabe casi nadie. O sea, que no he salido

oficialmente del armario. Y, la verdad, me gustaría seguir manteniéndolo así.

—Claro —digo con un hilo de voz.

—¿Pasa algo? —pregunta escrutándome con una mirada evaluativa.

Oh, nada. No pasa nada en absoluto. Solo que tengo a mis dos jefes en casa. Uno en calzoncillos confesando su homosexualidad después de haber follado con mi compañero de piso y el otro metido en mi cama después de no haber follado conmigo.

Menudo desastre.

—¡Me cago en la puta! —exclama de repente. Parece que los ojos están a punto de salirse de las órbitas. Es como si hubiera visto un fantasma. O algo mucho peor, me temo—. Pero ¿qué haces tú aquí? —inquire, con la mirada clavada en la entrada de la cocina.

Y allí está Eric, despeinado, con la boca crispada y los brazos cruzados sobre el pecho en actitud desafiante.

—No, qué haces tú aquí —replica pronunciando ese «tú» con soberbia y con una ceja levantada.

—Pues parece que los dos hemos venido a hacer lo mismo —dice Alberto gesticulando con chulería.

Eric le dirige una severa mirada de desprecio que no necesita palabras.

Dani irrumpe en la escena ataviado con una inmensa camiseta con estampado de leopardo y haciendo escándalo como de costumbre.

—¿Y este maromo? —pregunta examinando a Eric como si fuera un trofeo.

Será capullo... Como si no lo supiera.

—Es Eric Grau, mi jefe.

—Madre mía... —farfulla comiéndoselo con los ojos—. Me habías dicho que estaba bueno, no que fuera un dios vikingo...

Eric pone los ojos en blanco y resopla molesto. Y a mí me entran ganas de asesinar a Dani con mis propias manos. Lenta y dolorosamente.

—A Alberto ya lo conoces. Mi otro jefe —añado entre dientes.

—¿Qué? Me acabas de dejar loca del coño.

—Dani es mi compañero de piso —aclaro avergonzada, dirigiéndome a Eric.

—Ya. Y el culpable de que anoche estuvieras sola y al borde del coma

etílico en esa... jaula de locas, ¿no es así? —sentencia de forma despectiva.

La expresión de rabia en la cara de Alberto no pasa desapercibida para mí.

—No creo que precisamente tú estés en condiciones de emitir juicios de valor —dice dedicándole una dura mirada que después me traslada a mí.

Eric me empuja hacia un lado y se coloca frente a él.

—Vamos a dejar las cosas claras —le espeta con una frialdad apabullante—. Lo que haya pasado entre ella y yo no es asunto tuyo. Y no deberías olvidarte de quién soy si quieres que todo continúe como hasta ahora. ¿Necesitas que te lo repita?

Esta es la versión de Eric Grau que todos conocen. La del hombre intransigente que siempre tiene la última palabra. Y es la versión que menos me gusta de él porque no tiene nada que ver con la que descubrí anoche.

—No, no será necesario —musita Alberto alzando las manos en señal de rendición. Él sabe tan bien como yo que contrariarlo puede llegar a resultar muy peligroso.

—Eso está mejor —dice Eric con autosuficiencia—. ¿Qué te parece si hacemos un pacto entre caballeros? Yo me olvido de todo esto si tú te olvidas de que me has visto hoy aquí.

Alberto asiente y se estrechan las manos sin demasiado entusiasmo.

—Y vístete, por el amor de Dios. Esos calzoncillos son motivo de despido —sentencia Eric con arrogancia. Luego se escabulle hacia mi habitación y yo lo sigo, no sin antes dedicar a Alberto y a Dani una mirada que solo puede significar una cosa: «Me la vais a pagar, cabrones».

Eric se sienta en la cama y se ata los cordones de las zapatillas con tanta mala leche que los dedos no tardan en ponérsele blancos por lo mucho que aprieta. El pelo se le mueve al compás de los movimientos bruscos de los brazos y en sus ojos se vislumbra un preocupante destello de irritación. Cierro la puerta y permanezco a una distancia prudencial, con la espalda apoyada contra la pared.

—¿Te vas?

—Sí, tengo un compromiso familiar —responde sin mirarme.

—Estás enfadado —afirmo.

—¿A ti qué te parece? Menudo cretino... Pero ¿cómo se atreve a

hablarme así? A mí.

—Igual te has pasado un poco con él.

Eric me fulmina con la mirada y se incorpora de golpe.

—Me he limitado a ponerle en su sitio.

—En realidad, lo has amenazado.

—¿Y qué querías que hiciera? —exclama con la voz cargada de rabia—. ¿Que dejara que se hiciese una idea equivocada de lo que ha pasado aquí?

—Ah, con que de eso se trata... Te cabrea que alguien piense que nos hemos enrollado, ¿no? ¿Qué pasa, Eric? ¿No soy lo suficiente buena para ti?

—No tendría que haberme quedado a dormir. Todo esto ha sido un error, un error de principiante —masculla apretando los dientes.

Coge las gafas y el reloj de encima de la mesita de noche y se los pone a toda prisa.

—Oh, vaya. ¿Ahora te parece un error? ¡Pues haberlo pensado antes! Nada de esto habría pasado si no me hubieras secuestrado el otro día, para empezar.

—¡Maldita sea! ¿Otra vez con la estupidez esa del secuestro? —Tiene los puños apretados y se le marca una vena en la sien. Sé que ha perdido la paciencia.

Y la ha perdido por culpa mía.

—Se acabó —dice tras un profundo suspiro—. Soy tu jefe, Luna. Nada más. No lo olvides nunca —remarca apuntándome con su inquietante dedo índice.

Luego me dedica una gélida caída de párpados y desaparece sin ni siquiera despedirse. Y, cuando se ha marchado, me desmorono sobre la cama como un castillo de naipes y escondo la cabeza bajo las sábanas, buscando desesperada lo que queda de su olor en la almohada y el calor que aún desprende el lado en el que ha dormido.

Anoche era una promesa.

Hoy es mi jefe. Nada más.

Supongo que he estirado tanto de la cuerda que al final he conseguido romperla.

## Capítulo 23

Lunes otra vez. Cómo odio los lunes. Deberían estar prohibidos por ley. Especialmente cuando tienes tantos frentes abiertos a los que enfrentarte después de un fin de semana surrealista. Ayer me quedé en la cama todo el día, con una llorera que ni cuatro paquetes de Oreo habrían podido calmar y el portazo que él había dado al marcharse reverberando en mis oídos. Su olor impregnado en mis sábanas empeoró la situación y el cruel silencio que me impuso tras el mensaje que le envié me abrió una herida invisible en el centro del pecho que hoy todavía sigue sangrando.

«Tengo tu sudadera. Mañana te la devuelvo».

Qué estúpida.

Esta mañana tampoco quería salir de la cama, pero la realidad, que es una cabrona, me ha sacado de entre las sábanas a base de bofetadas. «¡Arriba, que tienes obligaciones!», parecía estar gritándome con un megáfono, la muy hija de puta. Y no me ha quedado más remedio que levantarme a trancas, vestirme a barrancas y arrastrarme hasta el metro con una tristeza auestas que pesa una tonelada. Con lo bien que me habría venido quedarme vegetando en casa. Maldita la hora en la que a algún iluminado se le ocurrió proclamar la gilipollez esa del *carpe diem*.

Compruebo el móvil por enésima vez. Nada. No hay respuesta. «La sudadera y yo le importamos una mierda al rey del hielo», me digo con amargura. Y al darme de frente con la contundente y dolorosa realidad, me sube a la garganta una rabia áspera como una lija. Me pongo los auriculares y me entrego a la melodía nostálgica de Yann Tiersen para no tener que soportar esas molestas conversaciones de metro con decibelios y líneas

argumentales que hoy no soy capaz de tolerar. Subo el volumen y cierro los ojos.

Y me prometo a mí misma que nunca más volveré a ceder ante él.

\*\*\*

Oliver me sorprende por la espalda junto a la máquina del café y el corazón casi me da un vuelco.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpa—. Tienes cara de cansada.

—Ya. Es que no he dormido muy bien esta noche.

La máquina expulsa mi café con leche y lo cojo con cuidado para no quemarme los dedos. Después, nos dedicamos a decirnos cosas que no importan, que no significan nada, solo para rellenar el silencio y distraernos del incómodo ruido de la máquina. Cómo ha ido el *finde*. Bien, normal, ya sabes. Tienes mucho curro hoy. *Psé*, lo de siempre.

—Siento lo del otro día, Ana —dice luego—. Lo que dije sobre *Iceman* y tú, y todo eso.

—No, Oliver —lo interrumpo—. Si alguien tiene que pedir disculpas aquí, soy yo. La cagué yéndome con él. Debería haberte hecho caso. Es un imbécil y no tiene ningún derecho sobre mí.

—¿Él y tú estáis...? —Junta los dedos índice para ilustrar la pregunta que ha dejado a medias.

Sacudo la cabeza y parece respirar aliviado.

—Entonces, ¿tengo alguna posibilidad contigo?

La pregunta me deja descolocada. Demasiado directa para un lunes por la mañana. O, por lo menos, para este en concreto. Me llevo el café a los labios y dilato mi respuesta soplando el líquido caliente.

—Me gustaría que saliéramos algún día y nos conociéramos un poco más. Si a ti te apetece, claro —matiza con la voz franca y la mirada esperanzada.

No sé qué decir, la verdad. Oliver es mono y parece buen tío, pero, si salgo con él, no solo estaré dándole falsas esperanzas, sino que pondré en peligro su puesto de trabajo. Entonces, me viene a la cabeza lo último que me dijo Eric ayer antes de largarse de mi casa como si nada de lo que había pasado entre nosotros tuviera la más mínima importancia para él. Que solo

era mi jefe. Y me digo a mí misma que su ridícula amenaza de despedir a Oliver no tiene razón de ser. Si me he hecho la promesa de no volver a plegarme ante sus caprichos nunca más, tengo que cumplirla. Así que, esbozando una sonrisa que ya no sé si es sincera o forzada por las circunstancias, me armo de valor y acabo diciéndole:

—Claro, cuando quieras.

## Capítulo 24

Miércoles.

Han pasado un total de 76 horas o, lo que es lo mismo, 4 560 minutos o 273 600 segundos desde que vi a Eric por última vez. Y han sido las 76 horas, los 4 560 minutos y los 273 600 segundos más insoportables de mi vida. Es como aquella canción del anuncio de IKEA: «No puedo vivir sin ti, no hay manera».

Siempre he creído que mi umbral de tolerancia al dolor era muy bajo. Sin embargo, cuanto más fuerte me golpea él, más dispuesta estoy a poner la otra mejilla. Quiero más. No debería, pero quiero más. Tal vez es cierto eso que dicen de que uno no llega a conocerse del todo hasta que encuentra a alguien con quien conecta.

O con quien cree haber conectado.

—¿Cómo lo llevas, Ana? ¿Crees que lo tendrás listo para antes de las seis? —me pregunta Alberto con un tono inquieto, levantando la vista por encima de su portátil.

Sé que está preocupado por si el encontronazo que tuvo con Eric en mi casa le pasa factura de una forma u otra. En realidad, no ha mencionado nada al respecto. Nada de nada. Y yo agradezco enormemente su discreción. Pero no hay más que ver lo ansioso que está desde el lunes —y eso que Alberto es como una balsa de aceite—, insistiendo cada dos por tres en que, si me retraso en la entrega de los incentivos, el cliente se va a cabrear. Y mucho.

Ya, pero para eso, «el cliente» tendrá que molestarse antes en dar señales de vida.

—No te preocupes, lo tengo todo bajo control —respondo para tranquilizarlo.

No acostumbro a confiar demasiado en mí misma, pero si de algo estoy segura al cien por cien es de que bajo presión trabajo mucho mejor. Por eso, cuando el reloj de plástico de la pared del cubículo marca las cuatro de la tarde, respiro aliviada al comprobar que ya he terminado la tarea. Voy a entregar un informe impecable, sin un solo fallo y, encima, antes de tiempo. Que alguien me aplauda, por favor. Envío el documento al Comité de Ventas por correo electrónico y me aseguro de que Eric esté en copia. No es que espere que el siempre ocupado y últimamente desaparecido señor Grau se vaya a tomar la molestia de leer el correo, abrir el archivo y comprobar los resultados. Pero si algo sé del complejo universo empresarial es que el correo con copia al jefe es una estrategia de supervivencia infalible, sobre todo cuando el tiempo apremia. Aunque también puede llegar a tener unos efectos colaterales muy peligrosos cuando el influjo que ejerce el jefe en cuestión sobre sus subordinados es tan poderoso como en este caso. He visto a hombres que ocupan posiciones de altos vuelos dentro de esta empresa agazaparse como gatitos ante una simple mirada del depredador. Pero a mí eso me da igual. En realidad, que le tengan miedo es una ventaja. El simple hecho de que su nombre figure en la lista de destinatarios de un correo es la mejor garantía de que todo el mundo haga su trabajo rápido. Rápido, en el idioma de Eric Grau, quiere decir hoy mismo, ahora, ya, para ayer. Es un hombre exigente en los negocios, pragmático e interesado en los hechos y los resultados. Así que, si consigo que los señores gerentes den por válido mi informe hoy mismo, a *Iceman* no le quedará otro remedio que darme las gracias por ser tan eficaz y haberle ahorrado tiempo. Y una disculpa por haber sido tan capullo conmigo tampoco estaría de más.

Tal y como me había figurado, las respuestas llegan en cascada a mi bandeja de entrada en los siguientes minutos. Ninguno de los gerentes tiene la deferencia de elaborarla lo más mínimo y se limitan a contestar con un sucinto y frío «Ok» desde sus iPhones de empresa. Ya sé que para ellos no soy más que una máquina de calcular dinero que podría ser sustituida por otra en cualquier momento, pero al menos se podrían haber molestado en darme una contestación un poco más esclarecedora que un puñado de enigmáticos «Ok». ¿Qué cojones significa «Ok»? ¿«Ok, lo he recibido» u «Ok, está todo

bien»? Chasqueo la lengua con fastidio y comienzo a redactar otro correo para pedir que me confirmen de forma explícita si los datos son correctos, pero justo cuando estoy a punto de enviarlo, mi correo se vuelve a inundar de mensajes que dicen, casualmente, lo que quiero oír: sí, los resultados son buenos. Qué extraño, me digo, ni que me hubieran leído el pensamiento. Pero las casualidades no existen, en cambio, los efectos colaterales del correo con copia al jefe, sí.

Con los dedos exudando nerviosismo, comienzo a teclear.

DE: Ana Luna

PARA: Eric Grau

ASUNTO: Validación de resultados

¿Has hecho algo para agilizar las respuestas de los gerentes?

Ana Luna

DE: Eric Grau

PARA: Ana Luna

ASUNTO: RE: Validación de resultados

Mi trabajo. En cambio, el tuyo parece que lo has dejado a medias. No has puesto a Lidia Fortuny en copia. Te recuerdo que es la subdirectora de Ventas y tiene que estar informada del proceso en todo momento. Que no vuelva a ocurrir. Es un error imperdonable.

Eric Grau

Enviado desde mi iPhone

O sea, que no ha tenido tiempo desde el domingo para responder a un triste WhatsApp, pero para echarme la bronca por una gilipollez como esta sí. No hay quien lo entienda. Vamos, ni que el haberme olvidado de la Fortuny fuera tan grave. Pues habrán sido las prisas, yo qué sé. Es que no me ha dado ni las gracias, el cabronazo. Con lo que me he esforzado, joder. Yo solo quería que se sintiera orgulloso de mí y, tal vez, no sé, que volviera a acercarse.

A ser el Eric del fin de semana.

Pero está visto que eso no volverá a pasar.

—Qué imbécil —me desahogo en voz alta, bajando la tapa del portátil de un sonoro golpe.

Mis compañeros alzan la vista a la vez y me miran con desconcierto.

—Mejor no preguntéis —mascullo de mala gana. Y, tras una exhalación, me levanto de la silla de un bote y abandono el cubículo sin dar explicaciones.

El ascensor me expulsa en la séptima planta y me dirijo al *lounge* de forma mecánica. Lo bueno de este lugar es la extensa variedad de cápsulas Nespresso que hay junto a la gran cafetera. Hay para todos los gustos e incluso, con un poco de suerte, se puede conseguir alguna edición limitada. En cualquier caso, aquí el café no tiene nada que ver con ese asqueroso brebaje por el que pagamos cincuenta céntimos en el vestíbulo de la planta menos uno. Cómo se nota que a los internos los cuidan, me digo indignada. Elijo un Lungo con leche y me dejo caer sobre el cómodo sofá como si no me preocupara nada, aprovechándome de la quietud del lugar para sentir, por una vez y aunque sea una ilusión, que yo también pertenezco a este sitio. Pero mi soledad se ve rápidamente interrumpida por dos hombres que entran en la sala. Ni siquiera reparan en mi presencia. Se dirigen a la máquina y continúan charlando como si yo no estuviera allí, entre palmaditas en los hombros y sonrisas de esas que sirven para sellar secretos. Ambos rondarán los cuarenta, visten trajes de *yuppie* y, a juzgar por la cantidad de gomina que llevan en el pelo, seguro que ocupan un cargo importante. Me arrincono en el sofá y trato de concentrarme en mi café, aunque no puedo evitar escuchar la conversación.

—¿Y ya habéis previsto algo para el lanzamiento de Gabarol? —pregunta uno mientras elige su cápsula.

—Por supuesto. Hace meses que tengo a todo mi equipo de Marketing trabajando en ello. Ya sabes que en estos casos hay que planificar con mucha antelación si queremos que la jugada nos salga redonda.

—Claro. ¿Qué habéis pensado?

—Un congreso de seis días en la Riviera Maya. Calculo que para unos dos mil médicos. El avión, el hotel y las dietas corren por cuenta nuestra, obviamente. Y, por supuesto, les regalaríamos a cada uno unas cuantas cajas

de Gabarol —añade con una risita maliciosa—. Pero yo no te he dicho nada.

El otro se lleva los dedos a los labios y los mueve como si cerrara una cremallera.

—¿De cuánto estaríamos hablando? —dice luego, gesticulando como si tuviera un fajo de billetes entre las manos.

—De unos seis o siete millones. Aunque, entre tú y yo, si fueran diez, mucho mejor.

—Te entiendo, amigo. Lo que pasa es que las cosas han cambiado mucho en los últimos tiempos. Antes, el departamento de Marketing tenía carta blanca para gastar, pero desde que el hijo pequeño está metido en las finanzas, los gastos para este tipo de eventos se han restringido mucho. Créeme, el cabrón se mira con lupa cada presupuesto que le entrego.

Todos mis sentidos se agudizan al instante. Contengo la respiración y procuro afinar el oído.

—Menudo *tocahuevos*. De todas formas, tú eres el *financial controller*. Estoy seguro de que encontrarás la manera de ajustar los números —dice el otro, entrecomillando con los dedos.

—Está bien, cuenta con ello. Creo que puedo conseguir el visto bueno de Angus y Johan Grau sin que Eric sepa nada de todo esto.

Ambos se estrechan la mano con una camaradería diabólica y desaparecen de allí como si no hubiera pasado nada. Entonces expulso todo el aire contenido y, evaluando la gravedad de lo que acabo de oír, trato de poner en orden el galimatías que tengo en la cabeza.

«Gabarol... Riviera Maya... Diez millones de euros... El hijo pequeño... Angus y Johan Grau... Gabarol... Riviera Maya... Diez millones de euros... El hijo pequeño... Angus y Johan Grau... Gabarol... Riviera Maya... Diez millones de euros... El hijo pequeño... Angus y Johan Grau... Vale Ana, frena. Y céntrate».

Primero, ¿por qué esta conversación me ha sonado tan descaradamente a complot? Segundo, ¿qué pintan los hermanos de Eric en todo esto? Y tercero, ¿qué narices es Gabarol? Tiene que ser un fármaco nuevo, aunque aún no se comercializa o, desde luego, yo lo sabría. Lo que me lleva a preguntarme por qué se habría de organizar una fiesta en un hotel del Caribe para presentar un medicamento. Una fiesta de diez millones de euros. No es que yo sea ninguna experta en el negocio farmacéutico, pero me parece que esa cifra es

desorbitada.

«Estoy seguro de que encontrarás la manera de ajustar los números».  
Más que desorbitada. ¡Es inmoral!

\*\*\*

## **La Agencia Europea del Medicamento da luz verde al lanzamiento de Gabarol®**

*La EMA (Agencia Europea del Medicamento) acaba de hacer pública en una rueda de prensa su decisión de aprobar la solicitud de Laboratorios Grau para la comercialización de Gabarol®, un hipnótico de tercera generación no benzodiazepínico que se ha demostrado altamente eficaz en los trastornos graves del sueño que llegan a causar angustia, depresión e incapacidad en el individuo.*

*La resolución de la EMA llega casi un año después de que Laboratorios Grau presentara las conclusiones de sus últimas investigaciones, tras haber realizado un estudio doble ciego controlado con placebo. Este estudio, realizado sobre más de mil individuos durante cinco años y que ha contado con la colaboración de la Sociedad Nacional de Neuropsiquiatría, ha demostrado que dosis de entre 5 y 10 miligramos al día son altamente eficaces para controlar el insomnio y los cuadros de ansiólisis y depresión derivados. La dosis máxima diaria recomendada es de 10 miligramos, pudiéndose administrar hasta 15 miligramos de forma segura en casos de graves trastornos de estrés postraumático. Los hipnóticos de tercera generación como Gabarol® se han demostrado, además, hipnoselectivos y con muchos menos efectos secundarios que las benzodiazepinas o los barbitúricos.*

*Angus Grau, director Ejecutivo de Laboratorios Grau, y Eric Grau, director de Ventas y Finanzas del mismo laboratorio, se desplazaron este lunes a Bruselas, donde los miembros del Comité de evaluación les comunicaron la aprobación del fármaco. Gabarol® empezará a comercializarse en los países de la Unión Europea a partir del próximo verano.*

La única incógnita que consigo desvelar después de haber leído la nota de prensa es que Gabarol es la razón por la que no he visto a Eric en tres días. Regreso a la página de resultados de Google. El comunicado oficial se repite una y otra vez en las ediciones vespertinas de todos los periódicos. Misma fuente, mismo mensaje. Ni una sola voz crítica. O lo que en periodismo se llama informar en base a intereses corporativistas. Quizás debería buscar en algún otro sitio, me digo. Tecleo la dirección de *La verdad incómoda* en el navegador y, con disimulo, hago pequeña la ventana.

### **Gabarol: la historia de una farsa en tres actos**

*Acaba de hacerse público, pero era un secreto a voces en los círculos más selectos de la industria. La EMA ha aprobado la salida al mercado de Gabarol. Y lo ha hecho tan solo 156 días después de que Laboratorios Grau le entregara el informe con sus conclusiones, cuando lo habitual son de 210 a 230 días hábiles. Que se hayan dado tanta prisa es algo que resulta, cuando menos, sospechoso. ¿Por qué ha corrido tanto la Agencia Europea del Medicamento para aprobar la comercialización de un fármaco que no supone ninguna urgencia sanitaria? ¿Podría tratarse de un nuevo caso de soborno? Es una incógnita que solo el tiempo podrá resolver, pero el asunto apesta a conflicto de intereses.*

*Laboratorios Grau solicitó a las autoridades competentes la inclusión de Gabarol en la lista de medicamentos comercializables en el espacio comunitario después de los resultados positivos arrojados por su estudio doble ciego controlado con placebo. Es cierto que este tipo de estudios son la forma más fiable de investigación. Los pacientes se dividen de manera aleatoria en dos grupos: en uno se suministra el fármaco y en el otro, un placebo. Ni las personas que reciben el tratamiento ni los médicos saben quién recibe qué, lo que elimina el poder de la sugestión en los pacientes y evita la predisposición inconsciente de los médicos hacia un grupo. Hasta aquí, nada que objetar. Sin embargo, Laboratorios Grau no ha hecho público ese estudio, a pesar de que las conclusiones parecen muy positivas. ¿Cómo podemos estar seguros los consumidores de que los resultados de este ensayo no han sido maquillados o manipulados?*

*La respuesta es categórica: no podemos. De momento, Laboratorios*

*Grau no ha hecho públicos los resultados del ensayo, ni parece haber asumido un compromiso de transparencia en la investigación clínica. Uno podría llegar a pensar que, si un estudio obtiene resultados negativos, se nos oculta de forma sistemática.*

*Otro aspecto que hay que mirar con lupa en esta lista de despropósitos es la colaboración de la Sociedad Nacional de Neuropsiquiatría en el estudio. ¿Por qué una respetable entidad médica independiente patrocina las investigaciones de un laboratorio privado? Por sorprendente que parezca, es una práctica habitual. Y es que entre las farmacéuticas y las sociedades médicas hay una relación de conveniencia mutua. Las primeras buscan en las segundas la imagen de neutralidad que les aporta la ciencia además de que los médicos conozcan el fármaco antes de que se comercialice de modo que esté listo para su prescripción en cuanto salga al mercado. A cambio, las sociedades médicas reciben ingentes cantidades de dinero de la industria que se destinan a organizar congresos multitudinarios, grupos de investigación y otro tipo de actividades que nos llevan a cuestionar la supuesta imparcialidad científica de las investigaciones.*

*La conclusión a la que ha llegado el estudio de Laboratorios Grau, con el aval de unos investigadores en teoría independientes, es que el producto es óptimo, necesario y debe venderse ya. Al menos, es lo que nos cuentan en su comunicado, evitando recordar, dicho sea de paso, que los fármacos psicotrópicos tienen una larga lista de efectos adversos a corto y largo plazo.*

*(...)*

No puedo continuar leyendo, necesito un respiro. Las cosas que denuncia el artículo son muy gordas: soborno, ocultación documental, perjuicio contra la salud pública... Me pregunto si el Departamento Legal será consciente de tales acusaciones. Supongo que sí, porque hay personas en el Gabinete de Comunicación que se dedican de forma exclusiva a rastrear todo lo que se dice de la empresa en los medios. Ellos lo llaman «gestión de la reputación», alegando su enorme preocupación por la percepción que tiene la sociedad de su imagen de marca. Pero, para mí, no es más que la antesala de los pleitos por injurias y calumnias. Según me contó una vez el externo de Comunicación *off the record*, el seguimiento que se llega a hacer de

cualquiera que publica algo en contra de la compañía es tan exhaustivo que parece más propio de una investigación judicial que de un supuesto barómetro sociológico.

Cuando pienso en algunas de las políticas internas de la empresa para la que trabajo, siempre acabo diciéndome a mí misma que debería tener más en cuenta las voces críticas. Tal vez, lo que se denuncia en este blog son prácticas habituales de la industria que se han convertido en verdades incómodas. Unas prácticas habituales muy deshonestas. Tanto que me gustaría que nada de lo que cuenta la página fuese cierto, que se tratara de una más de las miles de teorías *conspiranoicas* que corren por Internet acerca del carácter abyecto de las empresas farmacéuticas, que cada uno de los tres actos que constituyen la farsa de Gabarol pudiera ser desmontado con una argumentación lógica y decente. Porque, de lo contrario, debería admitir que formo parte de una empresa que promueve un vergonzoso elenco de malas praxis sin que nadie haga nada por evitarlo. Tal vez suena demasiado naíf para la edad que tengo y el mundo en el que vivo, pero, al pensarlo, es inevitable que me sienta decepcionada conmigo misma por trabajar en un lugar tan despreciable como este.

Son las seis menos diez cuando me suena el teléfono. El gerente de Sistema Respiratorio me informa de que ha habido un cambio de última hora en la curva de pago de su unidad de negocio y que tengo que recalcular los incentivos.

—¿Cómo dices? —pregunto sin dar crédito.

—Que tienes que volver a hacerlo.

—¡Pero si ya estaban validados! —protesto.

—Ya, pero te acabo de decir que ha habido un cambio. ¿Es que no me escuchas o qué?

—Bueno, pues lo hago mañana a primera hora. Estaba a punto de irme.

—Negativo. Mañana a primera hora tienen que entregarse a Recursos Humanos para que los incluyan en las nóminas. Es improrrogable. Lo siento, pero tendrás que quedarte.

Chasqueo la lengua con fastidio y resoplo de forma ruidosa.

—O lo hacemos por las buenas, o llamamos a Eric. Tú decides —me espeta en tono amenazador.

Tengo que luchar contra el impulso salvaje de gritarle que por mí puede

llamar al papa de Roma si quiere, que a mí *Iceman* no me da ningún miedo, que yo trabajo de nueve a seis y que en mi contrato no pone que tenga que hacer tantas horas extra. Pero, al final, por mi propio bien, consigo vencer ese impulso.

—Está bien —respondo resignada. Y después cuelgo el teléfono con mala leche.

Oliver se acerca a mí con la chaqueta puesta y su bandolera colgada al hombro.

—¿Vamos? —dice, dedicándome una mirada expectante.

Mierda. Me había olvidado por completo de él. Se suponía que hoy habíamos quedado. Anoche me envió un WhatsApp para preguntarme si me apetecería acompañarlo a un concierto de punk en el que tocaba un amigo suyo. La perspectiva no era nada tentadora, la verdad. Si al menos me hubiera propuesto ir al cine o a tomar algo... Pero estaba —y estoy— tan encabritada con Eric que acabé diciéndole que sí.

Y ahora tengo que decirle que no.

—Lo siento, Oli. Estoy de mierda hasta las cejas. ¿Lo dejamos para otro día?

Observo cómo la decepción le nubla los ojos.

—Puedo quedarme a echarte una mano.

—Qué dices, hombre. Tú vete y disfruta del concierto. Ya habrá otra ocasión.

—¿Seguro?

Asiento regalándole una sonrisa y, cuando se va por la puerta, ya no sé si lo que siento es pena o alivio. Después, abro de nuevo la aplicación de cálculo y me preparo mentalmente para repetir la tortuosa rutina.

Otra vez.

Otra. Puñetera. Vez.

Decido no volver a mirar el reloj hasta que haya terminado. Tomo aire y...

Tres... Dos... Uno.

## Capítulo 25

Son las nueve de la noche pasadas. Tengo todos los músculos agarrotados, me lloran los ojos y en mi cabeza está a punto de estallar algo mucho peor que el Big Bang. No aguanto ni un minuto más en esta jaula. Me apresuro a apagar el portátil y me largo a toda pastilla. Cuando por fin piso la calle, el frío nocturno me sacude de forma inesperada. He pasado demasiado tiempo encerrada en ese habitáculo sin ventilación. Tiritando, me subo la cremallera de la chaqueta hasta el cuello mientras espero a que el semáforo se ponga en verde.

—Una moneda, por favor.

Un hombre de mediana edad y aspecto descuidado se acerca a mí con la palma de la mano hacia arriba. No es la primera vez que lo veo por aquí. De hecho, todos sabemos que duerme en el cajero de enfrente. Su fisonomía tiene los inconfundibles rasgos de alguno de esos países olvidados de la Europa del Este. El pelo sucio y la ropa harapienta delatan su deplorable condición. Y el aspecto reseco y rosáceo de su rostro, un hígado probablemente castigado por el alcohol.

—Por favor, *señorita* —suplica encogiendo los ojos de forma lastimera—. Para comer... Tengo hambre.

El nauseabundo hedor a vino rancio y cochambre que desprende me obliga a dar un paso atrás. Sin embargo, me siento conmovida. Es posible que quiera el dinero para comprarse una botella de vino barato y trincárselo hasta acabar desmayado sobre los cartones en los que duerme, pero ¿y qué? ¿Quién soy yo para juzgar la naturaleza de su necesidad? Solo Dios sabe las calamidades que habrá tenido que pasar este pobre hombre para acabar así. Y,

entonces, en un acto casi reflejo, giro la cabeza y contemplo el majestuoso edificio de Laboratorios Grau, con su fachada de cristales oscuros, como si lo que ocurre ahí dentro solo estuviera reservado a unos pocos privilegiados. Y me pregunto con hastío cómo es posible que pueda concentrarse tanta desigualdad en tan poco espacio.

Saco un par de euros del monedero y se los tiendo con amabilidad.

—Que Dios te bendiga, guapa —dice encerrando mi mano en su mano y apretando con fuerza.

—¡Eh, tú!

El vigilante de seguridad del edificio aparece dando gritos.

—¡Fuera de aquí o llamo a la policía! —le increpa, agarrándolo por la manga del jersey raído.

—¡No, *siñor*, por favor! ¡Policía no, policía no!

—Oye, que lo estás asustando —protesto, intercediendo para separarlos.

—Como lo pille el señor Grau sí que se va a asustar. ¡Venga, largo!

—¿El señor Grau? ¿Cuál de ellos?

Pero no necesito que me lo diga. El inconfundible ruido del motor de su deportivo me da la respuesta. Un grito emerge de mi garganta de forma involuntaria y trato de ahogarlo tapándome la boca con la mano.

Está aquí.

Eric está aquí.

Me tiembla todo el cuerpo y ya no sé si es de frío.

—Si no te vas ahora mismo, me vas a buscar un problema —insiste el vigilante mirando al mendigo, que acaba marchándose.

El Audi R8 gris de Eric sale del *parking* y se acerca por la calzada. Cuando se percata de nuestra presencia, frena en seco y baja la ventanilla del copiloto.

—¿Ocurre algo? —pregunta mirándonos con extrañeza.

—Todo en orden, señor Grau. Que tenga una buena noche —responde el vigilante, levantando ligeramente la visera de su gorra con cortesía. Y después desaparece en el interior del edificio.

—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

—Te aseguro que por gusto no es —respondo con sarcasmo, encorvándome de frío.

—Anda, sube —dice, y alarga el brazo para abrir la puerta.

Pero yo permanezco inmóvil, hundiendo los puños hasta el fondo de los bolsillos para disimular los temblores que me sacuden por dentro.

No.

Ni hablar.

No voy a hacerlo otra vez.

No después de cómo me ha tratado.

—Vamos, Luna. Es tarde y no tengo toda la noche —insiste con impaciencia.

Suspiro resignada y acabo subiéndome al coche. A veces creo que no tengo remedio.

Eric conduce a gran velocidad por el Paseo de Gracia y tuerce por la calle Aragón. No quiero mirarlo, pero es inevitable. El influjo de su belleza es tan poderoso que, durante unos segundos, consigo olvidarme de todo.

De un fin de semana que empezó mal y terminó peor.

Del silencio y la bronca.

De haber contado las horas, los minutos y los segundos para verlo otra vez.

De la promesa que me había hecho a mí misma de no volver a ceder y que ya no sé si voy a poder cumplir.

—¿Vas a explicármelo o te lo tengo que sacar a la fuerza?

—¿Qué? —respondo volviendo en mí distraída—. Ah, nada, que me he tenido que quedar a hacer horas extra.

—¿Y eso por qué?

—Ha habido un cambio a última hora en la curva de pago de Respiratorio. Pensaba que ya lo sabrías.

El semáforo se pone en rojo. Eric chasquea la lengua de mala gana y exhala pasándose las manos por el pelo.

—Pues es evidente que no, lo cual me cabrea mucho. A ver —dice entre suspiros y con la mirada errática—, ¿por qué no se me ha informado de esto?

Me encantaría decirle que yo solo me he limitado a hacer mi trabajo, que la culpa es de ese gerente idiota y de todos los que, como él, no tienen ni pajolera idea de cómo planificar el trabajo, pero no me conviene meterme en una discusión que sé de antemano que voy a perder.

—Lo siento —musito vencida—. Supongo que debería habértelo dicho.

El semáforo vuelve a ponerse en verde. Eric arranca de nuevo y deja ir un profundo suspiro.

—Sí, deberías haberlo hecho, pero ya lo discutiremos mañana. —Y tras un breve silencio añade—: ¿Has probado la comida sueca?

—Eh... No. Creo que no —respondo desconcertada.

—Entonces estás de suerte, porque voy a llevarte a cenar al mejor restaurante sueco de la ciudad —dice dibujando una ancha sonrisa que acentúa el hoyuelo de su barbilla.

Va a llevarme a cenar.

Eric va a llevarme a cenar.

A mí.

Pero entonces, una lucecita se enciende sobre mi cabeza como si fuera una advertencia.

«Soy tu jefe, Luna. Nada más. No lo olvides nunca».

Y el entusiasmo y la expectación se desvanecen para dar paso a la decepción.

—Gracias, pero prefiero que me lleves a casa.

Él no dice nada. Se afloja el nudo de la corbata y se limita a seguir conduciendo, con la mandíbula tensa y la vista fija en la carretera, sin pronunciar una sola palabra más. Después enciende la radio y la voz profunda del locutor de informativos ocupa el lugar de la conversación. «¿En qué estará pensando? ¿Se habrá enfadado conmigo?» No aguanto los silencios especulativos.

Apenas unos minutos más tarde, nos plantamos frente a un *parking* de la calle Villarroel en el que parece tener toda la intención de dejar el coche. Lo miro perpleja y con las palmas de la mano hacia arriba cuando apaga el motor y se desabrocha el cinturón.

—¿Qué hacemos aquí? Te he dicho que me llevaras a casa.

—Y lo haré. Pero primero vamos a cenar —dice con una seguridad exasperante.

—¿Por qué siempre hay que hacer lo que tú quieras? —Chasqueo la lengua irritada y me pongo a forcejear con el cinturón de seguridad sin conseguir quitármelo—. ¡Joder! —exclamo alterada—. ¡Esta mierda no va!

Eric se acerca a mí, me aparta las manos con delicadeza y lo desabrocha sin dificultad.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte y decirme cuál es el problema?

—Que no hay quien te entienda, Eric. Ese es el problema. Llevas tres días ignorándome, solo te has dirigido a mí para echarme la bronca por una gilipollez y ahora actúas como si nada. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo, a ver? ¿Decirte que sí a todo? —le reprocho. Y en mi voz reconozco toda la angustia de los últimos días.

Él me mira con los ojos brillantes y un detenimiento que no necesita palabras y posa su mano cálida sobre la mía. Mi piel reacciona al contacto con la suya. Estoy perdida.

—Sé que soy un tío complicado, pero es que mi vida no es nada fácil —susurra sin dejar de mirarme. Y en su tono de voz apenas audible me parece intuir el grito de auxilio de un hombre que lucha contra sus propias circunstancias—. Por favor, Luna. Lo único que quiero ahora es que cenes conmigo.

—Está bien. —Acabo sucumbiendo tras un profundo suspiro.

## Capítulo 26

La joven propietaria del Pappa Sven, rubia, bajita y de gesto afable, saluda a Eric con efusividad y nos acompaña hasta una discreta mesa en el interior del restaurante.

—*Tack så mycket*, Nina.

Nos ofrece la carta con amabilidad y, tras obsequiarnos a ambos con una sonrisa franca y agradable, desaparece. Observo el local con una mezcla de curiosidad y asombro. Es sencillo y acogedor y no se parece en nada al tipo de sitios que imaginaba que frecuentaría un hombre de su poder adquisitivo. La iluminación tenue y los colores suaves envuelven el lugar en una atmósfera íntima y relajante. Huele a pan recién horneado y a especias. Entre las imágenes de alces, paisajes nevados y casitas de colores que adornan las paredes, hay una que me llama especialmente la atención: la de una vieja barca de madera que navega por las aguas plácidas de un lago al atardecer.

—Es el Mälaren —dice Eric.

—Pues es precioso.

—Lo es —afirma con orgullo—. Sobre todo en invierno, cuando se congela y puedes caminar por la superficie.

Eric me cuenta que conoce bien Estocolmo porque ha vivido muchos años allí.

—Seguro que es una ciudad muy bonita.

—La más bonita del mundo —afirma con un brillo de nostalgia en la mirada.

Y, entonces, no sé por qué, me da por imaginarme allí, en Estocolmo,

paseando de la mano del hombre que está sentado frente a mí ahora mismo, bajo la luz azul del Báltico reflejada en el cielo. Haría frío, mucho frío, pero yo ya me habría acostumbrado a las inclemencias del tiempo. Tendríamos dos niños. Gunnar y Lars, o algo así. Preciosos, rubísimos como su padre, con la cara llena de pecas, traviosos y juguetones. Un tercero vendría en camino, solo que todavía no lo sabríamos. Eric y yo habríamos hecho el amor con desenfreno sobre la mesa de nuestra cocina de diseño escandinavo la noche anterior para recuperar el tiempo que alguno de sus inoportunos viajes nos habría hecho perder. Yo le habría dicho que no soporto que nos separemos. Él, que está tan enamorado de la vida que le doy que, incluso a miles de kilómetros, me siente cerca.

Y, en mitad de mi romántica fábula, me despierto.

Es increíble la capacidad que tenemos las tías para montarnos películas de estas.

—¿Qué te apetece? —pregunta.

Ojeo la carta con indecisión.

—Ni idea. No sé qué coméis los suecos, no conozco vuestra gastronomía.

En realidad, todo lo que sé acerca de Suecia se limita a unos pocos tópicos como IKEA, Abba, H&M, los vikingos y la saga Millenium.

—Entonces tendrás que confiar en mí —dice guiñándome un ojo.

Eric pide un *gravlax* para compartir, albóndigas con puré de patatas, ensalada de pepino, eneldo y crema agria, y un par de cervezas Blå.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—Sí —respondo medio enfurruñada.

—¿Y qué puedo hacer para revertir esta situación? —dice cruzando las manos sobre la mesa con un aire de fingida solemnidad.

—Para empezar, podrías decirme por qué no has contestado a mi mensaje.

—No estoy acostumbrado a tener que dar explicaciones.

—Ya veo.

Nos sirven la comida en mitad de un silencio incómodo que Eric acaba rompiendo al chocar su cerveza contra la mía.

—*Skål!* —exclama antes del primer trago. Y yo hago lo propio—. Este es un plato típico de Suecia —comienza a explicar mientras parte un pedacito

del *gravlax*—. En la Edad Media, los pescadores escandinavos enterraban el salmón en sal para conservarlo. Así conseguían la fermentación que le da ese sabor tan característico. La palabra *gravlax* viene de *grav*, que significa enterrar, y *lax*, que significa salmón.

—Salmón enterrado.

Él asiente y me acerca un trozo a la boca. El fuerte sabor del pescado me inunda el paladar provocando una explosión sensorial nueva y diferente. Mar. Tierra. Humo. Especias. Sal. Azúcar. Frío. Calor.

—¿Qué tal? —pregunta expectante.

—Buenísimo.

Eric me acaricia con delicadeza la mano que tengo apoyada en la mesa.

—¿Ves como tú y yo podemos llegar a entendernos? —dice esbozando una sonrisa de satisfacción.

Yo retiro la mano al instante.

—No hagas eso —musito.

—¿Que no haga el qué?

—Seducirme o lo que sea que intentas hacer conmigo.

—Yo no... —Exhala y se pasa las manos por el pelo—. Vale —susurra abatido.

Y otra vez vuelve a caer sobre nosotros ese silencio pesado como una roca interrumpido únicamente por el sonido de los cubiertos al chocar con el plato.

—He estado fuera —dice de repente. Y tengo la sensación de que, tal vez, solo tal vez, está haciendo un esfuerzo para darme una explicación.

Bebo un poco de cerveza para hacer pasar la masa de albóndiga y puré que tengo en la boca.

—Sí, ya lo sé. He leído la nota de prensa.

—Entonces te habrás enterado de que pronto comercializaremos un nuevo fármaco.

Una sombra de duda se cierne sobre mi cabeza. Tal vez debería contarle lo que he escuchado esta tarde en el *lounge* de la séptima planta. Eric tiene derecho a saber lo que esos tíos traman a sus espaldas con la connivencia de sus hermanos. Una estafa a la empresa en toda regla, vamos. La misma empresa que les financia los trajes de marca que llevan, la gasolina de los

cochazos que conducen y las comidas pantagruélicas que se meten entre pecho y espalda en algún restaurante con estrella Michelin de la parte alta de Barcelona. Qué vergüenza. Lo que ocurre es que esa también es la empresa acusada de sobornar a médicos y a funcionarios, de privar deliberadamente a cientos de personas enfermas de un tratamiento en condiciones, de no ser transparente, de despilfarrar y un largo etcétera. Y, al pensarlo, un fagonazo de coraje me sacude el pecho. «Y una mierda le voy a decir», pienso.

—Tiene que ser una droga muy fuerte, ese Gabarol.

—Es muy efectivo y presenta menos efectos secundarios que otros fármacos de su misma familia —argumenta él con convencimiento.

—Yo no creo que los ansiolíticos sirvan para nada. Además, son muy adictivos.

Por la expresión de su cara, diría que mi comentario no le ha hecho mucha gracia.

—Igual que el tabaco, que encima mata y no por ello deja de fabricarse. La prevalencia de los trastornos por ansiedad es muy elevada en la mayoría de países de nuestro entorno. Si no es con fármacos, ya me dirás cómo los tratamos.

—Pero los ansiolíticos también son peligrosos. He leído en un artículo que su uso continuado podría provocar enfermedades neurodegenerativas muy serias.

Eric bebe un trago de cerveza y me suelta:

—¿Se puede saber dónde has leído esa gilipollez?

—En un blog.

Entrecierra tanto los ojos que las líneas de expresión que los circundan parecen una prolongación de estos.

—¿Cuál?

—No creo que lo conozcas —respondo tratando de quitar hierro al asunto.

Pero sí, claro que lo conoce. Y por eso, en cuanto se lo confieso, se inclina hacia delante con un movimiento seco, aprieta los puños sobre la mesa y contrae la mandíbula.

—Escúchame bien, Luna. No quiero que vuelvas a leer esa basura panfletaria nunca más, ¿está claro?

—¿Ahora también vas a prohibirme que lea?

Eric da un golpe en la mesa y el tintineo de los cubiertos me sobrecoge.

—¡Maldita sea, Luna! En esa página se cuentan muchas mentiras sobre mi familia y mi empresa.

—Sí, ya. Mentiras como que la renovación de la patente de Pulmitine no es más que una treta para seguir ganando dinero mientras la gente se muere. Esa clase de mentiras, ¿no?

Y sé que acabo de cruzar una línea muy peligrosa. Lo sé y, sin embargo, no me arrepiento.

—Qué fácil es culpar a las farmacéuticas de todos los problemas del mundo, ¿verdad? —dice dibujando una inquietante sonrisa irónica.

—Tal vez si invirtierais más en investigación científica y menos en promocionaros a vosotros mismos...

—Nosotros somos la investigación científica —me interrumpe. Y se señala con el pulgar en el pecho acompañando el movimiento a sus palabras—. Nosotros somos los que invertimos. Y si no fuera por los cientos de millones que nosotros nos gastamos, te garantizo que no tendríamos ni la salud ni los recursos de los que disfrutamos.

Bebo un poco de cerveza y me aclaro la garganta.

—De todas formas, el precio de algunos medicamentos es desorbitado.

—¿Y qué quieres? ¿Que los regalemos? —replica en plan sarcástico, levantando una ceja con arrogancia.

—No, claro que no. Pero entonces no niegues que, en el fondo, lo que «vosotros» perseguís es ganar dinero.

—¿Acaso es un crimen?

—Si es a costa de un país pobre como Sudáfrica, sí.

Su rostro se enrojece de golpe y me mira con un desprecio que nunca había visto en su mirada.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo. Y, como no la tienes, lo mejor será que te calles porque estás empezando a tocarme mucho los huevos.

—Eres un imbécil, Grau. No me extraña que la gente conspire a tus espaldas.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Olvídalo.

—No, nada no. Ahora me lo dices.

Exhalo resignada y le cuento lo que he oído. Cuando acabo el relato, permanece callado unos minutos. Muy serio, con ese aire de felino en reposo que no puede significar nada bueno.

—Así que tienes una información como esa en tu poder y me la ocultas deliberadamente durante... —Se mira el reloj—. Siete horas. Debería despedirte por tu deslealtad.

—¿Desleal yo? Yo no soy la que planea un atraco perfecto a tus espaldas.

—Cállate —me espeta con un perturbador tono glacial—. Estoy harto de que la gente como tú quiera darme lecciones de integridad moral.

Algo se rompe en mi interior. No sé qué es, pero de repente siento un desgarró muy fuerte y unas ganas de llorar me suben a los ojos desde el centro del pecho y no puedo con ellas.

—Eres el tío más despreciable que conozco.

Él curva los labios con desdén y adopta un hiriente aire de displicencia.

—Vaya, a la señorita he dejado de parecerle encantador.

Y yo, furiosa, herida y con el corazón en un puño, me pongo a rebuscar en el bolso con ansiedad, hasta que doy con mi monedero, del que saco un billete de cincuenta euros, el único que tengo, y se lo lanzo a traición a la cara.

—Pero ¿qué coño haces?

—A la gente como yo aún nos queda algo de dignidad.

—La dignidad está sobrevalorada, nena —dice dejando ir un detestable resuello antes de apurar su cerveza.

—¡No me llames nena! ¡Yo no soy tu nena! ¡Despídeme si quieres, pero déjame en paz de una vez! ¿Me has oído? ¡Déjame en paz de una puta vez! ¡Te odio, joder, te odio!

Mastico una a una cada palabra que sale de mi boca, pero llega un momento, ese temido momento, en que, por más que me esfuerce en evitar lo inevitable, me veo incapaz de seguir luchando contra la marea de lágrimas que amenaza con desbordarse. Así que me dejo ir. Lloro con amargura y con vergüenza y él, que no parece inmune al llanto, palidece al instante y me busca extendiendo los brazos sobre la mesa.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpa envolviéndome las mejillas con sus cálidas manos.

Pero no. No. Si cedo, estoy perdida. Así que me desprendo de su caricia con un gesto que roza lo violento y me incorporo de inmediato.

—No me vuelvas a tocar en tu vida —le advierto reuniendo todo el coraje del que soy capaz.

## Capítulo 27

No puedo moverme con agilidad. Me siento como si el volumen de mis músculos se hubiera triplicado de repente. Es como si llevara una bolsa llena de piedras cosida a la espalda y fuera la propia inercia la que me arrastrara calle abajo. Sin embargo, las circunstancias me obligan a hacer un esfuerzo para espabilarme. Quiero irme a casa. Es tarde y tengo frío. Pero, sobre todo, me niego a darle al destino la oportunidad de poner a Eric otra vez en mi camino. Estoy demasiado enfadada, demasiado herida y, por eso, a pesar de los achaques emocionales, consigo acelerar el paso.

Es más de medianoche, ya he perdido el último metro. Supongo que no me queda más remedio que buscar un taxi y pagar la abusiva tarifa nocturna. Lo malo es que el único efectivo que me quedaba era ese billete que he tirado sobre la mesa, así que también necesito un puñetero cajero.

—¡Joder, joder y joder! —exclamo al comprobar que no hay ninguno en esta calle.

A mi espalda, unos pasos golpean el pavimento con estruendo, como si alguien corriera a gran velocidad hacia mí. No hace falta que me dé la vuelta, sé que es él. Trato de caminar aún más rápido, pero es en vano, cada vez está más cerca. Tanto que, unos segundos después, noto que me agarra con fuerza por el hombro y me obliga a girarme de forma instantánea. Se le ha soltado un mechón rebelde y tiene las mejillas rojas a causa del explosivo esprint.

¡Maldito sea el destino!

Y maldita sea su sana costumbre de salir a correr todos los días.

Eric apoya las manos sobre las rodillas semiflexionadas y arquea

ligeramente el cuerpo.

—Creía que no te alcanzaría... —dice, agitado por el esfuerzo—. Vamos, te llevo a casa —añade al incorporarse.

—No te molestes. Me sé el camino de sobra —contesto con acritud.

—Son más de las doce de la noche, Luna. No vas a irte sola.

—¿Por qué no dejas de agobiarme de una vez?

—Oye, te aseguro que lo único que quiero es que llegues bien a casa —dice, y luego extiende los brazos y posa las manos sobre mis hombros.

—¡Que no me toques! —grito apartándoselas de un zarpazo.

Él las levanta en son de paz y retrocede unos pasos mirándome con desconcierto.

—Está bien, está bien. No te toco, pero deja que te lleve. Por favor.

—¿Si digo que sí, me dejarás en paz?

Eric asiente tras un breve silencio.

Le sigo de vuelta al *parking* sin articular palabra y a unos cuantos metros de distancia. No quiero hablar con él. No quiero ni mirarlo. Solo he accedido para que deje de marearme, pero después de esta noche se acabó. Se acabó subirme a su coche como si entre él y yo hubiera algo más que una mera relación profesional. Se acabaron los encuentros fortuitos que terminan donde, cuando y como él quiere.

Se acabó Eric Grau.

«Soy tu jefe, Luna. Nada más. No lo olvides nunca».

Cuando llegamos al coche, me abre la puerta del copiloto y me desplomo abatida sobre el asiento.

—¿Tienes frío? —pregunta.

Pero no me apetece responder, así que me limito a pegar la cara contra la impoluta tapicería de cuero con la vista concentrada en la ventanilla.

—Vale —masculla y enciende la calefacción de todos modos. Después, lo oigo rebuscando en su bolsillo—. Esto es tuyo.

En el reflejo del cristal, le veo extender el brazo con un billete arrugado entre los dedos.

—No lo quiero.

—Venga, Luna. Tú lo necesitas más que yo.

—Tranquilo. Ni siquiera la gente como yo se arruina por cincuenta

miserables euros —contesto con una soberbia apabullante.

Él resopla y agita la mano con impaciencia.

—Por favor, coge el dinero. He dicho un montón de cosas sin pensar esta noche.

Entonces me doy la vuelta y lo miro desafiante. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero me da igual. Lo único que quiero ahora es darle a probar un poco de su propia medicina.

—¿Sin pensar? Pues mira, no creo que haya sido sin pensar. Lo que creo es que por fin te has descubierto y has mostrado tu verdadera cara. No eres más que un esnob sin corazón que desprecia a todo el mundo porque se cree superior. Eso es lo que eres en realidad —sentencio sin piedad.

Él me observa impávido, como si ninguna de mis palabras pudiera afectarle. Su cara es la imagen de alguien acostumbrado a despertar odio en los demás.

—Y yo creyendo que bajo esa apariencia de chulo y arrogante había alguien que merecía la pena conocer. ¡Qué engañada he estado! ¡Qué imbécil he sido! Pero por fin sé quién eres. El Eric de la foto no existe. Ese hombre tenía sentimientos y tú... Tú eres cruel. No me extraña que se digan cosas tan terribles en Internet sobre ti y todo lo que representas. No me extraña que la gente te deteste. Yo te detesto. Y ¿sabes qué? Me das asco...

Y en cuanto esas tres palabras salen de mi boca, trago saliva y desvío la mirada.

No sé qué estoy haciendo. De verdad que no lo sé.

—¿Has terminado? —pregunta tras un exasperante silencio con la misma imperturbabilidad.

Asiento con un leve gesto y me hago un ovillo sobre el asiento.

—Bien —dice muy serio, y lanza el billete de mala gana sobre el salpicadero.

Luego arranca y sale del aparcamiento desbocado. Las ruedas rechinan y yo me pongo aún más tensa. Me sujeto con fuerza de la agarradera para atenuar el vértigo que me revuelve el estómago como una centrifugadora y trato de concentrarme en el paisaje urbano. Eric enciende la radio y suena una canción que conozco: *Somewhere Only We Know*, de Keane. Una desoladora sensación de abandono me embarga entonces. Porque, probablemente, esta será la última vez que me suba a su coche. Y estas serán las últimas notas

musicales que oiremos juntos. Y esta noche funesta habrá significado el final de todo. Y no sé si estoy preparada. No, no lo sé.

*This could be the end of everything,  
so why don't we go somewhere only we know.*

Al final de lo que ha sido el trayecto más amargo de mi vida, Eric apaga el motor frente al portal de mi casa. Se quita el cinturón de seguridad, apoya los brazos en el volante y deja caer la cabeza sobre las manos. Y, entonces, el peso de todas las cosas que he dicho cae sobre mí como una violenta granizada.

—Vas a despedirme, ¿verdad? —musito.

Él levanta la cabeza y con la mirada errática dice:

—Yo no tengo tantos prejuicios como tú.

Algo en mi interior se destensa, como si de repente se hubieran soltado las cuerdas que me han estado estrangulando los órganos durante todo el camino.

—¿Eso es que no? —pregunto esperanzada.

—No lo sé —responde vencido—. Ya hablaremos mañana.

—Entonces es que sí... —baluceo.

—¡He dicho que no lo sé! —estalla. Se vuelve hacia mí de un bote y me dedica una angustiada mirada—. ¿Por qué siempre crees saber lo que pienso o lo que siento? ¿Acaso estás dentro de mi cabeza?

—Si fueras sincero y dejaras de jugar conmigo...

—¡Que no estoy jugando contigo, joder! —me grita con todas sus fuerzas. Y luego aprieta la mano en un puño crispado que se lleva a la boca.

—Lo siento —musito. Y una discreta lágrima se enreda en mis pestañas—. Me odias, ¿verdad?

Eric suspira profundamente y se afloja el nudo de la corbata.

—Baja del coche, por favor —dice con una dolorosa indiferencia mientras se pone de nuevo el cinturón—. Estoy muy cansado, quiero irme.

Me odia, claro que me odia. Cómo no iba a odiarme después de todas las cosas que le he dicho.

## Capítulo 28

— ¡He dicho que bajes del puto coche!

— ¡No, no quiero!

— ¡Joder, qué cabezota eres!

Eric, que ha bajado del coche y ha abierto la puerta del copiloto, se agacha para desabrocharme el cinturón de seguridad, me coge en brazos con decisión y me deja encima del capó.

— ¿Qué haces?

— Te voy a enseñar cómo se hacen las cosas en Estocolmo, nena — dice con los ojos centelleantes y la voz rota.

Entonces, me separa hábilmente las piernas, clavándome los dedos en los muslos, y forcejamos como locos.

— ¡Suéltame!

— ¡No! ¡Estate quieta!

Me levanta la falda y presiona su descomunal erección contra mí. Luego me empuja con violencia sobre el capó. Me lleva ambos brazos hacia atrás y me inmoviliza agarrándome con fiereza de las muñecas con una mano. Con la otra, me desgarras las bragas con una brutalidad que me corta el aliento. Intento revolverme, pero tiene demasiada fuerza y soy incapaz. Se baja los pantalones con avidez y me penetra con ensañamiento. La furia le desfigura el rostro, parece una bestia. Nunca he visto nada parecido. La primera embestida me arranca un aullido de dolor. La segunda, una lágrima. La tercera, me fractura por dentro, como si se me hubiera rajado una membrana, y un líquido denso me baja por las piernas. La cuarta empieza a gustarme. Y,

con la quinta, le suplico desesperada que me rompa en dos.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Que te haga daño? —me dice al oído mientras empuja cada vez más fuerte.

Gimo y elevo la pelvis apretándome contra él como un animal excitado.

—Dilo... Dímelo... ¿Es esto lo que quieres?

—Sí... Hazme daño...

—¿Ves como tú y yo podemos entendernos?

Oigo música. No sé de dónde procede, pero la oigo.

—Ana...

—Oh, Eric... No pares ahora...

—Ana...

—Sigue, Eric...

—Ana...

—Hazme daño, Eric... Hazme daño...

—¡Ana!

Abro los ojos con dificultad. La cegadora luz de la lámpara que pende del techo me apunta directamente a la cara y apenas veo nada. Hay alguien sentado a mi lado. Es una figura masculina, creo. Y huele a café recién hecho.

—Tía, que te está sonando el despertador —dice Dani.

Dani. Joder, qué decepción.

Me doy la vuelta ignorándolo y me cubro la cabeza con la sábana.

—Apaga la luz —refunfuño—. Paso de ir a trabajar hoy.

—¿Y eso? ¿Estás enferma? —me pregunta al tiempo que comprueba mi temperatura corporal tocándome la frente.

—No, pero no quiero ir y ya está.

—¿Me lo vas a explicar o no?

Resoplando, me siento con las piernas cruzadas y le quito la taza de café que tiene en las manos.

—Me van a despedir, Dani.

—Estás de coña.

Niego frunciendo los labios y se me humedecen los ojos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta él con un rictus de seriedad.

Moqueando, me hago un ovillo contra la pared y se lo cuento.

—Ese tío será todo lo gilipollas que quieras, pero no va a despedirte. Así que, venga, en marcha —dice incorporándose con energía.

—¿Cómo lo sabes? Tú no estabas ahí, no viste la cara con la que me miró.

—Ni falta que me hace. Si hubiera querido despedirte, lo habría hecho anoche mismo. Lo que os pasa a vosotros dos es que tenéis unas ganas de follaros hasta reventar que no podéis con ellas.

—No, yo no.

—No, tú no —replica él con sarcasmo—. Anda, tira para la ducha que te huelo la corrida del pijama desde aquí.

—Eres un guarro —le reprocho saltando de la cama. Y me escabullo a toda prisa hacia el cuarto de baño antes de que Dani pueda percibir el rubor en mis mejillas.

## Capítulo 29

—Hace veinte minutos que te he pedido que subas —me espeta Eric con frialdad sin despegar la vista de su portátil.

—Perdona —me excuso con un tono de voz casi imperceptible—. Es que no había visto tu correo.

—Sabes de sobra que no me gusta que me hagan esperar. Y menos cuando se trata de cosas importantes.

—Ya —musito avergonzada—. No volverá a pasar.

—No. Desde luego que no.

Eric baja la pantalla de su MacBook Pro de mala gana, se levanta de la silla y se sienta frente a mí en el borde de la mesa. Tiene cara de no haber pegado ojo en toda la noche y me pregunto si nuestra discusión habrá tenido algo que ver. Me gustaría que supiera que, en realidad, no pienso que sea cruel, solo lo dije porque estaba dolida. Pero no creo que desnudar mis sentimientos sirva de nada. Dani se equivocaba en sus predicciones. Es evidente que está cabreado conmigo y que tiene la intención de despedirme, o no me habría llamado a su despacho.

—Esta mañana me he reunido con los gerentes —comienza a decir mientras se cruza los brazos por delante del pecho. Observo cómo los bíceps se le acentúan bajo la tela de la americana gris marengo y un montón de imágenes me asaltan al instante. Desordenadas, pero nítidas. Tanto que me parecen reales.

Eric y yo. Juntos. En el capó de su coche.

Mis bragas rotas.

Su cuerpo clavándose en el mío con una violencia tan dolorosa como excitante.

«Te voy a enseñar cómo hacemos las cosas en Estocolmo, nena».

—¿Me estás escuchando? —pregunta de repente, mirándome serio.

Asiento con determinación y hago un esfuerzo para olvidarme de ese perturbador sueño y concentrarme en el presente.

—Bien —prosigue—. Lo de ayer no puede volver a pasar. A partir de ahora, si hay alguna modificación después de haber validado los resultados, se calculará *a posteriori* y la diferencia se regularizará en el ejercicio siguiente. Y, por supuesto, cualquier cambio, por mínimo que sea, se me deberá comunicar de inmediato. ¿Te queda claro?

—Sí, pero... —Trago saliva—. No entiendo por qué me cuentas todo esto...

Eric frunce el ceño y enarca una ceja con cara de extrañeza.

—Si me vas a despedir.

Poco a poco, la contracción de su gesto se relaja y hasta creo advertir un leve amago de sonrisa en sus labios.

—Porque me vas a despedir, ¿verdad? —insisto temerosa.

Entonces se incorpora y se acerca a mí muy despacio, mirándome con una fijeza intimidante. Reculo unos pocos pasos y pego la espalda a la puerta, por si acaso necesito huir de un momento a otro.

—Dime una cosa, Luna. ¿Te gusta trabajar aquí?

No sé si es una pregunta retórica. ¿Me gusta? Pues no lo sé, la verdad. Hay muchas cosas de este trabajo que detesto. Incluso podría elaborar una lista.

### **Lo que no me gusta de trabajar en Laboratorios Grau**

- Sentirme como una apestada la mayor parte del tiempo por el simple hecho de ser externa.
- Que mi jornada nunca acabe a la hora que figura en mi contrato.
- Mi salario, que es ridículamente bajo.
- El asqueroso café de la máquina de la planta menos uno. ¿O debería decir cianuro?
- Tener la certeza de que, de una forma u otra, soy parte del engranaje de

una corporación sin escrúpulos y nada ética.

- Que Eric se haya acostado con casi todas las mujeres de este edificio. Joder, eso no lo aguanto.
- Que haya gente hipócrita que conspire contra él a sus espaldas.

—¿Y bien?

Supongo que podría pasar por alto todos esos detalles. La verdad es que no quiero perder mi trabajo, por muchas pegas que le encuentre. Eso significaría desaparecer de la vida de Eric y no sé si estoy preparada para eso.

No, sí lo sé.

Y no lo estoy.

Carraspeo para aclararme la voz antes de contestar.

—Claro que me gusta trabajar aquí, Eric.

—¿Tienes idea de cuántos currículums recibe cada día Recursos Humanos?

—Pues... no lo sé. Docenas, supongo.

—Cientos, Luna —dice esbozando una sonrisa de autosuficiencia que se desvanece de inmediato—. Así que, si quieres conservar tu puesto, más vale que dejes de morder de una vez la mano que te da de comer, porque mi paciencia tiene un límite. Anoche te pasaste de la raya. Dijiste cosas muy desagradables.

—Tú tampoco te quedaste corto —le espeto, aunque enseguida me arrepiento. No estoy en condiciones de ponerme a la defensiva.

Eric niega con la cabeza y me apunta con el dedo índice.

—Te lo advierto, Luna. No sigas poniéndome a prueba.

En el fondo, tiene razón. Es mi jefe y hay barreras que no se deben traspasar. Haber dormido con él una noche no me da derecho a nada. Yo no soy especial. En realidad, no soy nadie. Solo soy su empleada. Y él... tal vez es más considerado de lo que creía.

—Perdóname, Eric —musito agachando la cabeza.

Se acerca aún más, hasta que su perfume lo inunda todo, y me coge de la barbilla para que levante la vista del suelo.

—No espero caerte bien —dice con un tono algo más sosegado—, pero

soy tu jefe y tienes que respetarme.

Puede que todo esté en mi cabeza, pero percibo algo muy íntimo en este momento. Como un secreto que solo nos pertenece a nosotros y que habita en la angustiada presión que ejercen sus dedos contra mi barbilla, en el silencio metálico que pende de su mirada a la mía y en sus labios mudos, que parecen estar pugnando por decir «lo siento».

—Yo te respeto —susurro sin dejar de mirarlo.

—Pues demuéstremelo, porque nada me dolería más que tener que sustituirte.

No titubea.

No parpadea.

En cambio, yo estoy al borde del colapso.

—Haré cualquier cosa que me pidas.

Eric contrae la mandíbula y me observa con detenimiento, como si estuviera calibrando mis últimas palabras. Después, se lleva las manos a los bolsillos y se separa de mí.

—Está bien. Voy a darte otra oportunidad —dice por fin.

Y yo dejo ir una profunda exhalación y siento cómo empieza a desvanecerse la densidad del aire.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Creo que va a decirme algo, pero no lo hace. Se limita a mirarse el reloj antes de dirigirse a su escritorio de nuevo.

—Hay una cosa que quiero que hagas. Ven mañana a primera hora y te daré los detalles. Ahora debo irme, tengo una reunión.

—Claro. Te prometo que esta vez seré puntual.

Sonríó para tratar de parecer simpática, pero él ni siquiera se inmuta, así que me doy media vuelta, dispuesta a marcharme, y lo dejo recogiendo su portátil.

—Una cosa más —apunta antes de que me haya dado tiempo a abrir la puerta.

Me giro con la mano todavía sobre el pomo y lo miro con una mezcla de temor y curiosidad.

—Yo no podría odiarte ni aunque quisiera.

Y, en sus ojos de animal herido, otro brillo muy distinto empieza a tomar

forma.

## Capítulo 30

La puerta de su despacho está entreabierta. Me dispongo a llamar con los nudillos, pero oigo voces en el interior y me detengo. Eric está discutiendo con una mujer cuya voz reconozco enseguida. Es la bruja de Lidia Fortuny. Sé que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación, pero algo me dice que esta me interesa, así que permanezco detrás de la puerta y agudizo el oído.

—Es que no me cabe en la cabeza, Eric. ¿Qué experiencia tiene? ¿Qué sabe de la industria farmacéutica?

—Viene y punto, fin de la discusión.

—¿Me puedes decir al menos por qué? ¿Qué ha hecho para volverse tan imprescindible de repente, si puede saberse?

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de las decisiones que tomo?

—Te recuerdo que soy la subdirectora de Ventas.

—¡Y yo te recuerdo que el departamento lo dirijo yo!

Me lo imagino apretando los puños y mirándola con severidad y se me dibuja en los labios una sonrisa triunfal. Por una vez, el blanco de su ira no soy yo.

—Pero eso no te da derecho a tomar decisiones de forma unilateral. Deberías haberme consultado, Eric.

—Vamos a dejar las cosas claras: soy uno de los principales accionistas de esta empresa, así que tengo el poder suficiente como para hacer lo que me salga de los cojones sin tener que consultárselo a nadie. Y tú no eres la

excepción.

—Muy bien, pues si esta es tu última palabra...

—Lo es.

—¿Sabes qué? —Percibo resentimiento en su tono—. Cuando dijiste que preferías que me quedara a cargo del departamento en vez de ir contigo a la convención, no me imaginé que fuera por esto. ¿Cómo has sido capaz de hacerme algo así? —Lidia se queja de forma dramática—. ¡Me has sustituido por esa! ¿Eres consciente de lo humillante que es?

Oigo a Eric resoplar.

—A tu padre y a tus hermanos no les va a hacer ninguna gracia que la lleves.

—Te agradezco la preocupación, Lidia, pero de mi familia me encargo yo. Puedes irte.

Distingo sus tacones acercándose y doy un respingo que me lleva a abrir la puerta de forma involuntaria. Ambos me miran con cara de sorpresa y, al punto, noto cómo me ruborizo. Ahora sabrán que los he estado espiando, qué bien.

—¡Mira qué casualidad! —exclama ella tras un molesto chasquido—. ¿Es que no te han enseñado que escuchar detrás de las puertas es de mala educación?

—Yo no pretendía...

—No te molestes. Si por mí fuera, ya estarías en la calle —me escupe con maldad.

—¡Lidia! —brama él—. Márchate. Ya.

—Eric, piensa muy bien lo que vas a hacer...

—¿No me has oído o qué? ¡Que te vayas!

Ella masculla algo que no consigo entender y gira con desdén sobre sus talones con una caída de párpados que denota un desprecio absoluto hacia mi persona. Luego se marcha dando un portazo que hace temblar a las paredes.

Eric suspira y se deja caer sobre uno de los sofás del despacho.

—Lo siento —me excuso—. No era mi intención husmear en vuestros asuntos.

—¿Qué has oído exactamente? —pregunta sujetándose el puente de la nariz. Su tono se desvela cansado e impaciente.

—Algo acerca de una convención a la que piensas ir con alguien que a ella no le cae bien.

Él esboza una leve sonrisa y me indica con un gesto que me siente a su lado.

—¿Recuerdas que te dije que había algo que quería que hicieras?

Asiento y lo escucho con atención.

—La semana que viene se celebra la Convención Anual de Ventas de Laboratorios Grau en Roma. Es el acontecimiento más importante que organiza la empresa y todo el mundo va a estar allí. Quiero que vengas — añade tras una pausa.

Arqueo las cejas y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, Luna. Tú.

Eso significa que estaba discutiendo con Lidia por mí. Un montón de pensamientos me vienen a la cabeza y me siento incapaz de procesarlos todos de golpe.

—Te has quedado muda.

Inhalo y reúno todo el valor que puedo. Sé que no va a gustarle mi respuesta.

—Creo que lo mejor es que yo no vaya, Eric.

Alza una ceja a modo de advertencia.

—Te recuerdo que no estás en condiciones de negociar.

—Ya lo sé, pero Lidia tiene razón. Es ella quien debería estar allí, no yo.

—Eso es algo que me corresponde a mí decidir, ¿no te parece?

—Tienes razón —musito.

Agacho la cabeza y centro la vista en mis zapatos mordisqueándome el interior de los carrillos. Sé que no dará su brazo a torcer. Por alguna extraña razón que desconozco, Eric Grau quiere que yo, una externa con muy poca experiencia y que ha hecho de todo para sacarlo de quicio en las últimas semanas, vaya con él a... ¿cómo lo ha definido? «El acontecimiento más importante que organiza la empresa». En Roma, ni más ni menos. Y me lo dice apenas dos días después de que tuviera que plantearse mi despido. ¿Es un premio o un castigo? Lo único que sé es que la idea me da pánico.

—A ver, ¿qué te preocupa, Luna?

—No sé, Eric. No estar a la altura, supongo.

—Mírame —me ordena. Y yo hago lo que me dice y me encuentro con el azul intenso de sus ojos—. Puedes hacerlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque creo en ti.

Y en el instante en que esas palabras salen de sus labios de terciopelo, desvío la vista hacia la foto de la pared y lo entiendo todo. Eric no me está castigando. Me está dando la oportunidad de conocerlo, de saber quién es en realidad.

—No sé por qué eres tan indulgente conmigo, después de todo.

—Creía que pensabas que era cruel.

—Sí... Es decir, no. Bueno, a veces... Yo qué sé. Me desconciertas, Eric. Lo último que me esperaba después de cómo me comporté contigo la otra noche es que me invitaras a ir a Roma.

—No son vacaciones, Luna.

—Ya —reconozco avergonzada—. Aun así, creo que te debo una disculpa.

—Hagamos una cosa. Olvidémonos de lo que pasó la otra noche y centrémonos en la convención, ¿te parece?

—Claro. —Sonrío agradecida—. ¿Qué quieres que haga, exactamente?

—Todavía no lo he decidido. Pero no te preocupes por eso, hay muchas cosas que puedes hacer.

Sí, claro. Podría contestar sus correos, imprimirle algún informe o recordarle con quién y dónde tiene su próxima reunión. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿Va algún otro externo aparte de mí?

—Lo dudo.

—La gente va a decir que soy una enchufada.

—Olvídate de la gente, Luna.

—No creo que pueda. Me afectan mucho las críticas.

Eric se acerca hasta que nuestras rodillas se tocan y una brutal descarga eléctrica me sacude entera.

—Pues tienes que aprender a blindarte. No hagas caso de lo que digan personas como Lidia. No escuches a nadie, ni siquiera a mí. Confía en ti

misma y procura ser fuerte o se te comerán viva ahí fuera —dice señalando hacia la puerta con la cabeza.

—¿Te refieres a esta empresa?

—Me refiero a la vida en general.

Reconozco que me choca oírle decir eso, porque en esta inhóspita jungla social moderna, Eric Grau representa el animal más temible de todos: el hombre con poder, el empresario sin escrúpulos, el déspota que decide a placer quién recibe el tiro de gracia y quién sigue arrodillado. Eric Grau es el depredador perfecto. Pero, en momentos como este, me cuestiono la solidez de su disfraz.

—Dime que vendrás.

Ni su autoritarismo ni las lecciones de supervivencia exprés para ejecutivos van a conseguir convencerme de que es una buena idea. La seguridad en mí misma no es uno de mis puntos fuertes y, si a eso le sumo la sospecha de que muy pronto mi nombre estará en boca de todos, la presión se vuelve casi insoportable, como en esos sueños en los que un asesino sanguinario te persigue con una sonrisa sádica en los labios, pero tú eres incapaz de moverte. Y, sin embargo, no puedo evitar ver algo de justicia poética en todo esto.

Es Eric.

Y es Roma.

¿Cómo podría negarme?

—Iré —digo haciendo que mi voz suene como el ronroneo de un gato.

Él sonrío y me mira a los ojos de una forma que no sé interpretar. Como si quisiera decirme muchas cosas que no puede decir. Tal vez porque, en su propia pesadilla, él tampoco es capaz de escapar del asesino. Después, me mira los labios. Y durante una fracción de segundo, creo que va a besarme.

Pero no lo hace.

Supongo que todo estaba en mi cabeza.

Su móvil suena de repente y desfigura la belleza inigualable de este instante. Se lo saca del bolsillo interior de la americana y contesta al tiempo que se incorpora. No entiendo ni una palabra de lo que dice, conque deduzco que está hablando en sueco. Y, joder, cómo me gusta. Me pongo de pie y me aliso la falda con nerviosismo. A los pocos segundos, cuelga y se guarda el

teléfono.

—Tengo que irme —anuncia mientras se dirige al escritorio.

—Pero aún no me has explicado nada de la convención. ¿Nos veremos más tarde? —pregunto sin poder disimular mi ansiedad.

—No creo —responde algo frenético y se apresura a meter el portátil en una elegante bolsa de piel—. Es muy probable que esté todo el día fuera ultimando algunos detalles para la semana que viene. Tendrá que ser mañana.

—Pero mañana es sábado, Eric.

—Sábado, ¿eh? —repite con aire ausente. Una arruga de preocupación se forma en su frente—. Ya no sé ni en qué día vivimos. Bueno, no importa. Te recogeré en tu casa a media tarde y te llevaré a algún sitio tranquilo a disfrutar de una buena *fika*.

—¿Es una cita?

—No, nena. Es trabajo —contesta esbozando una seductora sonrisa de autosuficiencia.

«Nena». Ha vuelto a llamarme «nena». Qué diferente ha sonado esta vez y cómo me ha gustado. Y va a llevarme a disfrutar de una *fika*. Sea lo que sea eso.

Ya me puedo morir tranquila.

Frunzo los labios como si formara una pequeña «o» y sacudo la cabeza fingiendo desaprobación.

—Entonces tendrás que pagarme el doble por cada hora que pase contigo.

## Capítulo 31

Lo que dijo Oscar Wilde de que lo único peor a que hablen mal de uno es que no lo hagan en absoluto no va conmigo. Nunca me ha gustado destacar. De hecho, odio tanto ser el centro de atención que, si pudiera escoger un superpoder, sería el de volverme invisible cuando me diera la gana. No me gusta que me miren ni rodearme de mucha gente. Mi zona de confort está limitada a estar con una o dos personas más, como máximo. Con tres ya empiezo a ponerme tensa y, salvo éticas excepciones, tiendo al retraimiento. Y por eso no me hace ni pizca de gracia que Alberto haya sacado el tema en mitad de la comida.

—¿A Roma, nada más y nada menos? ¡Qué suerte tienen algunas! —dice Sergio antes de llevarse un generoso bocado de su pizza *capricciosa* a la boca.

—Ni que se fuera de vacaciones —se apresura a replicar Marga con cara de pocos amigos. No parece muy contenta que digamos por la noticia. Aunque no sé si lo que la tiene tan cabreada es mi viaje o que todo el mundo esté disfrutando del menú rico en carbohidratos refinados de los viernes mientras ella se somete a una inhumana dieta a base de sirope de arce —. Es una pena que no vayas a poder disfrutar de la ciudad —dice con retintín, dirigiéndose a mí.

—¡No seas envidiosa! —le espeta Sergio

—Envidiosa no, realista. Estos eventos no tienen nada de divertido; son solo trabajo y más trabajo. Para eso me quedo en Barcelona —añade frunciendo los labios con indiferencia.

—Sí, claro. Lo dices como si tú hubieras ido a muchas convenciones de ventas, no te jode.

Ella le pone los ojos en blanco y se lleva a la boca un sorbo de su brebaje.

—Vamos, chicos, no os alteréis —tercia Alberto poniendo paz—. ¿Has estado alguna vez en Roma, Ana?

Niego con un tímido cabeceo.

—Entonces te aconsejo que aproveches el tiempo libre al máximo, porque es una ciudad preciosa y llena de rincones para descubrir.

Marga deja ir una sonora carcajada.

—¡Eso será si tiene tiempo libre!

Decido pasar de ella y me concentro en mordisquear el borde de mi porción de pizza con la esperanza de que alguien cambie de tema. No sé por qué Alberto ha tenido que decir nada. Podría haberse esperado a que estuviera allí para contarlo y así me habría ahorrado la vergüenza de convertirme en el puto *trending topic* de la comida.

—Y, exactamente, ¿qué se supone que vas a hacer tú? —pregunta de pronto Oliver.

No ha dicho ni una sola palabra en todo el rato. Ni siquiera se ha dignado a mirarme a la cara. Intuyo que está cabreado conmigo porque no he vuelto a mostrar ningún interés por salir con él, y lo entiendo. Pero por lo menos podría mostrar algo de entusiasmo por mi viaje. Al fin y al cabo, somos compañeros de trabajo y nada más.

—Sí, eso —insiste Marga—. Explícanoslo porque no nos queda claro.

—Aún no lo sé, pero supongo que tendré que ayudar a Eric —respondo tratando de que parezca lo más natural del mundo.

Oliver arruga las cejas y esboza una sonrisa un tanto inquietante.

—Ah, ¿sí? Pues no sé cómo. Tú solo calculas los incentivos —dice con un tono despectivo.

—Te parecerá poco.

Ya está.

Ya han conseguido cabrearme entre el uno y la otra.

—Bueno, no. —Suena menos agresivo esta vez—. Pero me extraña que el nazi ese invite a una externa.

—Eric no es ningún nazi, ¿vale? Te equivocas con él. Os equivocáis todos —sentencio fulminándolos con la mirada.

Ellos me observan con expresión de desconcierto, como si no entendieran por qué estoy defendiendo a un cabrón como *Iceman*. Todos, excepto Marga. Ella me escruta de un modo sibilino, como si supiera que mis palabras encierran un doble sentido. Y me da muy mala espina.

—Igual quiere una secretaria. Ya sabes, una chica que le prepare el café y le pase las notas a limpio —dice con mala fe.

—Ya tiene secretaria —contesto malhumorada.

—Entonces...

Chasqueo la lengua y resoplo. Sus chorradas han conseguido que se me agote la paciencia.

—¿Qué, Marga? ¿Entonces qué?

—Solo se me ocurre un motivo por el que quiera que vayas a la Convención de Ventas: te lo estás follando —afirma devolviéndome una mirada cargada de odio.

—¡Marga! —gritan Alberto y Sergio al unísono.

—¿Qué? —replica ella con el gesto contraído en una mueca tirante—. No estoy diciendo ninguna tontería. Ana es la nueva amiguita de *Iceman* y por eso ahora es la preferida. Hasta que se canse.

Algo me abrasa la garganta en ese preciso instante, como si un metal pesado hubiera explotado en mi interior llenándome de pequeñas astillas puntiagudas que se me clavan en las paredes de la tráquea. Tengo mucha sed, pero esta sed no se calma bebiendo. Esta sed no atiende a razones, ni a las bocas de mis compañeros que se mueven para componer palabras que no puedo oír porque el atronador ruido de la humillación clamando venganza me lo impide. Mi mano derecha ha cobrado vida propia, como si mi voluntad hubiera sido expoliada por alguna especie de fuerza suprema. Y presa de un automatismo incontrolable, agarra el trozo mordisqueado de *pizza capricciosa* que hay sobre mi plato y lo estampa apretándolo con brutalidad contra la cara de una Marga patidifusa, ignorando los alaridos de horror de los demás ocupantes de la mesa, que parecen sucederse a cámara lenta a mi alrededor.

—¡Lo que haya entre Eric y yo no es tu puto problema! —grito hasta quedarme afónica.

Y, entonces, cuando me doy cuenta de que la sala se ha quedado en un silencio sepulcral y que todas las cabezas se han vuelto hacia mí y se han convertido en espectadores pasivos, aunque complacidos, de este deplorable espectáculo, solo entonces, empiezo a ser consciente de lo que acabo de hacer.

A la mierda Oscar Wilde.

## Capítulo 32

El sol deslumbrante de media tarde se refleja en la fachada acristalada de Laboratorios Grau y le otorga una apariencia inusualmente bella. Rescato las gafas de sol del fondo de mi bolso y dejo atrás el excelso edificio oscuro. Camino calle abajo, por la gran torre de Babel que es el Paseo de Gracia, y me dejo mecer por la marea de turistas que colapsan el espacio público acompañados de los incesantes clics de sus cámaras de fotos y un brillo que se me antoja etílico en las retinas.

Los viernes, la jornada termina a las cuatro y yo acostumbro a salir pitando para saborear como un regalo la quietud que reina en casa a esas horas. Me he acostumbrado a estar sola e incluso me gusta. Pero hoy no me apetece, porque, cuando me siento tan anímicamente agotada como ahora, huyo del silencio. Supongo que no quiero escuchar bramar a las bestias de mi cabeza. Por eso he decidido que no voy a ir a casa aún. Prefiero ir de acá para allá un rato más, arrastrando los pies como una tortuga cansada y oyendo sin oír el rugido urbano.

Mi móvil vibra dentro del bolso y el sonido me devuelve al presente. Rebusco hasta que lo encuentro y veo en la pantalla una llamada entrante de Alberto. Descuelgo y contesto sin demasiado ánimo.

—¿Por dónde andas?

—Por ahí, dando vueltas.

—Pero ¿estás bien?

—Supongo —respondo lacónica.

—Te has ido muy rápido. Me podrías haber esperado.

Me muerdo el labio para contenerme y permanezco unos segundos en silencio.

—¿Estás enfadada conmigo?

A tomar por saco la contención.

—Pues sí, la verdad —suelto con una repentina viveza—. Si no hubieras sacado el tema en mitad de la comida, no habría pasado nada.

En realidad, no estoy enfadada con él. O, al menos, no más de lo que lo estoy conmigo misma.

—Venga, Ana, no te pongas así. Si me hubiera imaginado que las cosas acabarían tan mal, te juro que no habría dicho nada. Lo siento, ¿vale?

—Sí, lo que tú digas —mascullo.

—Oye, ¿por qué no quedamos en algún sitio del centro y nos tomamos algo? Aún estoy en la oficina, pero en media hora, más o menos, salgo y me planto donde me digas.

Supongo que un amigo me vendría muy bien ahora.

—Vale. Te espero en el Schilling —digo antes de colgar.

\*\*\*

La primera vez que pisé este bar tenía diecinueve años y fue de pura casualidad, un día al salir de clase. Como cada jueves a última hora, me había escaqueado de Estadística —un coñazo de asignatura— y había caminado hasta el centro para matar el tiempo. Casi siempre estaba sola, así que me había acabado acostumbrando a la descorazonadora sensación de no encajar en ninguna parte. Por eso, mientras mis compañeros se pasaban las horas muertas en la cafetería de la facultad, entre risas anestesiadas e interminables partidas de juegos de rol, yo andaba por ahí como una espectadora discreta de la frenética vida urbana. Me encantaba sentir el asfalto bajo los pies y hacerme invisible en la ciudad.

Más invisible aún.

Aquella tarde de hace unos años, una repentina lluvia torrencial me pilló sin paraguas en mitad de la calle Ferran y no tuve más remedio que entrar en este bar, el Schilling, para refugiarme. Hoy no llueve, pero supongo que necesitaba sentirme a salvo en alguna parte.

Todo sigue igual.

Sigo estando sola.

—¡Tierra llamando a Ana! —exclama de pronto Alberto imitando el sonido de un megáfono.

—Perdona —digo volviendo a la realidad de un bote—. Me estaba acordando de la primera vez que vine a este bar.

—¿Y eso? ¿Echaste un polvo que te cagas en el baño?

Dejo escapar una risita floja.

—Qué va. No me hagas mucho caso, soy una tonta y una romántica incorregible.

Alberto niega con la cabeza en una clara muestra de desacuerdo.

—Romántica puede, pero de tonta no tienes un pelo. Aunque, alguna tontería sí que haces de vez en cuando —añade tras beber un trago de cerveza.

—Me he pasado mucho, ¿verdad? —pregunto con la boca pequeña, acobardada por la culpabilidad.

—Pues sí, bastante —responde él en tono reprobatorio.

Me muerdo el labio inferior para contener la inquietud que me provoca esa bofetada de sinceridad, inesperada pero justa, y me concentro en la boca de mi botella de Wagner's mientras la acaricio con los dedos.

—Pero ¿sabes qué? —añade—. Que le den. Ella se lo ha buscado.

—De todas formas, me siento fatal. No tenía ningún derecho a humillarla en público. ¡Yo no soy así, joder! —balbuceo dejando caer la cabeza con abandono sobre las palmas de mis manos.

—¿Estás cambiando por algo?

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—A mí me parece que sí.

—Tienes razón, sí que lo sé —confieso tras una larga exhalación. Me pongo recta y me recojo el pelo en una coleta bien tirante—. Es esta mierda de empresa lo que me está trastornando. Esta mierda de empresa y la mierda de gente que trabaja en ella. ¿Tú no estás harto de la guerra entre internos y externos? Lo único que les falta es ponernos un brazalete como si fuéramos los judíos del gueto de Varsovia. Si supieras la de veces que me he sentido

como una *outsider* por el simple hecho de estar subcontratada... Y, encima, todo el mundo me odia. Lidia, los gerentes... Incluso Marga, y eso que se supone que es de los nuestros. ¡Joder, yo quiero integrarme! Ya no tengo diecinueve años ni estoy en la facultad, pero es como si no hubiera cambiado nada. Soy la misma perdedora que entonces.

Alberto me observa vomitar toda mi rabia sin mediar palabra. Cuando acabo el soliloquio, exhalo como si hubiera hecho un esfuerzo físico colosal y lo miro con los ojos muy abiertos, buscando en su rostro algún gesto cómplice.

—No eres una perdedora, Ana, tan solo una víctima más, una milenial. Sé muy bien lo desilusionada, frustrada y perdida que te sientes. Créeme, yo también he pasado por esa fase. Para las empresas como Laboratorios Grau, no somos más que ganado marcado con un número de la Seguridad Social que se traduce en rendimientos a final de año. Es alienante, ya lo sé, pero no es culpa tuya. Tú no eres quien lo está haciendo mal. Lo que pasa es que no estás viendo las cosas desde la perspectiva correcta.

—¿Qué quieres decir? —pregunto desconcertada.

—Que el problema no es Laboratorios Grau. El mundo está lleno de empresas como esta, con sus Lidias, sus Margas y sus ridículas jerarquías corporativas. Con el tiempo, acabarás acostumbrándote. El verdadero problema es Eric Grau y la influencia que ejerce sobre ti. Te manipula para que creas que formas parte de su mundo, pero no es así. Y cuanto antes lo asumas, mejor.

—Tú no lo conoces como yo, Alberto.

Frunce el ceño y me dedica la misma mirada inquisitiva de otras veces.

—¿Estás enamorada de él?

El aire se condensa de repente y siento sobre la piel la insoportable carga de su pregunta.

—Sí —confieso tras un silencio pertinaz—. Desde el minuto cero. Estoy enamorada desde los dedos meñiques del pie hasta el revés del alma.

Es la primera vez que me atrevo a decirlo.

A decírmelo.

A decírselo a otra persona en voz alta.

—Ay, Dios... —se lamenta pestañeando de forma teatral—. A ver, que

yo lo entiendo. Es guapísimo y tiene mucho dinero. Si hasta a mí me pone nervioso a veces.

—Que no, Alberto, que no es eso. Que yo lo querría de cualquier manera.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Pero enrollarse con el jefe no suele ser una buena idea, Ana. Y menos con este, con la fama que tiene. Quizás deberías replantearte lo de ir a Roma.

Y entonces exploto, porque ya no puedo más, me abro en canal y le cuento todo lo que ha ocurrido entre nosotros sin omitir ningún detalle. Él me mira expectante, como si le estuviera contando el argumento de alguna adictiva novela de esas que hablan del amor y otras catástrofes y, cuando termino mi relato, me doy cuenta de que todas las cosas que he dicho necesitaban ser oídas.

Y, por primera vez en mucho tiempo, me siento liberada.

—Creo que deberías dejar de hacerte ilusiones con él, Ana. Los hombres como Eric Grau no cambian. Puede que creas que sí, pero eso solo pasa en la ficción. En la vida real, se dedican a joder a las mujeres, en todos los sentidos de la palabra. Tú eres inteligente, así que no dejes que el gen idiota te confunda.

—¿Qué gen idiota?

—El que hace que os enamoréis de los cabrones.

—¿Y si resulta que él no es un cabrón?

Alberto sonrío con indulgencia y no puedo evitar sentirme vencida por la imposibilidad.

De pronto, mi móvil empieza a vibrar y se mueve sobre la mesa como si hubiera cobrado vida propia. Alberto y yo nos miramos con nerviosismo cuando vemos aparecer su nombre en la pantalla. Me excuso, cojo el teléfono y me apresuro a salir del bar.

—¿Me puedes explicar qué has hecho? —exclama Eric enfurecido.

La rudeza de su tono me coge por sorpresa. No me esperaba una bronca, se suponía que las cosas estaban bien entre nosotros.

—¿A qué te refieres?

—No me tomes por imbécil. Sé muy bien lo que ha pasado hoy en la cantina.

«Mierda».

Las noticias vuelan en Laboratorios Grau. Respiro hondo y trato de mantener el tipo.

—No sé qué te habrán contado, pero te juro que tenía mis motivos para hacer lo que he hecho.

—¡Tus motivos me importan una mierda! ¡No tenías ningún derecho a hablar de nosotros!

—¿Nosotros? Si no hay ningún «nosotros». Tú mismo lo dijiste.

—Pero parece que tú no lo entiendes. Has conseguido que estemos en boca de todos. ¿Era eso lo que pretendías? ¿Que la gente creyera que estamos juntos?

—Pensaba que a ti te daba igual la gente.

—¡No cuando se trata de mi vida privada!

Me muevo de un lado a otro de la calle, con un amago de sollozo asomándoseme a los labios y tratando de averiguar qué debería decir, pero antes de que se me ocurra algo lo suficientemente sensato, dice:

—¿Qué tengo que hacer para que entiendas que no hay nada entre tú y yo, Luna? No lo hay, no puede haberlo.

¡Pum! Un disparo al corazón entorpece mi vaivén inquieto y se me caen a plomo las ilusiones, los sueños y las defensas. Tengo que apoyarme contra la cristalera para no acabar en el suelo.

—Ya no quiero que vengas a Roma.

Y hablando a toda prisa para que la amenaza de las lágrimas no me rompa del todo la voz, le suplico como nunca he suplicado en mi vida que me deje ir con él.

Una y otra vez.

Y no me importa.

Porque necesito ir con él.

Sí, lo necesito.

Pero lo único que llega del otro lado de la línea es silencio. Y, cuando el dolor empieza a parecerse al de un animal desgarrado, me dejo caer al suelo sin despegar la espalda del cristal y me abandono a la impotencia del llanto.

Solo el amor es capaz de doler así.

—No, Luna. Tengo que alejarme de ti —dice antes de colgar.

Creo que va a empezar a llover.

## Capítulo 33

Los aeropuertos siempre me han parecido lugares fascinantes por la cantidad de historias que ocurren en ellos a diario. A todas horas. En cualquier parte del mundo. Mientras en Barcelona un ejecutivo coge el primer vuelo de la mañana para ir a una importante reunión con una exuberante secretaria de la que su mujer no se fía un pelo, un encantador matrimonio de jubilados aterriza en La Habana para celebrar sus bodas de oro. Ese mismo día, en París, una pareja se despide besándose de forma dramática frente al control de seguridad. Y, a la misma hora, en Nueva York, un joven aventurero vuelve a abrazar a sus padres después de seis meses de misión en el Ártico. Son historias muy distintas entre sí, pero todas tienen algo en común: un viaje. Y todos los viajes, sean de ida o de vuelta, tienen magia. Despertarse en un lugar del mundo y acostarse en otro es mágico, ya lo creo que sí. Mágico y excitante. Como lo son todas las cosas que llevan impregnado el aroma de lo nuevo y lo desconocido. Puede que mi manera de verlo sea demasiado romántica, pero supongo que es normal, teniendo en cuenta que, en mis veinticinco años de aburrida existencia, apenas he ido a ninguna parte. Los veranos en la casa del pueblo de mis abuelos, cazando alacranes en un caluroso y polvoriento secarral en mitad de la nada, y una semana de desenfreno en Ibiza con Dani son mis únicas experiencias. Joder, qué triste. Mi padre siempre me dice que no tenga prisa, que hay tiempo para todo, pero yo ya no puedo esperar. Hay tiempo para todo hasta que de repente un día te mueres sabiendo que se te ha quedado todo por hacer. Y yo no quiero eso. No quiero morirme con la sensación de que lo que sé del mundo lo sé porque me lo han contado o porque lo he visto en un documental de

sobremesa de La 2. Por eso, cada día que pasa sin que me ocurra algo extraordinario, mi existencia se convierte en una especie de suicidio por entregas, lento y desesperante.

Por fortuna, hoy no es uno de esos días.

Son las ocho de la mañana y estoy sentada en una sala de espera de la Terminal 1 del aeropuerto de Barcelona, a punto de embarcar en un vuelo en *first class* con destino a Roma. Y eso es de todo menos ordinario. Especialmente porque se supone que yo no debería estar aquí.

«Ya no quiero que vengas a Roma».

Me he pasado el fin de semana entero encerrada en mi cuarto. Apenas he comido y ni siquiera me he molestado en vestirme. Me sentía sin fuerzas y dolorida como si una apisonadora me hubiera machacado. Lo único que he hecho durante este exilio autoimpuesto ha sido escuchar sin parar la discografía completa de Michael Kiwanuka en Spotify y llorar. Sí, he derramado más lágrimas en las últimas cuarenta y ocho horas que en toda mi vida. Y también he mirado el móvil. Una y otra vez. Supongo que en el fondo albergaba la esperanza de que Eric recapacitara y llamara. Una esperanza que perdía a medida que el reloj avanzaba sin que tuviera noticias tuyas y que recuperé en el preciso instante en que mi teléfono sonó.

«Aleluya».

—¿Ana? Soy Laura, la *assistant* de Eric Grau. Siento molestarte un domingo por la tarde, pero el señor Grau me ha pedido que te comunique que al final sí va a necesitarte en la convención de ventas. Te acabo de enviar un correo con los billetes de avión, la reserva del hotel y un enlace al programa de actos. Me temo que el vuelo de primera hora ya estaba completo, así que tendrás que ir en el siguiente, pero no te preocupes por nada. Un coche te recogerá en el aeropuerto de Roma y te llevará al hotel. Una vez allí, solo tienes que consultar el programa.

—¿Y Eric? —fueron las únicas palabras que conseguí articular.

—Se ha ido esta misma mañana.

—Ah, vale. Gracias por llamar.

Y como no supe qué más decir, colgué.

La verdad es que me sentía bastante desconcertada. Feliz de que hubiera cambiado de opinión, pero al mismo tiempo decepcionada porque no me lo hubiese dicho él mismo.

—Lo importante es que te vas de viaje con él —dijo Dani en cuanto se lo conté.

—Y con media empresa —repuse.

—Tú ya me entiendes —añadió devolviéndome una mirada cargada de picardía.

Y, después, como estaba entusiasmado con la idea, se dedicó a organizar mi equipaje y se aseguró de que todo lo que hubiera en la maleta fueran los vestiditos cortos y ceñidos que me había obligado a comprar aquel día que fuimos de tiendas poco después de empezar a trabajar en Laboratorios Grau. Justo lo contrario de lo que a mí me gusta.

—Al menos podrías dejar que me lleve algo de ropa interior cómoda —protesté.

—Eso no es cómodo, eso es un inhibidor de la libido —me espetó quitándome de las manos el *culotte* de algodón blanco que yo había cogido y lanzándolo sobre la cama.

—¿Y qué más da? Eric no quiere nada conmigo, me lo ha dejado bien clarito.

—Tú espera a que te vea con esto puesto —replicó él agitando en el aire unas minúsculas braguitas rosas de encaje sin estrenar.

No fue difícil que mi imaginación echara a volar. Y, como consecuencia, no he pegado ojo en toda la noche. Estaba demasiado histérica para dormir.

Una voz femenina anuncia por megafonía que el vuelo AL370 de Alitalia con destino Roma-Fiumicino está listo para el embarque. Apuro el café con leche por el que he pagado cuatro dolorosos euros y tiro el vaso arrugado a una papelera. Una docena de ejecutivos esperan su turno en la cola y me uno a ellos. Empiezo a estar muy familiarizada con el arquetipo del *business man*: engominado, perfumado, bien afeitado, ataviado con un traje de elevada factura e impecable confección, con un rictus de preocupación permanente y con unas manos finas que teclean compulsivamente en un *smartphone* de última generación. Y, mientras miro a mi alrededor, me doy cuenta de que yo desentono como un pingüino en el desierto entre todos estos ejemplares. Me siento observada. Ser la única mujer no ayuda. Y la colección de miradas indiscretas que se fijan sin vergüenza alguna en mi generoso escote tampoco. Procuero pensar en otra cosa y, después de pasar el control, me apresuro a cruzar el *finger*. Me sudan tanto las manos que las yemas de mis dedos dejan

un rastro negruzco de tinta y humedad en la tarjeta de embarque.

—Fila 5, asiento A —dice con un agradable acento italiano una azafata sonriente.

Es la segunda vez que me subo a un avión, pero, desde luego, esta no se parece en nada a la primera. Lo de Ibiza fue un vuelo *low cost*. Tan *low cost* que a la compañía aérea solo le faltaba quitar los asientos para que cupieran más pasajeros, aunque tuvieran que ir de pie. Esto es otra cosa. Esto es primera clase y huele a billetes. El precio se nota en el trato exquisito de la tripulación, en la comodidad de los asientos, tan amplios que puedes desperezarte sin rozarte con el pasajero de al lado, y en el desayuno de bienvenida que nos han servido con protocolo imperial justo después del despegue. Las atenciones recibidas en primera clase son el colmo del materialismo, pero reconozco que podría acostumbrarme fácilmente a esto. Joder, ¿y quién no? Aunque debo reconocer que me siento tan fuera de lugar que hasta me da vergüenza pedirle a la azafata un poco más de café, como si no me hubiera ganado el derecho a ocupar este asiento.

Me lo merezca o no, me desabrocho el cinturón y me acurruco contra la ventana acomodándome en mi mullido asiento, dispuesta a recuperar el sueño que he perdido en este fin de semana caótico. No se oye ni un alma. Todos están dormidos, conectados a sus portátiles o concentrados en la lectura del periódico matinal que las azafatas les han ofrecido con amabilidad sin alzar demasiado la voz. Cierro los ojos disfrutando de la magnífica placidez que se respira, pero, unos minutos después, justo en el instante en que la realidad comienza a diluirse, una conversación entre la azafata y un pasajero me obliga a abrirlos de nuevo.

—Siento muchísimo la confusión, caballero. Lamento que haya tenido que esperar hasta el despegue, pero así lo indica el protocolo de seguridad en estos casos. Si es tan amable, ya puede ocupar su asiento —dice ella, indicándole el sitio que hay libre a mi lado.

—Pues sepa usted que presentaré una queja formal contra su compañía.

Cuando se sienta, me mira y me dedica una fugaz sonrisa de cortesía. Despliega su ejemplar de *Expansión*, lo abre por la sección de Economía y se concentra en su lectura. Es un tipo de lo más corriente. No es feo, aunque tampoco es guapo. Tendrá unos cuarenta años más o menos, y lleva una media melena canosa y cortada sin gracia, un aburrido traje azul marino y una

corbata igual de insulsa. La clase de hombre que no deja rastro en la retina de una mujer. Excepto en la mía, que lo recuerda todo.

—Tú eres Marcos Calvet, el gerente de Neuropsiquiatría —digo interrumpiendo su lectura.

Me mira con aire de sorpresa y deposita el periódico sobre sus rodillas como si fuera una sábana.

—Sí. Y tú eres... la chica de Eric, ¿verdad? Perdona, pero soy un desastre para los nombres.

«La chica de Eric», hay que joderse.

—Ana Luna.

—Sí, eso, Ana Luna. Menuda casualidad, ¿no? Parece que somos los últimos. Todo el mundo habrá ido en el vuelo anterior porque no he visto a nadie más de la empresa en el avión.

Asiento con un leve movimiento de barbilla como si me importara. Él dobla el diario por la mitad dándome a entender que le apetece seguir con la conversación.

—Por lo visto, había algún tipo de error con mi billete y pretendían que fuera en turista todo el viaje. ¿Te lo puedes creer? —dice con indignación—. Oye, ¿y tú cómo es que vas en primera? No te ofendas, pero los externos nunca...

—Ya —respondo cortante—. Tendrás que preguntárselo a la secretaria de Eric, que es quien ha gestionado la reserva.

—De hecho, no es normal que dejen ir a una externa a la convención —añade como si nada. Y enseguida me desliza una mirada compasiva, como si de repente se hubiera dado cuenta de lo desafortunado de su comentario—. Pero tú no te preocupes, que todo esto no es más que parafernalia. Imagino que nunca habrás estado en un evento de esta magnitud, ¿no?

Niego discretamente con la cabeza.

—Te lo pasarás muy bien, ya verás. En esta empresa saben cómo amenizar los viajes.

—Yo creía que íbamos a trabajar.

—¡Claro, mujer! —dice dejando ir una risa despreocupada—. Pero una cosa no quita la otra. Una convención sirve básicamente para hacer *teambuilding*. Ya sabes, fortalecer relaciones y ese tipo de cosas. Y las fiestas

nocturnas son ideales para eso. De hecho, es donde más negocios acaban cerrándose. Así que relájate y disfruta, que paga la empresa —añade con flema.

Sonríó con hipocresía y decido dar por terminada la conversación aludiendo al cansancio como excusa. Me doy la vuelta y cierro los ojos con la firme intención de dormir, pero mi cerebro va a mil por hora y parece que tiene otros planes para mí.

«Relájate y disfruta, que paga la empresa».

Pero ¿cómo se pueden tener tan pocos escrúpulos? Esta es la clase de comentarios que me ponen de mala leche, especialmente cuando salen de la boca de alguien que ronda los setenta mil euros brutos al año. Como mínimo. Dice que la Convención de Ventas sirve para hacer *teambuilding*. O lo que es lo mismo, para que cuatro esnobs con ínfulas y gusto por el vino caro se sienten a charlar de sus cosas. Yo a eso lo llamo tirar el dinero. Despilfarrar. Malgastar. Y, desde luego, poco tiene que ver con la función social que debería cumplir una farmacéutica, por mucho que Eric intente convencerme del elevado coste que suponen la inversión en investigación, la producción de medicamentos y bla, bla, bla. No es que pretenda ponerme a dar lecciones de ética. A mí también me fascina la erótica del poder y puede que incluso más de lo que moralmente debiera, pero, como dice mi padre, la sobreabundancia es un pasaporte directo a la avaricia. Las cosas solo son cosas, con fecha de caducidad y obsolescencia programada. Lo que de verdad marca la diferencia no es material. No se puede tocar ni comprar con una Visa Gold. Se aprende. Se siente. Es orgánico. Intangible. Y prevalece en el tiempo.

Me revuelvo en mi asiento y me doy por vencida. Acabo abriendo los ojos. Decido consultar el programa de actos en mi móvil y lo repaso una vez más.

### Lunes 9 de mayo

11:00 h: Bienvenida y presentación a cargo de Angus Grau, CEO de Laboratorios Grau. Salón Mascagni, Grand Hotel Plaza, Roma.

11:15-11:30 h: Pausa café. Salón Mascagni, Grand Hotel Plaza, Roma.

11:30 h: Laboratorios Grau: *A great place to work*. Presentación a cargo de Johan Grau, director de Recursos Humanos de Laboratorios Grau. Salón Mascagni, Grand Hotel Plaza, Roma.

12:00 h: Presentación del balance anual de ventas y beneficios a cargo de Eric Grau, director de Ventas y Finanzas de Laboratorios Grau. Salón Mascagni, Grand Hotel Plaza, Roma.

Hasta aquí, todo normal. Pero luego veo cosas como esta:

Martes 10 de mayo

20:00 h: Cena en La Terrazza dell'Eden (1 estrella Michelin). Hotel Eden, via Ludovisi, 49, Roma. *Dresscode*: Ejecutivo.

O esta:

Miércoles 11 de mayo

22:00 h: Baile de disfraces. La Maison Club, vicolo dei Granari, 3, Roma.

Aunque, sin duda, la mejor de todas es esta:

Jueves 12 de mayo

21:00 h: Cóctel de alta etiqueta en el Palazzo Barberini. *Dresscode*: Esmoquin oscuro y camisa blanca para los hombres y vestido de fiesta de tres cuartos de largo para las mujeres. Se desaconsejan los colores o estampados estridentes. Se ruega respetar al máximo la etiqueta.

Vale. Primero, ¿esto qué es? ¿Una convención de ventas o un crucero por el Mediterráneo?

Y segundo, ¿por qué motivo se desaconsejan los colores o estampados estridentes?

Una señal luminosa se enciende sobre mi cabeza. Me apresuro a guardar el móvil en el bolso y me abrocho el cinturón de seguridad mientras escucho con atención el mensaje del piloto antes de tomar tierra.

—El comandante Marino y toda la tripulación esperamos que hayan tenido un vuelo agradable y confiamos en verles de nuevo a bordo de Alitalia —anuncia con su armónico acento italiano.

Y, entonces, me pongo a temblar. Tengo la sensación de estar viviendo uno de esos extraños momentos en los que no me siento dueña de mí misma.

## Capítulo 34

El Grand Hotel Plaza está situado en la bulliciosa Via del Corso y es el sitio más lujoso que he visto en mi vida. Después de registrarme en la recepción y recoger la llave, un joven botones se encarga del equipaje y me acompaña a mi habitación.

—*Questa è la sua stanza, signorina* —anuncia al abrir la puerta.

No hablo italiano, pero he entendido lo que ha dicho. Intuyo que ahora es el momento de dejarle una buena propina o, por lo menos, eso es lo que siempre he visto que hacen en las películas. Saco un billete de cinco euros del monedero sin saber si estoy haciendo el ridículo y se lo ofrezco. En cualquier caso, él lo acepta con educación. Me dedica una sonrisa ensayada, da media vuelta y se marcha después de cerrar la puerta.

La *suite* es aún más grande de lo que imaginaba. Es luminosa, con una decoración finísima y una cama en la que podría perderme con facilidad. Me siento encima con cierto nerviosismo, como si estuviera profanando un lugar sagrado, y me fijo en el ramillete de lavanda que reposa sobre uno de los almohadones. Se nota que este es uno de esos sitios en los que cada detalle importa. Cerca de la cama, hay una pequeña mesa flanqueada por dos elegantes sillas y sobre esta, una caja de bombones Pierre Marcolini junto a una nota. Me incorporo y me acerco a ver lo que dice:

*Apreciado colaborador:*

*En nombre de Laboratorios Grau, le doy la bienvenida a la*

*Convención Anual de Ventas de nuestra empresa. Reciba este pequeño obsequio como muestra de nuestra gratitud por su asistencia.*

*Esperando que su estancia en Roma sea agradable, me despido con un cordial saludo.*

*Atentamente,*

*Angus Grau*

*CEO de Laboratorios Grau*

Reconozco que estoy impresionada. No solo porque los bombones no tienen nada que ver con los que venden en los supermercados, sino por el gesto. No sé si tanta ceremonia es necesaria después de costear una semana en un hotel de cinco estrellas en Roma para media empresa. Aunque supongo que este es el tipo de cosas que hacen habitualmente las grandes compañías como Laboratorios Grau, así que no debería extrañarme. Marcos Calvet lo ha llamado *teambuilding*; yo, derroche.

Sea como sea, cojo uno de los apetitosos bombones de autor y, mientras trato de averiguar cuál es el exótico sabor que me ha inundado el paladar, inspecciono el cuarto de baño, que es tan suntuoso como el resto de la habitación. «A Dani le encantaría todo esto», me digo mientras curioso la colección de cosméticos Trussardi que hay encima del lavamanos. Hago una foto con el móvil y se la mando después de conectarme a la red wifi del hotel. Su respuesta me llega al instante:

«Me muero de envidia, perra. ¿Has visto ya al dios vikingo?»

Decido no responderle todavía.

Llevo toda la mañana evitando pensar en eso, pero, si algo sé de la vida, es que las inquietudes que intentamos ignorar siempre acaban volviendo. Y, cuanto más empeño ponemos en apartarlas de nuestra mente, mayor es su fuerza cuando regresan. Por eso, ahora que se acerca el fatídico momento de reencontrarme con él, me invade el pánico. No sé cómo reaccionará cuando nos veamos ni cómo debería comportarme yo. O si seguirá enfadado conmigo a pesar de haber acabado accediendo a dejarme venir. Lo más probable es que sí y que no vuelva a dirigirme la palabra más que para lo estrictamente necesario. Al fin y al cabo, quiere distancia, así que me inclino a pensar que no hay ningún motivo romántico detrás de su cambio de opinión. Sé que debo

asumirlo cuanto antes, pero eso no implica que me duela menos.

La alarma del móvil interrumpe mis cavilaciones. Son las doce menos diez y la presentación de Eric está a punto de comenzar. «Que sea lo que Dios quiera», me digo dejando ir todo el aire de los pulmones frente al espejo del baño. Cojo mis cosas y salgo de la habitación. No me cuesta mucho encontrar el salón Mascagni, porque los empleados del hotel han tenido el detalle de poner indicaciones por todas partes. Tal y como me figuraba, es inmenso, sobrio y elegante. A simple vista, calculo que debe de haber unas ciento cincuenta personas, entre los que ya han ocupado sus asientos y los rezagados que apuran lo que queda de la bollería de la pausa para el café o mantienen conversaciones informales entre las hileras de sillas. «¿Es posible que quepa tanta gente en un hotel?», me pregunto con una mezcla de asombro y fascinación. Me siento con discreción en una de las últimas filas para pasar desapercibida porque, aunque imagino que todas estas personas a las que no he visto en mi vida forman parte de la Fuerza de Ventas de Laboratorios Grau, no me gustaría que alguien me reconociera como la intrusa que soy. Mientras aguardo a que empiece la presentación de Eric, observo a mi alrededor. Todos los elementos de la escenografía, minimalista y sofisticada, han sido estudiados para proyectar una imagen de liderazgo y poder, hasta la canción que suena —*Everybody wants to rule the world*, de Tears for Fears, según me chiva Shazam—. O, al menos, eso es lo que a mí me transmite.

De pronto, el volumen de la música y la intensidad de la luz comienzan a bajar hasta que la sala se queda en silencio y prácticamente a oscuras. Sé que ha llegado el momento y la frecuencia cardíaca se me pone por las nubes.

*Pum pum... Pum pum...*

«Voy a verlo... Voy a verlo...»

Por suerte, un estruendoso aplauso general consigue ensordecer mis palpitations nerviosas antes de que puedan llegar a oídos ajenos. Es entonces cuando las luces vuelven a encenderse y aparece él. Ha subido al escenario y se dirige hacia el atril. Se mueve con una seguridad cautivadora, pisando con firmeza el suelo con sus bonitos mocasines Oxford como si el mundo fuera suyo y lo supiera. Está guapísimo. Lleva un nuevo corte de pelo muy a la moda, camisa blanca impoluta y un favorecedor traje negro a juego con una corbata de estilo retro. Nunca lo había visto tan arrebatador ni tan

capaz de seducir sin tener que hacer nada más que existir. Y me parece imposible que ese hombre sea el mismo que durmió conmigo no hace mucho.

«Es imposible. Imposible», me digo una y otra vez.

Y cualquier lógica que lo explique es bienvenida. Por improbable que sea.

Una nueva ovación me sobresalta y decido concentrarme en el discurso de Eric, que pide silencio con un leve gesto de la mano.

—Y así nos lo confirman los datos —prosigue—. A pesar de las hostilidades a las que se enfrenta la industria, como el auge de los genéricos o la deuda estatal, hemos incrementado nuestras ventas en más de un treinta por ciento respecto al año fiscal anterior. Isaac Asimov, uno de mis escritores favoritos cuando era más joven, decía que las dificultades se desvanecen cuando uno las enfrenta con energía. Estoy seguro de que muchos lo habréis leído, e incluso habréis llegado a amar la ciencia gracias a él. Y, al fin y al cabo, lo que hacemos aquí es ciencia. Algunos con moléculas y otros con números, pero ciencia, en definitiva. Como sabéis, las tendencias del mercado fluctúan y por eso debemos ser capaces de enfrentarnos a los cambios con energía, reinventándonos constantemente. Con ciencia y consciencia. Las cifras demuestran que, si superamos las adversidades y conseguimos que nuestros usuarios continúen percibiéndonos como una marca solvente, nuestras ventas se disparan. Y, si a todo eso le añadimos la eficacia y la seguridad de nuestros fármacos, los resultados vuelven a situarnos como uno de los laboratorios más sólidos del mundo.

Me gusta lo que dice y cómo lo dice. Es un gran orador y su comodidad se percibe en la seguridad con la que su voz le emerge de la garganta. No titubea ni se equivoca. Gesticula con moderación y alza una ceja cuando quiere remarcar algo. Sabe conectar con el público porque cree en lo que hace y así lo transmite. Por lo menos a mí me parece honesto y, a juzgar por los aplausos continuados, creo que a la mayoría de la sala también, a pesar del comentario despectivo que ha dejado ir en voz baja un papanatas de la fila de delante.

—¡Chsss! A algunos nos interesa lo que está diciendo —he susurrado con muy mala leche.

El tipo, ansioso por saber de dónde procedía la reprimenda, se ha girado de inmediato, y al toparse con mis ojos entrecerrados clavados en los suyos, me ha repasado de arriba abajo con un vil «¿Y tú quién coño eres?» escrito en

la mirada. «Yo soy la que te paga los incentivos, gilipollas», le he respondido yo con la mía.

La presentación concluye un par de horas más tarde y todos nos dirigimos al salón contiguo, donde se sirve un almuerzo frío. Es lo que se conoce como *catering* americano y, por lo visto, es muy corriente en las reuniones de negocios. En vez de sentarse, los comensales se quedan de pie, dando vueltas de acá para allá, y cogen entremeses de las bandejas dispuestas sobre las mesas, que no cesan de ser repuestas por un grupo de diligentes camareros. Sin saber muy bien qué hacer, me arrincono en una esquina desde la que me limito a contemplar el vaivén de ejecutivos que engullen canapés entre risotadas y palmaditas en la espalda. Busco a Eric con la mirada, barriendo la sala como si mis ojos fueran una cámara, y comienzo a desesperarme al no encontrarlo por ningún lado. Apenas unos minutos más tarde lo veo entrando por la puerta, rodeado de varios hombres con los que intercambia sendos apretones de manos entre sonrisas y asentimientos. Estoy segura de que lo están felicitando por su gestión de este último año. Por lo visto, ha sido un éxito. O, al menos, eso es lo que se desprendía de las diapositivas que acompañaban su presentación. Aunque, para ser sincera, en cuanto el aburrido baile de números y gráficos ha empezado a proyectarse en la pantalla, he dejado de prestar atención para concentrarme solo en su magnética presencia sobre el escenario.

No me ha visto todavía, pero quiero que sepa que estoy aquí. No sé qué hacer. Por una parte, estoy aterrada. Pero, por la otra, necesito romper de alguna forma el muro de hielo que se ha levantado entre los dos.

«Las dificultades se desvanecen cuando uno las enfrenta con energía».

La cita de Isaac Asimov me viene a la cabeza como un oportuno revulsivo y me empuja a acercarme a él. Doy un paso y luego otro y otro más, dejando a un lado el miedo y la inseguridad porque, a pesar de todo, cada tembloroso músculo de mi agotado cuerpo quiere estar donde esté él. Pero, después de tres pasos, reculo arrepentida. La razón: una atractiva rubia con porte de *top model* que se cuelga con excesiva confianza de su hombro. Y lo peor es que él parece estar disfrutando de su compañía. «¿Quién es esa?», me pregunto a punto de explotar de la rabia. Desde luego, la chica es impresionante. Tiene una preciosa melena larga y lisa, cara de muñeca, piernas largas y unos pechos pequeños cuya turgencia acobardaría a

cualquiera. Los observo con detenimiento y me parece advertir entre ellos una mirada cómplice, diría que hasta íntima. Enseguida noto el chispazo que me baja del brazo al codo y del codo a la mano hasta crisparse en un puño.

El maldito veneno de los celos ha empezado a hacerme efecto.

—¿Qué pasa? ¿Es que te da vergüenza comer?

Su voz me devuelve a la realidad y estiro con cuidado los dedos entumecidos de la mano. Marcos Calvet lleva un plato de entremeses y una copa de vino blanco que me ofrece con amabilidad. Doy un pequeño sorbo y se lo agradezco.

—Deberías probar el canapé de burrata y tomate seco —dice señalando el plato con un leve movimiento de la barbilla.

A pesar de que se me ha cerrado el estómago, hago caso de la sugerencia y me llevo uno a la boca.

—¿Qué? ¿Está rico o no? —me pregunta convencido de sí mismo.

Fuerzo una sonrisa para disimular mi gesto cariacontecido y asiento con discreción. «Sí, muy rico, lástima que ahora mismo a mí me sepa a rayos», me digo sin apartar la vista de Eric, que sigue pegado a la rubia sin reparar en mi presencia.

—El año pasado celebramos un congreso en Brujas y ya sabes lo aficionados que son los belgas al chocolate. ¿Te gusta el chocolate? Había chocolate por todas partes y de todas las maneras posibles. En las creps, en la fruta, con el café...

Finjo que me interesa lo que me está contando Marcos e incluso asiento de vez en cuando como si estuviera cumpliendo con algo, pero la verdad es que su voz no es más que ruido de fondo que se diluye en mis oídos.

—... y Gante también es bonita, aunque personalmente prefiero Brujas porque es más auténtica y... —continúa parlotando. Y sin poder contenerme ni un segundo más, le interrumpo.

—¿Quién es esa?

—¿Quién? —repite frunciendo el ceño.

—La rubia esa de ahí.

Sus labios se curvan en una sonrisa que no sé muy bien cómo interpretar.

—Carina Brandt, del Departamento de Organización de Eventos. La artífice de todo esto. Guapa, ¿verdad?

—Sí, mucho. Y parece que se lleva muy bien con él —digo con sorna.

—Es que ella también es sueca. Además... —Se detiene para bajar el tono de voz—. Tuvieron algo. O, al menos, eso dicen.

Me muero de ganas de preguntar. Aunque me temo que sé cuál será la respuesta.

Y entonces ocurre. Eric me ve. Sus ojos se encuentran con los míos y se recrean escaneándome entera entre parpadeos de una lentitud demoledora. Cuando se percata de la presencia masculina que me acompaña, le cambia la cara. Aprieta la mandíbula con fuerza y me dedica una mirada directa, cargada de intenciones. Esa mirada. Y me estremezco ante el destello depredador de sus ojos, pero no de miedo, sino por la hermosa brutalidad animal que guarda su gesto. Ese gesto. Veo que le dice algo a la tal Carina Brandt y se dirige hacia mí. Yo me propongo no sentir nada, pero cuanto más se acerca, más me tiemblan las piernas y más se me quiebran las fuerzas. Hasta que se me planta delante, tan alto, tan poderoso y tan masculino, con esa mirada, con ese gesto, y se me escurre hasta la última gota de orgullo que me queda. «No puedo, es que no puedo», me digo concentrando toda la atención en mi copa de vino. Y entonces me pregunto cuántas veces desde que lo conozco me habré escondido de la soberbia azul de sus ojos detrás de un trago de alcohol.

—Bienvenida, Luna. Veo que te has integrado muy bien —me suelta con sarcasmo.

«¿Y tú qué, casanova? ¿Acaso tú no te has integrado bien dejándote querer por esa sueca con las tetas del tamaño de un huevo Kinder?», tengo ganas de contestarle. Pero, en vez de eso, me armo de valor para mirarlo y respondo un lacónico «Sí, gracias».

—Precisamente, estábamos hablando de ti —interviene entonces Marcos—. ¿Sabes que tu chica y yo nos hemos encontrado esta mañana en el avión? ¡Menuda coincidencia! ¡Si hasta íbamos sentados juntos! Parece un poco asustada, así que estoy cuidando de ella, ¿a que sí? —añade dándome un codazo amistoso.

Sonrío, pero no puedo evitar sentirme incómoda. Y esa manía de referirse a mí como «su chica»...

—Muy bien, me alegro. Pero ahora vete, por favor —le dice Eric sin pestañear—. Me parece que ya has acaparado bastante a «mi chica».

Marcos palidece de golpe. Alza las manos como si quisiera probar su inocencia del cargo del que se le acusa y se apresura a desfilar por donde ha venido, exudando nerviosismo por todos los poros.

—¿No crees que has sido un poco brusco? El pobre hombre se ha portado muy bien conmigo.

Eric enarca las cejas y esboza una sonrisa irónica.

—No te preocupes, después iré a darle las gracias por hacerte de niñera.

Vacilo un instante antes de responder.

—¿Sabes? Pensaba pedirte disculpas por lo del viernes y agradecerte que me hayas dejado venir, pero creo que es mejor que hablemos cuando se te pase el cabreo.

Me doy la vuelta exasperada, pero él me agarra con fuerza por el hombro obligándome a girar de nuevo y me espeta un estridente «¡Eh!» que acalla todas las voces de golpe y proyecta en nuestras figuras un sinfín de miradas indiscretas.

Y luego dice que yo he conseguido que todos hablen de nosotros. Yo. Hay que joderse.

—No vuelvas a darme la espalda cuando te hablo, ¿está claro? —me advierte bajando el tono de voz y soltándome el hombro.

Genial, no llevo ni medio día aquí y ya hemos tenido un encontronazo. Puede que Alberto tuviera razón cuando dijo que lo de venir a Roma era una pésima idea.

—Clarísimo.

—Así que ahora Calvet y tú sois amiguitos.

Pongo los ojos en blanco y suspiro agotada. No pienso hacerlo. No tengo por qué justificarme ni aguantar sus tonterías. Me da igual lo cabreado que esté conmigo. No puede decirme que quiere distancia y a los cinco minutos comportarse como si tuviera algún derecho sobre mí. No y no. No puede seguir confundiéndome de esa manera.

—A ver, exactamente, ¿para qué me has pedido que venga? —pregunto con un comienzo de resignación y rabia lenta.

Eric me dedica una sonrisa desafiante y una caída de párpados asesina.

—Qué extraño —dice de forma sarcástica—. Juraría que la última vez que hablamos fuiste tú quien me suplicó que te dejara venir.

Eso ha sido un golpe bajo y, aunque el sentido común me advierte que me calle, las vísceras me ordenan a gritos que se lo devuelva.

—Entonces supongo que no te importará que me vaya a hacer turismo con mi nuevo «amiguito» esta tarde, ¿verdad? Total, tampoco parece que me necesites mucho.

—No pienses ni por un momento que estás aquí de vacaciones —me advierte amenazándome con el dedo índice—. Que no se te olvide cuál es tu papel. Eres una externa y trabajas para mí, soy yo quien decide tu agenda. Espero no tener que repetírtelo.

«Imbécil. Imbécil. Imbécil».

—No se me olvida, no. Sé perfectamente dónde está mi sitio —me defiende intentando esconder mi consternación—. Una *suite* de lujo no va a nublarne el juicio.

Asiente con los labios contraídos y ciertos visos de cólera en la mirada y, tras proferir un sonoro suspiro que parece salirle de las entrañas, dice:

—Te sugiero que te des prisa en acabar de comer. Tenemos una reunión dentro de una hora y no quiero llegar tarde. Te recogeré en el vestíbulo a las cuatro en punto. Ni un minuto más tarde, ¿está claro? Y, por cierto, no le des tanta importancia a lo de la *suite*, Luna. No es que tú seas especial, es que era lo único que quedaba libre cuando decidí que vinieras.

Se da media vuelta y se larga dejando tras de sí una insoportable estela de arrogancia. Y no sé muy bien por qué, pero en ese momento me viene a la cabeza la imagen de uno de esos temerarios lanzadores de cuchillos de circo. Y me sorprende a mí misma apartando la vista cuando comprendo que el destino, siempre tan caprichoso, me ha puesto a tiro de otro cuchillo todavía más afilado.

Todavía más letal.

## Capítulo 35

Me habría encantado quitarme estos incómodos tacones, darme un baño que me ayudara a despojarme de los malos pensamientos que me acechan y olvidarme del mundo durante un rato mientras me consuelo engullendo unos cuantos de esos magníficos bombones Pierre Marcolini, pero el miedo a llegar tarde a la reunión con Eric es más fuerte que cualquier deseo de evasión que pueda albergar. Así que me lavo los dientes a toda prisa, me mojo un poco la cara y trato de adecentar como sea mi media melena rebelde.

—No hay tiempo para más —digo mirándome al espejo con resignación.

Pasan seis minutos de las cuatro cuando llego al vestíbulo, con la frecuencia cardíaca por las nubes y una excusa preparada para parar como un escudo los reproches de *Iceman*. «La culpa es del ascensor, que es superlento», diré fingiendo frustración cuando empiece a disparar sus proyectiles. Pero, para mi sorpresa, soy la primera. Me cuesta creer que don No Soporto La Impuntualidad tenga que llegar tarde precisamente hoy, pero me parece más improbable aún que se haya largado sin decirme nada. Puede que sea un capullo integral, pero nunca me haría algo tan feo. Tiene que haber una razón de peso para que no haya aparecido todavía, me digo sentándome sobre uno de los amplios sofás del *hall*. Una razón como, por ejemplo:

- Que se haya quedado dormido.

Improbable. Eric tiene problemas para conciliar el sueño, así que,

aunque hubiese querido echarse una cabezadita, no lo habría conseguido.

- Que alguien de la Fuerza de Ventas haya aprovechado un encuentro fortuito en el ascensor para abordarlo de forma interesada. «Felicidades por su exitosa gestión, señor Grau. Aprovecho la ocasión para solicitarle un incremento del presupuesto destinado a mi departamento», le habría dicho el tipo en cuestión bloqueándole la salida.

Altamente improbable. Dudo que el señor Grau, con ese carácter avinagrado que se gasta, no le soltara un «Ahora no Ramírez, Benítez, Pérez —o lo que fuera—» que dejara noqueado *ipso facto* al abordador.

- Que un velociraptor haya salido de repente del armario de su habitación y se lo haya comido.

Imposible. Eso nunca pasaría en un hotel de cinco estrellas.

- Que se esté dando un revolcón con Carina Brandt.

Peligrosamente posible. Joder, ya lo creo que sí.

Una sensación de curiosidad malsana y morbosa me reconcome por dentro. «¿Cómo podría averiguar si entre ellos...?» Y, mientras las dudas repiquetean con estruendo en mi cabeza, el azote de los celos me zarandea en cuanto la imagen de los dos juntos me viene a la mente. «A tomar por saco», me digo, «tengo que salir de dudas». Así que, dándome por vencida, saco el móvil del bolso y, tras comprobar que pasan dieciséis minutos de las cuatro y sigo sin noticias de Eric, acabo haciendo lo que los únicos vestigios de sensatez que me quedan me aconsejan no hacer.

Por suerte para mí, su perfil de Facebook es público, lo que me permite averiguar que, además de ser injustamente atractiva, Carina Brandt tiene treinta años, es licenciada en Administración de Empresas por no sé qué universidad norteamericana y natural de Estocolmo. Este último dato es muy significativo y me pregunto si podría ser que esa historia entre ambos de la que hablaba Marcos Calvet hubiese empezado tiempo atrás, cuando Eric vivía en Suecia. Aunque la prueba definitiva de que los rumores tienen que ser ciertos es la descripción de su situación sentimental:

«En una relación complicada».

Se me llevan los demonios al imaginarme con quién.

Con la garganta tensa por la ira, emito un estridente gruñido y lanzo el móvil contra el otro lado del sofá.

—¡Joder, joder y joder!

Eric aparece oportunamente en mitad de mi acceso de rabia. Nada más y nada menos que veintitrés minutos tarde. Y con esa in-so-por-ta-ble arrogancia suya, me dice como si nada:

—¿Se puede saber qué te pasa?

«¿A ti qué te parece, campeón de las relaciones complicadas?», tengo ganas de responder. Pero no lo hago. Contengo mi lengua y me limito a responderle un gélido «A mí nada» mientras me pongo de pie, recojo el teléfono y me aliso el vestido fingiendo indiferencia. Él resopla indignado y, con el ceño fruncido y dando fuertes pisadas, se encamina hacia la puerta del hotel, donde un joven chófer nos espera a bordo de un BMW de cristales tintados. Nos subimos a la parte de atrás del coche cada uno por su lado; él con un arqueado de desdén instalado en los labios y yo de mala gana. Huele a ambientador aquí dentro. Me pongo el cinturón de seguridad y fijo la vista en la ventanilla para no tener que intercambiar una sola mirada con él. El paisaje urbano empieza a sucederse en línea recta a través del cristal. «Parece que esta ciudad es bonita», me digo tratando de pasar por alto la tensión que impera entre nosotros, «espero poder tener tiempo de disfrutarla».

Tras cinco largos minutos de exasperante diálogo conmigo misma, acabo rompiendo el hielo.

—Ya que ni siquiera te has disculpado por llegar tarde, por lo menos podrías decirme a dónde vamos.

—A una reunión, ya te lo he dicho —replica con tono draconiano sin levantar la vista de su iPad.

—Sí, ya me lo has dicho, pero me gustaría saber de qué se trata, si no es mucho pedir —insisto masticando las palabras con rabia.

Eric deja ir un profundo suspiro y se masajea el puente de la nariz con suavidad. Apaga el iPad y lo deja a un lado.

—Vamos a ver a unos proveedores de software. Quiero optimizar la aplicación de cálculo de incentivos y una empresa de aquí me ha hecho una

propuesta muy interesante.

—No lo sabía.

—En realidad fuiste tú quien me dio la idea cuando te quejaste de su funcionamiento. De hecho, creo recordar que utilizaste exactamente las palabras «alerta por fusión del núcleo» —añade con sorna.

—Así que la razón por la que quieres mejorar el programa es algo que yo dije.

—Digamos que tu comentario hizo más evidente la necesidad de mejora.

—O sea, que sí.

Al principio, no hace ademán de contestar, pero tras unos segundos arruga los labios como si midiera la respuesta y dice:

—Sí, podría decirse que sí.

—Vaya. Nunca me habría imaginado que una simple externa pudiera ejercer tanta influencia sobre el señor director de Ventas y Finanzas —replico con sarcasmo.

Eric pone los ojos en blanco y resopla.

—Me gustaría que dejaras de una vez esa obsesión tuya. Ser interno o externo no es más que una cuestión contractual, Luna.

—Parece mentira que ahora digas eso cuando tú mismo utilizas mi condición para atacarme cuando te da la gana. ¿Quieres que te recuerde lo que me has dicho hace un rato?

—Ya, bueno —farfulla revolviéndose en su asiento—. Lo creas o no, solo lo he dicho porque estaba cabreado.

—Si me dejaras que te explicara lo que pasó el viernes en realidad, a lo mejor se arreglarían las cosas entre nosotros.

—No necesito que me expliques nada. Créeme, si siguiera enfadado por ese motivo, no estarías aquí.

—Entonces, ¿por qué estás siendo tan borde conmigo?

—¡Por Dios Luna, dame un respiro! —exclama agitado. Y me devuelve una mirada hostil, malhumorada, con las pupilas resplandecientes de ira y los dientes apretados como si quisiera retener en la garganta alguna palabra de la que pudiera llegar a arrepentirse—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo. Lo último que necesito es que tú también me agobies. ¿Puedes entenderlo?

—Claro —respondo con voz queda.

—Entonces límitate a hacer tu trabajo y déjame en paz, por favor — sentencia con frialdad antes de perder la mirada en su iPad de nuevo.

Una fatiga extenuante similar al aniquilamiento se apodera de mí. Abatida, me encojo como un bicho bola sobre el asiento y me quedo quieta, muy quieta, mirando hacia ningún lado, con las fuerzas mermadas hasta para respirar. Discutir con Eric es agotador. Y deja un desagradable regusto metálico en la boca. Lo malo es que siempre vuelvo a por más. No sé por qué sigo empeñada en explorar el alma de un ser tan despreciable.

—*Siamo arrivati*, signor Grau —anuncia el chófer cuando detiene el BMW frente a un edificio de estilo industrial.

En el aire flota la tibieza joven y fugaz de la primavera.

## Capítulo 36

Es una verdad universalmente conocida que el mundo empresarial se asocia por defecto al género masculino. La presencia de mujeres en altos cargos no representa más de un escaso diez por ciento, cosa que me parece un insulto a la inteligencia. También es injusto, sobre todo porque en las aulas de las facultades las mujeres conformamos una aplastante mayoría, incluso en algunas de las carreras que siempre se han considerado como un territorio exclusivo de los hombres y en las que, por fortuna, ya hemos empezado a despojarnos de la etiqueta de *rara avis*. Sin embargo, el hecho de que estemos perfectamente cualificadas para el liderazgo empresarial sigue pareciendo insuficiente. No creo que tener tetas nos incapacite para tomar decisiones de calado, la verdad. Al contrario, estoy segura de que la mitad de los conflictos que embrutece la historia de la humanidad no habrían tenido lugar si el mundo lo hubiéramos gobernado nosotras. Lehman Brothers no habría colapsado si se hubiera llamado Lehman Sisters, por poner un ejemplo. Además, las tetas ni son patrimonio de los hombres ni están ahí para entretenerlos, por más que algunos crean que sí. Aunque hay que reconocer que, en lo laboral, representan un arma de doble filo: abren puertas cuando tienen que ver con el sexo y las cierran cuando tienen que ver con la maternidad. Todavía estamos en esa tesitura tan retrógrada en la que en algún punto de nuestro ciclo vital nos vemos obligadas a escoger entre ser profesionales o ser madres, ya que, por lo visto, ser ambas cosas sigue siendo irrealizable. Y no digamos ya ser líderes. Claro, no hay mujeres en el poder porque la mayoría están demasiado ocupadas gestionando los complejos entramados de la unidad familiar.

A simple vista, la reunión de esta tarde parece tener todos los ingredientes para no ser una excepción. Empezando por los cuatro hombres que ocupan la sala, parapetados bajo sus trajes como si fueran armaduras que magnifican su posición de líder y los distinguen del resto y terminando por la arquetípica secretaria joven y resultona que sirve café en actitud risueña y dócil y que parece salida de un episodio de *Mad men*.

—*Grazie, bella* —le ha susurrado el que presidía la mesa, repasándola como si la estuviera sometiendo a un control de calidad.

La imagen me ha causado repugnancia y me ha revuelto las tripas. «Si en su lugar hubiera una mujer, no habría llamado guapo a su secretario con tanta frescura y tan poca profesionalidad», pienso.

La reunión está siendo aburridísima y yo, que al parecer poco puedo aportar, me dedico a mirar las diapositivas que se proyectan en la pantalla sin prestar demasiada atención y asiento de vez en cuando entre el barullo de voces masculinas fingiendo interés. Todavía no he abierto la boca y, como he dado por sentado que todos los allí presentes me consideran una especie de mujer florero, supongo que no tendré que hacerlo en toda la tarde.

De repente, alguien me hace una pregunta.

—*What do you think about it, miss?*

Se ha presentado con una de esas etiquetas grandilocuentes, *functional analysis technical chief* o algo así, y me ha estrechado la mano con una firmeza casi intrusiva. Es el más joven de todos y está bronceado como un bailarín de salsa profesional. Gesticula en exceso y su tono de voz destila esa necesidad mediterránea de hacerse notar en todo momento que tanto contrasta con el carácter nórdico y circunspecto de Eric. He advertido que sus ojos se desviaban hacia mi escote con una especie de fascinación primaria y me he sentido muy incómoda. Eric está a mi lado, sentado con la espalda muy recta, los brazos separados del cuerpo y las manos sujetando con fuerza el borde de la mesa, como si estuviera preparándose para un ataque. Me pregunto si él también se habrá dado cuenta.

—*So? I'd like to hear your opinion* —insiste.

Al principio, me quedo bloqueada. No esperaba que nadie fuera a pedir mi opinión y desconozco si el hombre está realmente interesado en lo que tengo que decir. Eric interviene en ese momento y, aunque tiene cara de pocos amigos, me anima a contestar. Luego les aclara que yo soy la persona

que mejor conoce la aplicación de cálculo de incentivos y que estoy perfectamente capacitada para tomar decisiones técnicas. Agradezco su consideración y, a la vez, siento vértigo. La verdad es que esa carta de presentación me parece exagerada de narices. «¿Yo, capacitada para tomar decisiones técnicas? Menudo fraude. En cuanto abra la boca y nos ponga a ambos en evidencia se va a arrepentir de haber dicho eso», pienso. Y en esas estoy, a punto de venirme abajo y confesar delante de todo el mundo que yo no soy la persona que ellos creen, cuando la alquimia del cerebro obra un pequeño milagro. No siempre es lo que eres lo que te impide actuar; a veces, se trata de lo que no eres.

«Confía en ti misma y procura ser fuerte o se te comerán viva ahí fuera».

Dicen que existe una especie de fuerza superior que conecta todo lo que nos sucede. El pasado con el presente y el presente con el futuro. Así que, enardecida por la súbita luz que se ha encendido en mi interior, contesto. Sonrío, miro al hombre con fijeza y hablo. Digo lo que sé y lo que no sé, con naturalidad. Él me devuelve una mirada de ojos muy abiertos, como si le interesara todo de mí, y su admiración se hace extensible al resto de los hombres de la sala.

Por una vez en la vida, he creído en mí.

\*\*\*

Ya son las siete pasadas. El tráfico en Roma es tan caótico que puede acabar desquiciando. Sobre todo en hora punta, cuando los italianos parecen ponerse de acuerdo para sacar el auténtico carácter latino que llevan en los genes. Como el chófer, que después de quince exasperantes minutos atascados en la via Tiburtina, empieza a despotricar contra Rómulo, Remo y todo el santísimo Imperio romano para acabar uniéndose a la ensordecedora barahúnda de cláxones. Luego, cuando un desvencijado Fiat Punto trata de adelantarnos en una intersección, abre la ventanilla maldiciendo como un poseso y el interior del BMW se llena del aire enrarecido por las docenas de tubos de escape del exterior.

Los últimos visos de la claridad violácea del crepúsculo son engullidos con dramatismo. En la radio, un locutor con voz de whisky y cigarrillos anuncia la canción que sonará a continuación: *Senza fine*, de Gino Paoli. El

chófer sube el volumen mientras canturrea sin vergüenza alguna siguiendo a duras penas la letra de la balada. Se me escapa una risita y miro a Eric de reojo, contando por dentro los segundos que tardará en ordenarle que baje la música.

«Uno... Dos... Tres... Cuatro... Cuatro y medio... Cuatro y tres cuartos...» Pero no dice nada. Se limita a mirar el paisaje a través de la ventanilla con aire taciturno, las piernas cruzadas, el nudo de la corbata flojo y una mano apoyada en la sien. Está ausente. A decir verdad, lo ha estado desde que ha terminado la reunión.

—Parece que ha ido bastante bien, ¿no?

Pronuncio cada palabra con suma cautela, casi en susurros. Él ni siquiera me mira y permanece en silencio mientras una conocida sensación de desasosiego recae sobre mí. El sentido común me aconseja que me calle y me olvide de su existencia. Pero la perentoria e inaplazable necesidad de saber qué pasa por su cabeza es demasiado fuerte y yo demasiado débil. Así que a la mierda el sentido común. Voy a conseguir que hable conmigo, aunque tenga que arrancarle las palabras letra a letra.

—Espero que podamos ver una demo del software esta misma semana. Me gustaría empezar a hacer pruebas cuanto antes —insisto.

—No estoy interesado en su propuesta —responde muy serio, sin despegar la vista del cristal.

—Pero cómo que no, si es perfecta. Solo por el módulo de optimización de validación de datos ya merece la pena. ¿Sabes la de trabajo manual que nos ahorraría? Tienes que contratarlos, Eric.

Entonces me mira, encendido de rabia y con todas las facciones de su cara reflejando la turbación de su ánimo.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Doy un respingo por lo inesperado de su reacción y me veo intercambiando una fugaz mirada de confusión con el chófer a través del retrovisor.

Y él continúa, fuera de sí.

—¡Hablas dos minutos en una reunión y ya te vienes arriba! ¿Qué te has creído, eh? ¿Que sabes mejor que yo lo que le conviene a mi empresa? ¡Tú no sabes nada!

Grita de forma tan atropellada y destilando tanta ansiedad que las

palabras se pisan las unas a las otras al salir de su boca. En realidad, las palabras han dejado de ser palabras y se han convertido en artillería pesada.

—Pero si yo solo trataba de ser profesional...

Eric me desliza una mirada de ojos entornados, como reprobatoria.

—¿Y te parece que ese vestido que llevas es profesional?

Yo enarco las cejas y echo la cabeza para atrás, incapaz de dar crédito a lo que acaba de salir de sus labios. Es lo más machista, ridículo e injusto que me ha dicho.

—Pero ¿tú te estás oyendo, Eric? Si no te gusta cómo me visto, lo tienes muy fácil: no me mires.

—Ese es el problema, Luna, que no puedo dejar de mirarte.

Una bocanada de Armani Code.

Me debilito.

No puede dejar de mirarme.

Me debilito aún más.

—Y por lo visto no soy el único, aunque tú pareces encantada con la idea.

Entonces era eso. Todo se reduce a una estúpida cuestión de celos. No entiendo a este hombre y creo que jamás lo entenderé.

Yo podría haber reaccionado de otra forma. Podría haberle dicho que se equivoca y que la única mirada que me interesa es la suya. Podría. Y estoy convencida de que eso es lo que él hubiera querido, pero la memoria es una poderosa arma defensiva. Un clic. Un simple clic y su tejido se llena de recuerdos que pueden salvarte a tiempo de ti misma.

«¿Qué tengo que hacer para que entiendas que no hay nada entre tú y yo? No puede haberlo».

No pienso ceder. Hoy no. Me da igual lo que pase. Estoy harta de sus caprichos, de sus vaivenes, de sus ahora sí, ahora no. Harta de no ser más que un títere en manos de un titiritero lunático. Harta de no saber qué quiere, ni qué busca, ni qué siente. Si es que quiere, busca o siente algo.

Estoy harta de estar triste.

De que él me haga estar triste.

Porque esta tristeza me duele físicamente, como si una mano invisible me apretara la garganta.

¿Cuánto tiempo puede soportarse algo así?

—¡Vete a la mierda! —le acabo gritando.

Y, de nuevo, cruce de miradas alarmadas a través del retrovisor. Estoy segura de que al chófer no le hace falta entender nuestro idioma para darse cuenta de que hay un componente demasiado pasional en esta discusión jefe-empleada.

Eric me observa furibundo, con el labio inferior temblándole de cólera.

—Tú no me respetas.

—Tú a mí tampoco.

Esas son las últimas palabras que nos decimos. Cuando el BMW se detiene frente al hotel, se baja dando un portazo y se escabulle como un reptil hacia el interior sin mirar atrás. Yo todavía no quiero entrar. La brisa suave y la agradable temperatura de mayo invitan a dar un paseo.

Y necesito pensar.

O no pensar.

## Capítulo 37

«Cinco minutos más», me digo cuando la alarma del móvil suena a las siete en punto. Me arrebujó entre las suaves sábanas de algodón y los párpados, pesados, se me vuelven a cerrar. Apenas he dormido en toda la noche y me muero de sueño. Y eso que estaba agotada, pero cada vez que cerraba los ojos, la oscuridad se llenaba de gestos, de palabras, de ojos azules furiosos que me impedían conciliar el sueño.

Demasiado ruido en mi cabeza.

Demasiado de todo.

A las siete y cuarto sigo sin querer moverme de la cama. Cojo el teléfono con la enorme tentación ardiéndome en los dedos de enviarle a Eric un mensaje y decirle que hoy no cuente conmigo, pero enseguida desestimo la idea y dejo el móvil donde estaba. Una lluvia de incertidumbre empieza a caerme a plomo. ¿Y si me equivoqué? ¿Y si fui demasiado lejos? Reproduzco mentalmente la escena una vez más y me vuelve a invadir la misma sensación de cuchillos candentes que me atraviesan. El escote de mi vestido. Una mirada de enfurecido reproche. Palabras corrosivas como el ácido. Y, al final, el sonido hosco de un portazo. Le dije que se fuera a la mierda. A él. A mi jefe. No debería haberlo hecho.

«Joder, Ana. Ya te vale».

«No, ya me vale no. Se lo merecía y punto».

El diálogo conmigo misma resulta tan extenuante que me obligo a levantarme. Son más de las siete y media cuando consigo salir de la cama. Todavía somnolienta, me dirijo al cuarto de baño arrastrando los pies como

un preso y rascándome el cuello casi sin ser consciente de ello. Me desperezo. Me siento en el retrete. Hago pis. Me lavo las manos. Me vuelvo a rascar el cuello, que hay que ver cómo me pica. Y cuando me miro en el espejo, se me dibuja en la cara un gesto de crispación y me despierto de golpe.

—Pero ¿qué coño...?

Una horrible erupción me enrojece la piel como si hubiera llevado una soga atada al cuello toda la noche. Y cuanto más me rasco, más insoportable se vuelve la comezón. «Más vale que pare ya o me voy a descamar», me digo tratando de insuflarme calma. Una larga ducha de agua fría y medio bote de crema hidratante después, el prurito sigue ahí, inalterable y ardiente.

«Joder, joder y joder».

Rebusco en mi maleta algo con que cubrirme el cuello, pero no encuentro nada. Toda mi ropa es escotada. Maldito Dani. Conteniendo las ganas de llamarlo por teléfono y ponerlo a caer de un burro, salgo de la habitación. Ya son cerca de las ocho.

Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta baja, los ocupantes salen en tromba en busca de la primera hornada de bollos del desayuno. «Daos prisa, que se acaban», comenta alguien. Yo, que me he quedado rezagada estratégicamente para que mi presencia y mi sarpullido pasen desapercibidos, espero a que el ascensor se vacíe para salir. Pero en el mismo momento en el que pongo un pie fuera, me choco con un cuerpo que entra y me bloquea la salida.

—¡Eric! —exclamo con un exceso de énfasis del que me arrepiento enseguida.

Él recula brusco, tenso de facciones, marcando las distancias.

—Buenos días, Luna —dice escrutándome muy serio.

Está empapado en sudor y viste ropa deportiva.

—¿Vienes...? ¿Vienes de correr? —pregunto torpe, sin fluidez de palabra.

Menuda chorrada de pregunta.

Eric dirige una mirada de alarma hacia mi cuello.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada, no es nada —digo cubriéndome con la mano—. ¿Me dejas pasar,

por favor?

Con flema desafiante, avanza un paso hacia el interior del ascensor y las puertas se cierran a su espalda como una premonición. Se acerca un poco más, me aparta la mano con delicadeza y me inspecciona con la suya.

—Es un eccema —afirma con tono riguroso de diagnóstico—. ¿Tienes alguna alergia?

Quiero contestarle, pero la voz no me sale de la garganta. El miedo me paraliza. Porque esa ropa apretada y húmeda, ese penetrante olor a sudor, a su sudor, y la superioridad con la que se inclina sobre mí desde las alturas me aterran. Porque está tan cerca y yo tan al borde de la enajenación que temo que el deseo me traicione. Porque el deseo es el puente que siempre acaba devolviéndome a él. Y el deseo es muy poderoso. Demasiado. Porque en el deseo subyace una fuerza bruta que nada puede destruir. Porque por el deseo se han librado batallas a lo largo de la historia, encendido hogueras expiatorias, cometido crímenes, roto familias, proferido engaños, anulado intenciones e impuesto voluntades.

Y, por eso, no quiero romperme contra él como una ola contra las rocas.

Sí quiero.

Pero no debo.

—¿Tienes alguna alergia, sí o no? —insiste con impaciencia.

—No lo sé, pero da igual.

—No, no da igual.

—Oye, tú no eres mi médico, así que déjame en paz —le espeto rotunda y agresiva.

Eric me mira ofendido y hace ademán de protestar, pero las puertas del ascensor se abren muy oportunamente antes de que le dé tiempo a decir nada. Un par de tipos trajeados que conversan en tono jovial entran en ese momento y yo aprovecho para salir pitando. Y entonces respiro aliviada, como si acabara de sobrevivir al más devastador de los terremotos.

## Capítulo 38

Solo he hablado con él una vez desde nuestro encuentro fortuito de esta mañana en el ascensor. Ha sido después, en la pausa para el café posterior a su exposición sobre estrategias de venta. Se ha acercado a mí, con paso firme y determinación en los ojos, y me ha puesto una mano sobre el hombro. Me ha llegado, al punto, un aroma de champú afrutado.

—Eso está muy rojo —me ha dicho lanzando una mirada apreciativa hacia mi cuello—. Haz el favor de no rascarte más.

—¿Y qué quieres que haga si me pica?

Ha exhalado y me ha ordenado que no me moviera de allí, que volvía enseguida. Ha tardado menos de diez minutos, aunque a mí me ha parecido una eternidad. Traía en la mano un blíster con varias pastillas y un tubo de Exerion Solución Tópica.

—Aplicáte la pomada sobre la erupción todas las veces que lo necesites. El antihistamínico podría provocarte somnolencia, es preferible que te lo tomes por la noche. Mañana deberías estar mejor, pero, si a lo largo del día notas que empeoras, llámame. No importa la hora que sea, tú llámame. Y, sobre todo, nada de cafeína. ¿Entendido?

He asentido. Él también. Y se han quedado flotando en el aire todas las cosas que quería decirle.

Estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando le he agarrado de la manga de la americana. He tragado saliva y le he preguntado:

—¿Qué quieres que haga hoy?

Él me ha mirado dubitativo unos segundos, frunciendo los labios como si

meditara la respuesta.

—Tómalo con calma. Si no, ese eccema no se curará.

—Eso ya se lo he dicho yo antes.

La irrupción de Marcos Calvet ha alterado sus facciones. Eric lo ha mirado con gesto torvo y barbilla desafiante y le ha dedicado una caída de párpados de desprecio absoluto. Al pobre no le ha quedado más remedio que excusarse. Que iba a buscarme una infusión, ha dicho amedrentado. Que ya volvería más tarde, cuando hubiéramos acabado de hablar. Y, dicho esto, ha girado sobre sus talones y se ha ido.

—¿Por qué tiene que estar rondándote siempre? —ha preguntado con los ojos resplandecientes de furia.

—Joder, Eric, no empieces.

Se le han formado unos surcos de suspicacia en la frente y ha apretado la mandíbula.

—Empiezo si me sale de los cojones —me ha soltado con brusquedad.

Después ha desaparecido. Y yo me he preguntado si no estaría siendo demasiado dura con él, teniendo en cuenta lo considerado que había sido conmigo a pesar de todo. Y me he dicho que debería aflojar un poco. Pero cualquier intención de mostrarme más empática se ha desvanecido de un plumazo cuando he alcanzado a verlo escurriéndose por la puerta del salón con una mano apoyada en la espalda de Carina Brandt.

No he vuelto a verlos después de eso, ni a él ni a ella, así que imagino que habrán pasado un día de lo más entretenido, los dos juntitos. «¡Y una mierda voy a aflojar!», me digo inmune a la compasión cuando pienso otra vez en ello.

—No me estás escuchando, Ana.

—Perdona, ¿qué decías?

Marcos me dedica una sonrisa indulgente.

—Te estaba explicando cómo los recursos multimedia han aumentado la capacidad de persuasión de los visitantes médicos, pero te estoy aburriendo, ¿no?

—Lo siento, es que estoy un poco mareada. Los autocares y yo no nos llevamos muy bien —me excuso torciendo el gesto en una mueca de disgusto—. ¿Sabes si falta mucho para llegar al restaurante?

—No creo. Duérmete si te encuentras mal. No te preocupes, yo te aviso cuando estemos allí.

Sonrío reprimiendo las ganas de bostezar y volteo la cabeza hacia el cristal. No quiero ser desagradable con Marcos, pero la tensión que he acumulado estos últimos días me empieza a pasar factura y necesito un respiro. Cierro los ojos y me dejo mecer por el suave traqueteo del vehículo. Y, entonces, la incertidumbre la emprende contra mí a golpes y me obligo a abrirlos de nuevo.

—¿Eric no viene a la cena?

Se lo pregunto así, a bocajarro, consciente de que debería haber sido más cuidadosa al elegir el tono y las palabras, y percibo cierto recelo en su mirada.

—Como no lo he visto subir al autocar... —me apresuro a puntualizar.

—El autocar es para la plebe —dice Marcos esbozando una sonrisa irónica—. Ellos van en un BMW.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Contengo la respiración.

—Los Grau. Ya sabes, el padre y los tres hijos.

Menos mal. No está con ella.

Y, con el corazón todavía encogido, suelto todo el aire de los pulmones con alivio.

## Capítulo 39

—¿Y por qué no podemos escoger dónde nos sentamos?

La línea de su boca se tensa acentuando las profundas arrugas de la comisura.

—Porque, en estos eventos, la organización se encarga de diseñar el *seating plan* —se excusa Marcos.

—Ya. Pues la «organización» se ha olvidado de incluirme —digo asegurándome de sonar sarcástica—. Mi nombre no aparece por ningún lado.

Marcos se rasca la barbilla mientras repasa el organigrama. Al punto arquea las cejas con aire de incredulidad.

—Es verdad. —Sueno disgustado—. Bueno, no te preocupes. Seguramente habrá sido un descuido tonto, estas cosas pasan. Ahora mismo hablo con Carina Brandt para que mande colocar una silla más en mi mesa y asunto resuelto.

Carina Brandt. ¿Por qué tengo que escuchar su puñetero nombre a todas horas?

—Eso no será necesario. —Nos damos la vuelta y nos topamos con Eric, de negro riguroso, sin corbata y escoltado únicamente por el destello de su reloj y el acero de su mirada—. Ella se sienta conmigo. Ya me he encargado de solucionarlo —añade sin pestañear.

Marcos levanta las manos en un gesto que revela resignación y asiente con servilismo. Y, antes de deslizarse hacia el interior del restaurante, le oigo disculparse ante Eric por enésima vez.

—Tal vez podrías haberle preguntado a «ella» si le apetecía sentarse

contigo —protesto malhumorada en cuanto nos quedamos solos.

—¡«Ella» hará lo que yo diga!

Eric aprieta tanto los dientes que le tiembla la mandíbula. Y a mí me sube un pronto de coraje por la garganta que se acaba transformando en un gruñido de irritación.

—¿Y por qué tiene «ella» que hacer siempre lo que a ti te dé la gana?

Esta vez no entra al trapo. Se limita a masajearse el entrecejo con los ojos cerrados mientras expulsa una bocanada de aire tan profunda que puedo apreciar la contracción de su diafragma.

—Por favor, Luna. Tengamos la fiesta en paz —dice con un tono más suave—. Entiéndelo, no podía dejar que te sentaras con Calvet. Ese no es el sitio que te corresponde.

—A ver, no es que no me quiera sentar contigo, pero es que... —me interrumpo y dejo ir una mirada intranquila hacia el organigrama.

Sus labios se estiran hasta formar una fina línea que se parece discretamente a una sonrisa.

—No tienes por qué preocuparte. Los Grau no somos unos bárbaros.

Bárbaros o no, dudo mucho que a su familia le haga gracia compartir mesa con una externa que está aquí de rebote, podríamos decir. Su fama de clasistas es de sobra conocida. A mí, desde luego, no me apasiona la idea, pero acabo accediendo para evitar otro conflicto.

Un hombre que se presenta como el *maître* se acerca a nosotros y nos indica en inglés que le acompañemos hacia el interior del restaurante. Ante mis ojos se abre un lujoso salón rodeado de cristaleras por las que se cuelan unas vistas espectaculares de la ciudad. De camino a la mesa, me doy cuenta de que el estado anímico de Eric ha dado un giro de ciento ochenta grados. Parece más relajado que hace unos minutos e incluso sonrío y saluda de forma efusiva a todo el mundo, algo bastante atípico en él. Yo, en cambio, me noto cada vez más tensa y, a medida que nos acercamos a nuestros sitios, más real me parece la sensación de estar siendo observada mientras enfilo derechita al cadalso.

Su padre y sus hermanos ya están en la mesa. La verdad, no sé qué me acojona más, si estar a punto de cenar en un restaurante en cuya carta me suena todo a chino —¿qué narices son el caviar beluga, el chutney de ruibarbo, la pimienta negra de Madagascar o el pato *challandais*?— o las

miradas inquisitivas de los Grau. «¿Quién es y por qué se sienta con nosotros? ¿Es que no había otro sitio libre?», parecen estar demandando con cada parpadeo. Lo único que les dice Eric es que trabajo para él —¿acaso no lo hacen todos los que están aquí?—, y, aunque la información es más bien escasa, parece suficiente para desarrugar sus entrecejos y satisfacer su curiosidad. Al menos, en apariencia.

Tras la tensión de los primeros minutos, consigo calmar parcialmente mis nervios y me dedico a observarlos en silencio charlando de esto y de aquello y de nada en particular, como si fueran una familia normal y no los dueños de un poderoso imperio farmacéutico. Eric está sentado a mi derecha, junto a su padre, Salvador Grau, y enfrente, Johan y Angus, sus hermanos mellizos. A pesar de que ellos también han heredado los rasgos nórdicos de la parte sueca de la familia, altura, pelo rubio y ojos claros, es evidente que ninguno de los dos ha tenido la misma suerte con la genética que su hermano pequeño. Johan, quizá el menos feo, tiene unas cejas espesas y puntiagudas que acentúan sus inquietantes facciones de psicótico. Y Angus, de complexión más bien fofa y piel lechosa, una incipiente calvicie que le hace aparentar más de los treinta y siete o treinta y ocho que calculo que tiene. Eric, en cambio, es una fotocopia en versión escandinava de su padre. Los mismos gestos, el mismo porte, los ojos felinos, los pómulos arrogantes. A pesar de que ya tiene unos años, el presidente de Laboratorios Grau aún conserva el rastro de lo que en otro tiempo debió de haber sido una belleza soberbia, altiva, incontestable. Estoy segura de que en su juventud tuvo que haber hecho mucho daño. Exactamente igual que su hijo. Y, al pensarlo, no puedo evitar sentir en el centro del pecho un fognazo de coraje.

—¿Tú nunca has comido en un restaurante como este, verdad que no? — me pregunta de repente Johan, con un amago de cinismo asomado a los labios.

Niego cohibida.

—Se nota —dice fijando la vista en mi plato, que permanece intacto tras un rato de pugna entre el tenedor y los brotes de esta sofisticada ensalada vertical—. De hecho, tú no deberías estar aquí sentada. Corrígeme si me equivoco, pero tu nombre no estaba junto a los nuestros en el *seating plan*.

Eric deja ir un sonoro puñetazo contra la mesa y algunas cabezas se vuelven alarmadas para mirarnos.

—*Sluta, bror!*

No entiendo una sola palabra de sueco, ni falta que me hace. La furia de sus pupilas es más esclarecedora que cualquier diccionario.

—Deja de avergonzarme, Eric —le ordena su padre con severidad—. Tienes que aprender a controlar ese pronto, hijo, te lo he dicho muchas veces.

Eric destensa el puño y agacha la cabeza con aire compungido, doblegándose como nunca lo había visto ante la exhortación de su padre. Deduzco entonces que sí hay alguien capaz de domar a la fiera. Su padre tiene razón, debería moderar su temperamento, sobre todo en público. La gente no confía en los líderes que pierden los papeles a la primera de cambio, solo les temen. Y no existe un germen que haya alimentado más odios a lo largo de la historia que el miedo. Pero no entiendo el criterio del señor Grau. Es Johan quien lo está avergonzando, no Eric. Se nota que es un déspota que disfruta humillando a cualquiera que considere inferior. Y supongo que Salvador Grau es una de esas personas a las que les preocupan más las formas que el fondo.

—Y ahora me gustaría que me dierais algo de *feedback* sobre el estatus de Gabarol —dice dando por zanjado el momento de tensión. Apoya la barbilla en el ángulo entre el dedo pulgar y el índice y me fijo en el impresionante juego de gemelos de color zafiro que abrocha el puño de su camisa.

—Cumpliremos con el *planning* previsto, papá. Saldremos al mercado en verano —anuncia Angus con un dejo de orgullo en la voz.

—Eso es un error —contraataca Eric—. Es demasiado pronto para comercializar el producto. Necesita algo más de rodaje antes de que lo presentemos o morirá de éxito en el primer año de venta.

Angus levanta una ceja de la misma forma inquisitiva que suele hacer su hermano. Puede que, después de todo, sí compartan cierto parecido.

—¿Morir de éxito? No sabes lo que estás diciendo, hombre. —Se sirve un poco más de vino blanco y prosigue—. *Titta, brorsan*, en los dos días que llevamos de convención he tenido tiempo para sondear a casi toda la Fuerza de Ventas y te garantizo que no hay ni un solo médico especialista sobre el terreno que no esté informado del lanzamiento. En cuanto lo presentemos, comenzarán a recetarlos como churros. Créeme, vamos a arrasarlo. —Da un trago de vino—. Mmmm... ¿De qué añada es este Teolis?

—De 2010 —responde Eric—. Informar y nada más es una técnica

insuficiente y desfasada. Sobre todo cuando Felleman Galenics está preparándose para lanzar un fármaco de la misma familia que el nuestro.

El rostro paliducho de su hermano adquiere un tono aún más lívido.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Se llama anticiparse a los movimientos de la competencia. Yo también hago mi trabajo, *bror* —dice Eric alzando su copa triunfante.

Un repentino vaivén de personal indica que va a servirse el siguiente plato. Dos camareros se acercan a nuestra mesa y, mientras uno se ocupa de rellenar las copas con diligencia, el otro deposita un plato enfrente de cada uno de nosotros con un movimiento preciso.

—*Foie de oca, una delicatessen*, te va a encantar —me susurra Eric con discreción.

«Pues tiene pinta de estar más crudo que el petróleo», me digo sintiendo un nudo de repugnancia en el estómago.

—¿Cómo estás tan seguro del éxito de Gabarol, Angus?

Su hermano deposita los cubiertos a un lado del plato y se limpia la comisura de los labios con la servilleta antes de contestar.

—¿Acaso tú no lo estás?

—No me malinterpretes. Confío en su eficacia, pero ya sabes que ningún producto nuevo se vende solo. Me preguntaba si habrías previsto alguna forma de promoción un poco más ambiciosa que la simple información para garantizar que «lo receten como churros».

Un inmenso interrogante imaginario se dibuja sobre mi cabeza. ¿A qué viene eso? Eric sabe de sobra que se va a organizar un congreso médico carísimo para la presentación de Gabarol. Yo misma se lo dije y casi me cuesta el despido. No entiendo cómo se le puede haber olvidado.

—Pues claro que he previsto algo.

—¿Algo como un congreso de diez millones de euros en la Riviera Maya, por ejemplo?

Por poco me atraganto. Tendría que habérmelo imaginado. No se le había olvidado, solo intentaba tirarle de la lengua para que confesara.

Angus cruza una fugaz mirada de estupor con Johan que no se me escapa. Y Eric, con el gesto adusto y el cuello estirado, les dice:

—No me voy a molestar en valorar si derrochar todo ese dinero para

comprar la fidelidad de un puñado de médicos es ético o no. En realidad, lo que más me duele de todo esto es que vosotros, mis propios hermanos — puntualiza elevando un poco el tono de voz y señalándolos con el dedo índice — hayáis planeado gastar esa indecente cantidad de dinero a mis espaldas. ¿Qué os pensabais? ¿Que no me iba a enterar? ¡Soy el director de Ventas y Finanzas, maldita sea! Y estoy harto de que actuéis como si yo no pintara nada.

El señor Grau lo manda callar con un movimiento seco de mano.

—¿Es cierto, Angus? —pregunta sin desprenderse de su inalterable flema.

—*Nej, nej...* Quiero decir que... no es verdad que se lo hayamos ocultado deliberadamente. Eric lo tergiversa todo. Lo que pasa es que... estábamos esperando para decírselo... Para decíroslo... hasta que... Hasta que... cogiese un poco de forma. Eso es todo. ¿Verdad, Johan?

Habla de forma blanda e imprecisa y los labios le tiemblan de miedo.

—*Ja, absolut.* Además, tú tampoco has compartido con nosotros la información que tenías de Felleman Galenics. Así que, *quid pro quo*, querido hermano.

Eric hace ademán de contestar, pero Johan levanta el dedo índice y lo disuade.

—Y no sé por qué tenemos que estar discutiendo sobre algo tan delicado delante de una extraña —dice dirigiéndome una mirada hostil.

—Exacto —lo secunda Angus.

—Pero ¿qué tonterías estáis diciendo? No es una extraña. Trabaja para mí, ya os lo he dicho.

—Sí, pero no nos has dicho qué hace exactamente. ¿Te prepara el café y te lo sube al despacho?

Una inquietante carcajada sale de la boca de Johan y deja al descubierto una dentadura castigada por el tabaco en la que yo todavía no había reparado.

—En realidad, me ocupo de calcular los incentivos de la Fuerza de Ventas. Y ya que lo menciona, me consta que su hermano sabe prepararse solito el café —le escupo todo lo digna que puedo.

—No te pases de lista. Sé muy bien quién eres y a qué te dedicas. Lo que

todavía no entiendo es qué cojones haces aquí. —Señala la mesa con el dedo índice.

El señor Grau arruga el entrecejo componiendo un gesto interrogativo y se dirige a Johan.

—Explícate.

—¡Por el amor de Dios, papá! ¿Es que no te das cuenta? ¡Es externa! — Se reclina hacia atrás en su silla y voltea las palmas de las manos con teatralidad.

—¿Una esclava? —pregunta Angus.

—Sí, eso mismo. —Y, luego, al dirigirse a mí, aprecio en su mirada un destello de crueldad. Algo parecido al menosprecio que siente un asesino hacia la vida de su víctima—. Venga, ¿por qué no nos cuentas qué tal te lo pasas en el calabozo? Tengo entendido que se suda mucho ahí abajo.

«Una esclava, el calabozo... Pero qué hijos de puta».

Me hierve por dentro una rabia nueva, distinta, más fiera que de costumbre, y me descubro rascándome el cuello con tanta fuerza que por poco me despellejo.

—Si tantas ganas tiene de saberlo, venga a comprobarlo usted mismo. — Eric me da un pisotón a modo de advertencia, pero lo ignoro—. Créame, la experiencia es mucho mejor cuando se vive en primera persona —le suelto con acritud.

Y, después, caras largas y reproches en un idioma que me rasca los oídos como una lija. Labios que farfullan. Dedos que amenazan. Ojos que nos miran, que me miran. Ojalá se abriera un agujero en la tierra y me engullera ahora mismo.

—Silencio —sentencia entonces el señor Grau con rotundidad. Apoya los codos encima de la mesa y coloca la barbilla sobre sus manos entrelazadas—. Vas a tener que explicarme esto, hijo —dice dirigiendo una mirada de desafecto hacia Eric.

Le oigo respirar profundamente a mi lado, como si tomara impulso para lo que está a punto de anunciar.

—Está aquí porque tengo la intención de hacerla interna cuanto antes.

Y, entonces, con un gesto furtivo, desliza su mano por debajo de la mesa y la entrelaza con firmeza con la mía. Y, sin decirme nada, me dice muchas

cosas. Pero yo no puedo responder porque me siento como si me hubiera evaporado de golpe. Como si hubiera dejado de ser yo y estuviera funcionando en piloto automático. Y no sé si es por este vino del 2010 tan bueno, pero me noto los músculos tan laxos que lo mismo me desvanezco.

—¿Estás bien? —me susurra ignorando la sarta de improperios que sale de las bocas de sus dos hermanos.

—Estoy en *shock* —le contesto en un tono de voz casi inaudible. Él sonrío y me aprieta la mano prisionera por debajo de la mesa con más fuerza.

De refilón, advierto el brillo especulativo en la mirada que me dirige su padre.

—¿Cuánto tiempo lleva usted trabajando para la empresa?

—El suficiente —se apresura a responder Eric.

—No te lo he preguntado a ti, sino a ella.

Tengo miedo. El mismo miedo que sentía cuando detectaba una pregunta trampa en mitad de un examen y sabía que contestara lo que contestara la iba a cagar estrepitosamente.

Pero tengo que hacerlo.

—Un par de meses nada más —reconozco con la voz trémula.

A Angus, que justo se había llevado la copa a los labios, se le atraganta el vino y le entra un escandaloso ataque de tos que su mellizo se esmera en mitigar a base de golpes en la espalda.

—¿Un par de meses y ya quieres hacerla interna! ¿Y cuándo lo has decidido, si puede saberse?

—Eso no te concierne, Johan.

—¿Que no me concierne? Soy el director de Recursos Humanos, por si se te había olvidado. Si hemos sido elegidos *Great place to work* en el último año es gracias a mi empeño por encontrar el talento y exprimirlo hasta convertirlo en excelencia. En nuestra compañía no puede entrar cualquiera. Y no hay excepciones que valgan —matiza clavándome una mirada cargada de desprecio.

Eric se ríe con malicia.

—Pero ¿qué me estás contando, Johan? Ahórrate la solemnidad para tus conferencias en ESADE, por favor. Lo único que necesitas saber es que quiero un borrador del nuevo contrato sobre mi mesa el lunes a primera hora.

—¿Y si me niego?

—Sabes que no puedes, tengo más poder de decisión que tú. Ella está capacitada y la quiero en la empresa. No hay más que hablar.

Johan observa en un perturbador silencio a su hermano durante unos segundos, de la misma forma que un cazador estudia a su presa para anticiparse a su próximo movimiento y asestarle el tiro de gracia.

—Tienes razón, yo no puedo. Pero papá sí y quizás él tenga algo que decir al respecto.

Eric separa su mano de la mía y la deja caer con laxitud sobre la mesa. Y yo acabo de descubrir dos verdades tan certeras como que el sol sale por el este y se pone por el oeste. La primera, que Johan Grau odia con toda su alma a su hermano. Y, la segunda, que el talón de Aquiles de Eric es su propio padre.

Todas las miradas apuntan expectantes al señor Grau, que lejos de parecer presionado se limita a fruncir los labios con indiferencia mientras se entretiene llenándose la copa hasta arriba. ¿A qué espera para pronunciarse? ¿Es que no ve que nos tiene a todos en ascuas?

—La verdad es que a mí esto tampoco me parece muy sensato —dice por fin—. No entiendo que hayas traído a esta joven a la convención y mucho menos que te plantees contratarla como interna con el poco tiempo que lleva en la empresa. Todavía no ha superado el período de prueba, pero tú ya pareces tener una fe ciega en ella. Francamente, Eric, me sorprende.

A Johan se le dibuja en la boca una exagerada sonrisa de *joker*.

—Jódete.

—Todavía no he terminado —le espeta con severidad su padre mirándolo de frente y consiguiendo borrarle de un plumazo esa desagradable mueca de la cara. Exhala profundamente y vuelve a dirigir la mirada hacia Eric—. Y digo que me sorprende porque en todo el tiempo que llevas ejerciendo el cargo, jamás habías expresado el deseo de reclutar a nadie y menos con esta contundencia. Lo cual me lleva a concluir que, si has puesto el ojo en esta persona —Mira a los mellizos como si los reprendiera—, los demás debemos confiar en tu criterio y respetar tu decisión.

Y, de nuevo, Johan haciéndose notar.

—¡Sí! Ya me imagino yo dónde ha puesto el ojo el incorregible de mi hermanito.

—Te noto un poco nervioso, Johan. ¿Por qué no sales a la terraza y te fumas un cigarro? —le dice Eric mordaz.

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿verdad? —Chasquea la lengua molesto y se levanta con ímpetu de la silla—. Ahí os quedáis. Yo tengo cosas mejores que hacer que compartir mesa con la esclava esta.

—Eres un gilipollas, Johan. Discúlpate ahora mismo.

—Ni de co-ña —replica desafiante. Gira sobre sus talones con la displicencia de un emperador y su silueta acaba desdibujándose entre las sombras de los edificios que se avistan tras los cristales.

—Ha sido lamentable, Eric —le reprocha entonces el señor Grau—. Espero que me dejes disfrutar de lo que queda de cena sin tener que soportar otra bochornosa discusión con tu hermano. Qué vergüenza.

—Pero papá, si ha sido Johan el que...

—¡No me repliques! —Por primera vez en toda la noche, Salvador Grau alza la voz—. Y más te vale que todo este numerito que has montado no traiga consecuencias —añade bajando enseguida el tono. Pero tiene la vena de la frente tan hinchada que puedo figurarme el esfuerzo que debe de estar haciendo para mantener la compostura.

Eric asiente y agacha la cabeza. Y, desde ese momento, ya no me cabe ninguna duda de la asfixiante autoridad que ejerce su padre sobre él.

## Capítulo 40

Por suerte para mí, Johan Grau no tiene ninguna intención de volver. Después de haberse fumado todo el tabaco del universo, lo veo deambular por ahí, hablando con unos y con otros. En nuestra mesa, el resto de la cena se desenvuelve en una calma tensa, entre los esporádicos comentarios anodinos de Angus y las respuestas diplomáticas de Eric. «Sí, Angus. Por supuesto, Angus. Es una excelente idea, Angus». Estoy convencida de que solo lo hace para no contrariar a su padre, un hombre empeñado en mantener las relaciones de su familia como una balsa de aceite, según parece. Puede que, a pesar de su apariencia templada, el señor Grau haya conseguido infundir en sus hijos un sentido de la obediencia casi absolutista. Especialmente en Eric, sobre el que recae todo el peso de su exigencia como una losa que amenaza con aplastarle el cráneo. Puede que lo que más tema Eric en el mundo sea decepcionarlo y puede que ese miedo sea lo que lo haya convertido en un hombre tan duro. Aunque también puede que Eric se sienta en realidad como un animal salvaje encerrado en una jaula de oro y puede que yo hubiese tenido que esforzarme por entenderlo un poco más y juzgarlo un poco menos.

Pero todo esto no son más que suposiciones y, en realidad, no son problema mío. O no deberían serlo. Ahora mismo me veo tan superada por la situación que lo único que quiero es correr sin parar hasta estar muy lejos de cualquier cosa que tenga que ver con los Grau, sobre todo con Eric. ¿Por qué ha tenido que comprometerme así, sin molestarse siquiera en preguntarme antes si me parece bien? Recuerdo lo que dijo Sergio cuando hizo que me enviaran un MacBook nuevo al cubículo. «Ya mismo te contrata como

interna, y mira que eso es difícil». En aquel momento sus palabras me sonaron más a envidia corrosiva que a un presagio. ¿Cómo iba Eric Grau a querer que alguien como yo formara parte de su empresa? Carezco de olfato para los negocios, no hablo inglés con acento de la costa oeste norteamericana y no tengo conocimientos del sector farmacéutico. Y, por si fuera poco, Eric es consciente de que mi visión de Laboratorios Grau está cada vez más alejada de la de una empresa idílica que actúa de forma responsable. Así que, siendo sincera, no tengo ni pajolera idea de qué ha podido llevarlo a tomar una decisión tan importante de forma tan precipitada. El azote de la duda me flagela mientras remuevo con inapetencia los *spaghettini al pecorino* de un lado del plato al otro. Y yo, ¿quiero formar parte de su modélica burbuja corporativa?

No es difícil trabajar en Laboratorios Grau como externo. Externalizar ciertos servicios por medio de subcontratas es algo que las grandes corporaciones hacen todo el tiempo, porque les sale más barato y es menos arriesgado. A los trabajadores no se nos considera personas, sino recursos. Así, cuando un recurso deja de ser productivo, se sustituye por otro o se da por terminada la transacción entre la compañía y la subcontrata. Si esto pasa, y pasa muy a menudo, la subcontrata —suelen autodenominarse empresas consultoras, aunque por lo general se parecen más a un puñado de mercenarios a sueldo— mercede sin escrúpulos el precio del recurso hasta que el dios-cliente se da por satisfecho con el regateo y le asegura la continuidad de sus servicios durante el tiempo negociado. Tres meses, seis, un año... No importa la duración del contrato con tal de conservarlo un poco más. Y, por supuesto, no importa que el único que salga perjudicado de toda esa batalla especulativa sea el trabajador. No hay cargo de conciencia en el mundo de los servicios externalizados y los derechos laborales son triturados sin compasión como en una planta procesadora de carne.

Pero ser interno en una compañía como Laboratorios Grau, eso sí son palabras mayores. Para empezar, supondría un cambio en la percepción de mi estatus social. Yo ya no sería un recurso, sino una promesa que pronto alcanzaría el grado de *seniority* deseado. Por supuesto, mi nueva posición llevaría implícita una mejora sustancial de las condiciones laborales que se traducirían en un lugar de trabajo adecuado, un incremento salarial considerable y un contrato indefinido que incluiría el pago de dietas y viajes,

además del derecho a un seguro médico, entre otros beneficios. También significaría todo un universo de nuevas posibilidades de expansión profesional, porque, como seguramente estaría estipulado en alguna cláusula contractual, la empresa pondría a mi disposición todas las herramientas necesarias para convertirme en la mejor.

Pero, por encima de todo, significaría igualdad.

Y dignidad.

No más cubículos.

No más zonas restringidas.

No más miradas de desprecio.

Y no habría ningún Johan Grau ni ninguna Lidia Fortuny que pudieran pisotearme porque la justicia kármica estaría de mi lado. Y me habría podido sentar en esta misma mesa a disfrutar del *foie* de oca y del Teolis sin tener la permanente sensación de que no me lo he ganado.

Durante una breve fracción de tiempo, considero la posibilidad. Pero el picor del cuello se ha vuelto tan intenso en las últimas horas que no puedo seguir pensando. Lo que necesito es un poco de aire. Así que aprovecho el ambiente distendido que reina en la sala justo después de que se hayan servido los postres para excusarme y escabullirme hacia la terraza.

Un grupo de personas congregadas en torno a un ancho barandal de hormigón color crema intercambia risas y charlas fútiles entre el humo de los cigarrillos y el abrumador aroma a licor de las primeras copas. Veo a Marcos y lo saludo con la barbilla. Él me hace un gesto con la mano invitándome a acercarme, pero lo ignoro. También veo a Carina, que me dedica una mirada glacial con sus ojos de sueca desabrida, la muy antipática, y eso que ni siquiera hemos cruzado una sola palabra todavía. Giro la cara y dirijo mis pasos hacia el fondo de la terraza, en busca de un rincón oscuro y apartado donde pueda estar sola. Para no tener que hablar con nadie. Para que no me vean. Y, aquí, las risas y las voces no son más que un débil eco que se confunde en el silencio de la noche. Apoyo los codos sobre la baranda y me inclino para contemplar el paisaje. «No me extraña que este sitio sea tan popular por sus vistas», me digo maravillada. La ciudad eterna se extiende ante mis ojos como un inmenso tapiz rutilante, salpicado de cientos de cúpulas diminutas que me imagino que puedo tocar con las puntas de los dedos y moldear como si fueran de barro. El cielo negro y estrellado cae

sobre Roma y me cuenta su historia iluminando con un espectacular dramatismo su arquitectura infinita, coronada a lo lejos por las formas níveas de la más majestuosa de sus construcciones.

—La basílica de San Pedro.

Me encuentro con él al darme la vuelta. Se ha quitado la chaqueta y lleva los puños de la camisa remangados.

—Es preciosa —dice con voz queda. Sus ojos, brillantes como los puntos luminosos de ahí abajo, se clavan sobre los míos con una intimidad casi agresiva y me veo obligada a apartar la vista ruborizada—. ¿Has vuelto a rascarte?

De forma casi inconsciente, me llevo la mano al cuello.

—Es que no lo puedo evitar. Me pica cada vez más. Y eso que la pomada que me diste me ha aliviado bastante. —Deslizo los dedos hacia la zona de la erupción y me rasco con fervor—. Pero ahora ha vuelto a empezar.

Eric se acerca a mí y me aparta la mano. Yo levanto la otra con la intención de seguir rascándome, pero él la intercepta antes. Con un movimiento rápido, me coloca ambas a la espalda y me inmoviliza sujetándome de las muñecas.

—¡Pero me pica! —protesto, sacudiéndome para soltarme.

—Chsss... Ya basta —susurra.

Se inclina sobre mi cuello y comienza a soplar con delicadeza. Su aliento cálido se extiende sobre mi piel proporcionándome un alivio inmediato y me quedo quieta. Ay, Dios, creo que me voy a morir de tanto amor. Un traicionero gemido de placer emerge de mi boca y la presión de sus manos sobre mis muñecas cede al punto. El movimiento de su cabeza deja un agradable rastro de perfume y siento la tentación de hundir los dedos en su pelo. Pero hay gente a muy pocos metros de distancia y, aunque este rincón está lo bastante aislado como para pasar desapercibidos, alguien podría acercarse en cualquier momento y descubrirnos en una pose comprometedora.

Como si me hubiera leído el pensamiento, retrocede y se queda a una distancia prudencial.

—¿Mejor?

Asiento y carraspeo para disimular mi agitación. Ha sido muy inocente y, al mismo tiempo, muy erótico.

—Deberías volver ya o enfadarás de nuevo al clan.

Él sonríe con pesar.

—Parece que, después de todo, sí que somos unos bárbaros —se lamenta apoyándose en la baranda.

—Me he dado cuenta.

—Si te sirve de consuelo —dice con la mirada perdida en la noche de Roma—, estoy muy avergonzado. No me gusta cómo te han tratado, no debería haberlo permitido, pero te garantizo que no volverá a pasar. Las cosas serán muy diferentes a partir de ahora, ya lo verás.

—Respecto a eso, no estoy muy segura de...

Eric se vuelve hacia mí, con la expectativa reflejada en los ojos, y me coge de las manos.

—No tienes que preocuparte por nada —asegura acariciándome los nudillos con la yema de los pulgares—. De momento continuarás ocupándote de calcular los incentivos y, con el tiempo, cuando tu conocimiento del sector sea más sólido, asumirás de forma gradual otras funciones de mayor responsabilidad dentro del departamento.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Anoche. Aunque llevo dándole vueltas desde el fin de semana.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque creo en ti y sé que estarás a la altura.

Si no nos hubiésemos pasado los últimos días tensando y destensando la cuerda que nos une, me habría sentido satisfecha con sus palabras. Le habría dado las gracias, quién sabe si con los ojos humedecidos por la emoción, y le habría asegurado que jamás tendría que arrepentirse de su decisión. Pero tantas idas y venidas, tantos desencuentros y tantas contradicciones me han empezado a carcomer por dentro y me han dejado como el tronco de un árbol viejo. Me siento a medias, como si tuviera una herida interna. Así que no puedo sentirme satisfecha. No, no podría ni en mil universos paralelos.

—Pues ayer no pensabas lo mismo.

El gesto se le contrae en una mueca de crispación.

—No me mires así, que bien que cuestionaste mi profesionalidad —le digo con ganas de guerra.

—Y tú me mandaste a la mierda.

Noto cómo se precipitan las pulsaciones de mi flujo sanguíneo y ya no puedo parar.

—¡Y tú te comportaste como un cerdo machista conmigo!

Su dedo índice se posa sobre mis labios como si los quisiera sellar.

—Baja la voz, por favor. Ya sé que no actué bien y que fui un imbécil, pero estaba celoso. Sabes perfectamente lo que siento por ti.

—Pues no, no lo sé.

¿Cómo quiere que lo sepa? Nunca ha hablado con franqueza de sus sentimientos. Lo único que tengo son indicios, suposiciones, especulaciones.

Eric se muerde el labio inferior y yo agudizo todos los sentidos.

—Me gustas, no es ningún secreto.

—Ya. ¿Y por eso me regalas un puesto de interna?

Su mirada se vuelve oscura, sin brillo.

—Eso ha sido un golpe bajo. Ahora eres tú quien me está acusando a mí de ser poco profesional.

—Entonces ya sabes lo que se siente.

Me hierve tanto la sangre que puedo oír el borboteo en mis venas. Le giro la cara con desaire y centro la vista en el paisaje. Ojalá pudiera estar ahí abajo, tomándole el pulso a la ciudad, en vez de estar aquí, en este bucle infinito del que no puedo escapar.

—Mírame —me ordena. Pero yo lo ignoro y permanezco inmóvil, aguantando el tipo y la respiración. Él emite una especie de gruñido que suena a exasperación—. ¡Dios, pero qué cabezota eres! ¡Que me mires, joder!

—No hace falta que grites, no estoy sorda —refunfuño.

Él resopla resignado y se pasa las manos por el pelo.

—¿De verdad crees que te he elegido solo porque me gustas? No, Luna. Yo no me puedo permitir ese lujo. No soy un político que asigna cargos a dedo por puro capricho. Soy un empresario. ¿Sabes lo que significa eso? Que yo no regalo nada.

Los ojos le brillan con tanta intensidad que podrían eclipsar a la luna, pero no con esa clase de fulgor trémulo de héroe de novela romántica. No es el brillo de un hombre que acaba de decirle a una mujer lo que siente por ella. Es la brutalidad del depredador lo que ha vuelto a instalarse en su pupila. «Yo

no regalo nada», ha dicho su boca. «Pero podría quitártelo todo», ha dicho su mirada.

—Eso precisamente es lo que va a pensar todo el mundo cuando me presente la semana que viene en la oficina y diga que ahora soy interna. Que me has regalado el puesto porque hay algo entre nosotros.

—Pero no es así. Y si a mí no me importa lo que piensen los demás, a ti menos.

—Joder, a ti no hay quien te entienda. ¡Qué fácil te parece todo ahora, señor Grau! —exclamo girándome de nuevo hacia la baranda. Pero él me agarra del brazo y tira de mí.

—¡No tienes ni idea del esfuerzo personal que he tenido que hacer para decir lo que he dicho ahí dentro! ¡Me he enfrentado a mi familia por ti, para que tengas un puesto mejor! ¡Me he enfrentado a mi padre, joder!

—¿Y por qué has tenido que hacerlo? ¡Yo no te lo he pedido!

—Porque es lo que quiero. ¡Y punto!

Mueve desdeñosamente la mano para dar por terminada la conversación, pero yo no estoy dispuesta a que sea él quien tenga la última palabra.

—Bueno, ¿y qué pasa con lo que yo quiero? —Me señalo con el pulgar—. ¡Ni siquiera te has molestado en preguntar mi opinión antes de soltar esa bomba!

Eric se frota los ojos a conciencia, no sé si por el cansancio o la incredulidad.

—¿Sabes cuántos currículums, cuántas cartas de recomendación y cuántas solicitudes de LinkedIn recibo a diario? Si supieras la de gente que hay por ahí dispuesta a hacer lo que haga falta para estar en tu piel...

—Pues allá ellos con su falta de ética.

—Creo que no eres consciente de la oportunidad que te estoy ofreciendo —apunta moviendo la cabeza con desaprobación.

—Que me estás imponiendo, dirás —rebato desafiante. Y automáticamente sé que me voy a arrepentir de haberlo dicho.

La vena de la sien se le hincha tanto que no puedo evitar que mi imaginación hiperactiva visualice su cerebro estallando y desparramándose en una masa de sesos viscosos y sanguinolentos sobre mi escotada camisa blanca.

—¡No eres más que una niña estúpida y caprichosa! —brama con las cejas rubias enfurecidas—. Y, ¿sabes qué te digo?

—¿Qué? —grito.

—¡Que ojalá nunca me hubiera fijado en ti!

Y, entonces, la herida se convierte en una grieta y el corazón se me inunda de arena.

—Yo solo... —musito—. Solo necesito un poco de tiempo para pensármelo.

—¿Es que no has oído lo que acabo de decir? —pregunta, gélido como la hoja de un cuchillo—. Yo no regalo nada. Ni siquiera tiempo.

Y se va. Se aleja sin mirar atrás ni una sola vez y su silueta se difumina hasta que se convierte en una mancha en mi retina que acaba desvaneciéndose. Y yo me quedo ahí, derramando emociones sin contención, angustiada como si estuviera cayendo por un acantilado, sin dejar de preguntarme si volverá. Pero el silencio de la noche estrellada anticipa la respuesta.

No, no lo hará.

## Capítulo 41

La vida es una prueba constante, una especie de lucha de poderes contra el mundo y contra uno mismo. Sobre todo, contra uno mismo. Es la una de la madrugada y en la soledad de mi habitación me pregunto qué debo hacer ahora para no sentirme tan derrotada. Puedo arrasarlo sin piedad el minibar hasta que la culpa o el dolor de estómago me impidan seguir. O puedo darme un baño de agua caliente, tomarme el antihistamínico y meterme en la cama con la esperanza de que un sueño reparador deje de ser un deseo y se convierta en un hecho. Cualquiera de las dos opciones sería válida para mitigar la ansiedad que me agita por dentro con la bravura de una tempestad, pero sé muy bien cuál de las dos es el indulto y cuál el correctivo. Y dada mi naturaleza emocionalmente punitiva, también sé por cuál voy a acabar inclinándome.

Todavía no me he terminado el primer Toblerone, pero el poderoso impulso de llevarme a la boca el segundo me obliga a romper con afán el envoltorio y a engullirlo como si no hubiera comido en mi vida. Debo confesar que su sabor ha dejado de parecerme sublime hace rato, en cuanto el primer triangulito se ha fundido con la saliva y ha bajado por la garganta. Como por comer, para llenar este vacío de algo. De lo que sea. Cuando el sabor a chocolate comienza a resultarme demasiado empalagoso, arrugo los envoltorios apretujándolos hasta convertirlos en una bola y los lanzo al suelo con rabia. Pero quiero seguir.

Bueno, no es que quiera seguir, es que no puedo parar. Aún no estoy preparada.

De cuclillas, trasteo con indecisión en la pequeña nevera, dudando entre

un tubo de Pringles de los rojos, un paquete de almendras tostadas o las dos cosas a la vez. Pero desestimo la idea en cuanto me imagino la cara de la camarera del servicio de habitaciones al comprobar todo lo que falta. «Si supierais lo que se ha llegado a tragar la de la *suite* en una sola noche...», les diría entre risas a sus compañeras. Me da tanta vergüenza que prefiero no comer. Cojo un par de latas de Bacardí con Coca-Cola y me las llevo a la cama, donde me desplomo como un peso muerto sin molestarme en quitarme la ropa. Abro la primera y doy un trago tan largo que acabo con hipo. Luego doy otro y otro y otro más, hasta que, acusando los primeros efectos del exceso, me veo obligada a desabrocharme la falda.

«Puede que esto sea Roma», me digo tocándome la barriga hinchada por el atracón, «pero yo me siento como si estuviera en Estocolmo». Tendría que haberle hecho caso a Alberto y no haber venido, me habría ahorrado mucho sufrimiento. Si no hubiera venido, lo más probable es que nunca hubiese sabido de su existencia. Y esa maldita imagen de los dos juntos no me estaría martilleando el cerebro. No son suposiciones mías, sé que ahora mismo está con ella. Con la jodida Carina Brandt esa.

Después de que se haya largado de la terraza del restaurante, he pensado que no tenía ningún sentido volver a la mesa. Así que me he escabullido hacia la salida procurando que nadie me viera. No ha sido difícil pasar desapercibida. Una vez fuera, he divisado el autocar en el que hemos venido aparcado a unos pocos metros de distancia, me he acercado a la ventanilla del conductor, que estaba escuchando un partido de fútbol por la radio, y le he pedido chapurreando italiano que me dejara subir. El hombre me ha mirado con un rictus de extrañeza, pero le he enseñado mi acreditación y su gesto se ha relajado de inmediato. Me he tocado la cabeza y he fingido una mueca de dolor. «*Aaaaah, ho capito*», ha dicho y rápidamente ha abierto la puerta. Incluso me ha ofrecido un analgésico, pero lo he declinado con amabilidad y le he explicado que trataría de dormir un poco hasta que mis compañeros volvieran. Él ha asentido, mascullando algo que no he logrado comprender, y yo me he ido directa al asiento del fondo, sobre el que me he dejado caer apoyando la cabeza contra el cristal. Entonces, justo cuando estaba a punto de cerrar los ojos, los he visto salir juntos del restaurante y subirse al BMW de los Grau. Él, todo sonrisas y atenciones; ella, espectacular en su minúsculo vestido rojo; yo, con el alma por debajo de los pies. Pero qué grandísimo hijo

de puta. Hace un rato me dice que le gusto y ahora se larga con esa. He dado un puñetazo tan fuerte sobre el respaldo del asiento delantero que me he hecho polvo los nudillos. Y, en ese preciso instante, he sabido que necesitaría otra catarsis.

Otra puta catarsis más.

Así que me imagino lo que estará haciendo con ella mientras yo estoy aquí, medio borracha y llena de heridas emocionales, quebradiza como una hoja de papel que se enfrenta a los elementos, sin que esta mierda de alcohol ni esta mierda de chocolate sirvan para ahorrarme ni una puta pizca de sufrimiento. Con ganas de gritar, de llorar, de marcar su número de teléfono y decirle que puede meterse su mierda de oportunidad por donde le quepa. Que me largo. Que se acabó. Que no quiero verlo nunca más. Que ojalá no lo hubiese conocido nunca. Que lo odio con toda mi alma. Quiero hacer todo eso, pero lo único que consigo es trincarme la segunda lata de Bacardí con Coca-Cola. La vida es una prueba constante y yo ya me estoy acostumbrando a perder.

Hace calor. Voy a abrir la ventana.

\*\*\*

Me despierto con la cabeza abotargada y un desagradable sabor agrio en la boca que no logro identificar. Podría ser que anoche no me lavara los dientes, aunque ahora mismo no me acuerdo de si lo hice o no. Tampoco tengo claro en qué momento me quedé dormida. Detesto amanecer con lagunas mentales, me hace sentir demasiado vulnerable. Medio zombi, alargo el brazo y busco a tientas el móvil sobre la mesita. Las 6:45, quince minutos antes de que suene la alarma. Otra cosa que detesto, sobre todo desde que no ando muy sobrada de sueño que digamos. Sin querer, tiro algo al suelo. Suena como una lata. ¿Una lata? Entonces me percató de que he dormido con la ropa puesta y los espacios en blanco de mi cerebro comienzan a llenarse con imágenes nítidas de la noche anterior.

*Foie crudo.*

La Basílica de San Pedro.

«Me gustas, no es ningún secreto».

Carina Brandt en un BMW de cristales tintados.

Toblerone y Bacardí con Coca-Cola.

«Joder, qué puto asco».

Bostezo y me paso las manos por la cara. Me siento perdida y necesito hablar con alguien que me ayude a encontrar el camino. Mi primer impulso es llamar a mi compañero de piso, pero, si se me ocurre despertarlo a estas horas para calentarle la cabeza con mis chorradas, es probable que cuando vuelva a Barcelona me encuentre con la cerradura cambiada y sin poder entrar en casa. Dani odia madrugar, en eso sí que nos parecemos. En cuanto a su filosofía de vida, no tengo tan claro que sea lo que me hace falta ahora mismo. Conociéndolo, estoy segura de que me soltaría una burrada del tipo: «Acepta el puesto y luego te lo follas para celebrarlo. Primero su pasta y luego su polla». Y se quedaría tan ancho. Él es así de pragmático, por decirlo de una forma suave. Pero es demasiado temprano para una ración tan *hardcore* de consejos, así que gracias, pero no.

Necesito a alguien más sensato, más como yo.

Alguien como Alberto.

**Yo:** ¿Estás despierto?

**Alberto:** Ahora sí :(

**Yo:** Perdona, es que necesito desahogarme

**Alberto:** ¿Qué te pasa?

**Yo:** Estoy hecha un lío

**Alberto:** ¿*Iceman*?

**Yo:** Es un capullo

**Alberto:** Cuéntame algo que no sepa :)

**Yo:** Me quiere hacer interna

**Alberto:** ¡Qué fuerte!

**Yo:** Me ha dicho que le gusto, pero que esa no es la razón

**Alberto:** ¿Y tú qué crees?

**Yo:** Yo qué sé. No hay quien lo entienda. Anoche le dije que tenía que pensármelo y se puso como una fiera

**Alberto:** ¿No quieres ser interna?

**Yo:** A ver, no es que no quiera, pero... No sé. Es demasiado precipitado. Y luego están su padre y sus hermanos que no me quieren ver ni en pintura y

esa zorra sueca que no se separa de él y... Vamos, que no lo estoy pasando nada bien en la mierda esta de convención.

**Alberto:** Mira que te lo dije...

**Yo:** Ya. Estoy hecha un lío. ¿Tú qué harías?

**Alberto:** Uf... Es una decisión que solo puedes tomar tú, Ana. Ser interna está muy bien, pero ¿tienes claro que sus motivos sean cien por cien profesionales?

**Yo:** Qué va

**Alberto:** Entonces ponlo todo en una balanza y mira hacia qué lado se inclina.

No puedo decir que la conversación con Alberto haya servido para aclararme las ideas. Al contrario, aún estoy más confundida que antes. Me levanto de la cama resignada y me dirijo al baño. Lo primero que veo al mirarme en el espejo es que el puñetero eccema no ha remitido. Sigue ahí, rojo y sangriento, como un recordatorio del estrés de los últimos días. Sobre el lavamanos reposan el tubo de pomada y el blíster de antihistamínicos. «Mierda, anoche se me olvidó tomármelo», me digo chasqueando la lengua con fastidio.

Soy un desastre.

Soy un maldito desastre.

\*\*\*

Esta mañana el tiempo pasa más lento que de costumbre. Supongo que el hecho de que me tenga que aguantar los párpados con los dedos para no quedarme dormida no ayuda. Y eso que me he tomado dos cafés seguidos en el desayuno. Pero es que la presentación del director del Departamento Médico es tan soporífera que podría quedarme dormida incluso aunque me hubiera bañado en cafeína.

—Como demuestra este gráfico, Gabarol actúa sobre el receptor complejo GABA - A - Cl - Omega y aumenta los estadios S3 y S4 del sueño lento profundo.

«Otra exposición tan apasionante como el parte meteorológico», me digo resoplando. Muy bien. Creo que ha llegado el improrrogable momento de

salir en busca del tercer café.

Sentada en un taburete junto a la barra de la cafetería, remuevo mecánicamente la taza esperando a que se enfríe mientras hago balance mental de las siete ponencias a las que he asistido en menos de tres días. ¡Siete, ni más ni menos! A estas alturas, sería capaz de recitar de memoria los resultados del ejercicio anterior, los objetivos comerciales de la compañía para el año que viene y su estrategia para alcanzarlos, las novedades en productos, precios, campañas de marketing, herramientas de gestión digital y un interminable etcétera. He oído tanto acerca de ventas, rentabilidad y perspectivas de expansión en estos últimos días que creo que incluso yo misma podría subirme al escenario y soltar un rollo como si supiera de lo que hablo. Lo que me sorprende es que, para tratarse de una farmacéutica que presume en su eslogan de cuidar de las personas, hablan demasiado de sí mismos y muy poco de los pacientes. ¿Cuándo se volvió más importante vender que curar? Supongo que cuando las empresas como Laboratorios Grau o Felleman Galenics se dieron cuenta de que las enfermedades les salían rentables. Es innegable que ganan tanta pasta con ellas como la industria armamentística con las guerras. Y, del mismo modo que los fabricantes de armas no promueven precisamente la paz en el mundo respondiendo a intereses lucrativos, no es tan descabellado pensar que las farmacéuticas tienen idénticos motivos para no promover la salud.

Como era de esperar, mis disertaciones acaban llevándome a la noche pasada y la pregunta que he mantenido en punto muerto desde entonces comienza a planear en el aire a la espera de una respuesta. ¿De verdad quiero formar parte de una empresa de cuyos principios éticos dudo? Una parte de mí cree que, si me pasara al otro lado, no estaría siendo consecuente. Creo que estaría prostituyendo mis principios por un currículum mejor, un salario mejor, un estatus mejor.

—¿No te dije que nada de cafeína?

Sobresaltada, me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Eric, que una vez más ha conseguido interrumpir mis divagaciones sorprendiéndome por la espalda. No tiene muy buena cara esta mañana. Sus ojos lucen apagados, deslustrados por la oscuridad de las ojeras que los circundan. Y tiene un corte en la mejilla que se ha debido de hacer al afeitarse. Me lo imagino maldiciendo en sueco frente al espejo y tengo que hacer un esfuerzo

para que no se me escape la risa. Por extraño que parezca, su mal aspecto me resulta reconfortante. No es crueldad, sencillamente lo acerca un poco más a lo humano y lo aleja de lo divino y eso me hace sentir menos vulnerable.

—Buenos días, Eric.

—No tienen nada de buenos —masculla—. Y, ahora, responde a la pregunta, por favor.

Vale. Rectifico. Quizás sí debería sentirme vulnerable. Está muy cabreado. Lo sé por la forma en la que ha dicho «por favor». No «por favor» en plan «¿Serías tan amable de contestar?», sino en plan «Estás acabando con mi puta paciencia y no son ni las diez de la mañana».

—Ya, pero es que necesitaba un café. Además, me estaba aburriendo como una ostra ahí dentro. Qué puñetas sabré yo lo que es el ácido gamma, alfa, beta o como se llame.

Eric me obsequia con una caída de párpados airada.

—GABA. Se llama GABA y es un neurotransmisor del sistema nervioso central. —Hace una breve pausa para suspirar—. Tendrías que empezar a tomarte más en serio tu trabajo ahora que vas a ser interna.

Trago saliva y respondo tratando de mantener la calma.

—Ya te dije que necesitaba tiempo para pensármelo.

Cojo la taza de café y me la acerco a los labios para dar un sorbo, pero él se apresura a quitármela y la deposita con brusquedad sobre el platillo.

—Y yo que no iba a regalarte nada. Así que o lo tomas o lo dejas.

—¿Es una amenaza?

—Te lo advierto, Luna —dice apuntándome con el dedo índice—, esta mañana no estoy de humor para tus desafíos. Vas a aceptar el puesto sí o sí. Y se acabó, no quiero oír hablar más del tema.

—¡Pero soy yo quien tiene que decidirlo! —exclamo enfurruñada, levantándome de forma precipitada.

Eric palmea la barra con violencia. La taza de café se agita tintineando contra la cucharilla y una fina capa de espuma se vierte sobre el platillo. Resignada, me dejo caer sobre el taburete otra vez y me mordisqueo el interior de las mejillas. Él exhala y se frota los ojos con vigor. Luego se saca un par de analgésicos del bolsillo de la americana y se los traga de un tirón en cuanto el camarero le sirve la botella de agua que ha pedido. Supongo que no

ha dormido nada y le duele la cabeza. Me pregunto si la discusión a la que nos vimos abocados anoche habrá sido lo que le ha impedido conciliar el sueño, pero luego me acuerdo de lo bien acompañado que iba el muy cabrón cuando se marchó y algo amargo se me remueve por dentro.

—Si por lo menos tuviera la certeza de que tus motivos para contratarme son del todo profesionales, no dudaría en aceptar —le suelto alzando la cabeza con resolución.

Ya está. Ya lo he dicho. Y ahora me parece estar leyendo la crónica de un tabloide sensacionalista en los ojos de Eric.

#### JOVEN INEXPERTA DESTROZA EL EGO DE MULTIMILLONARIO

*«Ni siquiera lo vi venir», afirmó el guapo y seductor director de Ventas y Finanzas. «Estaba harta de su obsesión por controlarlo todo. Puede que eso le funcione con las otras, pero conmigo no», declaró por su parte la muchacha.*

Una arruga de incredulidad se dibuja en su frente.

—No me mires así. Lo único que he hecho estos días ha sido perder el tiempo en asistir a ponencias que no me interesan lo más mínimo —prosigo—. Y para una vez que participo de forma activa en una reunión, parece que a ti te molesta.

—Si es por lo del lunes, ya te dije que...

—Sí, que estabas celoso —le interrumpo—. A eso precisamente me refiero, Eric. ¿Cómo puedo estar segura de que me quieres hacer interna por méritos propios?

—Tendrás que confiar en mi palabra.

—Eso no es suficiente. Necesito alguna garantía. Déjame hacer algo que demuestre que soy válida para el puesto. No sé, ponme a prueba, dame trabajo de verdad.

Eric deja ir un resuello de burla.

—Muy bien —dice contrayendo tanto la mandíbula que puedo apreciar cómo se le tensan todos los músculos de la cara—. ¿Quieres trabajo de verdad? Yo te daré trabajo de verdad. Envía un correo a los tipos con los que nos reunimos el lunes y pídeles una propuesta económica con carácter

urgente.

—¿Yo? Ni siquiera tengo sus direcciones de correo.

Él frunce los labios y compone un gesto de negación con la cabeza.

—Ese no es mi problema. ¿No querías que te pusiera a prueba? Pues te buscas la vida. Cuando tengas la propuesta, redacta un informe evaluando los pros y los contras. Diez páginas. Una cara. Doble espacio. Lo quiero en mi bandeja de entrada dentro de dos horas. Dos horas, Luna, no dos días.

—¿Dos horas? Eso no es un *timing* realista —protesto—. No estás siendo justo, Eric.

—El mundo no es un lugar justo —replica esbozando una mueca de sonrisa cargada de cinismo.

Suspiro con resignación y me encojo de hombros.

—Muy bien, ya me las arreglaré —farfullo de mala gana, mientras me levanto del taburete para irme.

—Todavía no he terminado —dice él bloqueándome el paso.

Protesto exasperada y me vuelvo a sentar.

—Quiero que te hagas con una copia del plan de incentivos por área terapéutica del año pasado. Cuando lo tengas, te reúnes con los visitantes y les explicas a los que tengan dudas con sus incentivos qué fórmulas utilizas para el cálculo. Ah, y asegúrate de hacerlo por separado con cada uno, no quiero problemas con el Departamento Legal por vulneración de la confidencialidad.

—¿De verdad quieres que hable con toda la Fuerza de Ventas?

—Eso he dicho. Puedes concentrarte en cuatro unidades de negocio esta tarde y el resto las dejas para mañana.

«¡Ja! Qué considerado».

—¿Y luego? —pregunto, empezando a arrepentirme de haberlo desafiado.

—Luego —dice con esa insoportable expresión de perdonavidas que se le dibuja a veces—, puedes ir a darte una vuelta por Roma. Si es que te queda algo de energía, claro.

«Será cretino...»

—¿Y tú qué vas a hacer mientras tanto?

—¿Yo? —Arquea una ceja con aire de superioridad—. Vigilarde de cerca

para asegurarme de que pasas la prueba. ¿No era eso lo que querías?

Luego le hace una seña al camarero y le pide que cargue el agua y mi café a la cuenta de su habitación.

—Y haz el favor de tomarte el puñetero antihistamínico —me advierte antes de largarse por donde ha venido.

El titular de mi crónica ha cambiado de forma radical.

JOVEN INEXPERTA LANZA UN ÓRDAGO Y ACABA SIENDO DERROTADA

«Si hubiera sabido que me iba a salir tan caro, no habría tirado mis principios por el retrete», afirmó la muchacha, visiblemente afectada.

\*\*\*

Los visitantes médicos son una raza aparte. Tienen su propio lenguaje, su propio código de conducta e incluso sus propios rasgos de carácter. No tienen nada que ver con ninguna otra especie en el mundo, pero es fácil identificarlos cuando te has pasado observándolos de cerca las últimas cuatro horas de tu vida. Los visitantes han sido sometidos desde los inicios de su carrera a un entrenamiento espartano que responde a un único objetivo: vender. Pero ellos jamás de los jamases se reconocerían a sí mismos como comerciales y por eso prefieren definirse como informadores técnicos sanitarios. Supongo que es comprensible, teniendo en cuenta que el delirio mesiánico es otra de sus particularidades. Quizás alguien debería explicarles que son los médicos quienes salvan vidas, no ellos. Aunque lo más probable es que, haciendo gala de ese egocentrismo en el que parecen estar instalados de forma permanente, se defendiesen diciendo que eso es gracias a sus medicamentos. Sí, sí, suyos. Porque son ellos quienes tienen que lidiar a diario con el complejo de dios de los médicos y convencerlos de qué tienen que prescribir.

«Créame doctor Casas, yo sé mejor que usted que este fármaco es el que necesitan sus pacientes. No importa que usted se haya pasado la mitad de su vida adulta estudiando en la Facultad de Medicina. Simplemente lo sé y nadie sabe más de esto que yo. Tiene que creerme. Si lo hace, me aseguraré de que la empresa le recompense como es debido. Ah... La empresa... No me tire de la lengua, doctor Casas. No soy más que una víctima de la avaricia de esos

buitres y de la desidia del Sistema Nacional de Salud. Pero, dígame doctor Casas, ¿ha visto ya mi nuevo Mercedes?».

Hay dos posibles finales para esta historia:

Uno, que el doctor Casas acepte el incentivo y llegue a un pacto con el visitador sobre el número de prescripciones que podría resultar beneficioso para ambos. El visitador le estrecharía la mano, abandonaría la consulta con una sonrisa en los labios y se dirigiría a su Mercedes, donde encendería su iPad y se aseguraría de que el doctor Casas pasara a ser incluido inmediatamente en la lista de médicos tarugos.

O dos, que el doctor Casas no acepte el incentivo y le reproche al visitador que mercadee con la salud de las personas. El visitador le estrecharía la mano, abandonaría la consulta con una mueca de fastidio en los labios y se dirigiría a su Mercedes, donde encendería su iPad y se aseguraría de que el doctor Casas pasara a ser incluido inmediatamente en la lista de médicos pluma-seca.

Por la cuenta que le trae a nuestro amigo el visitador, esperemos que el doctor Casas no acabe resultando ser un pluma-seca. A la compañía no le gustan los pluma-seca. Pero, sobre todo, no le gustan los visitantes que son incapaces de convertir a un pluma-seca en un tarugo. Ahora entiendo que ganen tanto dinero, lo suyo es una profesión de alto riesgo.

—Tienes cara de cansada.

Levanto la vista del portátil y me encuentro con Marcos con las manos apoyadas en la mesa. Por un momento tengo ganas de soltarle que a ver qué cara tendría él después de aguantar durante cuatro horas las tonterías de un puñado de pequeños burgueses obsesionados con no olvidar cargarle a la compañía ni uno solo de sus gastos, que hasta los chicles que se compran en la gasolinera de camino al hospital de turno hay que pagárselos, pero me contengo. Primero, porque ir de víctima no es lo mío. He pedido trabajo de verdad, ¿no? Pues ahora me toca apechugar. Segundo, porque Marcos es uno de los gerentes de ventas, no me puedo poner a despotricar de los visitantes delante de él. Y, tercero, porque es el único aliado que tengo por aquí. Así que me limito a sonreír y le digo:

—Lo que tengo es un hambre del quince.

—Pues eso tiene fácil solución —dice, devolviéndome la sonrisa—. Además, es justo para lo que venía a buscarte. ¿Te apetece venir con nosotros

a cenar? Vamos a Da Baffetto. TripAdvisor dice que es una de las mejores pizzerías de Roma —añade levantando las cejas, como si me quisiera impresionar.

—¿Con vosotros? ¿Quién más va?

—Ah, sí. Magda Fuentes y Miguel Robles. Buena gente, ya lo verás.

Fuentes y Robles. Los conozco. Son visitantes de Neuropsiquiatría. Joder, más visitantes. Como si no hubiese tenido ya suficiente.

—Pues la verdad es que... —empiezo a excusarme.

—Ya sé, no me lo digas. No quieres disgustar a Eric.

—¿Cómo dices?

—Ana, conmigo no tienes que disimular. Me he dado cuenta de cómo te trata.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo me trata?

—Como a todas. Como si fueras algo suyo.

—Pues no. No soy nada suyo.

—Es que visto desde fuera parece otra cosa, Ana. Además, la gente habla y...

—Bueno, ¿y a ti qué te importa? —lo interrumpo mirándolo a los ojos con fiereza.

—Tienes razón. Lo siento, me he pasado de la raya. No pretendía meterme donde no me llaman y mucho menos ofenderte —reconoce afligido—. ¿Puedo hacer algo para compensarte por mi metedura de pata?

Lo observo con detenimiento unos segundos. Tiene un destello de vergüenza en la mirada, como si hubiera hecho algo terrible, pero no puedo culparlo por hacer conjeturas. Al fin y al cabo, eso es lo que ha conseguido Eric con su obsesión por marcar terreno cada vez que nos ha visto juntos. Me pregunto si no habré sido yo la que se ha pasado de la raya contestándole de una forma tan desagradable. Marcos parece buen tío y se ha portado siempre muy bien conmigo. Supongo que me ve como un ser indefenso en mitad de esta jungla donde solo sobreviven las bestias más despiadadas y quiere protegerme. Y por eso tampoco voy a culparlo.

—Puedes invitarme a una pizza y fingiré que nunca hemos tenido esta conversación.

Y en sus pupilas dilatadas creo advertir ahora una especie de euforia.

Tres horas después, con un par de cervezas Peroni y la pizza Margarita más grande del mundo en el estómago, no me queda otra que reconocer no solo que TripAdvisor tenía razón sobre Da Baffetto, sino que además Marcos me había dicho la verdad sobre Magda y Miguel. Son buena gente. Reconozco que al principio estaba un poco tensa. No pronunciaba palabra y me limitaba a observarlos en silencio para no interrumpir su acalorada discusión acerca de la situación actual de la visita médica en los mercados de alta competencia. «Pero ¿es que esta gente no sabe hablar de otra cosa o qué?», me había preguntado. Todo apuntaba a que aquella cena iba a ser un auténtico tostón y que me arrepentiría de haber ido incluso antes de haber probado la famosa pizza. Hasta que Miguel se ha percatado de que estaba ausente y ha decidido intervenir.

—Así que tú eres la persona encargada de calcular los incentivos.

—Se ve que sí —he respondido con un desganado gesto afirmativo sin apartar los ojos de la carta.

—Entonces es contigo con quien tengo que hablar si quiero sacarme un diez por ciento extra, ¿no?

Las manos se me han aflojado de golpe y la carta se ha estrellado contra la mesa. Lo he mirado escandalizada por su descarado intento de soborno, pero las carcajadas espontáneas de Magda y Marcos me han hecho comprender enseguida que el tío se estaba quedando conmigo. He respirado aliviada y he decidido seguirle el juego.

«Divirtámonos un rato».

—Sí, pero yo me llevo un tres por gastos de gestión.

Ha sido entonces cuando he empezado a relajarme y a sopesar la idea de que tal vez el haber ido no haya sido tan mal plan. Y ahora que hemos terminado de cenar y nos dirigimos al hotel, caminando despacio por la oscura Via della Scroffa porque el peso de nuestros estómagos llenos de esa sublime comunión de harina, queso y salsa de tomate nos impide avanzar más rápido, me siento integrada por fin. Casi como si fuéramos cuatro amigos haciendo turismo en la *bella Roma*. Ahora, el haber venido es el mejor de los planes posibles. Supongo que ayuda el hecho de que Magda y Miguel hayan resultado ser dos personas encantadoras, con sentido del humor y a las que no parece importarles lo más mínimo si soy externa, interna, celíaca o un unicornio azul. Supongo que también ayuda el hecho de haber respirado de

verdad el aire de la ciudad un rato. A pie de calle, no desde la terraza de un restaurante en el que cuesta Dios sabe cuánto el cubierto y en el que ni siquiera tengo un sitio. Ni desde un BMW con los cristales tintados en el que suenan ridículas canciones de amor en italiano. Pero supongo que lo que más ayuda es el hecho de que, por una vez, no he sido la chica de Eric, ni la ayudante de Eric, ni la relación no consumada de Eric, ni lo que sea de Eric. No he sido una conjetura, ni un tema del que hablar. He sido simplemente Ana, la persona que calcula incentivos. Y eso me hace sentir bien. Mejor que bien, me hace sentir libre.

—Todavía no nos has dicho de qué te vas a disfrazar esta noche —apunta Magda mientras esperamos el ascensor en el *hall* del hotel—. ¿Lo quieres mantener en secreto?

«Mierda. Otra vez la fiestecita de las narices».

He escuchado a lo largo de la tarde a muchos visitantes referirse a ella con la excitación de un adolescente a punto de ser desvirgado y no entendía muy bien por qué. Ya sé que Laboratorios Grau organiza constantemente saraos de estos para tener contento al personal y todo eso, pero que algo tan banal como una fiesta de disfraces levantara tantísima expectación me parecía inverosímil. Luego, cuando el tema ha vuelto a salir durante la cena, he comprendido que no se trata de una simple fiesta de disfraces pensada para la ocasión y ya está, sino una auténtica tradición histórica. Por lo visto, cada año se celebra una durante la Convención de Ventas. Cuando Miguel se ha puesto a explicar anécdotas de ediciones anteriores, he entendido por qué tenía la sensación de estar frente a un puñado de niños esperando con ansia a que llegara la Navidad.

Convención de París, año 2010. Un teletubbie es pillado *in fraganti* en los lavabos de la discoteca practicándole una felación a Mickey Mouse. Después se supo que en realidad se trataba de un visitador médico y el gerente de su línea, que, por cierto, estaba casado. En la convención de Lisboa de 2011, un *product manager* se pasó con el oporto en la cena y acabó vomitando sobre el disfraz de Cruella de Vil de la directora de Comunicación. Nadie recuerda el verdadero nombre del tipo, que a partir de ese momento pasó a ser popularmente conocido como Johnny Macarrones al oporto. Por lo visto, su vómito fue lo suficientemente gráfico como para que se ganara el apodo. Un año después, en la convención de Miami, fue la directora de Comunicación la

que lo echó todo encima de un *product manager*. Se ve que al tipo le dio tanto asco que se quitó el disfraz de policía de un solo movimiento y se quedó en calzoncillos en mitad de la pista. Ella aseguró al día siguiente no recordar nada de ningún vómito, pero sí algo acerca de un *striptease*. Y el año pasado, en El Cairo, un tío de Recursos Humanos le partió la cara a otro que ya no está en la empresa. Así que la fiesta de disfraces de la Convención de Ventas de Laboratorios Grau no es una simple fiesta de disfraces. Es toda una institución del desmadre y una oda al desenfreno. Pero, sobre todo, es un verdadero caldo de cultivo para el cotilleo morboso y la fabricación de historias que siguen dando que hablar muchos años después.

«Un momento».

—¿Qué tío de Recursos Humanos? ¿No sería Johan Grau?

—Qué va. Los Grau no suelen ir a esa fiesta, son demasiado estirados — ha comentado Miguel.

El pitido que indica que el ascensor ha llegado neutraliza mis pensamientos y me devuelve al momento presente.

—Entonces, ¿qué? —insiste Magda.

—¿Qué de qué?

—Que de qué te vas a disfrazar.

—No voy a ir. La verdad es que estoy bastante cansada, he tenido un día duro.

—¿Cómo que no? —profieren los tres al unísono lanzándome una mirada inquisitiva—. ¡Tienes que venir! —añaden de nuevo a la vez.

¿En serio quieren que vaya? ¿Después de todas las cosas terribles y surrealistas que me han contado? ¿Yo, en esa orgía farmacéutica? Yo. ¡Pero si yo pierdo el norte con dos copas! Estoy segura de que acabaría pillando un pedo más histórico que el del tío de los macarrones y haría alguna tontería de las mías. Como, por ejemplo, abalanzarme sobre Eric para confesarle mi amor delante de todo el mundo. O pelearme como una gata celosa con Carina Brandt, lo que me convertiría en la protagonista de la anécdota más sonada de la fiesta de aquí a 2046. Aunque, ahora que pienso, Miguel ha dicho que los Grau nunca van a la fiesta de disfraces, así que existe un cero por ciento de probabilidades de que pueda cometer esa estupidez. Eric no irá. No hay peligro. Yo podría ir. No estaría mal que fuera. Lo pasaría bien. ¿Seguro? Sigo sin estar convencida de querer ir. ¡Joder! Estoy hecha un auténtico lío.

¿En serio Eric no va a ir? Creo que quiero que vaya. Es un capullo arrogante y un engreído, pero quiero que vaya. Si él fuera, yo también iría. Y por supuesto que no me abalanzaría sobre él. Por favor, aún me queda algo de amor propio. Pero no va a ir. Así que creo que yo tampoco.

—Es que a mí eso de disfrazarme no me va.

—¡Anda, ámate a ser diferente por una noche! —dice Magda dándome un codazo cariñoso en el costado.

Diferente por una noche. ¿En qué cuento de hadas he leído eso antes?

Y entonces lo recuerdo con claridad. Miguel no ha dicho que los Grau nunca vayan a la fiesta de disfraces, sino que no suelen ir. Entre no ir nunca y no soler ir hay un matiz semántico, un minúsculo pero maravilloso matiz semántico en el que subyace la minúscula pero maravillosa probabilidad de que Eric sí vaya a la fiesta.

Y me vea.

Diferente.

Por una noche.

Y ya no se arrepienta de haberse fijado en mí.

El ascensor se detiene en la tercera planta y la puerta se abre.

—¿A qué hora es? —pregunto bloqueándola con el cuerpo antes de salir.

—A las diez. Tienes poco más de una hora.

—Pues más vale que las hadas se espabilen —digo sonriendo. Y, luego, echo a correr por el pasillo.

—¡Pero aún no nos has dicho de qué te vas a disfrazar!

Las palabras de Magda se pierden como el eco en la montaña. Abro la puerta de mi habitación, me dirijo al baño y me miro en el espejo. Y, una vez más, me encuentro frente a la gran paradoja de mi vida como adulta. ¿Ser yo misma o ser diferente? «De momento, dejaremos que las hadas hagan su trabajo», me digo. Saco el móvil del bolso y marco el número de mi compañero de piso.

—Dani, necesito tu ayuda. ¿Tú sabes cómo se maquilla una *geisha*?

## Capítulo 42

Nunca me he considerado particularmente guapa. Normalita, tirando a mona, como mucho. Dani dice que no es verdad, que tengo un bonito pelo ondulado y unos ojos —según él, color tabaco rubio y, según yo, marrones del montón— muy atractivos. Y unas curvas, y cito textualmente, «capaces de volver hetero al más maricón». Que lo que pasa es que no me saco partido y que si me acostumbrara a vestirme de otra forma y a maquillarme ganaría mucho, pero yo siempre he creído que eso es algo que va con los genes. O tienes gracia para arreglarte o no la tienes. Y yo no la tengo. O, al menos, eso creía hasta que, una hora después de haber empezado a maquillarme, he visto reflejada en el espejo la imagen de una bonita *geisha*.

Por increíble que parezca, consigo domar mi cabellera desobediente y recogerla en un majestuoso moño alto, que inmovilizo clavando dos palillos chinos en perpendicular y sobre el que coloco un adorno en forma de flor de cerezo con unos flecos que caen con gracia simulando un mechón de pelo. A continuación, defino mis pómulos con una pincelada de colorete que destaca sobre la palidez de mi piel con la naturalidad del rubor. Con precisión de cirujano, trazo una fina línea oscura y ascendente sobre mis párpados y la alargo sin que me tiemble el pulso desde el lagrimal a la sien para que mis ojos parezcan rasgados. Y, después, me pinto los ojos con una sombra a juego con el dramático color escarlata de mis labios de corazón.

Una puñetera obra de arte.

La seda del precioso kimono azul con flores blancas bordadas se desliza sobre mi piel con la suavidad de una caricia y no puedo evitar que me embargue la incertidumbre. ¿Y si no viene? La verdad es que me extrañaría

mucho verlo en una fiesta de disfraces. Además, hoy tenía un humor de perros, así que cabe la posibilidad de que no se presente y todo este esfuerzo por impresionarlo haya sido en vano. Es entonces cuando las dudas se convierten en melancolía y vuelvo a sentir en la boca el mismo sabor amargo con el que me acosté anoche.

\*\*\*

—*Benvenuta a La Maison*. —Tras comprobar mis credenciales, la joven y delgadísima azafata ataviada con un antifaz veneciano me coloca una pulsera de color amarillo fosforito—. *Free drinks all night* —dice, y luego me invita a seguirla hacia el interior del club mientras contonea con sensualidad sus huesudas caderas.

«Sí, eso. *Free drinks all night or till you die*», me digo soltando un resuello de burla. Ni que estuviéramos en un *resort*. En realidad, yo nunca he estado en uno, así que no sé cuántas bebidas gratis se pueden llegar a tomar sin acabar en coma etílico. Pero de lo que sí me hago una idea es del dineral que le va a costar a Laboratorios Grau subvencionar la juerga de la mitad de su plantilla. Puedo entender que, para una gran multinacional, sea incuestionable que las actividades relativas a un acontecimiento tan importante como su convención anual de ventas tengan lugar en hoteles de cinco estrellas, restaurantes de lujo o discotecas *chic* y exclusivas como esta. Puedo incluso llegar a entender que les parezca imperativo que dichas actividades tengan que celebrarse de forma privada, cosa que, por otra parte, incrementa el coste de estas —por Dios, ¿cuánto habrán tenido que desembolsar por alquilar este sitio una noche entera?—, pero lo que de ninguna manera me cabe en la cabeza es que una empresa farmacéutica derroche vete tú a saber cuántos cientos de miles de euros en una barra libre. Es una indecencia. Otra de tantas.

La azafata retira unos centímetros de las teatrales cortinas de terciopelo rojo que separan el vestíbulo de la pista y me indica que pase manteniendo su sonrisa aprendida. Y, en ese momento, al traspasar esa simbólica frontera, tengo la certeza de que los cuentos de hadas nunca nos han dicho la verdad. Porque estoy segura de que, al contrario de lo que llevan años intentando hacernos creer, la pobre Cenicienta debió de sentirse como una auténtica

pringada sabiendo que era la última en llegar al baile. Lo sé porque ahora mismo yo me siento igual. Con la diferencia de que yo no llevo un vestido de alta costura hecho a medida, sino un kimono de segunda mano que el novio friki y afeminado que tuvo Dani, mi hada particular, —¿cómo se llamaba ese tío?— le trajo como *souvenir* de un viaje a Japón. Ni tampoco he llegado en una carroza con forma de calabaza, sino en un taxi que apestaba a kebab y que me ha costado casi cuarenta euros porque, para cuando he terminado de arreglarme, los autocares de la empresa ya se habían marchado. Y, por supuesto, a mí no me está esperando ningún príncipe. Así que, ahora mismo, lo único que me consuela para no acabar sintiéndome aún más pringada que la Cenicienta es que, por lo menos, yo no tengo que aguantar la tortura de unos zapatos de cristal toda la noche.

Doy un paso al frente, tensa y con el corazón en un puño, como si estuviera a punto de colarme en una propiedad privada y me aterrorizara ser descubierta. A mí siempre me ha dado miedo eso. Supongo que es porque, en toda mi vida, no me he sentido parte de un grupo y que esa sensación ahora me acobarda. Pero, ya que estoy aquí y teniendo en cuenta el esfuerzo logístico que me ha supuesto, podría llevar lo de ser diferente a la práctica. Por una vez, podría dejar de darle tantas vueltas a todo y tratar de divertirme. Que la vida es de un solo uso, joder. Y, ya de paso, podría tomarme un *gin-tonic* para ir calentando motores. Al fin y al cabo, es *free*.

Apostada en la barra más cercana a la salida y con una copa burbujeante en la mano, me dedico a observar a mi alrededor desde la distancia. Para mi tranquilidad, nadie ha reparado en mí. Lo que pasa cuando hay tanta gente en un local es que uno no ve más allá de las personas que puedan caber en un radio de cincuenta centímetros a la redonda. Si encima hay bebidas gratis, el perímetro de visión disminuye considerablemente. La música, electrónica pero suave, no está nada mal. Es lo que suelo bailar cuando salgo de fiesta con Dani. A él todo esto le encantaría. Las luces de colores, el brillo de los disfraces, los granos de pimienta y la rodaja de pepino flotando en el *gin-tonic*, ese gladiador de bíceps anchos y culo prieto de ahí... Al contrario que a mí, a él le encantaría meterse en el centro de esa pista abarrotada de cuerpos que bailan apretujados y hacer fotos con su móvil para subirlas a Instagram y controlar cada treinta segundos cuántos *likes* tiene. Y en su mirada artificialmente feliz, quién sabe si por el uso de alguna sustancia

coadyuvante, la etiqueta que lo acompaña siempre:

*#Lifeisgood*

Se me escapa una sonrisa al pensar en mi compañero de piso, pero al punto, no sé por qué, me descubro nostálgica, como con una especie de tristeza serena, y no puedo evitar preguntarme qué estaríamos haciendo ahora mismo si yo no estuviese aquí. Seguramente, estaríamos tirados en el sofá de casa, compartiendo una Coca-Cola Zero mientras discutimos qué vamos a ver en Netflix. Antes, durante la cena, él me habría hablado sobre este y aquel tío. Que si uno está muy bueno, pero hay que ver lo mal que le queda el corte de pelo ese; que si el otro no tanto, pero menuda fama tiene de follador. Y así. Yo me habría reído porque en el fondo me divierte su frivolidad. Pero luego, cuando me hubiese preguntado cómo me ha ido el día, se me habrían quitado las ganas de reír. Porque seguro que habría discutido con Eric. Como esta mañana. Como ayer. Y como antes de ayer. Pero aquí estoy, buscándolo entre la gente con el cuello estirado como un cisne, porque, a pesar de todo, quiero verlo. Más enamorada que nunca. Y entonces me doy cuenta de cuál es la verdadera razón por la que me he puesto así de golpe, mustia como una flor en otoño y noto en la garganta un sabor a cáscara de limón que no se quita ni con el alcohol.

Putá vida.

Alguien me hace gestos desde la pista, aunque no veo quién es. Arrugo la vista al máximo y por fin consigo distinguir a Marcos moviendo la mano al tiempo que se acerca a la barra. «No me jodas que va disfrazado de médico», me digo con desconcierto cuando lo veo ataviado con una bata blanca y un estetoscopio al cuello.

—¿No había nada más original?

Él se encoge de hombros con las manos metidas en los bolsillos de la bata y me dedica una gran sonrisa. Luego se inclina sobre mí y me dice al oído:

—Ya pensaba que no ibas a venir.

Me roza el lóbulo con los labios al hablar y retrocedo de forma instintiva. No es nada personal, pero no puedo evitar que ese exceso de cercanía me resulte intrusivo. Así que, antes de contestarle que he venido por mi cuenta, me aseguro de dejar una distancia de dos palmos entre su cuerpo y el mío. Él, que no parece darse por aludido, se me vuelve a echar encima.

—¿Sabes que llevo un rato mirándote y hasta ahora no te había

reconocido? —dice pegándome la boca al oído—. Estás... —Se separa unos centímetros y me dedica un repaso exhaustivo—. Joder, estás impresionante. No me extraña que no nos quisieras decir nada.

Y antes de que se me pegue otra vez, lo empujo con disimulo.

—¿Dónde están Magda y Miguel?

Marcos se gira hacia la pista y señala entre la multitud a una pareja disfrazada de Bonnie & Clyde. Luego me dice que vayamos allí, a bailar con ellos. Y yo, que no tengo ganas de que se apretuje contra mí y me manosee, visto lo visto, le digo que no, que con el kimono casi ni me puedo mover, que mejor vaya él.

—¡Pero no te vas a quedar aquí sola, mujer!

—Luego voy. Cuando me termine la copa. Además, me parece que Magda te está llamando —miento.

Cuando por fin consigo deshacerme de él, respiro aliviada. Le doy otro trago al *gin-tonic* y procuro dilatar al máximo el tiempo en que permanece en la boca. De pronto, el *DJ* pincha una canción lenta que reconozco en cuanto suenan sus inconfundibles primeras notas. Y me veo allí otra vez, aquella noche, con la garganta ardiendo y los ojos húmedos, encogida de rabia y miedo. Odiándolo y queriéndolo a partes iguales. Y él, impassible y frío, aguantando el tipo con la mandíbula apretada y la mirada fija en ninguna parte. En la radio de su coche sonaba esta canción. Esta y no otra.

*This could be the end of everything,  
so why don't we go somewhere only we know.*

Y me sobreviene una sensación de *déjà vu* que me deja helada. Pensé que aquello podría ser el final de todo y me asusté tanto que se me agarrotaron todos los músculos. Y me pregunto por qué. Por qué esta canción otra vez, por qué ahora. La lógica me dice que no busque señales donde solo existe la casualidad. Pero en esa fracción de segundo en que los acordes de la música deciden por mí hacia dónde debo dirigir la mirada, sé que nada de esto es una casualidad. Si aquella noche no fue el final de todo, esta tampoco lo será. Porque este es mi cuento. Este es mi baile. Y ahí está mi príncipe. Tenía que sonar ahora. Porque hay cosas que estaban decididas incluso antes de que empezaran a ser escritas.

Él ni siquiera me ha visto, pero yo he distinguido enseguida su figura espigada sobresaliendo entre la multitud. Aunque desde donde estoy no veo de qué va disfrazado, sí que advierto el aire salvaje que lo acompaña. Lleva el pelo hacia un lado, revuelto como si acabara de volver de la guerra y, en los ojos, unas lágrimas negras pintadas a lápiz que le llegan a las mejillas. Su belleza es tan destructora que creo que voy a caer fulminada de un momento a otro. Pero me consuelo al pensar que morir así, imprimiendo en mi retina la imagen de esos ojos y esos labios y esa barbilla, vale la pena. Tres minutos y cuarenta y nueve segundos después, cuando se acaba la canción, su mirada se cruza con la mía y me asesta el golpe definitivo. Y entonces me envuelve una sensación extraña, como si hubiera abandonado el cuerpo y la conciencia y me hubiese convertido en una masa de materia que viaja hacia la luz en una dimensión en donde el tiempo y el espacio pierden cualquier significado.

Como si me hubiera matado una explosión de belleza.

## Capítulo 43

Me lleva unos minutos realinearme con los ejes espacial y temporal, porque estoy desorientada como si acabara de volver de un profundo trance. Reparo en la copa que sostengo entre las manos y doy un trago que me espabila de golpe. Alguien me toca el hombro entonces. Cuando me doy la vuelta, mis ojos se encuentran con la figura imponente de un bárbaro de cabello revuelto y lágrimas negras que me mira sin pestañear. Lleva una escotada camisa blanca sin botones, pulseras de cuero en ambas muñecas, un *kilt* de cuadros rojizos sujeto a la cintura con una tosca correa, unas gruesas medias que le llegan a las rodillas y unos zapatos rústicos que apuntalan su atractivo aspecto de *highlander* asilvestrado. De cerca, la sensación es todavía más devastadora. A través de la ropa, percibo algunos de los detalles de su anatomía que conozco por accidente. El vello rubio y fino de su pecho o la musculosa porción de piernas que se adivinan bajo los pliegues del tartán. Y los celos me reconcomen por dentro cuando pienso en todos los rincones de su cuerpo que no he podido ver. Ni tocar. Ni oler. Ni saborear. Y que no llegaré a ver, tocar, oler ni saborear nunca porque ya hay otra u otras, seguramente muchas, que se han ganado ese privilegio.

Eric me observa con expresión hierática e ignoro si está de buenas o de malas. Lo único que distingo en sus pupilas de lapislázuli es el brillo del alcohol ingerido. No sé qué está pensando, soy incapaz de descifrarlo. Entonces se inclina hacia mí y el pulso se me acelera.

—No esperaba encontrarte aquí —me dice al oído en tono neutro.

Su cercanía me resulta placentera y electrizante, pero demasiado mesurada para dar lugar a segundas interpretaciones.

—Yo a ti tampoco. Marcos dice que nunca vienes a estas fiestas.

En realidad, ha sido Miguel el que lo ha dicho, pero he mentido a propósito con la esperanza de provocar en él algún tipo de reacción. La que sea.

Pero nada. Parco en gestos y palabras, como de costumbre.

—Mañana nos reuniremos temprano. Quiero discutir contigo algunos puntos del informe que me has enviado. Búscame para desayunar, a las ocho.

—Mejor a las ocho y media.

—No, Luna. A las ocho —dice antes de separarse de mi cuerpo.

¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que tiene que decirme? ¿Qué pasa con mi kimono, mi peinado y mi maquillaje? Con lo que me he esforzado para impresionarlo esta noche y él ni siquiera se ha fijado en que voy vestida de *geisha*. Menudo príncipe de pacotilla.

—Bien —exclamo sonando lo más aséptica posible.

—Bien —replica él.

Pero no está bien. Nada está bien. Este cuento no es el mío; no puede serlo. En mi cuento no habría jefes fríos como el hielo. Ni informes. Ni reuniones. Y, sobre todo, no habría lugar para la decepción. Así que ahora, para reparar esta nueva tara del destino, no me queda otra que reescribirlo a mi manera.

*—Konnichiwa, mi señor —dijo la geisha inclinando la cabeza con respeto ante el hermoso bárbaro. Él pareció complacido, el hoyuelo de su barbilla dulcificaba aquellas rudas facciones de guerrero.*

*Al servirle el sake, la geisha alzó la manga de su kimono y le mostró con discreción unos centímetros de su piel de porcelana. En su mundo de pequeños rituales, la delicadeza de los gestos contenidos constituía la única forma de compensar el apetito de los hombres. Pero, para el bárbaro, acostumbrado a la efervescencia de mujeres de afectos más generosos, aquella señal apenas imperceptible supuso el despertar de un deseo carnal apremiante. Seducido por aquello que no se puede poseer, la agarró con fuerza por la muñeca y ahogó contra su piel traslúcida las palabras que emergían de sus entrañas sin que le importara la ceremonia.*

—*No hay ni un solo rincón de tu cuerpo que no quiera ver ahora mismo —le confesó besándola mientras le remangaba el kimono hasta el antebrazo.*

—*Pero, mi señor, me habéis confundido con una cortesana. Una geisha no puede mostrar lo que hay bajo su kimono —dijo ella ruborizada.*

—*Entonces déjame que te enseñe yo lo que un escocés oculta bajo su falda.*

—¡Será mejor que no bebas esta noche! —exclama Eric de pronto.

Pero yo no le hago caso y, para demostrarle que no voy a consentir que siga controlándome, me llevo la copa a los labios y le lanzo una mirada desafiante mientras el licor me inunda la boca. Un hilillo de líquido me moja la barbilla y Eric me pasa el pulgar por encima con una determinación más paternal que sensual. Luego me quita el *gin-tonic* de las manos y lo deja en la barra.

—¡Si lo que te preocupa es que haga alguna tontería de las mías, puedes estar tranquilo!

Alargo el brazo con la intención de recuperarlo, pero él me lo impide atrapando mi muñeca con firmeza.

*Seducido por aquello que no se puede poseer, la agarró con fuerza por la muñeca...*

Puede que, después de todo, haya algún tipo de ley cósmica de retribución que esté ejecutando pequeños ajustes para que la realidad se acabe pareciendo a la ficción.

—¡Lo que me preocupa es que mezcles antihistamínicos con alcohol! —exclama con una detestable expresión jactanciosa en su rostro. Y me suelta enseguida.

Retiro lo dicho. No hay ninguna puta ley cósmica de retribución y, si la hubiera, desde luego no estaría a mi favor. Chasqueo la lengua en señal de irritación y le pongo los ojos en blanco. Quiero gritarle que odio esta pésima versión pasivo-agresiva de sí mismo. Que para esto podría haber hecho honor a su condición de Grau estirado y no haber venido, porque, total, para el caso que me ha hecho... Pero no. Ha tenido que aparecer para castigarme con su actitud de jefe serio y distante que solo se acerca para darme instrucciones y

comprobar el estado de mi eccema. Y eso no es lo que yo quiero. Yo quiero que quiera ver lo que hay debajo de mi kimono. Y quiero que quiera enseñarme lo que oculta él debajo de la falda. Quiero mi cuento. ¿Tan difícil es de entender? ¿O es que tengo que explicárselo yo misma?

—Me gustaría... —comienzo a decir. Hasta que una *sexy* Caperucita Roja alta y delgada aparece de la nada y castra cualquier intentona de confesión repentina— hablar.

Carina Brandt se le acerca por detrás y se cuelga de su cuello con una rotunda seguridad en sí misma. Le dice algo al oído y él sonríe con espontaneidad. Eric no es un hombre al que se le pueda arrancar una sonrisa con facilidad. Y, por eso, al ver la franqueza que destila la fina línea en la que se ha convertido su boca, siento el mismo pudor que si estuviera profanando un rito íntimo y me veo obligada a apartar la vista.

—Tengo que irme. Ya nos veremos —me dice otra vez al oído en plan crepuscular.

Se da la vuelta y se va con ella, que me desliza una mirada altiva como si hubiera ganado una pelea. Y solo cuando sus siluetas se han desvanecido entre la multitud, comienzo a asumir que he perdido. Después, exangüe y resentida, apuro de un trago lo que me queda en la copa y pido otra. Esta vez, eso sí, le indico mediante gestos a la camarera que me ponga el doble de ginebra, a ver si así pierdo rápido la conciencia y dejo ya de luchar contra los elementos. Luego me arrastro hasta la pista de forma mecánica y me dejo llevar por la marea de gente como un animal gregario. Por ahí veo a Marcos, bailando solo junto a una columna, con la cara congestionada de felicidad etílica. Me acerco y le doy un toquecito en el brazo.

—¡Ana! ¡Has tardado mucho! —grita arrastrando las palabras.

Y se me lanza encima con tanta descoordinación que la copa se me resbala de las manos y se estrella contra el suelo. Marcos se excusa mientras me alisa con torpeza el kimono, aunque no sé muy bien para qué. Y yo, apartándole las manos, le digo que tranquilo, que total, tampoco me conviene beber mucho esta noche.

—¿Cómo que no? —dice colgándose de mi cuello. Una fuerte vaharada de vodka emana de su aliento y me da un zarpazo en la cara—. ¡Aquí hay que beber hasta perder el sentido!

Y de nuevo tengo que luchar para liberarme de sus pesados brazos. Está

como una cuba.

—Madre mía, pero ¿qué te has tomado?

Se encoge de hombros como si no supiera la respuesta, con la misma gestualidad exagerada de los mimos y los niños, y sin venir a cuento me suelta:

—¡Pero qué guapa eres!

Así, a bocajarro y con despreocupación de beodo. Y, por si no me sintiera ya bastante violenta, se me acerca a los labios con la firme determinación de darme un beso. Menuda catástrofe. Menos mal que el alcohol ya ha empezado a hacer mella en sus reflejos y consigo apartarme a tiempo.

—¡No seas tan sosa, mujer! Si solo es un besito de nada...

—¡Que no, Marcos! ¡Y suéltame ya, por favor!

Justo en ese momento Eric aparece de la nada como un oportuno *deus ex machina* y arremete contra él con una furia superlativa.

—¿Es que no entiendes cuando te dicen que no? —le grita fuera de sí.

Marcos, tambaleante y descolocado, trata de erguirse sujetándose a la columna.

—El que faltaba... ¿Por qué no dejas ya de tocarme los cojones? Búscate a otra con la que hacerte el héroe, que a esta la vi yo antes —le dice, y me pasa el brazo por los hombros con torpeza. Eso pone aún más frenético a Eric, que lo agarra por el cuello de la bata blanca y lo zarandea con violencia. La expectación que se ha creado a nuestro alrededor comienza a ser alarmante. Entre la multitud, logro distinguir a Carina Brandt contemplando la escena horrorizada.

—¡Tócala otra vez y te parto la cara!

—¡No tienes huevos!

—¿Que no tengo huevos? ¡Vamos fuera y te lo demuestro, imbécil!

Marcos levanta los puños y se coloca en una desastrosa posición de guardia.

—¡No hace falta que vayamos fuera!

Eric le devuelve una mirada hambrienta de guerra, como si sus ojos fueran una metralleta esperando el momento oportuno para disparar, toma impulso y proyecta la cabeza directa hacia el enemigo. Y yo, para evitar el desastre, me meto por medio y trato de disuadirlo. Pero es demasiado tarde.

Para cuando consigo interponerme entre ellos, ya le ha propinado un cabezazo tan fuerte a ese pobre diablo que ha conseguido empotrarlo contra la columna y, de rebote, me envía a mí al suelo, con tan mala pata que la palma de mi mano izquierda va a parar sobre el montón de cristales en el que se había convertido mi copa pocos minutos antes.

«¡Ay!».

—¡Me has roto la nariz, hijoputa! —le reprocha Marcos sujetándose el puente con una mueca de dolor.

Pero Eric lo ignora, como ignora a todos los espectadores que nos observan atónitos, Carina Brandt incluida, y se apresura a levantarme del suelo casi en volandas.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

—Creo que... —Volteo la mano todavía algo aturdida—. Creo que me he cortado.

A Eric se le enturbia el gesto y me coge de la muñeca, pero yo lo aparto de una sacudida y entre codazos y empujones me dirijo al baño. Una enfermera *sexy* que se retoca el maquillaje frente al espejo me dedica una dramática mirada de estupefacción en cuanto me ve meter la mano bajo el grifo.

—¿Y a ti qué te pasa? —le rujo—. ¿Es que nunca has visto un poco de sangre o qué?

Ella arruga el entrecejo a modo de respuesta y se marcha rápidamente. Y yo no puedo evitar sentirme un poco culpable por haber sido tan borde con alguien que ni siquiera conozco, «pero es que esta noche está teniendo errores de guion muy bestias», me digo suspirando de abatimiento. Dejo que el agua corra sobre la herida y cierro los ojos un instante.

Sola.

En silencio.

Sin Eric, ni Marcos, ni Carina revoloteando a mi alrededor.

Un instante de perfección que termina en cuanto un rudo escocés de pelo revuelto y ojos pintados aparece por la puerta.

—Por si no te has dado cuenta, este es el baño de mujeres —gruño.

—Déjame ver esa herida, anda —dice mientras se acerca a mí con decisión.

—¡No! —Me llevo la mano a la espalda—. ¡Vete! ¡Y deja ya de agobiarme!

—¡Venga, no seas cría!

—¡Mira quién habla!

Eric se pasa las manos por el pelo y resopla impaciente.

—¿Quieres hacer el favor, Luna? No sé si el corte es profundo, pero podrías necesitar puntos y no llevo pinzas de sutura encima, precisamente. O podrías tener algún trozo de cristal dentro, en cuyo caso tendría que retirarlo enseguida para evitar una infección.

No había contemplado esa posibilidad, pero no conseguiré hacerme flaquear con su alarmismo.

—Ya, bueno. Sobreviviré. Estoy vacunada contra el tétanos.

—Tú no has oído hablar de la septicemia, ¿verdad que no? —dice dedicándome una mirada que no admite réplica.

—¡Vale, tú ganas! Haz lo que tengas que hacer y luego me dejas tranquila.

Le tiendo la mano con lasitud y él me obsequia con una de esas caídas de párpados suyas que denotan hartazgo. Decido ignorarlo y me concentro en observar sus manos. Esas manos grandes y masculinas, de venas marcadas y dedos largos que me electrizan cada vez que me tocan y me electrizan ahora mientras me retiran con cuidado la manga del kimono.

*«“No hay ni un solo rincón de tu cuerpo que no quiera ver ahora mismo”, le confesó besándola mientras le remangaba el kimono hasta el antebrazo».*

Esas manos que golpean y acarician con la misma convicción.

Un escalofrío me recorre la espalda entera.

—Has tenido suerte, es un corte superficial y la herida parece bastante limpia —dice observándome con atención.

Luego, coge un par de pañuelos desechables de un dispensador y los coloca sobre la herida presionando con los dedos.

—¡Ay! ¡Me haces daño! —protesto retirando la mano de sopetón.

Él chasquea la lengua y trata de alcanzarla de nuevo, pero yo reculo.

—Si no te estás quieta, no podré detener la hemorragia.

—¿Qué hemorragia ni qué leches? Si son cuatro gotas de sangre —le

espeto malhumorada. Con un movimiento brusco, le quito los pañuelos y los encierro en mi mano—. Y ahora, vete de aquí, haz el favor. A ver, ¿tú no estabas con Carina?

—Sí, Luna. Con ella y con muchas otras personas, ¿vale? Además, no entiendo por qué te pones así conmigo. Solo trato de ayudarte.

Dejo ir un resuello de burla y lanzo los pañuelos desechables contra el lavamanos de muy malas maneras.

—¡Pues menuda ayuda la tuya! —le digo agitando la mano herida a modo de recordatorio.

—¿Y qué querías que hiciera? —estalla haciendo aspavientos—. ¿Que me quedara de brazos cruzados mientras el cretino ese te manoseaba?

—Primero, no es tu puto problema. Y, segundo, sé defenderme solita. No hacía falta que te comportaras como un matón y menos con un subordinado tuyo. Luego dices que soy yo la que nos pone en boca de todos. Ya estoy harta de tus contradicciones.

Eric me mira con un rictus de furia.

—¡Y yo estoy harto de que me castigues!

—Ah, que resulta que soy yo quien te castiga a ti —mascullo con ironía.

—¡Pero si no has hecho otra cosa desde que te conozco, joder!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! —Y enumera apretándose con el índice las yemas de los dedos de la otra mano—: ¡Me insultas de todas las formas posibles, cuestionas cada dos por tres mi autoridad y mi integridad profesional y, por si fuera poco, me discutes todo lo que hago!

—Y tú qué, ¿eh? ¿Acaso tú no me castigas a mí? Me dices que venga contigo a Roma y después que no. Que no hay nada entre nosotros y luego que te gusto. Que tenemos que distanciarnos, pero te pones como una moto cada vez que me ves con Marcos. Y quien dice Marcos, dice Oliver, o el tío ese de la reunión del lunes.

Eric se lleva las manos a los ojos y las desliza sobre su rostro. El maquillaje se le corre por la cara y su aspecto de bárbaro me parece más feroz todavía.

—¡Pero es que no puedo soportarlo! ¡No soporto que se te acerque ningún hombre que no sea yo!

Lágrimas de rabia me humedecen los ojos y amenazan con desprenderse hacia las mejillas. La voz se me quiebra.

—Eres un egoísta, Eric.

—Soy egoísta porque me importas. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—Yo no te importo. Tú solo piensas en ti mismo. No sé por qué sigo haciéndome ilusiones contigo. Te juro que no lo sé.

—Bueno, ¿y qué quieres de mí, Luna? —dice llevándose la mano al pecho con vehemencia—. ¿Qué cojones quieres de mí?

—No, ¿qué cojones quieres tú de mí?

De repente cae sobre nosotros un silencio de una naturaleza distinta.

Eléctrico.

Cargado de intenciones.

Un silencio liberador que me asusta y a la vez me proporciona una grata sensación de intimidad.

Y, en ese instante en que nos medimos las miradas, aflora toda la verdad que hay entre nosotros.

—Yo... no puedo más. Me estoy volviendo loco —musita mirándome a los ojos.

Y entonces se precipita sobre mí de forma inesperada, encerrando entre las manos mis mejillas encendidas como un volcán en erupción, y su boca choca con mi boca, que se abre solícita y se rinde a la supremacía húmeda de su lengua hambrienta y feroz. Yo no lo sabía, pero un beso puede hacer que el tiempo se detenga. Un beso puede silenciar los pensamientos más oscuros y las palabras más hirientes. Un beso es la cura contra el dolor, porque un beso es el perdón por todos los pecados de la estupidez humana.

«Te perdono, Eric. Te lo perdono todo, mi amor».

Me besa como si se nos acabara el tiempo, con la urgencia y la desesperación de algo que se ha postergado demasiado. Y yo, de puntillas para alcanzar su boca, lo agarro del cuello y tiro de su cabeza hacia mí como si temiera que fueran a quitármelo. Creía que esos besos que más que besos parecen una pugna por asfixiar al otro solo existían en las películas. Que nadie besaba así, que nadie me besaría así. Pero aquí estoy, encadenada a los labios del hombre por el que estoy enferma, presa de la alquimia de un beso tan sublime que es capaz de convertir lo sólido en líquido y lo líquido en

gaseoso. Su cuerpo se pega al mío casi como un ruego y ese contacto a quemarropa es el preludio de una devastadora explosión de deseo que acaba con sus manos desatándose con torpeza el *obi* de la cintura.

«Quiero hacerlo aquí mismo», me dice con sus ojos. «¿Y a qué estás esperando?», le digo yo con los míos.

Pero el destino, ay, el sucio destino.

La puerta se abre.

Suena un aplauso.

El hechizo se rompe.

Y el cuento se acaba.

La *geisha* vuelve a ser una simple externa y el rudo escocés, su jefe.

Sobresaltados por el alboroto, nos apresuramos a separar nuestros cuerpos todavía inflamados por la pasión y, medio aturcidos por lo inesperado de la interrupción, dirigimos la mirada hacia la puerta. Es Johan Grau. Y el ruido ensordecedor de sus manos, las doce campanadas de mi cuento.

—¿Qué vergüenza! —exclama negando con la cabeza. Lleva un traje oscuro de rayas con un clavel de pega en la solapa y un sombrero de gánster al más puro estilo de *El Padrino*. Qué apropiado—. ¿No eres capaz de mantener la polla en los pantalones, verdad, hermanito?

—¿Qué haces aquí? —pregunta Eric alterado. Tiene la vena de la frente hinchada y su respiración aún es irregular.

—Impedir que la sigas cagando, que pareces tonto —le espeta su hermano con un marcado tono reprobatorio—. Pero hombre, ¿cómo se te ocurre darle de hostias a Calvet? ¡Y delante de todo el mundo! ¿Sabes lo que nos va a costar convencerlo de que no te demande?

—Tú ya tienes experiencia en eso, ¿no? Además, para algo pagamos a los abogados más caros del país.

—Eres un irresponsable, Eric. ¿De verdad tenías que montar todo ese espectáculo para echar un polvo? —dice dedicándome una mirada de desprecio.

Antes de que yo pueda protestar, Eric me protege con su cuerpo de manera instintiva.

—Mucho cuidado con lo que dices. A ver si voy a tener que partirme la cara a ti también.

De la boca de su hermano brota un aleteo de risa siniestra.

—*Oh, ja?* Bueno, pues ya veremos si te pones tan chulo cuando le cuente a nuestro padre a qué os dedicáis tu fichaje estrella y tú.

Eric le apunta con el dedo índice.

—¡Tú no vas a contarle una mierda! ¡Te lo advierto, Johan! ¡Como le digas algo...!

—¿Qué? —le interrumpe el otro con arrogancia—. ¿De qué tienes miedo? ¿De defraudarlo cuando se entere de que quieres hacerla interna porque te la estás follando?

—¡Eso no es verdad! —grito.

—No te metas... —me dice Eric apretando los dientes.

Hago un amago de réplica, él me ataja exaltado.

—¡Que no te metas! A ver, ¿qué quieres a cambio de tu silencio? —añade dirigiéndose de nuevo a su hermano.

—Quiero que se vaya —responde sin dignarse a mirarme—. Le das la compensación económica que te salga de la polla, pero el lunes la quiero fuera de la empresa. Y quiero que me devuelvas mi puesto de director de Ventas y Finanzas.

—¿El mismo del que te relegaron por inútil?

—¿Por inútil? ¡Si tú no hubieras vuelto de África desvariando con que querías dedicarte a ejercer la medicina en el Tercer Mundo, nuestro padre no se habría visto obligado a darte mi cargo!

—¡Nuestro padre se vio obligado a darme tu cargo porque estabas llevando la empresa a la ruina!

—Mira, no pienso seguir discutiendo contigo. Haz lo que te he dicho o atente a las consecuencias —sentencia a modo de ultimátum.

Luego se da media vuelta y se larga dando un portazo.

Eric se apoya contra la pared y deja caer la cabeza abatido. Susurra algo en sueco y exhala con fuerza.

—¿Es que vas a dejar que se salga con la suya?

Pero la pregunta se queda flotando en el aire, a la luz imprecisa de los fluorescentes del baño. Él permanece callado e inmóvil, como si el encontronazo con su hermano lo hubiera dejado con todas las fuerzas mermadas. Y el ambiente se vuelve extraño, de una pesadez triste.

—Ya veo —asiento con amargura—. Esto es lo que yo te importo.

Eric sigue sin decir nada. Y ese silencio atribulado es una mina antipersona a punto de explotarme en mitad del alma.

—¡Pero di algo, cobarde! ¡Di algo! —sollozo estrellando los puños furiosos contra su pecho.

Y él, finalmente conmovido, me envuelve entre sus brazos y me inmoviliza. Y me abraza fuerte, muy fuerte, tan fuerte que, aunque hubiese querido resistirme, no habría podido. Así que, a pesar de lo que me dicta la conciencia, acabo hundiendo la cabeza en su pecho y, partida en dos, lloro como nunca había llorado. Y en el ir y venir del llanto, entre la rabia y la pena, decido que más tarde, cuando todo esto se acabe, me aseguraré de diseccionar la anatomía del beso que me ha dado. El mundo es un lugar despiadado, pero al mismo tiempo puede ser muy hermoso.

## Capítulo 44

**E**n realidad, el mercado laboral es una gran mentira. O, mejor dicho, es una concatenación de engaños que empieza con la publicación de una oferta laboral y se mantiene hasta el momento en que firmas el finiquito y te largas por donde has venido para dejarle el puesto a otro como tú. Y lo más jodido de todo es que no te queda más remedio que aceptar con resignación que tú también formas parte del cambalache y actuar en consecuencia, por aquello de que, ante todo, hay que ser profesional. Así que te dejas engañar al principio, porque se supone que eso es lo profesional. Simulas que no sabes que «empresa en expansión» es un eufemismo para no decir «un sitio en el que se trabaja como un cabrón y se cobra una mierda». O que entiendes perfectamente que hayan decidido pagarte el sueldo más bajo de la horquilla salarial, porque el mercado es así y por desgracia no lo han inventado ellos. Y te dejas engañar al final, cuando de un día para otro te echan a la puta calle alegando causas ajenas a su voluntad; pero tú, que sabes que el motivo no es otro que reemplazarte por alguien más barato, te muerdes la lengua y firmas la humillante carta de despido mostrándote agradecido por la oportunidad, porque se supone que eso también es lo profesional. Hemos asumido que guardar las formas y quedar bien es lo profesional, porque nos han repetido hasta la saciedad como una odiosa letanía eso de que nunca se sabe lo que uno puede necesitar en el futuro. Es la historia de mi vida. La patética historia de mi vida laboral.

Salvo que esta vez, soy yo la que se va.

*Apreciado señor Grau,*

*Sirvan estas líneas para comunicar mi deseo de renunciar a todos los efectos y con carácter inmediato al puesto de consultora externa en el Departamento de Ventas de Laboratorios Grau que he ocupado durante los últimos meses.*

*Espero que mi decisión no suponga de ninguna manera un perjuicio ni para usted ni para su empresa y quedo a su disposición para resolver cualquier duda en lo relativo a mis competencias, si lo estima pertinente.*

*Asimismo, quiero expresarle mi gratitud por la oportunidad que me ha brindado de desempeñar mi trabajo en Laboratorios Grau y mi satisfacción por el tiempo que he compartido con usted.*

*Reciba un cordial saludo,*

*Ana Luna*

«No quiero saber nada de tu empresa, ni de tu familia, ni de ti» fue lo último que le dije a Eric anoche después de haber llorado hasta la última lágrima que me quedaba dentro. Luego me marché sin que él hiciera nada por impedirlo y me subí al primer taxi que encontré. «He venido sola y me vuelvo sola», pensé encogida de pena mientras bordeábamos el Tíber de madrugada. La negrura profunda de la noche espesaba las sombras y por la ventanilla abierta entraba un frescor que me golpeaba la cara. Cuando llegué al hotel y subí a mi habitación, me di cuenta de que había estado apretando tanto los puños durante el trayecto que me volvía a sangrar la herida de la mano, así que tuve que improvisar una cura con lo primero que encontré en mi neceser. Después, al desmaquillarme, observé con gran pesar que seguía teniendo la maldita erupción en el cuello y decidí tomarme de una santa vez el antihistamínico. «El amor duele», pensé con derrotismo mientras me metía en la cama. Duele y deja cicatrices. Me quedé dormida sin mucho esfuerzo, pero apenas un par de horas más tarde me desperté sobresaltada, con un dolor de cabeza espantoso y el eco de una pregunta trepanándome el cerebro:

«¿Qué habría pasado si Johan Grau no hubiera aparecido?»

Todavía tenía el sabor intenso de su beso en la boca. Cuando lo recordé, cada centímetro de mi piel se estremeció. Imaginé que, una vez superado el obstáculo de la ropa, sus manos se habrían adentrado con ansiedad entre mis piernas y se habrían hecho dueñas de mi intimidad. Que habrían dictado el

tempo de mi placer sin que yo hubiese podido hacer nada más que entregarme a la tiranía de la lujuria. La imagen de ese Eric depredador que odio y deseo a partes iguales me excitó como a un animal, pero cuando me descubrí recorriendo el vientre con los dedos como si fueran los suyos, me obligué a desviar mis pensamientos hacia otra parte. «Sí, le habría dejado hacer conmigo lo que quisiera», me dije sentándome sobre la cama de un bote, «pero si su hermano no hubiese irrumpido en el baño, yo nunca habría sabido que, en realidad, Eric Grau no es más que un miserable cobarde». Un cegador destello de luz se filtra por la ventana y rebota contra la pantalla de mi portátil como si fuera un aviso. Ya se ha hecho de día.

## Capítulo 45

Cómo se nota que anoche hubo una fiesta. No solo porque a estas horas el café ya debería estar frío y las bandejas de croissants vacías, sino sobre todo por las caras de los pocos que han bajado a desayunar y que llevan la palabra «resaca» escrita en la frente. Yo tampoco sé qué hago aquí, la verdad. Podría haberme quedado en la cama y recuperar todas las horas de sueño que he perdido últimamente. O, ya que me he levantado, podría aprovechar que hoy es mi último día en esta ciudad para hacer un poco de turismo. De todas formas, no creo que nadie vaya a echarme en falta.

A pesar de que no tengo mucha hambre, me sirvo una taza de café y un par de rebanadas de pan. Mientras espero con indolencia a que salten de la tostadora, oigo cuchichear a unos tíos a mi espalda. Agudizo el oído hasta que sus voces se acaban superponiendo a *Las cuatro estaciones* del hilo musical.

—¿Y tú lo viste? —pregunta uno con afán—. ¿Viste cómo le atizaba?

—Ya lo creo —responde el otro como si se concediera mucha importancia—. Yo estaba allí mismo cuando le soltó un derechazo y lo tiró al suelo.

—¿Qué me dices! ¿De verdad lo tumbó de un solo golpe?

—Tal y como te lo cuento. Y no contento con eso, le pateó las costillas hasta que lo dejó completamente KO. Si lo hubieras visto... ¡Parecía una fiera! Hicieron falta cinco o seis tíos para poder quitárselo de encima al pobre Calvet.

—¡Joder con el escocés!

«Mira qué bien, ya sabemos cuál es la anécdota de la fiesta de este año», me digo asqueada. ¿Pero cómo se puede distorsionar la realidad hasta ese punto? Me dan ganas de intervenir y callarles la boca a estos dos imbéciles, sean quienes sean.

—Bueno, ¿y qué pasó después? —continúa preguntando ansioso uno de los hombres.

—Me han dicho que lo vieron metiéndole la lengua hasta la tráquea a la Brandt —responde el otro bajando el tono de voz.

—El tío es el puto amo.

—Y que lo digas.

El pan salta de la tostadora y una tormenta dialéctica se desata con furia en mi interior.

«¿De qué narices hablan? ¡Si me besó a mí! ¿O es que lo he soñado? No, claro que no. Fue real. Y muy intenso. Pero entonces... ¿Por qué dicen que lo vieron con ella? ¿Tanto se puede llegar a deformar la realidad? ¿O es que...?».

Y, entonces, lo comprendo todo de sopetón y es como si se me hubiera caído el techo encima.

—Oye, perdona —una voz interrumpe mis cavilaciones y me devuelve a la realidad—. ¿Te queda mucho?

—¿Qué? —contesto dándome la vuelta algo aturdida.

—Que si has acabado con la tostadora —dice uno de los dos tipos con impaciencia.

El otro me escruta frunciendo el ceño con extrañeza. Asiento con un gesto de la cabeza y corro a refugiarme en una de las múltiples mesas vacías. Me dejo caer con lasitud sobre la silla, unto un poco de mantequilla en el pan y lo mordisqueo con desgana. Se ha quedado frío, igual que mi corazón. Aparto el plato con la mano y bebo un trago de café para intentar tapar el mal sabor que me ha dejado esa conversación ajena en la boca. Unas palpitaciones nerviosas en la sien me aturullan el cerebro. Me siento como una verdadera idiota. ¿Qué más da lo apasionado que fuera ese beso? ¿Qué más da que dijera que le importo? La verdad es que nada de lo que haya dicho o hecho alguna vez tiene sentido porque, al final, ha acabado mostrándose como es en realidad: un depredador caprichoso, embustero y cruel. Y un cobarde. Por eso lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Y me odio a mí misma por haberme

enamorado de un hombre tan despreciable.

«Maldito, maldito síndrome de Estocolmo».

Y, entonces, el aroma de su perfume se me cuela en las fosas nasales.

Lleva puestas sus gafas negras de pasta, tal vez para ocultar unos pronunciados surcos oscuros bajo los ojos, que no sé si son ojeras o restos del maquillaje. Tiene el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha y no se hubiera molestado en engominárselo igual que siempre. Tampoco parece haberse afeitado, a juzgar por la incipiente capa rubia que le cubre las mejillas. Y, a pesar de vestir un elegante traje azul entallado, no lleva corbata y los dos primeros botones de su camisa están desabrochados. Me resulta extraño que no luzca perfecto. La perfección es su sello de identidad, pero hoy parece haber amanecido demasiado cansado para preocuparse por los detalles. Me imagino el porqué. Y de repente siento un coraje de cejas fruncidas y dientes apretados que no puedo disimular.

Eric se sienta a la mesa frente a mí y llama a un camarero chasqueando los dedos al aire con una arrogancia irritante.

—¿Qué haces? ¿Acaso te he dicho que te sientes? —le espeto con aspereza.

—Habíamos quedado a las ocho. ¿Cómo tienes la mano?

No respondo. Lo miro fijamente, como tratando de descubrir algún signo de hostilidad en sus facciones, pero no veo ninguno, así que decido abordar el asunto de forma directa, clara y rotunda.

—He redactado mi carta de renuncia. En cuanto acabe de desayunar la tendrás en tu bandeja de entrada.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído. Prefiero irme yo antes de que me despidas.

—No voy a despedirte, Luna.

—Pero tu hermano ya lo ha decidido.

—¡Mi hermano no decide nada! —exclama alterado dando un sonoro golpe sobre la mesa.

Un camarero con una servilleta blanca impoluta sobre el antebrazo se acerca, pero retrocede espantado en cuanto lo oye bramar. Qué poco ha durado la tregua, me cago en la leche.

Deja ir una profunda exhalación y traga saliva.

—Por favor, termínate el desayuno y pongámonos a trabajar. Tenemos mucho que hacer —dice recuperando su tono más suave.

—No. Yo desde hoy he dejado de trabajar para ti.

—Vale ya, Luna —replica con impaciencia—. Ni voy a despedirte ni voy a aceptar tu renuncia. ¿Está claro?

—Tú no me puedes obligar a trabajar para ti si yo no quiero. Y ya no quiero. Lo único que quiero es largarme de aquí y perderte de vista cuanto antes.

Exasperado, se quita las gafas y las deja sobre la mesa.

—Olvídate de lo que pasó anoche, te lo pido por favor —dice masajeándose el entrecejo con aire cansado.

—¿De qué parte exactamente? ¿De la parte en la que tu hermano me trató como a una mierda? ¿O de la parte en la que tú no hiciste nada para impedirlo?

Eric se revuelve en la silla, lívido e incómodo, pero yo todavía puedo ser más letal.

—Te arrepientes de haberme besado, ¿a que sí?

En vez de contestar, me mira como rogándome que no hablemos de eso, que finjamos que nunca pasó. Claro que se arrepiente. Se arrepintió en cuanto sucedió. Y, por eso, el muy canalla corrió a besar a otra enseguida. Para quitarse el sabor a mí de la boca.

Maldito, maldito coleccionista sin escrúpulos.

—Que te quedes callado no hace más que aumentar el odio que siento por ti ahora mismo —le escupo presa de la rabia.

Y, entonces, se yergue altivo, con los pómulos apuntando hacia mí y la mandíbula prieta. Recupera la entereza tras ese breve lapso de vulnerabilidad y se viene arriba dispuesto a retomar el control de la situación. Sí, porque Eric Grau lo controla absolutamente todo.

—No quiero volver a oírte hablar de renunciar nunca más —dice mientras se pone las gafas de nuevo—. Lo que tienes que hacer es pensar en tu carrera y aceptar de una vez por todas el puesto que te he ofrecido. No sabes lo difícil que es encontrar un buen trabajo en los tiempos que corren, Luna. El mercado laboral es cada vez más precario.

—¡Qué sabrás tú de precariedad laboral! ¡Como si alguna vez hubieras

tenido un contrato temporal o un sueldo de mileurista! ¿Acaso tienes idea de lo que se siente cuando nadie te respeta porque no eres más que un subcontratado? ¡No, no lo sabes! Tú has sido y serás toda tu vida un privilegiado. Y mientras existan privilegiados como tú, seguirá existiendo el trabajo precario.

—No seas injusta. Yo no he inventado las normas.

—Sí, claro. El típico pretexto del empresario.

—¡Esa dignidad de clase obrera de la que presumes te viene muy grande todavía, niña! Y, ¿sabes qué? ¡Es decepcionante!

—Si alguien ha resultado una auténtica decepción aquí, eres tú —sentencio con frialdad.

Y se crea en el aire una tensión como una cuerda que se puede romper en cualquier momento.

—Basta, Luna. Se acabó. Si estás dispuesta a tirar por la borda la mejor oportunidad de tu vida por culpa de tus estúpidos prejuicios, allá tú. Pero hoy continúas trabajando para mí, ¿entendido? Ya hablaremos esta noche, durante el cóctel —dice al tiempo que se incorpora para marcharse.

—No pienso ir. Además, ni siquiera tengo un vestido que se ajuste al *dresscode*.

Y, tras un sofocante silencio en el que nuestras miradas parecen batirse en un duelo a muerte, dice:

—Se acabaron las concesiones. Irás. Y punto.

Y se marcha como tantas otras veces, sin otorgarme el derecho a réplica. Y yo me quedo como tantas otras veces, con el amargo sabor de la derrota en la boca. Apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza sobre el dorso de las manos.

—Que te digo que es ella. Es la que estaba sentada en la mesa de los Grau anteanoche —oigo murmurar a alguien. Cuando levanto la vista me encuentro con los tipos de antes, que me observan a escasos metros de distancia sin molestarse en disimular—. Es más, juraría que también estaba con Eric anoche cuando se peleó con Calvet.

## Capítulo 46

El jardín del Palazzo Barberini es uno de esos lugares de aire bucólico y refinado en los que el tiempo parece haberse detenido hace unos cuantos siglos. Está situado en la parte trasera de un palacio barroco que, por lo visto, perteneció a una importante familia de mecenas, sobre una cuadrícula de caminos flanqueados por hileras de flores de todos los colores y pinos altos y esbeltos. Aunque, sin duda, lo que más me llama la atención del jardín es el oscuro y enigmático laberinto de arbustos que se vislumbra al sur.

Nunca había estado en un cóctel de etiqueta, pero lo que ven mis ojos es una representación calcada de lo que me había imaginado: corrillos de gente guapa y muy elegante sosteniendo copas que un puñado de atentos camareros no deja de rellenar con champán del caro, una banda de música melódica bajo una carpa a la que nadie parece prestar atención —y eso que la atractiva cantante de melena negra y vestido plateado tiene ritmo y buenas caderas—, un selecto *catering* que seguro que acaba intacto al final de la velada y, sobre todo, conversaciones. Fragmentos de conversaciones, frívolas como de costumbre, que me llegan a los oídos en mi lánguido deambular de acá para allá en busca de algo que hacer.

—Me sobran cien mil euros del presupuesto de este año y no sé en qué demonios gastármelos. Puede que encargue unas cuantas toneladas de pastilleros de plástico para regalar.

—Antes, las convenciones tenían más prestigio. Íbamos a ciudades exóticas, como Miami o El Cairo, y nos hospedábamos, como mínimo, en el Sheraton. Pero, últimamente, la empresa no hace más que escatimar en gastos.

—En mi opinión, los externos tienen demasiados días de vacaciones. Si los redujéramos a la mitad, serían más productivos y costarían menos dinero.

La lógica de la costumbre me dice que ya debería haberme vuelto imperturbable al clasismo inmoral de esta gente, pero por desgracia no es así. Puede que mi sentido de la ética sea demasiado elevado o puede que todavía tenga poca experiencia en el ecosistema de las grandes multinacionales farmacéuticas y por eso sigue sorprendiéndome que a una empresa como esta no se le ocurra una mejor manera de invertir su dinero que malgastándolo en cachivaches *made in China* de escasa utilidad. Dinero que, por cierto, no debería sobrar si el departamento correspondiente hubiese hecho una previsión realista, moderada y con fundamento de su presupuesto anual. Y me sorprende también que al personal de Laboratorios Grau no le baste con una semana a gastos pagados en un hotel de cinco estrellas en el centro de la mismísima Roma —una de las ciudades más caras de Europa, según tengo entendido— como si el lujo, las fiestas y los restaurantes de postín de los últimos días no hubieran estado a la altura. Y, por supuesto, no deja de sorprenderme esa aversión hacia los externos que ni siquiera se molestan en disimular y que se traduce en una obsesiva búsqueda de la fórmula más eficaz para minar nuestra autoestima. Aunque, la verdad, no sé de qué me extraño. Alberto tenía razón cuando dijo que no somos más que ganado. El ultimísimo eslabón en la jerarquía empresarial moderna. Así que cada minuto que paso inmersa de este ambiente de ejecutivos sin escrúpulos me reafirmo en mi determinación de seguir adelante con el plan de abandonar. Está claro que yo no encajo, mis prioridades se encuentran en las antípodas de las suyas.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Contra todo pronóstico, he acabado accediendo a formar parte de esta feria de las vanidades que nada tiene que ver conmigo, movida por una especie de incomprensible sentimiento de lealtad hacia mi querido jefe, *Iceman*. Y eso que me había jurado a mí misma que no lo haría, que no volvería a acatar sus órdenes jamás. «Que me monte un consejo de guerra si le da la gana», me he estado repitiendo a mí misma a lo largo de la mañana. Él, ni una palabra sobre mi carta de renuncia. El correo se había quedado en su bandeja de entrada y la respuesta no llegaba. Después, a medida que pasaban las horas y mi naturaleza contradictoria amenazaba con hacerme flaquear, me he obligado a recordar el mal trago de la noche anterior, su

impasibilidad frente al humillante trato de Johan y ese beso que no significó nada para él, y me he acabado de convencer de que debía dar por terminada cualquier relación con Eric Grau y empezar a proyectar un nuevo futuro lejos de él y de su maldita empresa. O eso pensaba. Pero siempre acabas librando una nueva batalla. Incluso cuando ya te habías convencido de haber obtenido una victoria sin paliativos.

Eran alrededor de las seis de la tarde cuando un botones ha llamado a la puerta de mi habitación y me ha entregado un paquete con el logotipo de Armani. Al principio creía que se trataba de un error, pero, en cuanto me ha dicho que era de parte del *signor* Grau, he intuido que estaba a punto de encontrarme con su mejor arma de persuasión. Me he lanzado a desenvolverlo con una vergonzosa ansia infantil, lo que ya suponía una especie de derrota personal, y entre los pliegues del delicado envoltorio ha aparecido un precioso vestido vaporoso color verde esmeralda con una lazada rosa en la cintura. Un vestido tan fino, tan bien confeccionado y seguramente tan caro, que una creería que, al ponérselo, va a cambiarle la vida. Junto a él, unos elegantes zapatos de tacón del mismo color que el lazo y de mi número, por sorprendente que parezca, y un bolso de mano a juego en el que ni siquiera me cabe el móvil, pero, eso sí, muy sofisticado. Una vez más, Eric había pensado en todo y yo, aunque sabía que lo más sensato era devolvérselo de inmediato, permanecía allí embobada como una cría con un juguete nuevo, admirando aquel vestido como si fuera una de las siete maravillas del mundo. Para entonces ya había asumido, no sin gran pesar, que, como a todo el mundo, a mí también se me puede comprar. Aunque supongo que lo que ha terminado de desbaratar mis planes ha sido la nota manuscrita que he encontrado en el fondo del paquete.

*Por favor, ven al cóctel de esta noche.*

*Necesito hablar contigo.*

*Eric*

He experimentado un hormigueo de excitación y entusiasmo de arriba abajo y me he deshecho entera. Era como recaer en una adicción que ya creía superada. Menuda ingenua. Que Eric siempre se sale con la suya es algo que yo ya debería saber. Eric Grau es de esa clase de personas que ejercen su

poder sobre las demás gracias al éxito de sus profecías autocumplidas. Él tenía muy claro que me acabaría doblegando. Tan solo necesitaba la tarjeta de crédito y un poco de psicología femenina para conseguirlo.

Así que aquí estoy, haciendo no sé muy bien qué en este jardín palaciego, con un vestido que me hace sentir expuesta como una debutante en su presentación en sociedad, una copa de champán que me da reparo beber y los nervios a flor de piel. Hace más de media hora que he llegado y aún no lo he visto por ninguna parte. Me pregunto con impaciencia dónde se habrá metido mientras barro visualmente cada ángulo del jardín en su busca. No es propio de él llegar tarde, Eric no soporta la impuntualidad. Además, ha dicho que quería hablar conmigo. No, que necesitaba hablar conmigo. Y, desde luego, lo que piensa decirme tiene que ser importante para que se haya molestado en comprarme un vestido. ¿Acaso lo habría hecho si tuviera la intención de dejarme plantada? Eric será muchas cosas, pero, si ha dicho que va a venir, es que va a venir. Lo malo es que, mientras intento convencerme a mí misma, me doy cuenta de que la suya no es la única ausencia remarcable esta noche. Carina Brandt tampoco anda por aquí y eso solo puede significar una cosa: están juntos. O peor aún. Están juntos y no van a venir. La realidad se me cae encima y me sube a la garganta una dolorosa sensación de tristeza mezclada con rabia.

«Estúpida, más que estúpida. Te ha vuelto a tomar el pelo». Y lo peor de todo es que no me puedo largar de aquí. Los autocares no vienen a recogernos hasta dentro de tres horas y yo ni siquiera tengo dinero para un taxi, así que me toca quedarme aquí y soportar como sea este calvario. Si por lo menos encontrara a alguien con quien hablar entre toda esta gente, no sé, alguna cara amiga, quizás el tiempo pasaría más rápido y no me sentiría como si estuviera a punto de caer en un pozo de angustia. Justo entonces, como si de una oportuna respuesta a mi petición se tratase, diviso a Magda y a Miguel charlando con otras personas a escasos metros. Me acerco a ellos, aliviada y, en cierto modo, agradecida, pero en cuanto estamos frente a frente percibo algo que me borra la sonrisa de la cara al instante, una excesiva frialdad en el saludo. Y ojos que evitan fijarse en los míos.

Y otra vez reparo en esa sensación de soledad que llevo pegada al cuerpo a todas horas.

Hace un poco de fresco. El viento se ha levantado y las copas de los

árboles se agitan como si bailaran al compás de su arrullo. Un poderoso relámpago se anuncia en el firmamento como el preludio de una inminente tormenta de primavera. Miro al cielo. Pues sí, parece que va a llover. Los camareros se apresuran a recoger y trasladan el *catering* al interior del palacio anticipándose a la lluvia. Los invitados no tardan en seguirlos y, poco a poco, el jardín se queda desierto. Cuando me resigno a hacer lo mismo, alguien me intercepta de forma inesperada a mitad de camino y me tira con fuerza del brazo obligándome a dar la vuelta.

—¿Qué mierdas haces tú aquí? Me parece que anoche fui bastante claro —dice Johan Grau escrutándome con una mirada abyecta.

Me suelto con un gesto lleno de dignidad.

—Me ha invitado Eric.

Él sonríe con malicia, enseñando su dentadura castigada por el tabaco, y se enciende un cigarro que se saca de una cajetilla que lleva en el bolsillo del pantalón.

—¿Y ese vestido? También es cosa de mi hermano, ¿verdad? —pregunta y, al exhalar, me echa el humo a la cara como si me estuviera retando.

—No es asunto suyo —contesto entre toses.

—No te confundas. Cualquier cosa que ponga en peligro la estabilidad de mi empresa es asunto mío. Y tú... —Me apunta al esternón con el pitillo entre los dedos—... Eres un factor de riesgo importante.

Le devuelvo una mirada de imperturbabilidad gatuna.

—¿Yo? Venga ya, hombre.

Johan crisca la boca con fastidio, acentuando sus facciones de psicópata, y arroja el cigarro al suelo con violencia.

—¡Conmigo no te hagas la tonta! Sé muy bien lo que te propones con mi hermano.

—Se está usted equivocando de pleno.

—No creo. Te aseguro que conozco muy bien a las putitas ambiciosas como tú.

La firmeza de mi rostro se desvanece de inmediato y se comprime en una mueca de orgullo herido. Y dentro, muy adentro del pecho, noto una bola de odio dura y caliente que se hace cada vez más grande.

—Las cosas por su nombre —dice con sarcasmo.

—Eric se va a enfadar cuando le diga que me ha insultado.

—«Eric se va a enfadar cuando le diga que me ha insultado» —me imita en tono de burla—. No te concedas tanta importancia, guapa. Que se haya gastado unos cuantos miles de euros en vestirse bien no significa absolutamente nada.

—¡Qué sabrá usted! —le espeto con rabia en un acto reflejo.

Un brillo perverso le ilumina la mirada.

—Entiendo que mi hermano esté encoñado contigo —dice mirándome los pechos con descaro—. Tienes buenas tetas y seguro que sabes usar la boca de maravilla, pero no vales tanto como para que quiera salvarte el culo.

La bola de odio sigue creciendo y yo, para no llamarle de todo a la cara, resoplo con fuerza.

—¿Salvarme el culo de qué, a ver?

—Ah, ¿no te lo ha contado? Vamos a deslocalizar todos los servicios externos.

—¿Cómo? Pero si la empresa ha cerrado el año con beneficios.

—¿Y qué?

—Pues que se supone que las deslocalizaciones sirven para abaratar costes de mano de obra.

—Exacto. Y eso es precisamente lo que pretendemos.

Una gota de sudor frío me recorre el espinazo cuando los nombres de mis compañeros acuden a mi cabeza como una ráfaga. Alberto, Oliver, Sergio, Marga. ¡Mierda, van a despedirlos! Y entonces todo empieza a encajar. Por eso Eric ha insistido tanto en que aceptara el puesto de interna, para que no acabara en la puta calle como los demás. Mis aptitudes no tenían nada que ver, como yo sospechaba, aunque sigo sin entender por qué quiere salvarme a mí.

—En realidad, todo esto ha sido idea de mi hermano. Desde que lleva las finanzas está obsesionado con recortar gastos de aquí y de allá y el muy cabrón nos tiene en sequía a todos. Aunque, por una vez, estoy de acuerdo con él, mira por dónde. ¿Para qué vamos a malgastar dinero subcontratando externos cuando un puñado de indios, chinos o lo que sea pueden hacer lo mismo por mucho menos?

Esa manera suya de hablar, déspota y chulesca, no va a conseguir

amilanarme.

—O, dicho de otra forma, ¿para qué malgastar dinero subcontratando externos pudiéndolo malgastar en congresos médicos millonarios y convenciones inútiles como esta?

La mirada se le llena de una ira penetrante y, en ese momento, sé que le he dado donde más le duele. La reputación de la empresa es su talón de Aquiles y, en eso, debo admitir que sí se parece a Eric.

—Pero ¿tú qué te has creído, niñata? —me grita haciendo aspavientos—. ¿Que por abrirte de piernas con mi hermano tienes carta blanca para opinar lo que te venga en gana?

—No tengo por qué aguantar esto.

Doy media vuelta, abochornada, con la intención de poner fin al escarnio, pero el muy sádico me agarra de la muñeca. Debí haberme imaginado que a un hombre como él nunca se le queda una bala en la recámara.

—¡Todavía no he terminado contigo! ¡Tú no eres más que un pasatiempo para él y, cuando se canse de usarte, me encargará personalmente de que no consigas trabajo en ninguna empresa respetable de este país! ¿Me has entendido?

Asiento con un gesto mudo y él me suelta.

—Muy bien. Y ahora te largas, que tú aquí no pintas nada.

—Ya le he dicho que estoy aquí por Eric.

Y, de nuevo, esa sonrisa venenosa como el aguijón de una avispa.

—Pero ¿tú eres tonta o qué te pasa? Que mi hermano no va a venir, estúpida. Esta noche está muy ocupado. Y, por si te lo preguntabas, no, no está solo.

## Capítulo 47

En el interior del laberinto reina una quietud uterina que solo el eco de mis pasos consigue enturbiar. Camino arrastrando los pies sin saber a dónde ir, consumida por el caos que todas las palabras dichas últimamente han desatado en mi interior. Hace rato que la música que proviene de la carpa se ha convertido en un mero rumor y, ahora, es la melodía sorda del silencio la que me acompaña en esta desoladora procesión hacia ninguna parte. Apenas veo nada. La poca luz que llega del jardín filtrada entre los arbustos es cada vez más tenue y la oscuridad total amenaza con venir a mi encuentro. «Tal vez debería volver ya», me digo tras sentir un leve escalofrío. Pero sé que allí nadie me espera, así que desecho la idea y decido continuar. Me muevo por pura intuición, dejándome guiar por los giros naturales del camino sin prestar demasiada atención a la ruta y, mientras ando, una sentencia lapidaria resuena como el eco en mis oídos:

«Él no va a venir».

Un trueno sacude el cielo con ferocidad y comienza a llover sin tregua. Maldiciendo por no haberlo previsto antes, giro sobre mis talones y echo a correr bajo las ráfagas de gotas furiosas que se estrellan contra el suelo. Sin embargo, a los pocos metros me veo obligada a detenerme en seco porque el camino se desdobra y no sé hacia dónde ir. «¿Derecha o izquierda? Derecha. No, mejor izquierda».

Luego continúo recto un poco más, aligerando el ritmo cuanto puedo porque el agua cae con tanta furia que pronto estaré calada hasta los huesos. Una enorme pared de arbustos me corta el paso de repente. «¿Y esto? Esto no estaba aquí antes. ¿O sí? Ya no me acuerdo». Desorientada, vuelvo sobre mis

propios pasos, pero está tan oscuro que no reconozco el camino. Miro hacia un lado y luego hacia el otro tratando de encontrar la salida, pero es en vano. Empiezo a creer que me he perdido y, para colmo, la lluvia no afloja. Estoy empapada y tiemblo de frío. «¿Qué hago? ¿Qué hago?», me pregunto dando vueltas angustiada. De pronto, observo un leve destello de luz parpadeante que se cuelga entre la frondosa negrura desde alguna parte y, sin pensármelo dos veces, echo a correr para alcanzarlo. Corro rápido, muy rápido, como no recuerdo haber corrido en mi vida, con el instinto a flor de piel y todos los sentidos agudizados. Pero apenas unos pocos segundos después de haberme puesto en marcha, la misteriosa luz desaparece de forma repentina y yo, que traigo conmigo una estela de mala suerte, tropiezo con algo y pierdo el equilibrio hasta darme de bruces contra el suelo.

—¡Ay!

Intento incorporarme, pero el tobillo, que seguramente me habré torcido, me duele y no soy capaz. Así que lo único que se me ocurre es quedarme allí tirada y emprenderla a golpes contra el barro, preguntándome qué habré hecho yo para merecer esto, entre alaridos de dolor y lágrimas de angustia que se pierden en el espesor de la noche.

Y, entonces, en el ir y venir del llanto, advierto un ruido, como un chapoteo, que cada vez suena más cerca, hasta que por fin logro identificar con nitidez los pasos de alguien que se aproxima corriendo. Una cegadora luz blanca me apunta a la cara y percibo una presencia a mi lado.

—¡Luna! ¿Estás bien? Me has dado un susto de muerte.

No le veo la cara, pero su voz y su olor son inconfundibles.

—¿Qué haces aquí? —pregunto algo aturdida, cubriéndome la vista con las manos.

Cierro los ojos y noto que la luz se apaga. Cuando los vuelvo a abrir, veo a Eric agachado frente a mí, vestido de esmoquin, guapísimo y empapado de la cabeza a los pies. Ahora su iPhone está encendido en el suelo y le ilumina el rostro.

—Te he visto y te he seguido. Llevo un buen rato buscándote. ¿Te has hecho daño? ¿Puedes levantarte? —pregunta con un rictus de preocupación.

—Creo que me he torcido el tobillo.

—Luego le echo un vistazo, ahora tenemos que salir de aquí. Vamos, te ayudo a ponerte de pie. —Me sujeta con delicadeza por la cintura y me

levanta sin ningún esfuerzo—. Apóyate en mí —añade, acercándome su hombro. Le paso el brazo por encima y me aferro a él con fuerza.

—¿Sabrás volver?

—Espero que sí —responde y, aunque no parece estar demasiado convencido, me siento extrañamente segura.

Eric alumbra el camino con su teléfono y yo dejo que me guíe. Como siempre, parece que sabe lo que hace. «Será que está acostumbrado a salir de laberintos», me digo asombrada por su sentido de la orientación. Normalmente me fastidia su aura de superhombre que lo tiene todo bajo control. Sin embargo, la sensación de alivio que experimento ahora es tan grande que la tensión que mantenía rígida toda mi musculatura comienza a desaparecer. Mientras caminamos, permanecemos en silencio. Él, imagino que concentrado en encontrar la salida; yo, porque estoy demasiado cansada para hablar. Cansada de luchar contra esta lluvia incesante bajo la que andar con tacones supone casi un acto heroico, de arrastrar el pie dolorido y tener que ir de puntillas con el otro para llegar sin dificultad a su cuello infinito. Cansada de todo. Yo qué sé. De pensar. De especular.

¿Por qué está aquí?

¿Por qué ha venido?

¿Por qué siempre acaba apareciendo?

Cuando la luz del jardín comienza a penetrar de nuevo en el interior del laberinto, Eric apaga el móvil y se lo guarda en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Parece que al final vamos a salir con vida de esta ratonera —dice con una sonrisa despreocupada.

Pero el alivio se desvanece para dar paso a una brutal sensación de desasosiego. La mera idea de tener que volver al cóctel me produce pavor, supongo que porque la probabilidad de convertirme en el centro de atención es tan elevada como insoportable. Todo el mundo nos escrutaría con una curiosidad maligna y se preguntaría de dónde venimos juntos y mojados. Las conjeturas no tardarían mucho en llegar a oídos de su hermano Johan, que no dudaría ni un segundo en someterme a un escarnio público ante la impasibilidad de Eric. Y, como colofón a esa desastrosa suma de daños colaterales, Carina Brandt acabaría apareciendo, cómo no, con su injusta melena rubia y sus injustas piernas de pasarela, para reclamar lo que es suyo.

Y yo, que me habría convertido en testigo de sus miradas cómplices por accidente, me acabaría cayendo a un agujero negro, sin fondo.

—Gracias por venir a rescatarme —musito—. Pero prefiero continuar sola.

Eric se detiene y se desenrosca de mi brazo. La fina línea de sus labios se destensa poco a poco hasta que su rostro vuelve a adoptar su habitual semblante serio.

—No pienso dejarte aquí.

—Es que no puedo caminar muy rápido y a ti seguro que te están esperando —me excuso con nerviosismo.

—He dicho que no, Luna. Volvemos juntos. Fin de la discusión.

—¡Pero ya te he robado demasiado tiempo! —exclamo suplicante—. Además, ni siquiera sé por qué has venido con lo ocupado que debes de estar esta noche.

Él me devuelve una mirada cargada de suspicacia.

—¿Qué pasa, Luna?

—Nada. No pasa nada —murmuro con la voz temblorosa.

Avergonzada, agacho la cabeza y concentro la vista en sus elegantes zapatos ahora llenos de barro, mordisqueándome el interior de las mejillas como un niño que ha cometido una travesura. Pero él me toma de la barbilla y ejerce una leve presión hacia arriba. Yo intento sostenerle la mirada. Lo intento de veras, pero no puedo. No puedo mirarlo. Porque mirarlo a los ojos es un ejercicio de resistencia para el que no estoy entrenada. Y me siento exhausta, como si hubiera envejecido diez años de golpe y estuviera enferma de desilusión. Así que me quiebro y me acabo entregando al inevitable desconsuelo, ahogando las lágrimas con las manos y prometiéndome a mí misma que esta vez será la última.

Eric se precipita sobre mí conmovido y me abraza con tanta fuerza que me oprime las costillas.

—No llores... —susurra pegándome los labios húmedos a la sien—. Sea lo que sea, lo solucionaré, te lo prometo. Pero, por favor, no llores. Me mata verte así.

—¡Entonces no me obligues a volver! —sollozo con la cara enterrada en su pecho.

Lo oigo exhalar profundamente y luego siento cómo enreda los dedos en mi pelo mojado y lo peina con suavidad.

—Está bien, no voy a obligarte a hacer nada que tú no quieras. Pero, por favor, tienes que calmarte y contarme qué te pasa.

Intento aplacar el llanto, aunque no es fácil, y, cuando lo consigo, me deshago de su abrazo y retrocedo unos pasos bajo la lluvia.

—No debería haber venido a Roma. Solo estoy aquí porque no sé decirte que no —digo vencida.

—Estás aquí porque yo considero que te lo mereces.

—Ya, claro. Igual que me merezco el puesto de interna —musito sorbiéndome las lágrimas.

Él enarca una ceja.

—Creía que ya habíamos superado esa fase.

—Sé que tienes intereses ocultos, Johan me lo ha contado. Vas a despedirlos a todos. Por eso insistías tanto en que aceptara el puesto.

Eric deja ir un suspiro de resignación y luego apoya las manos sobre mis hombros. Las gotas de agua, al romperse contra sus dedos, se transforman en vapor.

—Solo intento protegerte, Luna. No creo que eso sea ningún delito.

—¿Y por qué no lo hiciste anoche? Pudiste haberme protegido de tu hermano y no lo hiciste. Preferiste quedarte callado y dejar que me humillara.

—¿Es que no vas a perdonarme nunca?

—No lo sé —susurro sin poder sostenerle la mirada.

Entonces se inclina sobre mí, me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia él con una ternura casi tímida hasta que nuestras frentes se tocan.

—¿Y si te digo que anoche fui un cretino y que la idea de que te vayas me está volviendo loco? Si te pido que me des otra oportunidad y te quedas conmigo, ¿lo harías?

Su respiración es agitada y en la cadencia de su voz susurrante percibo cierta sensación de angustia.

—No, Eric. La decisión ya está tomada. Necesito irme. ¿No te das cuenta de que yo ya no puedo estar cerca de ti?

—Pero ¿por qué?

—Porque me duele. Tú... —Me muerdo el labio titubeando antes de

proseguir—. Tú no te comportas solo como mi jefe y yo... —Cierro los ojos y aprieto con fuerza los párpados para contener las ganas de llorar otra vez—. Yo no quiero acabar en la lista de mujeres que te calientan la cama.

—¡No hay ninguna lista! ¡No hay ninguna mujer! —Despega su frente de la mía. Sus manos se aferran a mis mejillas y me obligan a levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No seas cínico —le espeto apartándolo de mí con brusquedad—. Sé que estás con Carina.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡No hay nada entre Carina y yo! —brama con los ojos encogidos y las palmas de las manos hacia arriba como para probar su inocencia.

Una sonrisa que no es sonrisa sino una mueca de hastío y asco se me dibuja en los labios.

—¿Tú te crees que soy tonta? A ver, dime. ¿A cuál de las dos te gustó más besar anoche? ¿A ella o a mí?

En su mirada se perfila un atisbo de incompreensión que le ensombrece el rostro.

—A ella jamás la he besado —dice muy serio.

—Pues, mira, no me lo trago. ¿Para qué querías que viniera esta noche? ¿Para seguir confundíendome cuando por fin había tomado la decisión de alejarme de ti? ¡Deja ya de jugar conmigo, joder!

—No estoy jugando contigo, Luna. Te lo juro. Yo solo quería pedirte que me perdonaras y que me dieras otra oportunidad.

—¡Mientes! ¡No has dejado de hacerlo desde que te conozco!

La lluvia le aplasta el pelo contra la frente y se desliza hacia las pestañas y ahí se descompone en pequeñas gotas que se precipitan en cascada por las mejillas como si fueran lágrimas. En realidad, me cuesta imaginar que alguien como él sea capaz de llorar. Los fuertes nunca se quiebran, nunca pierden el aplomo. Y, sin embargo, ahí está, convertido en un animal herido e irredento.

Con la mirada abandonada de quien ha tocado fondo.

Agotado por todas las peleas estériles que nos han enfrentado en los últimos días.

Temblando como una hoja en un vendaval.

—La única mentira que te he dicho es que me gustabas cuando en realidad ya te quería —acaba confesando.

Al principio, noto una especie de sacudida muy fuerte, algo así como un desgarró fortuito. Me llevo las manos al corazón y tiro con todas mis fuerzas de la flecha que se me ha clavado en el centro del pecho, pero no puedo. Es imposible. Y, entonces, bajo esta tormenta que nos ha calado hasta los huesos, leo la verdad en sus ojos: esa flecha me acompañará durante el resto de mi vida.

—¿Tú... me quieres? —le pregunto con la voz trémula.

Y, antes de responder, me dedica una mirada de adoración que no necesita palabras.

—Sí, te quiero. Te quiero mucho. Muchísimo.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. No puedo concretar el día, ni la hora, ni el momento en que me enamoré de ti. Pero hace tiempo que eres lo único en lo que soy capaz de pensar.

—¿Y por qué has sido tan imbécil conmigo?

Una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—Por eso mismo, porque soy un imbécil que lleva tanto tiempo controlando los sentimientos que ha perdido la capacidad de expresarlos. Y porque tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De ti —susurra acariciándome la mejilla—. De esto. De que me desmanteles por dentro.

—¿Y por eso te arrepentiste de haberme besado?

—No, Luna. No me arrepentí de haberte besado en ningún momento. Y tengo la intención de hacerlo una y otra vez. Es inútil que siga resistiéndome. Ya no puedo soportarlo más. No puedo soportar tenerte tan cerca y no poder tocarte. Por eso necesitaba que estuvieras aquí esta noche.

—Creía que no vendrías, que estabas con ella.

—Solo estaba reuniendo el valor necesario para decirte de una vez por todas que quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo —digo con una voz que ni siquiera reconozco—, pero parece que lo tenemos todo en contra.

—A mí ya no me importa nada que no seas tú.

Las lágrimas vuelven a llenarme los ojos, pero, esta vez, provocadas por una conmovedora explosión de belleza que me deja sin habla. Cuando la posibilidad deja de serlo y es elevada a la hermosa categoría de certeza, asusta tanto que paraliza.

Me quiere.

Y quiere estar conmigo.

Y yo tratando de huir de mi destino sin darme cuenta de que, en realidad, me estaba dirigiendo hacia él como una kamikaze.

—Por favor, perdóname por todo el daño que te he hecho y quédate conmigo —me suplica mientras me seca las lágrimas con la yema del pulgar.

Parpadea de forma compulsiva, escondiendo un miedo cerval detrás de sus largas pestañas. Atrapo su mano y sus ojos se suavizan, se vuelven claros, cariñosos.

—Oh, Eric... —sollozo—. Te perdono. Claro que te perdono. —Y, entregándome a la inexorable anticipación del deseo y porque todos los caminos llevan a Roma, trago saliva y le digo—: Y, ahora, sácame de aquí y llévame a algún lugar donde pueda morir de sexo contigo.

## Capítulo 48

Cuando la llave electrónica abre la puerta de su habitación, me pongo a temblar como un flan. Tengo frío por haber permanecido tanto rato bajo la lluvia. Y miedo de que algún ojo indiscreto me pille entrando en la *suite* del director de Ventas y Finanzas. Pero, sobre todo, estoy nerviosa por lo que está a punto de pasar. Eric me conduce de la mano hasta el cuarto de baño y me envuelve en una toalla limpia. Se arrodilla, me quita los zapatos con delicadeza y coloca mi pie sobre su regazo para darme una friega con una pomada antiinflamatoria que ha sacado de su botiquín de primeros auxilios particular.

—Puede que esta noche notes molestias, pero mañana el dolor y la hinchazón deberían haber desaparecido —me explica después, mientras se lava las manos.

—Sí, doctor.

No puedo evitar que se me escape una risita floja.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me pregunta.

—Nada. Lo *pupas* que soy y lo preparado que estás tú siempre —contesto divertida.

Me dedica una esplendorosa sonrisa y las deliciosas arrugas que se dibujan en el contorno de sus ojos la iluminan todavía más.

—Me encanta que seas tan *pupas* —dice con una de sus seductoras caídas de párpados—. Así tengo una excusa para tocarte.

Un súbito estremecimiento me sacude de la cabeza a los pies y me acurruco en la toalla tiritando.

—¿Tienes frío?

Asiento con un tímido gesto de la cabeza, sintiendo en las mejillas el rubor. Él se acerca a mí y me abraza con fuerza contra su pecho buscando hacerme entrar en calor.

—Dios, pero si estás helada...

Nunca se me han dado bien las distancias cortas. Reconozco que soy demasiado insegura para llevar la iniciativa a la hora de intimar con un hombre. Tampoco he conocido a ninguno que me haya hecho perder la cabeza. Casi todos los que han pasado por mi cama se han ido tal y como han entrado: sin hacer mucho ruido. Sería injusto decir que no han cumplido su función, porque sí lo han hecho, pero ninguno ha conseguido jamás que se aloje en mis entrañas el deseo inconmensurable de saborear su sudor, su saliva y su semen. Ninguno ha conseguido que quiera morir de sexo con él. Encima de él. Y debajo de él.

Porque ninguno es Eric.

Y no ha habido ni habrá ninguno como él.

Y así, con todas las reservas rotas y los dedos húmedos de deseo, me desprendo de la toalla y me lanzo como una fiera a la solapa de su chaqueta empapada para deshacerme de ella, y luego a su pajarita, que trato de desanudar con torpeza y sin éxito. Él me susurra que me tranquilice, reemplaza con sus manos la frenética maraña de dedos en la que se han convertido las mías y se la quita con la fascinante destreza de la que solo un hombre acostumbrado a vestir con elegancia puede presumir.

—Lo siento —confieso avergonzada—. Es que estoy un poco nerviosa.

—Yo también —dice besándome los nudillos con ternura.

Sin dejar de mirarme, se saca la camisa del pantalón y se la desabotona con una lentitud matadora, como si desnudarse delante de mí fuera lo más natural del mundo para él. Cuando la fina tela se desliza por sus hombros y cae al suelo dejando su torso al descubierto, se me hace un nudo en la garganta. Tiene los hombros anchos y torneados y la musculatura de sus brazos se marca fibra a fibra sin necesidad de tensarla. Sus pectorales son firmes y están cubiertos por una sutil capa de vello claro que se extiende en una delgada línea vertical por su atlético abdomen hasta el pubis. «Sabía que estaba bien hecho, pero, joder», me digo tragando saliva, «este cuerpo es un milagro de la genética».

—¿Tú... eres... de verdad? —titubeo como una mema.

—Eso parece —dice dedicándome una adorable sonrisa pícara mientras coloca mi mano en su pecho.

Con las yemas de los dedos, resigo despacio las líneas que conforman su anatomía casi sin atreverme, acobardada por su arrolladora perfección. Él se acerca todavía más, con la piel estremecida al tacto y la respiración más sonora de lo habitual.

—Voy a quitarte esta ropa mojada —dice.

Poco a poco, deshace la lazada de la cintura. El vestido se abre de par en par, como una cortina, y mi cuerpo queda expuesto ante las pupilas dilatadas de sus ojos felinos. Me cohíbe estar desnuda frente a un hombre tan perfecto, así que agacho la cabeza de forma instintiva.

—No... —susurra mientras me levanta la barbilla con los nudillos—. Eres preciosa—. Su mirada es tan intensa que parece que quiera aprenderse de memoria todos los rincones de mi cuerpo.

Sin previo aviso, me levanta por las caderas, me sienta sobre el mueble marmolado del lavamanos. Mis piernas lo atrapan por la cintura y lo atraen hacia el resto del cuerpo hasta encajarnos como dos piezas de un puzle. Poso las manos sobre sus mejillas y dirijo el encuentro de nuestras bocas. La suya se entreabre dejando ir un involuntario gemido de placer en cuanto la punta de mi lengua acaricia sus labios. Sus manos imitan entonces a las mías, me agarran la cara con vehemencia y acabo sometiéndome sin reservas a la voracidad de su beso caníbal. Apenas puedo respirar, pero no me importa.

Porque morir de sexo con él es esto.

Es morir ahogada en su saliva densa y caliente.

Absorbida por sus labios como una fruta madura.

Asfixiada por su frenético aliento.

Fundida en esa lengua que se retuerce imprimiendo su sabor en cada rincón de mi boca.

El vestido se me resbala por los hombros y se queda arremolinado entre mi espalda y el espejo del tocador. Hago un ademán con la mano para colocarlo en condiciones, pero Eric me lo impide.

—No te preocupes, nena. Habrá más y serán mejores que este —dice con un deje de orgullo en la voz.

Yo me río sin tapujos, por primera vez su arrogancia natural ha conseguido divertirme. Eric me guiña un ojo haciéndose el seductor, pero la cosa se pone seria enseguida. Con ambas manos, me baja muy despacio los tirantes del sujetador hasta que los pechos se me salen por encima de las copas. Me pongo rígida de golpe y, en cuanto sus pulgares trazan el primer círculo sobre mi piel, me humedezco. Él suspira y se muerde el labio inferior con lujuria.

—Dios... Podrías volver loco a cualquier hombre —dice con un destello de admiración. Se inclina hacia mí y me succiona los pezones como si fueran caramelos—. Pero eres mía. Solo mía.

Entierra la cara entre mis pechos y yo le acaricio el pelo con suavidad. Su mano derecha se desliza poco a poco por mi vientre convulso y se detiene justo entre mis piernas. La antesala del placer es líquida y dolorosa y profundamente anestésica. Por eso, cuando uno de sus largos dedos me retira las braguitas hacia un lado y se cuela dentro de mí como un polizón, no puedo evitar dejar ir un gemido a medio camino entre el gozo y el estupor. Eric hunde la boca en mi cuello mientras bucea en mi agua con el dedo. Y lo hace a un ritmo tan pausado que duele, pero al mismo tiempo roza la génesis de lo placentero. Empiezo a sentirme ausente, enajenada, ya solo pienso en que me penetre, en que me perforo, en que me rompa en dos si hace falta. Es la excitación la que habla.

—Quiero que me hagas de todo... —le susurro al oído tirándole del pelo.

Él me devuelve una mirada que es puro fuego y, como si cumpliera órdenes, me aúpa asiéndome por las caderas y me lleva en brazos hacia la cama. Por el camino, se desprende de mi sujetador desabrochándolo con una sola mano sin ninguna dificultad. Es el único hombre que conozco capaz de hacer eso sin necesitar un manual de instrucciones. Me pregunto si su habilidad será proporcional al número de amantes que ha tenido, pero una punzada de celos me remueve el estómago y decido no pensar más en eso. Eric me deja sobre la cama con cuidado y se sienta en el borde, a la altura de mis rodillas. Se quita los zapatos, los calcetines y los pantalones con cierta prisa y los deja amontonados en el suelo. Tiene las piernas largas y robustas, y bajo sus ajustados bóxers oscuros Calvin Klein se adivinan unas nalgas tersas y redondeadas que estoy deseando tocar. Su cuerpo desprende tanto sexo que me descubro a mí misma impaciente como una adolescente por

sentirlo dentro. Se acerca a mí, me flexiona las rodillas y me baja las braguitas muy despacio, obligándome a elevar la pelvis. Luego me acaricia las piernas en sentido ascendente con mucha suavidad y, cuando mi respiración comienza a sonar pesada, me las separa con determinación, se agarra a mis muslos y hunde la cabeza en mi sexo. Yo cierro los ojos y me abandono al placer de su lengua trazando círculos y al cosquilleo de su pelo en mis muslos. El clímax llega demasiado rápido, pero en mi defensa diré que era inevitable. Eric asoma la cabeza por encima de mi vello púbico y me dedica una sonrisa pícaro.

—¡Madre mía, qué vergüenza! —exclamo tapándome la cara con las manos.

—No seas tonta —dice echándose sobre mí.

Entrelaza sus manos con las mías y, con la boca todavía salada, me besa sin ningún pudor. Al principio tengo cierto reparo. No es que sea lo más agradable del mundo, pero a él parece excitarle mucho que el sabor de mis fluidos se mezcle en nuestras bocas, así que le correspondo con pasión y me vuelvo a encender. Cuando mis dedos se deslizan por dentro de sus calzoncillos y tiran hacia abajo del elástico, advierto parte de su erección y me siento como una diosa. Se los quita con un movimiento brusco de las piernas y yo pestañeo varias veces al dar cuenta de la acentuada forma de uve que tiene su abdomen bajo. Lo repaso con los dedos y la piel se le eriza. Luego rozo con sutileza su vello púbico claro y recortado, y cuando por fin llego a su erección, cierra los ojos y exhala de placer. La tiene grande, supongo que proporcional a su altura, dura como una roca y llena de venas. Y también tiene un fuerte poder de atracción que me impide despegarme de ella.

—Yo no tengo preservativos, Luna. Y supongo que tú tampoco, ¿verdad? —me susurra con la voz secuestrada por el deseo.

—No, pero no me importa si a ti no te importa.

—Bien, porque ahora mismo no podría parar ni aunque quisiera. Necesito follarte ya. Mucho y muy fuerte.

—Haz lo que tengas que hacer. Pero hazlo ya, por favor —le suplico, con los ojos vueltos del revés.

Me separa las piernas con la rodilla y, sin previo aviso, me penetra con tanta brutalidad que consigue arrancarme un aullido difuso en el límite entre

el placer y el dolor. Y esa cara... Dios mío, esa cara, como si llevara una eternidad esperando para deslizarse dentro de mí... Esa cara no se me va a olvidar en la vida. Una chispa se enciende en algún lugar profundo y oscuro de mi ser y crece con cada una de sus violentas embestidas hasta que se convierte en un fuego imparable que me quema la carne. Me arqueo para recibirlo mejor y, una vez supero la extrañeza inicial del cuerpo desconocido, encajo su presencia invasora sintiendo el impacto de su furia hasta en los riñones. Me clava los dientes en el cuello, yo hundo las uñas en su espalda y las deslizo hasta sus nalgas; él empuja con más intensidad, yo le devuelvo el golpe. Nos agredimos el uno al otro como dos animales hambrientos, con una urgencia devastadora, exaltada por el sudor de la piel, el olor del sexo y la respiración caliente y acelerada. Y gemimos. Gemimos muy fuerte y muy desde dentro. Y nos decimos de todo. Y, al poco tiempo, siento que abandono completamente la conciencia y viajo a un lugar donde nada es nada, donde nada importa. Y, cinco segundos después, caigo en picado, desciendo a los infiernos, me desintegro y muero de sexo.

Oh... Sí...

La pequeña y dulce muerte.

Juro que nunca he sentido nada más alucinante en mi vida.

Con el cuerpo entero todavía convulsionando, levanto las piernas para envolver a Eric y retener la sensación. Él sigue castigándome sin tregua y los muslos empiezan a dolerme a causa del impacto repetido. Sin embargo, mis caderas traicioneras continúan elevándose en su encuentro. Soy víctima de una enfermedad incurable. El ronroneo de sus gruñidos resuena imparable en mis oídos, hasta que, por fin, se transforma en las palabras mágicas:

—Oh, nena... Me voy a correr... Me voy a correr... —dice con la voz ronca y el gesto contraído.

Y, haciendo un increíble ejercicio de equilibrio y velocidad, se impulsa hacia afuera y eyacula sobre mi vientre sudado mientras una ráfaga de violentos espasmos lo sacude entero. Y entonces sé que voy a ser suya toda la vida. Y, después de esta vida, en la siguiente y, luego, en la próxima.

Suya y nada más que suya.

## Capítulo 49

—¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, pequeña. Lo que quieras —dice mientras me limpia el vientre a conciencia con una toallita húmeda.

La luz tenue de la lámpara de noche se refleja en su pelo, todavía mojado y despeinado, y parece que esté envuelto en un halo. Su piel de seda parece derretirse. Tiene la mirada relajada de quien ha entendido que hoy es el único día que existe y esa bellísima expresión de después del sexo, cuando el mundo ya no importa.

—¿Cómo es que un hombre como tú no lleva condones encima?

Me mira con una ceja enarcada.

—¿Un hombre como yo?

—Ya sabes, acostumbrado a las mujeres.

—Vaya, qué forma tan sutil de decirlo.

—Es que me sorprende que tengas antihistamínicos y pomada antiinflamatoria, pero no preservativos. Siendo como eres, claro —matizo.

Eric deja la toallita encima de la mesita de noche, flexiona el codo sobre la almohada y apoya la cabeza en la palma de su mano.

—¿Y cómo soy?

Buena pregunta, aunque la verdad es que no sé si estoy preparada para responderla. ¿Conozco de verdad al hombre al que me acabo de entregar? Sé que hay un Eric dulce y cariñoso escondido bajo la capa de arrogancia y autoritarismo a la que me tiene acostumbrada. Lo sé desde que vi la foto de su despacho, pero también sé que lleva una coraza muy gruesa que se activa

cuando una situación le parece hostil y que es capaz de decir cosas que hacen mucho daño. Me giro hacia él y lo miro directamente a los ojos.

—Yo diría que eres desconcertante, mandón, presuntuoso, bastante borde y... muy seductor.

Me sonrío con adoración y se lleva mi mano a los labios para besarla con suavidad.

—Una síntesis muy acertada. Aunque te ha faltado decir que soy previsor, lo que explica por qué he traído antihistamínicos y pomada.

—Pero no condones.

—Porque, al contrario de lo que van diciendo por ahí, yo no me acuesto con cualquiera, Luna.

—Pero en el trabajo se rumorea que te las has tirado a todas.

—Y tú te lo crees, por lo que veo.

—Yo nunca me creo nada hasta que no haya sido confirmado de forma oficial.

Eric se ríe abiertamente, con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás. El pelo se le mueve y un par de mechones rebeldes le caen con gracia sobre la frente.

—Eres muy ingeniosa. Me encanta eso de ti.

—No cambies de tema —insisto risueña, aunque sin poder disimular mi impaciencia.

—A ver... —dice dedicándome una resignada caída de párpados—. ¿Qué quieres saber?

En mi cabeza resuena una vocecita que me advierte alarmada que no busque lo que no me quiero encontrar, pero mis demonios me tienen tan bien amarrada que no soy capaz de soltarme. Así que, con el descaro absurdo de quien no espera nada y lo da todo por perdido, le hago la pregunta del millón.

—¿Con cuántas del trabajo te has liado?

—¿Con cuántas dirías? —dice desafiándome con un leve movimiento de barbilla.

Me muerdo el labio inferior antes de contestar.

—Pues hombre, supongo que con todas no te habrás acostado. Con Marga no porque no te cae bien. Y con Lidia Fortuny tampoco porque es demasiado mayor para ti, ¿verdad?

Sonríe y se le acentúa el hoyuelo de la barbilla.

—Verdad, verdad. De hecho, no soporto a ninguna de las dos, así que puedes estar tranquila.

Pero estoy a años luz de estar tranquila.

Trago saliva y carraspeo.

—¿Y con Carina? —suelto de sopetón.

Unas arrugas de irritación se le dibujan en el entrecejo.

—¿Otra vez con lo mismo? —Chasquea la lengua y suspira meneando la cabeza—. Dios, nena, qué tozuda eres.

—Bueno, supongo que si la gente no te hubiera visto metiéndole la lengua hasta la tráquea no te lo preguntaría tantas veces.

Enfurrñada, me pongo boca arriba, cruzo los brazos sobre el pecho y concentro la vista en el techo. Él se inclina sobre mí con el adorable sonido de su risa despreocupada saliéndole de la boca y me obliga a descruzarlos.

—¿Sabes que te pones muy guapa cuando te enfadas?

—¡Otra vez cambiando de tema!

—Vale, fiera. Para empezar, deberías dejar de escuchar a la gente de una vez. —Abro la boca para protestar, pero él me lo impide colocándose un dedo sobre los labios—. Y, ya que insistes, te lo voy a repetir, a ver si se te queda grabado en esa cabecita tuya —Me revuelve el pelo—: Yo nunca he besado a Carina porque entre nosotros nunca ha habido nada.

—Pero yo te he visto muchas veces con ella y os mirabais con tanta complicidad... Además, su Facebook dice que tiene una relación complicada.

—Vamos a ver, señorita —dice mirándome con ternura mientras me lleva los brazos hacia atrás—. Sí, es verdad que nos llevamos bien y que hemos pasado mucho tiempo juntos estos días, pero es lógico teniendo en cuenta que dirige el Departamento de Organización de Eventos.

—Pues yo creía que estabas con ella.

—Eso es imposible —afirma y me succiona con suavidad un pezón excitándose al instante—, porque yo estoy enamorado de ti. —Hace lo mismo con el otro y se recrea un poco más esta vez.

La boca se me abre y se me escapa un gemido de placer. Hundo los dedos en su pelo y tiro con suavidad de él.

—Por favor, dímelo otra vez para que sepa que no lo he soñado.

Eric me mira con el pezón todavía en la boca y los ojos muy abiertos. Su respiración es tranquila, como un ronroneo satisfecho.

—No, pequeña, no lo has soñado. Estoy... completa... absoluta... e irremediabilmente enamorado de ti —susurra imprimiendo besos húmedos y sonoros entre mis pechos. Luego se tumba boca arriba con el brazo flexionado por detrás de la cabeza—. Ven aquí —me ordena, y yo me deslizo hacia su torso.

Me rodea con el brazo y me da un beso casto en el pelo. *Pum pum. Pum pum. Pum pum.* Oigo los latidos de su corazón. Cierro los ojos, porque hay cosas que solo pueden verse en la oscuridad, y me asomo a lo más profundo de mí misma, desde donde dreño mi espíritu entero. Me deshago de todo lo que viví ayer y antes de ayer y cualquier día anterior a hoy: de todo lo que quise decir y no supe, de todas las cosas irrepetibles que pasé por alto, de todas las miradas imperceptibles, de los pequeños gestos en apariencia descuidados pero que significaban algo o lo significaban todo, de las palabras con doble sentido. Y permanezco quieta, muy quieta, arropada por la calidez de su piel desnuda, esa piel que me habla y me desvela tantos detalles, haciendo mío el momento en un silencio que no es silencio, sino la certeza inquebrantable de saber que la felicidad era esto, que estaba aquí. Inspiro profundamente y me lleno del «nosotros» que impregna el ambiente. Por primera vez en mucho tiempo, me siento en calma.

Lo quiero tanto, pero tanto, tanto...

—Luna —susurra con los labios pegados a mi pelo.

—Eric.

—Quiero que sepas —comienza a explicar con cierta dificultad— que todo lo que dicen por ahí de mí es falso. Yo jamás he estado con ninguna mujer de la empresa. Tú eres la única.

Sus palabras hacen que me lata más deprisa el corazón y siento cómo se rompen las inútiles cadenas del miedo.

—¿No?

—No, te lo juro.

—Bueno, ¿y por qué yo? —pregunto desconcertada.

—¿Y por qué no?

—No sé, tal vez porque hay mujeres mil veces más atractivas.

—Todo es cuestión de perspectiva, ¿sabes? Y, desde la mía, eres perfecta. Además, ellas no son tú. No me gustan las mujeres superficiales ni las que solo hablan para atraerme. Tú eres genuina, puede que un poco agresiva, pero no te pareces en nada a las demás y por eso me tienes fascinado.

—¿Te parezco agresiva? —pregunto escribiendo con los dedos nuestros nombres en su piel.

—Es parte de tu encanto. Y yo, ¿te parezco borde y presuntuoso?

—Un poco, pero sé que también hay un hombre sensible bajo la coraza.

Eric descruza el brazo sobre el que tiene apoyada la cabeza, me coge la mano con fuerza y la aprieta contra su pecho.

—¿Sabes por qué te quiero, Luna? Porque tú eres la única persona que me ve. Todo el mundo me mira y nadie me ve. Pero tú... Tú llegas con tu melena indomable y tus ojos de niña inquieta y esa rebeldía ingenua que me exaspera y me enamora a la vez, irradiando una sensualidad de la que ni siquiera eres consciente, tan bonita, Dios mío, pero tanto... Y arrasas con todo, arrasas conmigo. Me eclipsas cada vez que me miras. Superas cualquier barrera y yo no soy más que este que ves. No soy más que Eric. Todo lo demás desaparece contigo. Tú eres tan de verdad que has conseguido que lo imprevisible se convierta en inevitable y lo inevitable en bello. Creo que necesitaría al menos tres vidas para explicarte todo lo que me haces sentir y tres más para demostrártelo.

Se puede llorar sin derramar una sola lágrima.

Romperse por dentro en la más absoluta quietud.

Gritar en silencio.

Volar sin tener alas y hacer del cielo un refugio secreto.

Ser culpable e inocente a la vez.

Porque, al final, todo se reduce a un montón de sentimientos verdaderos encerrados en un cuerpo extraño transitando por un universo equivocado.

Me tiembla todo el cuerpo: las pestañas, las rótulas, la vena aorta. El amor sacude y da mucho frío. Acojona. Sí, esta felicidad también acojona. Noto un fuerte desgarró en la garganta, como si la voz se me hubiera quebrado de golpe, y lo miro a la cara para expresarle en silencio lo mucho que lamento haberme equivocado tantas veces con él. Y él, deslizando la mano por mi mejilla, me dice como si me hubiera leído el pensamiento que ojalá nunca me hubiera mostrado la peor versión de sí mismo.

—No digas nada más, Eric. Solo somos dos personas que no se han entendido. Sí, es verdad, nos han traicionado el orgullo y los prejuicios, pero, en el fondo, nunca hemos querido hacernos daño. Solo teníamos miedo. Ahora lo sé.

Eric me observa con sus ojos felinos sin pestañear.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —susurra acariciando las palabras con sus labios de terciopelo.

Mi paladar recuerda de repente. Me viene a la boca el sabor amargo de las oportunidades que se escapan una y otra vez, de los silencios llenos de todo lo que no logra decirse. Y me obligo a tragar saliva para olvidar. Porque perder el tiempo es desangrarse lentamente. Porque todo lo que creía que nunca me iba a pasar, en realidad, me estaba ocurriendo cada día.

—Por favor, bésame —le suplico entonces.

Él rueda sobre la cama con un movimiento ágil hasta que consigue colocarse encima de mí, me aprisiona entrelazando sus manos con las mías y me besa. Me besa y mis huesos crujen bajo su cuerpo. Me pregunto cuánta vida me quitará en cada beso, aunque en realidad no me importa lo más mínimo. La flacidez desaparece y una nueva erección me toma por sorpresa.

\*\*\*

Cuando despierto, ya clarea. El frescor azul de la mañana y los primeros rayos de luz se filtran a través de la ventana, húmeda de rocío. Mi cuerpo desnudo bajo la sábana y un intenso dolor en la cara interna de los muslos me recuerdan dónde estoy y qué hice anoche. Me desperezco risueña y extendiendo un brazo. Pero su lado está vacío y me sobresalto. Desacostumbrándome al sueño, me doy la vuelta con dificultad. Eric está sentado en el borde la cama, vestido y atándose los zapatos. Me incorporo aliviada y le acaricio la espalda.

—Hola —susurro con cautela.

Se gira y me regala una sonrisa radiante. Tiene el pelo húmedo y huele a ducha y a Armani Code. Hoy me parece mil veces más encantador que ayer.

—Hola, pequeña. ¿Te he despertado?

Niego con la cabeza y le devuelvo la sonrisa.

—¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú?

—Mejor que nunca. Eres el mejor remedio para el insomnio que conozco.

—¿Qué hora es? —pregunto sin poder contener un bostezo.

—Las siete, todavía es temprano.

—Debería irme a mi habitación antes de que me vea alguien. ¿Cuándo sale el vuelo de vuelta a Barcelona? No me acuerdo.

—No te preocupes y sigue durmiendo.

—Pero tengo que hacerme el equipaje.

—Ya me he encargado de eso —dice mientras me aparta un mechón de pelo de la cara—. He pedido al servicio de habitaciones que traigan aquí tus cosas.

Frunzo el ceño con aire de extrañeza.

—¿Qué? No tengo la más mínima intención de dormir solo el fin de semana.

Me guiña un ojo y una inmensa «o» se me dibuja en los labios cuando lo comprendo todo.

—¿Vamos a quedarnos a pasar el fin de semana?

—A menos que tengas otros planes.

Me lanzo a su cuello con el ánimo enardecido y lo abrazo con fuerza.

—Tú y yo en Roma. No se me ocurre ningún plan mejor. ¿Y a ti? —le susurro al oído mientras descubro para él mi cuerpo desnudo.

—A mí tampoco —dice mirándome con deseo.

## Capítulo 50

El sol brilla con intensidad y baña las concurridas escalinatas de la plaza de España. Cierro los ojos un instante y me empapo del agradable trasiego de un viernes cualquiera a mediodía. El sonido de las cámaras de los turistas japoneses se mezcla con la excitación risueña de los niños que salen del colegio y el vocerío de los vendedores ambulantes. Sin duda, la ciudad eterna es también la ciudad del bullicio. La ciudad de los motoristas que tocan frenéticamente el claxon mientras circulan a gran velocidad por las estrechas callejuelas empedradas; la de las campanas que repican sin parar a cualquier hora; la de las conversaciones a gritos, los saludos efusivos y las carcajadas grandilocuentes; la de las canciones nostálgicas de voces nasales que llenan cada esquina. Así es la vida en Roma. Ruidosa, caótica y con un pulso demasiado acelerado. Y, sin embargo, en su desorden natural hay algo que me fascina y empieza a atraparme. Quizás sea el romanticismo decadente de su pasado glorioso. O la sensación permanente de estar reviviendo una película de Fellini.

O, tal vez, la promesa que flota en el aire de la nueva vida que empieza.

*Chi lo sa.*

—Señorita, su *gelato al limone*.

Abro un ojo haciendo visera con la mano. Eric me tiende el cucurucho que acaba de comprarme en un pequeño puesto de la plaza.

—*Grazie* —contesto en mi mejor italiano.

Se sienta junto a mí en la escalinata con los codos flexionados y las piernas estiradas, con un tobillo cruzado sobre el otro, y se dedica a observar

a su alrededor despreocupado y tranquilo como pocas veces lo he visto. Hoy lleva el tipo de ropa informal de cualquier chico corriente de treinta y tres años: un suéter azul marino ajustado que realza sus hombros bien formados, unos vaqueros desgastados con el tiro tan bajo que al sentarse se le ve el elástico de los calzoncillos, y unas sencillas zapatillas deportivas. De no ser por el toque sofisticado que le dan sus enormes gafas de sol Alexander McQueen y su lujoso reloj Philippe Patek, jamás creería que el hombre que está a mi lado ahora mismo es el director de Ventas y Finanzas de una importantísima empresa farmacéutica. Y eso me gusta. Me gusta la sencillez que se desprende de su pose relajada, el movimiento espontáneo de su pelo sin engominar, el amago de sonrisa instalado en su rostro y la tibieza aterciopelada de su voz al hablar. Sé que gran parte de lo que me atrae de Eric es lo que representa. Poder, autoridad, estatus. Sería una hipócrita si no reconociera que también yo estoy sometida en cierta manera a la dictadura de esa sensualidad. ¿Qué hay más sensual en esta vida que un hombre que lo puede tener todo? Pero, en realidad, son las cosas pequeñas y sencillas que no se perciben a simple vista las que han conseguido que, para mí, el mundo de los hombres se reduzca solamente a él.

—¿Te gusta? —pregunta señalando el helado con un movimiento de su barbilla.

Lamo la bola y asiento con un gesto aniñado.

—¿Quieres probarlo?

Sin decir nada, se acerca y me da un excitante beso con lengua que termina en mordisco.

—Mmm... Muy bueno —dice a muy pocos centímetros de mi boca. Sonríe y vuelve a la batalla sin compasión—. Y muy refrescante —añade humedeciéndose los labios.

Su beso me trastorna, me enciende, hace que me tiemble el corazón y se me abran las piernas, que piense en la noche anterior y visualice el mapa de su piel desnuda, la tensión en su abdomen, el calor en el mío.

—Al final se me derrite el helado, ya verás.

Me dedica una sonrisa traviesa y me coloca la mano sobre la rodilla.

—Pues te compro otro, pero es que no hay nada peor que estar sentado al lado de una mujer a la que te mueres de ganas de besar...

Su móvil suena de repente y el estridente tono de la llamada rasga el

momento por la mitad. Cuando mira la pantalla, resopla de mala gana y lo apaga.

—¿No contestas? —pregunto intrigada.

—No —responde categórico guardándose el teléfono en el bolsillo delantero de los vaqueros.

—¿No sería una chica?

Se ríe abiertamente y me muestra su radiante dentadura de anuncio de la tele.

—Ya te dije que yo no salgo con chicas.

—Del trabajo —puntualizo.

Eric emite una sonora exhalación y niega con la cabeza.

—Era un tío del Ministerio de Sanidad con el que tenía que ir a jugar a pádel —me aclara.

Reconozco que me alivia saber que no se trata de ninguna rubia nórdica de tetas firmes y culo respingón, pero no puedo evitar tener ciertos sentimientos encontrados. Sé que Eric es un hombre muy ocupado, quizá demasiado ocupado para permitirse el lujo de improvisar unas minivacaciones conmigo. Y, por eso, tengo miedo de que la pequeña luna de miel particular que acabamos de empezar pueda terminarse antes de lo previsto.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—De hecho —puntualiza mirándose el reloj—, ya deberíamos haber empezado el partido.

—Pero yo creía que tenías el fin de semana libre.

Él esboza una sonrisa burlona.

—Yo nunca tengo tiempo libre, nena.

—¿Y entonces por qué estamos aquí?

Se quita las gafas de sol y las deja sobre su regazo.

—Porque contigo, lejos de todo, es el único sitio donde quiero estar.

Y esa mirada brillante y honesta basta para que lo entienda, para que lea en sus ojos la caligrafía de mi nombre. Los ojos no engañan, son la voz desnuda del alma. Después, hunde el dedo en el helado y me lo mete en la boca. Está frío pero la saliva se encarga de calentarlo. Lo succiono con una parsimonia perversa, toda una declaración de intenciones. Él me contempla

en silencio, como quien asiste a un ritual sagrado, se humedece los labios y exhala.

—Joder, qué mala eres —dice, por fin, con la voz ronca y excitada.

\*\*\*

Las manos, junto con los ojos, son la parte más expresiva del cuerpo de una persona. Las manos cuentan historias de vida, delatan intenciones y viajan allí donde las palabras no llegan. Las manos son honestas. No mienten. No tienen excusas. Recuerdo la primera vez que vi las suyas como si hubiera sido ayer. Grandes, masculinas, de venas marcadas, dedos largos y uñas bien cortadas. Eran las manos de un hombre seguro de sí mismo, fuerte y expeditivo, y me parecieron fascinantes. En aquel desastroso primer encuentro apretó la mía con tanta fuerza que no hubo ni una sola fibra de mi cuerpo que no se estremeciera. Pensé entonces que esa era su carta de presentación y me lo tomé como un augurio de los tiempos difíciles que se avecinaban a las órdenes de aquel hombre autoritario. No me faltaba razón, pero las manos, como los sentimientos, evolucionan. Cambian. Se transforman. Y ahora protegen lo que antes oprimían.

Eric me rodea los hombros con el brazo y caminamos con las manos fuertemente entrelazadas, como si tuviéramos miedo de que pudieran separarnos. Las calles sucias y con olor a orines de la vieja Roma son el testigo mudo de un secuestro mutuo que nos impide aflojar la presión de las yemas sobre los nudillos del otro. Y como si hubiéramos hecho un pacto tácito, solo nos soltamos para besarnos y acariciarnos la cara. ¿Cuántas plazas nos habrán visto hacerlo? ¿Cuántas esquinas? ¿Cuántas veces nos habremos detenido ya para saborearnos el uno al otro con la excusa de dejar paso a algún motorista con prisas? He perdido la cuenta.

Andamos mucho, muchísimo, pero no estoy cansada. El ritmo de nuestros pasos es el delicioso ritmo perezoso de un día infinito al que ningún reloj se atreve a contradecir. Esos días que no terminan nunca porque adoptan un aire de inexorable eternidad. Soy feliz. Tan feliz que, a cada paso por estas calles en esta tarde y en esta ciudad, crece en mi estómago la chispa de la ilusión por el mañana. Y sonrío, sí. Le sonrío a la vida. Y al cielo azul del atardecer atravesado por una estela de humo blanco de avión. Y a ese cocinero rollizo

que se asoma a la puerta de su *trattoria* con la duda de cuántos clientes tendrá hoy plasmada en la cara. Y al panadero manchado de harina que le lleva a ese mismo cocinero la última hornada de pan, que se le desparrama por el suelo cuando se gira para admirar las piernas de la morena de tacones sonoros a la que también sonrío, pero solo antes de advertir que le guiña un ojo a Eric. Y sonrío a ese madurito interesante que habla por teléfono haciendo aspavientos con la mano, la misma con la que sostiene un maletín que se cae sobre los zapatos sonoros de la morena, a la que repasa con la mirada y por la que suelta un descarado «*Mamma mia!*» antes de repasarme a mí y, de paso, provocar la ira de Eric, que se manifiesta en la rigidez de su mano. Les sonrío a todos, aunque no sepa quiénes son, porque hoy me siento agradecida de que existan. Y, mientras paseamos, hablamos sin parar de esto y de aquello. Nos conocemos. Nos desnudamos. Nos cosemos a preguntas. Queremos saberlo todo el uno del otro.

«¿Tú qué esperas de la vida?»

«¿Con qué película has llorado más veces?»

«¿Cuál era tu asignatura favorita en la universidad?»

«¿Me quieres?»

«Más de lo que mi corazón es capaz de soportar».

Él ha desconectado el móvil antes y, al hacerlo, sus dedos sellaban la promesa de que nada enturbiaría este momento único y nuestro.

—¿Estás seguro? —le he preguntado con temor—. Tal vez te necesiten para algo importante.

—No hay nada más importante que tú.

—Eso lo dices ahora porque estás encaprichado.

—Tú no eres ningún capricho, eres una necesidad —me ha respondido con gran aplomo.

El miedo se ha disipado al instante. Lo he entendido todo con la cabeza y el corazón a la vez. Cómo no lo iba a entender si a mí me pasaba lo mismo.

Sin darnos cuenta, la tarde se despide de nosotros y el cielo adopta un poético tono crepuscular. Tras el largo paseo, llegamos de casualidad a la mítica Fontana di Trevi. A pesar de que la aglomeración de turistas deslucen su majestuosa belleza, no puedo evitar que se me escape una cándida exclamación de admiración.

—Daría lo que fuera por bañarme ahí, como Anita Ekberg en *La dolce vita*.

Eric me rodea la cintura desde atrás y apoya la barbilla sobre mi hombro.

—Dudo mucho que los *carabinieri* se quedaran tan tranquilos si hicieras algo así.

—Pero seguro que, si hablaras con ellos, conseguirías que hicieran la vista gorda. Eres muy convincente cuando te lo propones.

Se ríe y me da un fugaz beso cerca de la comisura de los labios.

—No te preocupes, ahora mismo voy y les firmo un cheque para que desalojen la plaza de inmediato. Y, si mi chica quiere bañarse en la fuente, se bañará en la puta fuente —dice en plan socarrón.

—¡Sí! ¡Que para eso eres Eric Grau!

—¡Exacto! ¡Para eso soy Eric Grau!

Noto su abdomen en la espalda sacudido por la risa. Un mechón de pelo se le suelta del flequillo y me hace cosquillas en la mejilla. Ladeo la cabeza y nuestras caras se tocan.

—Has dicho «mi chica».

—Es que eres mi chica. Y quiero que algún día seas algo más.

El corazón me da un vuelco. Siento vértigo. Quizá estamos yendo demasiado rápido, quizá no es momento de hablar del futuro, pero no voy a negar que imaginarlo hace que me muera de amor. Él y yo juntos, compartiendo una vida, un proyecto, un café cada mañana, un orgasmo cada noche.

Me doy la vuelta y lo abrazo con fuerza.

—Quedémonos para siempre en Roma —le susurro suplicante al oído.

Y, entonces, rebusca en los bolsillos de su pantalón y saca una moneda que deposita en la palma de mi mano.

—Tírala de espaldas a la fuente. No sé si podremos quedarnos, pero estoy seguro de que volveremos.

\*\*\*

A pesar de sus reticencias iniciales, he conseguido convencer a Eric de que fuéramos a cenar a algún sitio sencillo. No quería volver a sentirme fuera de

lugar. Supongo que tenía miedo de que se me escurriera entre las manos la increíble sensación de que todo estaba siendo perfecto. «Hoy no me apetecen grandes lujos», le he dicho. Y él ha acabado aceptando mi propuesta de tomar un bocado en cualquier terraza de la Piazza del Popolo para cenar.

La joven camarera que está apostada junto a la puerta del restaurante acude con diligencia en cuanto él la llama con un gesto fugaz. No se me escapa la torpeza con la que se alisa la ajustada camisa blanca ni su pestañeo nervioso. No sé muy bien por qué, tal vez porque esos síntomas me resultan demasiado familiares, pero una repentina punzada de celos me lleva a poner la mano sobre la muñeca de Eric, en un patético acto de reivindicación de la propiedad. Me pregunto si será siempre así. Si voy a reaccionar siempre de esta forma tan primaria, como un animal marcando su territorio. Entonces me viene a la mente el despliegue de cosméticos masculinos que vi en el cuarto de baño de su casa, el perfume con el que se rocía cada mañana; los trajes ajustados que le gusta ponerse; esa forma suya de caminar lenta y felina, sacando pecho con los brazos ligeramente separados del cuerpo; la fina línea que discurre desde el hoyuelo de su barbilla hasta la prominente nuez; la sensualidad que irradian sus ojos de lapislázuli y sus pestañas espesas... Y yo misma me respondo: «Sí, me temo que va a ser siempre así».

—Tiene que ser muy duro que todas las mujeres piensen en arrancarte la ropa cuando te miran, ¿verdad? —le pregunto enfurruñada cuando la camarera se marcha.

Despego la mano de su muñeca y proyecto la vista hacia el gran obelisco que hay en mitad de la plaza. Él se inclina sobre la mesa y mueve la cabeza tratando de llamar mi atención hasta que consigue que lo mire.

—Pero solo una tiene el privilegio de poder hacerlo.

—Parece que estás acostumbrado a provocar ese efecto —continúo con la rabieta.

Él esboza una sonrisa indulgente y nada vanidosa.

—Puede. Pero me trae sin cuidado. La única mujer que me interesa eres tú.

Me mira de forma categórica, como siempre me he imaginado que mira alguien que ama de forma intensa, con las pupilas trémulas, brillantes, sedientas de compasión. Sin medias tintas. Y me da un poco de miedo, porque nunca había experimentado algo así, como si se me fuera a

desintegrar el alma trozo a trozo con cada parpadeo. Y también me da miedo porque el amor, este amor, se alimenta del pánico. Pánico a que el calor de ahora se vuelva a convertir en frío después. A despertarme un día y descubrir que se ha consumido. A las terceras personas. A que la vida tenga que seguir sin él. A que este amor sea tan fuerte que me sobrepase al instante.

Respiro hondo y compongo un gesto de preocupación.

—Soy demasiado intensa —confieso avergonzada.

Eric me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—No me importa, yo también soy intenso. Y celoso. Mucho. Quizá demasiado, pero es que no lo puedo evitar. Me mata verte cerca de otro hombre y eso a veces hace que me pase de la raya.

—¿Como en la fiesta de disfraces, por ejemplo?

—No, ni hablar. El imbécil ese de Calvet se lo tenía merecido. Llevaba días observándolo, Luna. Sabía que tarde o temprano se te echaría encima. Hice lo que tenía que hacer, lo que cualquier hombre enamorado habría hecho en mi lugar. Y no me arrepiento, volvería a hacerlo.

Se me escapa una risita irreverente.

—Así que a partir de ahora vas a zurrar a cualquier tío que se me acerque, ¿no?

Él arruga los labios y se acaricia la barbilla como si sopesara sus posibilidades.

—Me gusta la idea. Sobre todo si vas tan espectacular como esa noche.

—Y yo que pensaba que no te habías fijado en mi kimono.

—Joder, ya lo creo que sí.

Reímos y después nos enredamos en un beso con lengua solo interrumpido por el carraspeo incómodo de la camarera. La chica deposita la comanda sobre la mesa con el pulso tembloroso y se marcha rápidamente. Y tal vez son imaginaciones mías, pero en la expresión de su rostro creo haber advertido un atisbo de decepción. Ella se lo comía con los ojos, pero él ni siquiera la ha mirado. Ya no siento celos, tan solo una extraña y calmada empatía.

Eric ha pedido un montón de comida.

—Igual te has pasado un poco —le digo.

—No quiero que te quedes con hambre —dice mientras corta la *focaccia*

en trocitos y me acerca uno a la boca.

Me gusta cómo cuida de mí.

Y me gusta cómo se le mueve la mandíbula al masticar.

Qué guapo es, por Dios, qué perfecto. Y qué bien huele. No me extraña que nos vuelva locas a todas. Pero lo que más me gusta es que esa llamativa pinta suya de sueco alto y rubio no puede eclipsar a la persona aún más bella que es por dentro. Y eso es algo que solo yo sé.

—Tengo curiosidad. ¿Qué pensaste de mí la primera vez que me viste?

Se rasca el cuello con aire pensativo y se toma unos segundos antes de contestar.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada en particular.

—Vaya, qué decepción. ¿Y la segunda?

—¿Cuándo fue? Refréscame la memoria.

—En el *Desayunos con* de la séptima planta. Yo te discutía todo lo que decías, ¿te acuerdas?

Una sonrisa se le dibuja en los labios mientras come.

—Ah, sí. Claro que me acuerdo. Me pareciste una insolente.

—Pero entonces, ¿cuándo demonios supiste que yo te gustaba? —pregunto gesticulando de forma exagerada.

Eric se aclara la boca con un trago de cerveza.

—El día que te presentaste en mi despacho con la camisa manchada de café.

No puedo ocultar mi sorpresa.

—Ese día. ¿En serio?

—Estabas tan *sexy*, Luna, pero tanto, que no podía dejar de mirarte —dice. Y un brillo insólito le ilumina la mirada—. Se te transparentaba el sujetador por culpa de la mancha y a mí se me iban los ojos continuamente. Dios, qué nervioso me puse.

—Pues lo disimulaste la mar de bien —le espeto con acritud recordando lo antipático que fue conmigo.

—Tenía que dar una imagen de seriedad acorde a mi puesto, Luna —se justifica volteando las manos con las palmas hacia arriba—. ¿Qué impresión

te habrías llevado de mí si te hubieras dado cuenta de que no hacía más que mirarte las tetas?

Su comentario me hace reír.

—Supuse que si te conseguía una camisa nueva, me acabaría tranquilizando.

—¿Y fue así?

Eric insinúa una sonrisa de medio lado y me dedica una caída de párpados cargada de sensualidad.

—No, nena. Estuve todo el día trastornado. Y por la noche tuve un sueño erótico contigo muy raro.

Dejo ir un resuello de sorpresa.

—No sé dónde estábamos —comienza a relatar mientras se sirve un poco más de cerveza en la copa—, pero el espacio era muy estrecho. Yo estaba de pie y tú de espaldas a mí. Había un espejo. Llevabas puesto un corsé oscuro con unas cintas muy largas que parecían riendas. Comencé a tirar apretando con fuerza. Tú jadeabas con cada tirón y yo me excitaba, así que tiraba y tiraba cada vez con más violencia. El corsé te oprimía tanto que los pechos se te movían exageradamente al respirar. Te miré a través del espejo. Parecía que se te fueran a salir. Luego te obligué a ponerte de rodillas —dice sin poder ocultar la excitación que le embarga la voz. Resopla y se muerde el labio—. Parecías una diosa.

Una diosa sometida a un humano. Qué paradójico.

—¿Y qué pasó después? —pregunto ansiosa.

—Que me desperté empalmado. Y...

—¿Y...?

Sonríe como si hubiera hecho una travesura.

—Ah, ya lo pillo —musito mientras siento cómo me ruborizo. Carraspeo y me concentro en mi cerveza.

Me pregunto cómo interpretaría Freud ese sueño y si a él le parecería tan simbólico como a mí. La verdad, no sé si me gusta verme así, arrodillada y oprimida. Me duele y quisiera apartar esa imagen de mi cabeza.

Pero podría ser peor.

Podría no doler.

Y eso sí que sería insoportable.

—¿En qué piensas?

Cuando vuelvo en mí, advierto el interés con el que me observa.

—En el síndrome de Estocolmo.

Él arruga el entrecejo y me mira con aire de extrañeza.

—No me hagas caso —digo con un gesto desmayado de la mano—. Así que la noche que viniste a buscarme a la sala Metro yo te gustaba.

—En realidad, creo que ya estaba enamorado de ti.

—¿Entonces por qué no quisiste acostarte conmigo? Te lo puse en bandeja, Eric.

—Lo deseaba tanto como tú, Luna. Créeme, te habría follado allí mismo, en los lavabos del antro ese.

—Esos lavabos son asquerosos.

—Pues encima de la barra, me da igual. Y luego en mi coche. Y en tu casa unas cuantas veces más. Te habría follado hasta dejarte sin sentido. O hasta que me suplicaras que parase.

Me tapo la boca con un gesto cándido y se me escapa una risita tímida. Me pone nerviosa oírle decir eso, pero me encanta. Hace que me descomponga de cintura para abajo.

—Pero tú habías bebido y yo no estaba preparado.

—¿Y ahora sí?

—Ahora es lo único en lo que pienso.

El viento se levanta y me eriza la piel. Llevo la silla a su lado y me acurruco contra su pecho en busca del calor de su cuerpo. Inspiro profundamente el olor a perfume que desprende su jersey y cierro los ojos. Él me envuelve entre sus brazos y me da un beso tierno en la cabeza. Me siento a salvo. Eric es mi refugio, mi madriguera.

—¿Sabes? Yo también tuve un sueño erótico contigo —le confieso.

—Eso me lo tienes que contar. ¿Otra cerveza?

\*\*\*

Callejamos un rato por la via dei Condotti antes de volver al hotel. Estoy tan achispada después de las tres cervezas Peroni y el *amaretto* con hielo que me he tomado que no puedo evitar chocarme con los hombros de los viandantes

con los que me voy cruzando. Eric ha bebido el doble que yo, pero, salvo por el delator brillo de sus pupilas, no parece que la ingesta de alcohol le haya afectado en absoluto. Aunque supongo que a un tío de sangre vikinga y metro noventa y cuatro de altura no es fácil tumbarlo.

Son cerca de las nueve de la noche y muchas de las tiendas ya están cerrando. La cálida luz amarillenta de las farolas sustituye a la iluminación estudiada de los escaparates de Cartier, Gucci, Bvlgari y Prada. Y también de Armani, lo que me recuerda que todavía no le he dado las gracias por su regalo.

—No es para tanto, nena —dice quitándole hierro al asunto—. No es más que un vestido.

Me planto de puntillas delante de él y deslizo el dedo a lo largo de su torso.

—Un vestido muy bonito que ni siquiera te he agradecido como te mereces.

Eric me agarra de las nalgas atrayéndome hacia sí.

—Ya se me ocurrirá alguna forma de que me compenses —me susurra haciéndose el seductor. A mí me entra la risa floja, pero en cuanto me muerde el lóbulo de la oreja se me quitan las ganas de reír y me pongo tontorrón—. Mira —dice. Me doy la vuelta un poco sofocada y proyecto la vista hacia donde me señala—. Allí, ¿lo ves?

Una tienda de lencería Agent Provocateur al otro lado de la calle.

—Vamos —dice tirando de mí—. Antes de que cierren.

Yo lo retengo y le pregunto intrigada que para qué. Él sonríe con picardía.

—¿Para qué va a ser? Para comprarte un corsé.

Una dependienta joven y guapa, aunque demasiado maquillada para mi gusto, se nos acerca en cuanto abrimos la puerta y nos dice algo en italiano. Que están a punto de cerrar, me parece. Eric le responde en su perfecto inglés con acento americano, cortés pero imperativo, que quiere hablar con la persona al cargo. Ella asiente mirándolo con cara de póker, gira sobre sus talones y vuelve enseguida acompañada de otra mujer, bastante atractiva también, aunque sin duda mucho mayor, que la despacha con un «*Tutto sotto controllo*» tras escrutar a Eric con detenimiento. Me alejo unos pasos mientras ellos hablan y ojeo los bonitos conjuntos de lencería de los expositores sin dejar de mirar a Eric de reojo. No sé qué le estará diciendo a

esa mujer, pero a juzgar por la condescendencia con la que ella sonríe y asiente a sus palabras, seguro que ya se ha dado cuenta de que el hombre que acaba de entrar por la puerta tiene pasta. Mucha pasta. Así que «no, *bella*, no estamos a punto de cerrar», parece que le dice a la dependienta cuando chasquea los dedos con soberbia en su cara, «nos quedaremos aquí hasta que este rubio macizo y su afortunada acompañante quieran». «Desde luego», me digo negando con la cabeza, «no hay nada como tener dinero».

Eric se me acerca por detrás y me pregunta si he visto algo que me guste.

—Todo es muy bonito, pero no es de mi estilo —respondo deslizando los dedos con suavidad sobre un sujetador rojo de satén.

—Pues a mí me parece que te sentaría muy bien. —Lo coge por la percha y lo coloca sobre mi pecho—. Madre mía, se me pone dura solo de imaginarte con esto puesto.

—Eres un salido —le digo entre risas.

—Culpa tuya —me susurra al oído. Y me da una discreta palmada en las nalgas.

Las dos mujeres se aproximan a nosotros con varias prendas en las manos. Enseguida me doy cuenta de que son corsés y no puedo evitar sentir un expansivo cosquilleo nervioso revoloteando en mi estómago. Todos son de color negro y muy provocativos, pero, sin duda alguna, el que me llama la atención sobre los demás es el único que se ata por la espalda con unas cintas.

—Este —señalo. Y de reojo advierto una expresión de satisfacción dibujada en el rostro de Eric.

Seguimos a la dependienta hasta los probadores y me asegura que volverá en un rato para comprobar si la talla me va bien. Eric se sienta cómodamente en un sofá, con los brazos extendidos sobre el cabezal y una pierna cruzada sobre la otra.

—Avísame cuando lo tengas puesto —dice, y me guiña el ojo.

Sonrío y me encierro en el probador. «Mira que se llegan a hacer tonterías por amor», me digo contemplando resignada la estrechez de la pieza. Me la ajusto a la cintura por encima de la ropa y me observo unos segundos en el espejo. Me desvisto con torpeza hasta quedarme solo con las braguitas puestas y me encajo el corsé como puedo. Entonces caigo en la cuenta de que yo sola no podría atármelo, así que abro la puerta escasos centímetros y, asomando la cabeza por la minúscula hendidura, le pido a Eric que venga a

ayudarme. Estoy de espaldas cuando entra, sujetándome la prenda por detrás en una postura de todo menos cómoda. Se acerca y me suelta con suavidad el brazo, que se desentumece aliviado. Lentamente, empieza a pasar las cintas por cada uno de los pequeños agujeros que hay a ambos lados. Lo miro a través del espejo. Está callado, concentrado, siguiendo con precisión el pausado vaivén de las cintas, absorto en el sonido que produce la tela al ceñirse a mi cintura. Estiro los brazos y apoyo las palmas de las manos contra el espejo para minimizar el rebote. Cuando llega al final, tira con tanta brusquedad que despego los talones del suelo y ahogo un grito. Intento bajar los brazos entonces, pero él coloca los suyos encima y me lo impide.

—Por favor, quédate así un momento. Estás increíble —dice contemplándome fascinado en el espejo.

—Sí, increíblemente apretada. Deberías aflojarme el nudo antes de que me ponga de color azul.

Eric ignora mi comentario. Desliza las manos a lo largo de mis brazos y asciende bordeando los hombros hasta llegar a las clavículas. Y todos los síntomas de la excitación se manifiestan en su cuerpo.

En su boca entreabierta.

En la pincelada de rojez de sus mejillas.

En el centelleo de sus ojos.

En la humedad de sus yemas a lo largo de su pausado peregrinaje por mi piel.

Cuando me toca los pechos, el pulso se me dispara. No puedo mirar y, al mismo tiempo, no soy capaz de apartar la vista del espejo. Primero, acompaña con las manos su pronunciado movimiento al respirar. Después, va un poco más allá y bordea con los dedos las líneas curvas que sobresalen del corsé. Hasta que, al final, los encierra con fuerza entre sus manos y los masajea con ansia consiguiendo arrancarme un alarido de placer.

—La realidad es mil veces mejor que la ficción —dice con la cabeza apoyada sobre mi hombro.

Me separa las piernas con la rodilla y noto una presión intrusa en las nalgas que me hace flaquear. Me duele todo. Los brazos. Los pechos. El vientre. Lo que hay debajo del vientre. Pero es tan inmensa la belleza de la imagen capturada en el espejo que siento que este dolor es lo mejor que me ha pasado en la vida.

De hecho, ya no recuerdo nada de lo anterior.

Una luz repentina se enciende en mi interior. Me doy la vuelta con determinación y lo miro sin pestañear durante unos segundos, en un silencio cargado de erotismo y pretensiones. No sé por qué, pero tengo la sensación de que en este juego de poder entre dominadores y dominados no soy yo la única que está sometida. Él es tan mío como yo suya. Tan mío que quiero absorber hasta la última partícula de su cuerpo. Así que me arrodillo sin pensármelo y llevo las manos directas a la cintura de sus vaqueros.

—¿Qué haces? —me pregunta sorprendido.

—Creo que tu sueño se merece un final mejor —respondo desabrochándoselos con avidez.

Me sostiene la cara entre las manos y yo alzo la vista. Tiene una mirada desconcertante, no sabría decir si inocente o perversa. Un mechón de su pelo se suelta con rebeldía. Traga saliva. Aprieta la mandíbula. No es capaz de articular palabra. Me suelta la cara y exhala.

—Una buena mamada consta de cuatro pasos —digo provocadora. Tiro hacia abajo de los pantalones y los calzoncillos a la vez y lo dejo expuesto ante mí. Hermoso. Duro, pero indefenso. Me fijo en el pequeño lunar con forma de estrella que tiene justo en la ingle. Supongo que la excitación actúa como una lupa y hace visibles esos pequeños detalles que acostumbran a pasar desapercibidos—. El primero consiste en humedecer un poco la punta. —Paso con sutileza el pulgar por la zona y Eric deja ir un gemido—. El segundo —continúo—, en lubricar bien el tronco. —Me lamo ambas palmas sin dejar de mirarlo y lo acaricio en toda su extensión. Qué suave, parece de seda bajo mis manos. Él se muerde un puño y lleva hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados—. El tercero, en tragártela entera. —Abro la boca y la envuelvo en la atmósfera densa y cálida de mi saliva.

—¿Y el cuarto? —pregunta enseguida con la voz ronca y la respiración agitada.

Levanto la cabeza y lo miro con toda la lujuria de la que soy capaz. Con toda la lujuria de la que me han dotado tres cervezas y un *amaretto* con hielo y el deseo inagotable hacia el hombre que está frente a mí.

—En chupar y chupar hasta que te corras en mi boca —le suelto sin compasión.

Y, sin previo aviso, me la trago hasta que ya no puedo más. La siento

palpitar con fuerza dentro de mi boca y decido intensificar el movimiento, coordinando la succión de los labios con los remolinos de la lengua. Él, deshecho en gemidos y palabras obscenas, me coge de la cabeza y acompaña el movimiento. Yo me agarro a su culo y succiono sin parar, con más vigor cada vez, olvidándome del dolor de mandíbula y de lo incómodo de la posición, decidida a llevarlo al éxtasis aquí y ahora. De reojo, observo la imagen del espejo. Él tiene los ojos en blanco y la vena de la frente le palpita con fuerza. Yo parezco una puta y la idea me cautiva.

De pronto, llaman a la puerta. Levanto la vista para mirarlo, pero él niega con un gesto de la cabeza.

—Por favor... No pares ahora —susurra medio ido.

Pero los golpes persisten, esta vez, acompañados de la voz de la dependienta que pregunta con cierto tono de extrañeza:

—*Signore? Signore, tutto bene?*

A Eric no parece importarle demasiado que lo oigan y jadea cada vez más fuerte, entregándose a mi boca con un movimiento frenético de cadera.

—*Signore? Signore, per piacere!*

—*One moment, for God's sake!* —exclama él de mala manera.

No puedo evitar que me entre la risa y por poco me atraganto, pero él está demasiado cerca para dejarme ir. Me aprieta la cabeza y empuja hacia dentro un poco más, hasta la campanilla. Tengo las rodillas doloridas y empiezo a estar cansada, pero no falta mucho. No falta mucho para tenerlo todo de él. Así que aprieto los labios y lo absorbo con ímpetu una vez más, y otra, y otra más, hasta que por fin un intenso temblor lo sacude entero y lo lleva directo a la inconsciencia derramando el peso tibio de su semen amargo en mi boca.

\*\*\*

Ojalá todas las mañanas me despertara así. Con el sonido de su respiración acompasada en mi oído y el gorjeo de los pájaros más madrugadores de fondo. Con la caricia fresca de la brisa temprana colándose por la ventana para acariciarme la cara. Ojalá todas las mañanas amaneciera bajo el cielo de Roma, envuelta en unas sábanas infinitas que huelen a nuevo y a sexo, con su cuerpo cálido y protector pegado a mi espalda y la barba incipiente de sus mejillas raspándome el hombro desnudo. Con un orgasmo como este, espeso

como la miel y dulce como el almíbar. El mismo almíbar que ahora empapa los dedos que antes sostenían mis sueños. Sin prisa por salir de la cama. Sin prisa por vivir el día que se aproxima. Enredada en una maravillosa pereza que ni la más acuciante necesidad fisiológica podría interrumpir.

Me doy la vuelta y lo miro. Todavía tiene aire soñoliento, los ojos hinchados y una ligera marca de la almohada en la cara.

—¿Va a ser siempre así? —pregunto satisfecha.

—O mejor —dice. Y se monta encima de mí y me penetra sin intervención de las manos.

Un poco más tarde, Eric pide que nos suban el desayuno a la habitación y nos lo tomamos en la cama, desnudos y despeinados, con el olor de los fluidos todavía presente en la piel, sin habernos siquiera lavado la cara.

—¿Sabes una cosa? Me estás sorprendiendo mucho. No imaginaba que Eric Grau fuera capaz de dejarse llevar alguna vez —confieso.

—Que sea un hombre ordenado no quiere decir que no sepa disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

Dirige hacia mi boca la tostada con mermelada de cerezas que acaba de preparar y cuando voy a morderla, se me adelanta y la engulle a traición. El pan cruje bajo sus dientes. Le pego en el brazo y él se ríe mientras mastica. Supongo que estos son los pequeños placeres a los que se refiere.

Tardamos un rato en salir de la cama. Hacemos el tonto, jugamos, nos calentamos los pies. Le digo que quiero aprender sueco y él, entre risas, cosquillas y besos, me enseña a decir las partes del cuerpo. *Ögon*, ojos. *Näsa*, nariz. *Mun*, boca. *Hand*, mano.

—¿Y cómo se dice «Te quiero»?

—*Jag älskar dig*.

Dios, qué bonito.

Le pido que me cuente cosas de Estocolmo y él, desnudo del todo, me habla de los veranos de su infancia en el archipiélago. De los días de pesca con su padre por el Báltico. Del manzano en el jardín de la casa de sus abuelos. De Kalle, su conejito saltarín. Del olor de la *prinsesstårta* recién hecha.

—Te prometo que te llevaré algún día —me dice con un brillo de ilusión en la mirada.

Y mientras dibujo círculos en la palma de su mano, me da por pensar en lo hermoso que suena el verbo prometer conjugado en sus labios. Después planeamos qué vamos a hacer hoy y, aunque a mí me encantaría quedarme todo el día metida en la cama con él, le aseguro tras un tira y afloja que en cinco minutos me levanto. Él se dirige al baño dándome por imposible. Yo remoloneo un poco más y aprovecho para recrearme mirando su cuerpo desnudo. Sigo con los ojos la curvatura de su espalda, el movimiento de sus nalgas al andar, la tensión atlética de sus piernas de acero. Y todavía no me creo que todo eso sea para mí. Enseguida oigo el agua correr y, después, a él canturreando. Que es feliz es una evidencia que ya no se puede negar.

Y, al pensarlo, me asaltan unas ganas locas de meterme con él en la ducha.

—*Jag älskar dig* —le susurro abrazada a su espalda mojada.

\*\*\*

Qué día tan maravilloso el de hoy. Cuántos sitios hemos visitado y cuántas cosas hemos comprado. Para mí, postales y una guía sobre la Roma de las películas en la librería Feltrinelli; para Eric, un par de botellas de Chianti y una de Prosecco en la vinoteca Castroni. Y la de fotos que nos habremos hecho, perdidos entre la multitud como dos turistas más. Ahora la memoria de su iPhone está llena de escenas inolvidables. Como la de su pulgar hacia abajo en el coliseo y los restos del Foro Romano reflejados en sus gafas de sol. O la de nuestras manos entrelazadas en la Bocca della Verità que hemos tenido que repetir porque el tío que nos hacía la foto no atinaba. O la del Panteón de Agripa, donde nos hemos puesto a darnos el lote para disimular el robado que les hemos hecho a los *carabinieri* aquellos tan ociosos. La del bello perfil anguloso de su rostro contemplando el techo de la iglesia aquella. O la del Campidoglio, esa en la que salgo con el vestido levantado por el aire.

Y la última, la del beso que acabo de dedicarle en esta *trattoria* del Trastevere.

—Estás preciosa, *älskling* —dice contemplando la foto embobado—. Creo que la voy a poner de fondo de pantalla.

—¿Y si alguien la ve?

—Yo no tengo nada que esconder, nena —responde convencido. Y,

después, alza su copa de vino y brinda conmigo—. *Skål!*

Los espaguetis a la carbonara tienen una pinta deliciosa. Eric enrolla unos pocos en su tenedor y me los acerca a la boca.

—*Mamma mia*. Y yo creyendo que sabía cocinar —farfullo con la boca llena.

Él sonríe y bebe un poco más.

La intuición no me ha fallado y me siento satisfecha. Sabía que aquí cenaríamos bien en cuanto he visto las pequeñas mesas de madera vestidas con manteles de cuadros rojiblancos y velas encastradas en viejas botellas de vino. Un sitio íntimo, romántico y genuino, apartado del trasiego y las grandes concentraciones de gente. Justo lo que me apetecía después del agotador día de hoy.

—¿Sabes una cosa? Está siendo el mejor fin de semana de mi vida.

Busca mi mano por encima de la mesa y me acaricia los nudillos con suavidad.

—Y el mío, Luna. A decir verdad, no recuerdo la última vez que fui tan feliz.

No puedo evitar que su revelación me sobrecoja.

—Eso ha sonado un poco triste.

—Ya. Supongo que en el fondo soy una persona triste —dice sonriendo con pesar.

—¿Cómo puede ser triste una persona que lo tiene todo?

La mirada se le oscurece y la fina línea de su sonrisa se destensa de golpe.

—Lo tengo todo y no tengo nada.

Tras un breve silencio que me taladra los oídos, aparta la mano y se concentra en su plato, no sin antes dirigir una mirada reprobatoria hacia el mío y advertirme que si no como se me va a enfriar. Pero a mí ya no me apetece comer. Se me ha formado un nudo en la garganta que no me deja ni tragar saliva.

Medito un instante sobre qué decir.

—¿Puedo preguntarte por qué no ejerces la medicina?

Eric inspira profundamente, como si tuviera que coger impulso para responder. Deja los cubiertos a un lado del plato y se limpia la comisura de los labios con la servilleta.

—Es un poco complicado, pero, fundamentalmente, porque mi padre tiene otros planes para mí.

—Que son...

—Que dirija la compañía en unos años.

—¿Y tus hermanos?

Él suelta un resuello de burla.

—Ya los viste, Luna. Angus es un completo inútil y el puesto le viene grande. En cuanto a Johan...

—Sí, sé muy bien cómo es Johan, no necesito que me lo recuerdes —le interrumpo haciendo una señal con la mano.

Claro. Ahora entiendo por qué él tiene más acciones a pesar de ser el menor. Y también entiendo de dónde surge la aversión que sienten sus hermanos hacia él.

—Este vino está exquisito —dice entonces, inclinando la botella y observándola con un interés fingido.

El ambiente se ha enrarecido de repente, lo noto. Tengo la sensación de que está tratando de reconducir la conversación hacia otras cosas más insustanciales. El recuerdo de la fotografía de su despacho acude de pronto a mi cabeza y no puedo evitar comparar la imagen de ese hombre feliz que jugaba con un niño con la del Eric circunspecto y ojeroso a la que me tiene acostumbrada. Sé que hay puertas que no se deben abrir y cuerdas que no se deben tensar. No debería seguir indagando, sé que no debería hacerlo, pero también sé que estoy demasiado implicada para dejarlo correr. Necesito conocer a todos los hombres que habitan en él, ya es tarde para reconfigurar mi mente ahora que sé la verdad.

—Pero dirigir la compañía no es lo que tú quieres en realidad.

—Lo que yo quiera no importa —dice sin despegar la vista de la botella —. Lo que importa es que mi padre confía en mí y yo no puedo defraudarlo.

Y ahí está esa fastidiosa costra de conformismo que se crea con el tiempo. Pero no soy yo quien debería tratar de arrancársela.

—Pues a mí no me dio la impresión de que confiara tanto en ti.

—No vayas por ahí, Luna. No lo hagas —me increpa muy serio.

Y, cuando por fin creía que los malentendidos iban a darme un respiro, vuelve a mirarme con el mismo rictus severo que tantas otras veces he visto.

Casi me había olvidado de su carácter autoritario y volátil, pero he abierto una puerta que no se debe abrir, he tensado una cuerda que no se debe tensar. Y lo único que he conseguido es que vuelva su peor versión.

—Solo trato de entender...

—¿Entender qué? —me interrumpe alzando la voz—. ¿Qué tienes que entender? ¿Que he sacrificado mi vocación para convertirme en algo que no soy ni quiero ser?

—Pero eso no es justo, Eric. Tienes todo el derecho del mundo a llenar tu vida con lo que a ti te dé la gana.

—Cuando vienes de una familia como la mía, no.

Y, adoptando un aire melancólico y lejano, baja la mirada hacia el plato y remueve la comida de un lado a otro. Tiene la mandíbula contraída y el mechón rebelde de su pelo le cosquillea en la pestaña. Lo observo con atención un instante. No parece el mismo hombre con el que paseaba cogida de la mano hace un rato. Este parece un barco con el casco agrietado.

Sin embargo, la dolorosa y contundente realidad es que este también es él.

Un hombre triste que lo tiene todo y no tiene nada.

Y no hay fármacos para su tristeza. No, no los hay.

Una lágrima humedece el extremo de mi ojo. Extiendo la mano hasta tocar la suya.

—No es verdad que no tengas nada, me tienes a mí.

—Ya lo sé, *älskling*, ya lo sé. Y tú eres mi único respiro —musita. Y, a pesar de que su voz es casi imperceptible, puedo oír el grito sincero y desgarrador que resuena en su interior—. Por eso necesito que te quedes en mi vida. Y también en la empresa —añade.

Y, de buenas a primeras, la boca se me llena de un sabor amargo que llega desde el mismo centro de mis convicciones y pensamientos.

—¿Es necesario que volvamos a hablar de eso?

—Tarde o temprano teníamos que hacerlo.

Me revuelvo en la silla y aparto mi mano de la suya.

—No, no teníamos por qué. Tienes una carta de renuncia mía, Eric. Y lo que haya pasado entre nosotros este fin de semana no va a cambiar ese hecho.

Él exhala agobiado y se masajea las sienes con suavidad.

—En realidad, lo cambia todo, porque ahora estamos juntos y yo quiero que te quedes.

—Ya estás otra vez imponiéndome tu voluntad. Yo no encajo, Eric. ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo?

—Bueno, pues ya me ocuparé yo de que sí lo hagas. Y punto.

Dejo ir un resuello de desconcierto y sacudo la cabeza.

—¿Te das cuenta de que este es el tipo de cosas por las que la gente piensa que eres un déspota?

—Me da igual lo que la gente piense de mí, Luna. Me da igual que digan que soy un dictador, un sádico o un capullo arrogante al que solo le preocupa el dinero. No importa cuánto me esfuerce o lo duro que trabaje, siempre habrá alguien que se crea con derecho a cuestionarme. Estoy condenado de antemano por ser quien soy. Pero ¿sabes qué? He aprendido a ignorar a los mediocres y a apartar a los que no me convienen. Hay quien lo llama supervivencia, yo lo llamo balance entre acciones —dice enarcando una ceja con orgullo—. La cuestión es que para estar arriba no se puede ser débil.

—Ni tener escrúpulos, según parece —mascullo con acritud mientras me sirvo un poco más de vino.

—En los negocios, a veces, la moral sobra.

Y entonces disparo a matar.

—Qué bien te has aprendido tu papel para estar solo interpretando.

Él aprieta la mandíbula, crispera la boca en una mueca feroz y me dedica una caída de párpados que anticipa la inminencia de una bronca.

—No me apetece tener que estar siempre superando obstáculos. ¿Puedes entender eso, al menos? —me adelanto.

—¿Qué obstáculos, Luna? —exclama acelerado—. ¡Dime uno, uno solo, y te demostraré que no es insalvable!

—Tu hermano Johan, por ejemplo. Por si no te has dado cuenta todavía, me odia a muerte.

—No te odia a ti, me odia a mí. Y yo lo tengo bajo control, así que, por favor, olvídate ya de él —sentencia antes de llevarse la copa a los labios.

Una punzada de rabia me sacude como un embate. Y el tiempo, de repente, retrocede hasta aquel desagradable encuentro.

—No lo tendrás tan controlado si permitiste que viniera a amenazarme la

otra noche.

Mis palabras le suscitan una súbita tos profusa y por poco se atraganta. Cuando consigue calmarse, deja la copa a un lado y se limpia con el dorso de la mano el reguero de vino que le ha manchado la boca desde la comisura hasta el hoyuelo de la barbilla.

—¿Qué acabas de decir?

Vacilo un instante. Le tensa la expresión una mueca ofendida y se retuerce las manos como resistiendo el impulso de convertirlas en puños. Trago saliva. Tal vez debería haber contado hasta diez antes de decírselo, pero, de todas formas, ya es demasiado tarde.

—La noche del cóctel —explico—. Me dijo que era una putita ambiciosa y que si no me alejaba de ti y de la empresa, se aseguraría de que no volviese a tener un trabajo decente en la vida.

Eric golpea la mesa con el puño y yo doy un respingo instintivo. Percibo las miradas de la gente clavadas sobre nosotros y me asalta una incómoda sensación de *déjà vu*.

—¿Y por qué cojones no me lo habías dicho?

—¡Y yo qué sé, Eric! ¡Ha sido una semana muy dura para mí!

—¡Pero tenías que habérmelo dicho, joder!

De improviso, se incorpora y se saca la cartera del bolsillo delantero de los vaqueros.

—Voy a pagar —me escupe como si fuera veneno. Luego gira sobre sus talones y se dirige a la caja.

Cuando salimos de la *trattoria*, la noche ya ha caído sobre el Trastevere y las calles se han llenado de parejas que pasean acurrucadas bajo la luz de las farolas. Nosotros, en cambio, caminamos con las heridas abiertas por las estrechas callejuelas empedradas en silencio y sin mirarnos, imponiendo una dolorosa lejanía entre ambos que me impide disfrutar de los encantos del lugar. Eric me había asegurado que esta zona era una de las más bonitas de la ciudad, sin embargo, ahora mismo estoy demasiado triste para que nada me pueda parecer hermoso. Por pura inercia, llegamos a la concurrida Piazza di Santa Maria, donde un numeroso grupo de gente se congrega alrededor de una banda de música callejera que interpreta la mítica *Volare* a las puertas de la iglesia.

—¿Es que no piensas decir nada? —pregunto ansiosa.

—¿Y qué quieres que diga? ¿Que te dé las gracias por haberlo jodido todo? —responde con acritud.

—Vete a la mierda, Eric. En serio.

Abatida y con los ojos húmedos, dirijo mis pasos hacia la gran fuente que hay frente al templo y me dejo caer sobre las escaleras de piedra que la circundan, preguntándome si toda la perfección de los últimos días no habrá sido más que un espejismo. Si el entendimiento entre él y yo es posible o tan solo una bonita utopía que se resquebraja en cuanto traspaso ciertos límites. Si nos seguiremos queriendo aunque lo tengamos todo en contra. Si yo lo seguiré queriendo aunque la vida me lo ponga imposible.

Y con las dudas rondándome como las moscas en verano, encojo los dedos de los pies y me hago pequeña.

Él se acerca enseguida y se sienta a mi lado. Un rastro de su perfume me llega a las fosas nasales y tengo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas. Si me dejara y no pudiera sentir más su olor, sería casi como si se acabara el mundo.

—Por eso no querías volver al cóctel, ¿verdad? —dice con un tono algo más calmado—. Cuando te encontré en el laberinto. No querías tener que verle la cara otra vez.

—No quería que me siguiera humillando —murmuro con la vista concentrada en los músicos.

De reojo, veo cómo se inclina hacia delante, deja caer la cabeza entre las piernas con lasitud y se pasa las manos por el pelo.

—Soy un imbécil. Soy un auténtico imbécil. Debí dejarle las cosas claras desde el principio —se lamenta como si hablara para sí mismo. Luego se incorpora y me gira sosteniéndome por los hombros para que lo mire—. Perdóname, por favor. No tenía ningún derecho a ponerme así contigo, pero la mera idea de no haber estado a la altura me atormenta. Lo entiendes, ¿verdad? Dime que lo entiendes.

Y me acaricia el olfato un cálido olor a vino.

—Sí, claro que sí —digo con voz queda.

Él me acaricia un mechón de pelo y lo resigue con la mirada.

—Te juro que mi hermano no volverá a hacerte daño nunca más. Ni él ni nadie.

—Todo sería mucho más fácil si me dejaras marchar.

Un gesto de angustia se dibuja en su rostro.

—¿Y cómo voy a protegerte si te vas, eh? ¿Cómo?

—Es que no quiero que me protejas, Eric. Lo que quiero es aprender a levantarme sola después de cada caída. Sin colchón de seguridad ni favores. No quiero que nadie me ponga las cosas más fáciles. Solo quiero que sean como tienen que ser.

Él me envuelve las mejillas con las manos y se acerca hasta que nuestras frentes se tocan. Y, con una calma melódica, bajo el cielo limpio de nubes y la luna en cuarto menguante, se sincera.

—Entonces, protégeme tú a mí. Quédate conmigo y corrígeme. Ayúdame a convertirme en alguien con un motivo sólido por el que despertarse cada día y enfrentarse a tanta hostilidad. Lléname la vida de motivos. Si me dejas solo... Si tú me dejas solo, todo pierde el sentido.

Yo no creía en el destino.

Pero el destino nos ha hecho inevitables.

—Tengo miedo —susurro.

—Y yo —susurra él.

Deberíamos perder el miedo a lo inevitable.

Ignorar el ruido de lo absurdo.

Deshacer los nudos y romper cualquier reserva.

Y la música y sus palabras resuenan desordenadas en mis oídos.

*Nel blu, dipinto di blu.*

*Felice di stare lassù.*

—Está bien, Eric. Me quedaré.

\*\*\*

Tengo los labios inflamados y un ligero sabor a sangre en la boca. El desenfreno ha comenzado antes, en el taxi que nos traía de vuelta al hotel. Nada más arrancar, Eric me ha cogido por la cintura y me ha sentado a horcajadas sobre su regazo. Sus manos se han agarrado con fuerza a mi pelo, como si fuera un chaleco salvavidas, y me han llevado hacia ese beso improrrogable que teníamos pendiente. El taxista carraspeaba continuamente,

tratando de poner de manifiesto de una forma educada que aquel anticipo erótico lo estaba incomodando. Pero a Eric, acostumbrado a proteger su intimidad con recelo, no ha parecido importarle la presencia de un tercero cuando he desabrochado con ansia los botones de su vaquero y le he metido la mano en los calzoncillos. Ha apretado los párpados y ha gemido como si se estuviera deshaciendo por dentro.

Hemos empezado a quitarnos la ropa en el ascensor, víctimas de una enajenación transitoria que era a la vez causa y efecto de la prisa. No decíamos nada y, sin embargo, nos lo estábamos diciendo todo. Queríamos usarnos el uno al otro, hacernos daño, caer en el abismo con los ojos cerrados y que el destino nos engullera. Y, después, con la piel desnuda y las intenciones transformadas en hechos, nos hemos enredado como si bailáramos un tango, rodando sincronizados sobre el pequeño paraíso de dos metros de ancho en el que se ha convertido este colchón maltratado. Queríamos que fuera trágico, que nos doliera, que nos dejara heridas de guerra. Y así es como ha sido. No sabríamos hacerlo de otra manera aunque lo repitiéramos mil veces. Somos débiles de corazón y de cintura para abajo.

Acaricio su pelo con suavidad y los finos mechones se escurren entre mis dedos. No sé cuánto rato habremos permanecido en la misma posición, puede que minutos o puede que horas; he perdido la noción del tiempo. Sé que el peso de su cuerpo sobre el mío no tardará en pasarme factura, pero me da igual que se me rompan todos los huesos de la espalda. Solo quiero quedarme así, quieta, sobre esta cama testigo de nuestra batalla, entre estas sábanas arrancadas con crueldad, con la calidez de su aliento arrojando mi pecho y la humedad de sus lágrimas todavía en mi cuello. Ha derramado la primera tras una explosión densa de placer simultáneo. Mientras nos corríamos, me he quedado con los ojos abiertos de felicidad, contando todas las líneas de expresión de su hermoso rostro contraído por la devastación, y me he perdido entre la realidad y la fantasía. Pero sí he podido discernir algo: existía él y todo lo demás me sobraba. Después, se ha desplomado abatido sobre mí, como si se le hubiera ido toda la fuerza en aquel diluvio, ha enterrado la cara en mi clavícula y el llanto amargo de la desolación se ha desencadenado en sus ojos sin avisar. En ese instante he comprendido que hay lágrimas que no se pueden llorar hasta que el destino elige el momento adecuado. Lo he cobijado entre mis brazos, fuerte, muy fuerte, y me he quedado en silencio.

No porque no tuviera nada que decir, sino porque cuando se rebasa el límite de la agonía, cualquier palabra es un mero parche. En su llanto había mucho dolor almacenado, mucha rabia e impotencia, pero también había esperanza. Era el alarido catártico de un hombre que renacía después de haber tocado fondo, sin excusas ni verdades a medias. Transparente. Tan transparente que podía haber distinguido cada átomo de cada célula de cada órgano bajo su piel. Nunca me había sentido tan conectada al alma de otra persona como en ese momento de sinceridad sin paliativos y me he aferrado a esa idea. Después, cuando ha agotado todas las lágrimas que tenía guardadas en su interior, se ha quedado dormido encima de mí, respirando plácidamente como si por fin hubiera encontrado su lugar en el mundo.

\*\*\*

Ninguno de los menciona el episodio de anoche. Cuando nos despertamos por la mañana, nos miramos como si estuviéramos firmando un acuerdo tácito y enseguida sabemos lo que piensa el otro.

—*Min lilla Luna* —me susurra.

Acaricia mi piel desnuda y no me hace falta nada más para sentirme indestructible. Después, nos disponemos a pasar nuestro último día en la ciudad, queremos que sea relajado. Es un domingo cualquiera en Roma. El parque de la Villa Borghese está lleno de parejas que combaten el inusitado calor primaveral con un refrescante paseo en barca por el lago. Algunas charlan o immortalizan su amor en un *selfie* aprovechando lo bucólico del paisaje. Otras, menos, leen. Nosotros nos limitamos a dejarnos llevar por el movimiento natural del agua sin dejar de sonreírnos ni un momento. En el aire flota algo sereno y cotidiano, como si, en realidad, el principio de nuestra historia se hubiera escrito mucho tiempo antes. Y, aunque sé que las dudas no tardarán en hostigarme, siento una calma solo comparable a la quietud del lago. El sol cae a plomo y la nariz y las mejillas comienzan a enrojecerse. Tiene el típico aspecto de un escandinavo de vacaciones en el Mediterráneo y me parece todavía más hermoso que de costumbre. Los ojos claros se le entrecierran por el exceso de luz y el pelo rubio le brilla como el oro bajo los implacables rayos solares. Acalorado, se quita el jersey y lo deja a un lado de la barca. Continúa remando y advierto cómo se le endurecen los brazos bajo

las mangas de la camiseta blanca ajustada. Me pregunto si alguna vez se acabarán esas ganas constantes de él. Si seguiré deseándolo cuando sea viejo y esté arrugado. Si él continuará deseándome a mí.

—¿En qué piensas, Luna? —me pregunta.

—En que tú todavía sigues llamándome por mi apellido.

—Es que Luna me gusta —dice con naturalidad.

—Ya, pero mi nombre es Ana.

Desvía la mirada y me parece que su expresión, hasta entonces afable, se ensombrece. Lo miro de hito en hito y le pregunto qué le pasa. Él deja los remos a los lados de la barca y, tras apretarse los nudillos hasta que los huesos le crujen, acaba contándomelo.

—Hubo una persona. Y se llamaba como tú.

Siento cómo todo el peso de su confesión cae sobre mí y una súbita curiosidad enfermiza empieza a carcomerme por dentro. De repente, me sorprende a mí misma deseando saberlo todo: quién era ella, cómo se conocieron, por qué terminaron.

—¿Tan marcado te dejó para que no puedas ni pronunciar mi nombre?

—Es complicado —responde esquivándome la mirada.

Es evidente que le he pedido que ahondara demasiado y me pregunto si mis dudas legitiman que continúe hurgando en su herida. En el fondo, sé que lo más justo sería dejarlo estar en este momento, pero no puedo. O no quiero.

—Al menos dime si todavía tienes algún asunto pendiente con ella.

Eric se acerca a mí encogiendo sus largas piernas y me coge la cara con las manos.

—Claro que no, *älskling*. Te quiero a ti. Solo a ti. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento en silencio. Giro la cabeza y centro la vista en el lago. Las coloridas copas de los árboles que lo circundan se reflejan desdibujadas en el agua y le otorgan un precioso aspecto policromo. Dejo caer la mano y, sin querer, ahuyento a un cardumen de carpas anaranjadas que nos seguía en comitiva. Hace rato que él ha dejado de remar y la barca va a la deriva. Y, no sé por qué, pero entonces yo también me siento así.

—Pero tienes un pasado del que no te puedes desprender.

—No es lo que tú crees, Luna, de verdad que no. Dejé de quererla mucho antes de que apareciera tú.

Lo miro a los ojos en busca de algún rastro de melancolía, pero lo único que encuentro es una honestidad brutal que apunta directamente a los míos.

—Pues explícamelo para que pueda entenderlo.

Él exhala como si quisiera vaciarse del todo. Recula unos centímetros, agarra la empuñadura de los remos con agilidad y pone rumbo de vuelta a la orilla.

—Ella ha sido la única mujer de mi vida. Antes de ti —dice con la vista fija en ninguna parte.

—Supongo que quieres decir que ella ha sido la única relación importante que has tenido.

—No, Luna. Quiero decir exactamente lo que he dicho. Que antes de ti, solo he estado con una mujer.

—Ya, bueno, pero habrás tenido *follamigas* o algún rollo de una noche, ¿no?

Eric aparta la mirada sin contestar. Percibo cómo se le encienden las mejillas y sé con certeza que no se debe al sol, sino al gran esfuerzo que está haciendo para sincerarse conmigo. Al fin y al cabo, imagino que a ningún hombre de treinta y tres años le tiene que resultar fácil reconocer que solo se ha acostado con dos mujeres. Especialmente cuando todo el mundo parece dar por sentado que eres un coleccionista de amantes guapo y seductor. Me viene a la cabeza la imagen del hombre frágil que se vació sobre mi cuerpo anoche. Y es como si, al revivir ese momento de incomparable intimidad, volviese a sentir sobre la piel la humedad de sus lágrimas. Esa humedad tan certera, tan de verdad.

Entonces lo sé.

Eric no es ningún depredador. No, no puede serlo, no está en su naturaleza serlo.

Eric es el Eric de la foto.

Y todo lo demás, máscaras convenientes, mecanismos de defensa.

En este preciso instante siento unas ganas indescriptibles de abrazarlo, de acariciar la piel tostada de sus brazos y su pelo suave y lacio, de que todas las letras de su nombre me acaricien la lengua, de decirle que, aunque pudiera vivir sin él, no querría. Pero me contengo. Me quedo en silencio y me limito a escrutarlo como si estuviera deshojando la flor de su secreto. Porque al mismo tiempo tengo mucho miedo. Al fin y al cabo, Ana es su único

referente. No yo, la otra Ana.

—Pareces decepcionada. Tal vez habrías preferido que fuera verdad todo lo que van diciendo por ahí de mí —me reprocha con acritud mientras continúa remando.

—No, Eric. Claro que no. Lo que pasa es que ahora mismo estoy confusa. No entiendo entonces de dónde sale esa fama de mujeriego que tienes.

—Eso es algo que yo mismo he alimentado para protegerme.

—¿Para protegerte de qué?

Eric me lanza una mirada de rendición y, después de unos segundos que me resultan eternos, me entrego a su relato con el corazón encerrado en un puño.

## ***Estocolmo***

Eric Grau y Ana Holmqvist se conocieron cuando todavía eran unos críos, un verano en el archipiélago, y se enamoraron al instante. A los dieciséis años, él ya era el más alto de la familia. Ella, una muñequita rubia de rasgos angelicales y unos labios carnosos que ponían en su rostro un toque prematuro de madurez. Las primeras veces llegaron poco tiempo después y él, con las hormonas y el corazón encendidos, decidió quedarse a estudiar la carrera en Estocolmo. No le costó habituarse a la vida en Suecia. Conocía el idioma a la perfección. Su madre, Lotta, se había encargado de que sus tres hijos lo aprendieran siendo muy pequeños y se acostumbraran a hablarlo en casa. Aunque los Grau tenían un lujoso apartamento en el exclusivo barrio de Östermalm, muy cerca de donde vivía Ana, Eric prefirió quedarse en el campus universitario. La decisión fue aplaudida por su padre, un hombre recto, de ética inquebrantable y que, a pesar de su fortuna, había luchado toda la vida para educar a sus hijos en la cultura del esfuerzo y el sacrificio. A Ana, en cambio, aquello le pareció una especie de traición que jamás podría perdonarle.

Si alguien le preguntase, Eric no sabría decir si fue feliz en aquella época. Estudiaba todos los días, a todas horas, y su vida social, aparte de los partidos

de fútbol que jugaba en la liga universitaria, se reducía exclusivamente a Ana. Ella era absorbente, posesiva, caprichosa. Y tenía una naturaleza complicada y difícil de descifrar. Su primera crisis nerviosa afloró mientras Eric se preparaba para los exámenes de final de curso. Llevaban cerca de dos semanas sin verse y ella no pudo soportarlo. El episodio fue tan grave que sus padres tuvieron que llevarla a urgencias para que le suministraran alprazolam. Después, fue ella la que no quiso verlo y, como resultado, el primer año de Eric en la Escuela de Medicina de Karolinska fue un fracaso.

Pasaron el verano separados. Eric se fue a Barcelona y se encerró en su habitación a estudiar. No tuvo contacto con nadie en todo ese tiempo, ni siquiera con Ana. Su padre lo había amenazado con mandarlo a una universidad de Estados Unidos y la idea lo aterraba. Fue duro, muy duro, pero septiembre llegó y volvió a Estocolmo. La llamó después de los exámenes de recuperación. Acordaron verse en la cafetería Vete-Katten, muy cerca de la estación central de trenes. Ella estaba diferente. Parecía más adulta, más sofisticada. Llevaba los labios pintados de rojo y estaba tan delgada que daba la sensación de que fuera a romperse. Le contó que se había mudado a un apartamento en Södermalm, con vistas a Hammarbybacken, y que se había matriculado en la Escuela de la Moda en contra de la voluntad de sus padres. Después le habló sin parar de un tal Lasse y él sintió que se rompía por dentro.

Con el tiempo, Eric acabó asumiendo que su relación con Ana se había terminado. Pero, una tarde, al volver a la residencia después de clase, se la encontró en la puerta de su habitación, temblando como un flan y con los ojos tan enrojecidos que parecía que le hubieran estallado los vasos sanguíneos. Le echaba mucho de menos. Fue lo único que le dijo. Y fue lo único que él necesitó oír para invitarla de nuevo a su cama y a su vida. Eric nunca preguntó, nunca quiso saber. Retomaron su historia y estuvieron bien durante un tiempo. Ana, que había encontrado en la moda su verdadera vocación, era feliz y eso se notaba en el tipo de relación que mantenían ahora. Pasaban los fines de semana en su apartamento de Södermalm y hacían el amor sin parar. De vez en cuando, se alejaban de la ciudad en el Saab que él se acababa de comprar y hacían planes de futuro mientras paseaban respirando el aire limpio del campo. Después, las cosas se volvieron a estropear entre ellos y Ana no tardó en refugiarse de nuevo en Lasse. Cuando Eric se enteró, rompió

todas las cosas que tenía de ella en su habitación. Y, prometiéndose a sí mismo que jamás la perdonaría, llenó una mochila con ropa de abrigo y se marchó a Kiruna, a unos 140 kilómetros del círculo polar ártico. Permaneció allí un par de semanas, aislado en un pequeño bungalow alquilado en mitad de la nieve, acompañado únicamente por el ulular del frío viento invernal y el graznido de las aves. A veces, si la temperatura no sobrepasaba los veinte grados bajo cero, pescaba o esquiaba en Abisko. Por las noches, contemplaba la aurora boreal desde la ventana, al calor de la hoguera y, arropado por el crepitar del fuego, se quedaba dormido. Leyó y reflexionó mucho; había poca cosa más que hacer por allí durante el inclemente invierno polar. Sin embargo, esa especie de exilio autoimpuesto le ayudó a olvidarse de todo por un tiempo.

De regreso a Estocolmo, encendió el móvil. Tenía 237 llamadas perdidas. Las ignoró todas y volvió a la residencia del campus. Cuando abrió la puerta de su habitación, se encontró a sus padres dentro. Lo primero que hizo el señor Grau fue darle una bofetada a su hijo. Después, le gritó que era un irresponsable y que si no había denunciado su desaparición a la policía sueca era porque había mandado rastrear todos los movimientos de su tarjeta de crédito. Fue Ana quien había alertado a los Grau. Los había llamado y les había dicho entre lágrimas que Eric no estaba. Cuando le preguntaron si había ocurrido algo entre ellos, ella ocultó la verdad. Dos días después de aquello, y solo cuando sus padres hubieron regresado a Barcelona, Eric decidió llamarla. Quedaron para comer en el Café Schweizer. Ella estaba enfadada; él, resentido. Apenas hablaron. Después, caminaron sin mirarse por las calles nevadas de Gamla Stan y cuando llegaron a Stortorget, Eric sintió que le faltaba el aire y se marchó. Aquella misma noche, Ana fue a buscarlo. Le juró que nunca más volvería a ver a Lasse y le suplicó que la perdonara. Él asintió, dejó que lo excitara hasta nublarle el juicio y acabó penetrándola desde atrás, como un animal. Y en el preciso instante en que se derramó en ella, tuvo la certeza de que todo había cambiado.

La vida continuó para Eric Grau y Ana Holmqvist y, con ella, sus constantes altibajos. Cuando estaban bien, hacían cosas normales de pareja. Se iban juntos de veraneo, comían en familia por Navidad y, en San Valentín, se prometían amor eterno. Pero cuando estaban mal, que era casi siempre, Eric sentía que había algo entre ellos, una especie de muro de aire que no

sabía, no podía o no quería atravesar. Discutían todo el tiempo y él, tal vez de forma inconsciente, empezó a distanciarse. Tenía insomnio y le costaba concentrarse. A veces le mentía. Le decía que no podían verse porque tenía que estudiar y acababa escapándose a alguna fiesta universitaria. Se emborrachaba, se tomaba un par de rayas de cocaína y flirteaba con cualquier chica, aunque nunca llegó a tocar a otra que no fuera Ana. Cuando sintió que ya no podía soportarlo más, quiso dejarla y ella se tragó un blíster entero de alprazolam. Eric supo por el señor Holmqvist que habían tenido que ingresarla nuevamente y corrió al hospital. Al verla allí tumbada, pequeña y fría, rodeada de tubos que invadían su fragilidad, se vio engullido por la culpa y se prometió que no volvería a alejarse de ella jamás.

Después de aquello, nunca pudo desprenderse de la sensación de vacío que lo acompañaba a todas horas, a todas partes. A veces, hundía la cara en la almohada de su cama, dejaba que todo su autocontrol se licuase y lloraba el día completo en dos minutos. Por la mañana, cuando se veía las ojeras en el espejo, una feroz oleada de tristeza lo paralizaba desde el cuero cabelludo hasta las puntas de los dedos de los pies. Y, así, todos los días de su vida. Pero tenía que resistir. Tenía que hacerlo por ella; se lo debía. Por aquella época se aficionó a correr. Empezó con unos pocos kilómetros diarios en la pista de atletismo del campus y, al poco tiempo, ya estaba preparándose para su primera maratón. Tal vez, en su pequeño mundo a medio gas, el único momento en el que se sentía verdaderamente libre era cuando se calzaba sus Asics. Había encontrado la grieta por la que dejar ir su ansiedad.

Pasaron los años y la costumbre se instaló entre ellos. Cuando terminó la carrera, Eric decidió que se especializaría en cirugía pediátrica y empezó sus prácticas en el hospital Karolinska para formarse. Se mudó a Södermalm con Ana y, a pesar de las guardias interminables, el cansancio acumulado y los reproches constantes, era feliz. Se sentía completo y, por primera vez en mucho tiempo, creyó que su vida estaba encarrilada. Pero el día que Ana le dijo que le habían concedido una beca de un año para la École de la Couture de París, el mundo se le vino abajo como un castillo de naipes. Tuvo miedo de que aquello marcara un punto de inflexión insalvable para ellos y quiso pedirle que no se fuera. Luego entendió que no tenía ningún derecho a hacer algo así y pensó que, si lo habían superado todo hasta entonces, podrían superar también eso. Al fin y al cabo, un año no era tanto tiempo. Y París no

estaba tan lejos.

Unas pocas semanas después de que se hubiera instalado en su minúsculo apartamento de Le Marais, Eric fue a verla. Pasaron juntos el fin de semana más increíble de sus vidas, sintieron que volvían a enamorarse como cuando eran adolescentes. La despedida fue muy dura para ambos y, entre lágrimas y besos húmedos, se prometieron volver a verse muy pronto. Pero las jornadas de trabajo cada vez más exigentes de Eric lo complicaban todo y Ana no estaba dispuesta a viajar a Estocolmo para quedarse encerrada en casa. Así que las cosas se fueron enfriando entre ellos. Habían pasado ya meses sin verse y sus conversaciones telefónicas se habían espaciado cada vez más en el tiempo cuando Eric decidió tomarse una semana libre y presentarse en París por sorpresa. Al llamar al timbre del apartamento de su novia, le abrió la puerta un hombre medio desnudo. Era Lasse.

No volvieron a verse nunca más. Eric se deshizo de todo lo que había compartido con ella y se trasladó al piso que sus padres tenían en Östermalm. No hubo llamadas, ni mensajes de arrepentimiento, ni siquiera explicaciones. No se dijeron adiós. Ella simplemente desapareció de su vida y él, que llevaba algo enquistado muy adentro, se juró a sí mismo que nunca, nunca, nunca volvería a enamorarse. Un día tuvo la oportunidad de irse a un campamento de refugiados en Kenia con un grupo de voluntarios del hospital y lo hizo. Si alguien le preguntara, Eric diría que esa, sin duda, fue la mejor época de su vida.

\*\*\*

Tras el despegue, me desabrocho el cinturón de seguridad y apoyo la cabeza contra la ventanilla.

—¿Todo bien? —me pregunta acariciándome el muslo.

—Sí, solo estoy un poco cansada.

—Vale, entonces te dejo dormir.

Me da un beso prologando en la sien, saca el iPad de su bolsa y lo enciende.

Reclino el asiento y me acomodo. La verdad es que no tengo sueño, pero necesito un momento a solas conmigo misma para hacer balance de todo lo que he vivido y especular sobre lo que me espera. Fijo la vista en la ciudad en

miniatura que dejo ahí abajo, transformada en pequeños puntos luminosos, y me viene a los ojos una intensa picazón. Ojalá pudiéramos quedarnos y ser eternos nosotros también. Solos, él y yo. Y Roma como telón de fondo. Sin fecha de caducidad para los sueños ni vuelta a la deprimente realidad de los lunes. Sin la inexorable obligación de tener que hacer algo más que dejar que las horas pasen. Sin esa maldita duda sobre el día de mañana que no me da tregua. Ojalá existiera un interruptor que detuviera el tiempo un instante. Pienso en la primera vez que me besó. Hace solo tres días. Y, sin embargo, me siento como si el tiempo hubiera pasado a una velocidad vertiginosa y aquel explosivo beso con el que quisimos desquitarnos de todos los agravios cometidos hubiese tenido lugar en una vida anterior. Porque, aunque seamos las mismas personas, todo ha cambiado desde entonces. La vida es diferente, ahora nuestros corazones hablan sin miedo. ¡Y cuántas cosas me ha dicho el suyo en tan poco tiempo! ¡Cuántas habitaciones abiertas de par en par, cuántos temores expuestos, cuántos fantasmas desenterrados!

Sobre todo, fantasmas.

Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza para no pensar más.

\*\*\*

El aire caliente de Barcelona me golpea la cara como una bofetada al atravesar las puertas giratorias de la terminal. Eric deja el equipaje en el suelo y llama por teléfono.

—¿Con quién hablabas? —le pregunto en cuanto cuelga.

—Con el chófer de mi padre —dice frotándose los ojos de cansancio—. Vendrá a buscarnos enseguida.

—Yo puedo coger el autobús. El 46 me deja muy cerca de casa.

Él sonrío con dulzura y me atrae hacia sí cogiéndome de las caderas.

—¿Y quién ha dicho que vayas a irte a tu casa?

Son cerca de las siete de la tarde cuando el chófer detiene el Mercedes Clase A negro en el chalé de Eric en Vallvidrera. Saca el equipaje del maletero y lo lleva con diligencia hacia la puerta.

—¿Necesita algo más, señor Grau? —le pregunta con un fuerte acento ruso.

Eric niega con la cabeza y le tiende un billete de cien euros.

—Por las molestias —le dice—. Invita a tu mujer a una copa.

El hombre le da las gracias, se sube al coche y se aleja de la propiedad.

Al entrar de nuevo en su casa, me siento extraña. Observo a mi alrededor como una cría curiosa. Aquí fue donde empezó todo. Donde me di cuenta de que estaba irremediablemente enamorada de él. Entre las paredes de esta casa fría e impersonal. Sin embargo, ahora que sé quién es de verdad el hombre que la habita, ya no me parece una cárcel de la que salir corriendo como aquella vez, sino el lugar más acogedor del mundo.

—Ven —me ordena.

Eric carga con nuestras maletas y yo lo sigo hasta la impresionante cocina de diseño.

—Supongo que no tienes nada limpio para mañana, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Entonces, no tenemos más remedio que poner una lavadora. Ya sabes lo pesados que son con el *dresscode* en la empresa en la que trabajas —dice en tono burlón y luego me guiña un ojo.

—¿De verdad me vas a lavar la ropa?

—Claro, nena. Y también te voy a preparar la cena.

—Vaya. —Me acerco a él y le rodeo el cuello con los brazos—. ¿Y qué más?

Sonríe con suficiencia y me agarra de las nalgas con fuerza.

—Te voy a follar en cada rincón de esta casa —susurra sin que se le altere una sola pestaña—. Pero antes vamos a comer algo. Me muero de hambre.

Después, tumbada sobre el cómodo sofá de piel de su salón, con el estómago lleno y la cabeza medio abotargada por el vino, pongo los pies descalzos en su regazo. Él, sentado a mi lado con los pantalones a medio abrochar, me los masajea mientras apura lo que le queda en la copa y tararea esa canción de Neil Young, *Harvest moon*, que suena en bucle en su reproductor de música inalámbrico Bang & Olufsen. La misma que, apenas unos minutos antes, hemos bailado en la cocina mirándonos como si no existiera nada más.

—La canción más bonita del mundo para la chica más bonita del mundo

—me ha dicho.

Me pregunto si estamos empezando a crear cotidianidad. Si los zapatos tirados de cualquier forma por el suelo y la botella de vino medio vacía que reposa sobre la mesa son pequeños avances de la vida que me espera junto a él. Si, la próxima vez que pase aquí la noche, el guardia de seguridad cambiará la expresión de extrañeza al verme por un saludo cordial. Si habrá cosas más en esta casa: un cepillo de dientes, un par de braguitas, fotos... No sé, mi olor, tal vez. Y me digo que sí, que más allá de Roma y de Barcelona y de Estocolmo, existe un día a día para nosotros.

—¿Te ha gustado el *smörgåsbord*?

—Mucho. Y tengo que reconocer que me ha sorprendido que sepas cocinar.

—Que tenga dinero no significa que sea un inútil, nena.

Encorvo la planta del pie y se la restriego con suavidad contra la entrepierna.

—Ya sé que tú lo haces todo muy bien, señor Grau —le digo haciéndome la seductora.

Eric sonrío soltando el aire por la nariz y antes de que le dé tiempo a decir nada más me tiene sentada a horcajadas sobre sus piernas.

—Y también sé que eres un hombre de palabra.

Con premura, le quito la copa de las manos y la dejo en el suelo. Él traga saliva y me mira como si lo acabara de desarmar. Le paso la lengua por los labios y advierto que se le enrojecen las mejillas al instante. Su erección empieza a pugnar por deshacerse de la ropa y yo, ansiosa porque se hunda otra vez dentro de mí, le meto la mano en los calzoncillos con determinación y la libero. Los dedos se me mojan al retirarme las braguitas hacia un lado y, en cuanto me encajo en él, le arranco un gemido ahogado que me inunda los oídos. Creo que podría llegar a correrme solo con escucharlo.

—¿Te gusta así? —ronroneo restregándome contra él con una placidez resbaladiza.

Y él, con los ojos medio vueltos de placer y los dedos clavados en mis caderas, me dice:

—Contigo me gusta de cualquier manera.

Entonces, se levanta de un bote sujetándome de las nalgas y me lleva en

volandas hacia su dormitorio por las escaleras como si estuviera acostumbrado a cargar conmigo.

Normal que aquel día no me acordara de haberlas subido.

Tras el orgasmo, me hago un ovillo junto a su cuerpo todavía agitado y brillante de sudor, y me concentro en hacer lo que más me gusta. Me encanta mirarlo después del sexo porque la dilatación de sus pupilas disminuye y los ojos se le ponen aún más claros. El abdomen le sube y le baja de forma violenta por la agitación. Varios mechones de pelo se desparraman como si estuvieran exhaustos sobre la esponjosa almohada y sus facciones, contraídas hasta ahora por una explosión que siempre es más intensa que la anterior, se relajan poco a poco. Entre suspiros de agotamiento y redención, cruza un brazo por delante del pecho y busca mi mano para entrelazarla con la suya. Siento el calor que emana de cada yema de cada dedo envolviéndome la piel centímetro a centímetro y me pregunto cómo algo tan pequeñito es capaz de provocarme el mismo efecto expansivo que un guijarro lanzado al agua.

—No sé cómo has podido aguantar tanto tiempo sin esto.

Eric enarca una ceja.

—¿Tengo que explicarte cómo se las ingenia un hombre para aliviarse?

Su salida me provoca una carcajada.

—Me gusta mucho el sexo, Luna. Pero las relaciones esporádicas no están hechas para mí. Yo necesito más —dice acariciándome un mechón de pelo—. ¿Resuelve eso tu duda?

—Sí, supongo que sí.

Sus labios se tensan en una bonita sonrisa indulgente.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de lo bien que le queda tu cuerpo desnudo a mi cama.

Y, entonces, me da por pensar que, sobre esta cama tan grande, en esta noche de mayo, en esta ciudad, hay un montón de primeras veces para los dos.

—¿Por qué dejaste Estocolmo?

Eric exhala profundamente y mira hacia arriba con los brazos cruzados sobre la nuca.

—Tuve que hacerlo, Luna. Mi padre me necesitaba aquí. La empresa no pasaba por su mejor momento y la gestión de Johan estaba siendo pésima.

—Así que después de lo de Kenia, volviste a Barcelona y te hiciste cargo del departamento.

—No exactamente. Antes de eso, me fui una temporada a Estados Unidos a estudiar Administración Empresarial.

—Debió de ser durísimo para ti cambiar el bisturí por los números.

—No te imaginas cuánto —musita.

Con el dorso de la mano le acaricio la mejilla para que sepa que estoy aquí, que estoy con él.

—Nunca has hablado de todo esto con nadie, ¿verdad?

Él me mira. Yo también. Y nos quedamos así un instante que parece una vida, suspendidos en un silencio que conecta sus ojos cristalinos con los míos.

—Tú eres la única persona en el mundo frente a la que me he desnudado de esta forma, Luna. Y volvería a hacerlo. Volvería a enseñarte mis heridas, aunque me rompiera en mil pedazos. Nadie me conoce mejor que tú, *älskling*. Nadie. Y no tengo ninguna intención de que eso cambie.

Sus palabras me incendian el corazón y me lanzo a abrazarlo fuerte, muy fuerte, para que su piel se funda con la mía y no nos acabemos nunca. Y oigo música, juro que oigo música. Es lo más bonito que me ha dicho, lo más desde dentro, lo más de verdad. Puede que mañana me asalten de nuevo los fantasmas, pero ahora, sobre esta cama tan grande, llena de primeras veces, en esta noche de mayo, en esta ciudad, solo existimos él y yo.

Y todo lo demás no importa.

—Te quiero, Eric.

## Capítulo 51

Sin duda, lo peor de un viaje es que se acabe y tener que volver a la obligada rutina diaria. Al desagradable sabor del café de máquina. Al molesto ruido de ese fluorescente que parpadea sin tregua. A los cuarenta y siete correos que saturan la bandeja de entrada desde la última vez que la revisé. A un reloj que no pasa de las doce menos cinco. O a la cara larga de esa compañera con la que aún no he hecho las paces.

Joder, solo son las doce menos cinco.

Es normal que Marga siga enfadada conmigo y que ni siquiera haya despegado la vista del portátil para mirarme; yo también lo estaría si ella me hubiera estampado un trozo de pizza en la cara delante de media empresa. En cambio, Sergio y Oliver, que ya parecen haberse olvidado del incidente, se han abalanzado sobre mí como aves de rapiña en cuanto he aparecido por el cubículo y me han avasallado con un montón de preguntas que he respondido de la forma más lacónica posible. «¿Has conocido a mucha gente? ¿Qué tal la comida italiana? ¿Te ha dado tiempo a hacer turismo?» «Sí. Bien. No mucho», miento descaradamente. Aunque no sé si ha colado, porque tengo la extraña sensación de que todo el mundo sabe lo que he estado haciendo durante los últimos días, dónde y con quién, sobre todo con quién. No sé por qué, pero es como si lo llevara escrito en la cara y no pudiera disimularlo. Como si de todos los poros de mi piel emanara acusatoriamente el inconfundible olor de su perfume.

Su perfume. Me llevo la muñeca a la nariz y aspiro fuerte.

—Te he robado un poco de Armani Code —le he dicho cuando ha apagado el motor de su coche—. Así estarás conmigo todo el día.

Él me ha dedicado una sonrisa deslumbrante y se ha desabrochado el cinturón de seguridad. El reloj del salpicadero marcaba que faltaban cuatro minutos para las nueve y el *parking* de la empresa ya estaba prácticamente lleno. He mirado a través de la ventanilla con cierto nerviosismo, pero no he visto a nadie.

—Voy a contárselo a mi padre, Luna —ha dicho antes de que pudiera abrir la puerta—. Y cuanto antes lo haga, mejor. No quiero que se entere por rumores.

He sentido que una masa de miedo atroz se me formaba en el centro del pecho y me dificultaba la respiración.

—Tal vez deberías esperar un poco.

—¿Esperar a qué?

—No sé. A ver cómo van las cosas entre nosotros, supongo.

La respuesta no le ha gustado. Ha arrugado el entrecejo y en los labios se le ha dibujado una especie de mueca crispada.

—Yo sé lo que quiero, Luna.

He exhalado y le he buscado la mano. La tenía sobre el muslo, apretada en un puño que he deshecho dedo a dedo con cuidado.

—Y yo también, Eric. Pero tengo miedo de que su reacción te haga cambiar. Sé muy bien la influencia que ejerce sobre ti.

Él me ha puesto las manos en las mejillas.

—Escúchame, *älskling*. A ti y a mí ya no puede separarnos nada, ni siquiera mi padre. Me da igual cómo reaccione. No pienso construir mi vida contigo en base al silencio y a las mentiras.

—Nadie está diciendo que tengamos que mentir, Eric. Solo que llevemos esto con discreción. Por lo menos de momento. Por favor.

Él ha resoplado y ha apartado las manos.

—No te prometo nada —ha dicho, aunque yo he interpretado que haría todo lo posible por complacerme. Sin embargo, el beso con lengua y la sonora nalgada que me ha dado después, justo antes de que el ascensor se detuviera en la planta menos uno, me han dejado bastante claro que la discreción no entraba precisamente en sus planes.

Y, al pensar en eso, me descubro sonriendo como una boba.

La llegada fortuita de Alberto interrumpe mis cavilaciones y me devuelve

al presente.

—Tú y yo necesitamos un café con urgencia fuera de aquí —me dice nada más entrar por la puerta.

Cinco minutos después, estamos sentados en una mesa de la cafetería que hay frente al edificio acristalado de Laboratorios Grau.

—Vengo de una reunión con el Comité de Ventas. No te voy a preguntar cómo te ha ido en la convención porque la cara que traía *Iceman* ya era bastante reveladora.

—¿Cara de qué, si puede saberse?

—De haber estado follando como un cabrón todo el fin de semana.

Casi me atraganto con el café.

—¿Y por qué piensas que yo tengo algo que ver?

Él deja ir un resuello de burla.

—Porque tú tienes la misma cara que él, bonita.

Se me escapa una risita bobalicona inculminatoria que trato de disimular cambiando de tema enseguida.

—Bueno, ¿y qué tal ha ido la reunión?

—A eso voy. *Iceman* les ha dicho a todos que pasarías a ser interna con carácter inmediato.

—Joder, no ha tardado ni un día en anunciarlo —mascullo.

Alberto no puede ocultar su cara de desconcierto.

—¿No me habías dicho que no querías el puesto?

—Y no lo quería, pero Eric puede llegar a ser muy convincente cuando se lo propone.

—Vale, no me interesan vuestras intimidaciones —dice agitando la mano—. El caso es que la Fortuny se ha puesto como una moto y él ha terminado echándola de la sala de juntas.

—¿Que ha hecho qué?

—Tenías que haber visto la cara que se le ha quedado a la muy bruja. No se le ha derretido el bótox de milagro.

Aunque su comentario es gracioso, no puedo evitar sentir cierto desasosiego. Esa tipa me la tiene jurada desde el principio, solo le hacía falta eso para acabar declarándome la guerra.

—¿Te has enterado de lo de Marcos Calvet? Por lo visto lo han

despedido.

—Algo he oído. Oye, ¿y Lidia ha dicho algo antes de irse?

—Sí, que hablaría con Johan Grau.

Exhalo y fijo la vista en la taza que sostengo en las manos. Y, entonces, me doy cuenta de que el futuro que me espera en Laboratorios Grau está teñido de un intenso tono oscuro. Como los posos de este café.

## Capítulo 52

Si algo se desprende de las miradas cargadas de rencor que me han lanzado mis compañeros desde que Alberto les ha dicho que voy a ser interna es que me consideran una enchufada de mierda. Exactamente lo que me imaginaba que sucedería.

—¿No es un poco injusto que *Iceman* fiche a la última persona que ha llegado al departamento? —pregunta Sergio sin poder ocultar su cabreo.

—Injusto y sospechoso —apostilla Marga entre dientes.

—Ya te vale, Ana. Te has pasado al lado oscuro —añade Oliver moviendo la cabeza con aire reprobatorio.

—Joder, no seáis así —les reprende Alberto—. La chica se lo ha ganado. Podríais alegraros por ella en vez de machacarla de esta manera.

En realidad, no los culpo. Un puesto fijo en esta empresa es a lo que aspira la mayoría de los trabajadores subcontractados y, para conseguirlo, aguantan lo que sea durante el tiempo que sea: salarios por debajo de la media, cláusulas contractuales abusivas, horas extra que no se pagan y, lo peor, el trato humillante de un cliente demasiado exigente y nada empático. Pero, a pesar de todo, formar parte del engranaje de Laboratorios Grau es la meta de cualquiera. Por eso me odian, porque para ellos ahora soy una competidora desleal. Lo sospechosamente fácil que han resultado las cosas para mí, la última en llegar, en un entorno tan endogámico como este hace que se sientan ninguneados. Me gustaría que supieran que los motivos para que sea yo la que está a punto de cruzar la línea son más personales que profesionales. Ojalá pudiera contárselo y, de paso, prevenirles del futuro que

les espera, pero no puedo. Y por eso no he dejado de notar una extraña presión en la nuca durante todo el día, como si una cuchilla muy afilada fuera a guillotinar me en cualquier momento. Me siento como si estuviera sometida a un test de estrés constante.

Y, entonces, lo veo y la presión se evapora.

Está sentado a unas cuantas mesas de distancia, frente a otro hombre que no reconozco porque está de espaldas. Me extraña que esté aquí, él nunca viene a comer a la cantina. Antes habría creído que eso se debe a que no le gusta mezclarse con la gente común. Pero hoy, ni el traje, ni el pelo otra vez engominado, ni esa pose permanente de director de Ventas y Finanzas frío e implacable pueden enmascarar al hombre sencillo que es en realidad.

Él todavía no me ha visto, pero yo no puedo dejar de mirarlo. Me abstraigo de las conversaciones superfluas de mis compañeros y me concentro en observar al detalle cada uno de sus gestos. Me fijo en cómo se le mueve la nuez al tragar. En cómo se rasca el cuello o se muerde el interior de los carrillos cuando calibra una respuesta. En la expresividad inquieta de sus cejas rubias. En cómo asiente cogiéndose la barbilla. Y, luego, me fijo en el destello de felicidad que le aparece de golpe en el rostro.

Me ha visto.

Y, aunque de vez en cuando desliza una mirada de fingido interés hacia su interlocutor, ya solo tiene ojos para mí. Me enrosco un mechón de pelo entre los dedos y le sonrío con disimulo. Él me devuelve la sonrisa y se pasa la mano por la corbata de rayas de color azul. Yo misma la he elegido para él esta mañana, después de haberme pasado más de diez minutos revolviendo en su interminable vestidor.

—Hace juego con tus ojos —le he dicho mientras me encaramaba al cuello de su camisa para colocársela.

Él me ha regalado uno de sus arrebatadores pestañeos, ha echado la cabeza hacia atrás y me ha dejado hacer. Tenía el pelo mojado porque, antes de eso, nos hemos dado una ducha juntos. Y, antes de eso, hemos desayunado en la cocina, donde me esperaba con la mesa puesta y el cuerpo sudoroso después de su habitual sesión de ejercicio matutino.

—Si me sigues tratando así de bien, me vengo a vivir contigo —he dejado caer medio en broma antes de llevarme a la boca un trozo del apetitoso *mackor* de queso, tomate y pepino que me ha preparado.

—Esa es la idea. Así que, de momento, tus cosas se quedan aquí.

Alguien lo aborda y desaparece de mi campo visual y yo aprovecho para levantarme de la mesa y llevar los restos de mi comida al carro de las bandejas. Antes de irme, me da por deslizar una mirada fugaz hacia su sitio, pero advierto con cierta decepción que no está. Y es entonces cuando noto una presencia por detrás y unos dedos cálidos que me acarician la mano con disimulo.

—Sube a mi despacho dentro de una hora —me susurra al oído.

Su boca me roza el lóbulo de la oreja y yo siento que me derrito. Cuando me doy la vuelta, ya se ha ido.

## Capítulo 53

Eric está sentado al otro lado de su escritorio, con el nudo de la corbata flojo y la camisa blanca impoluta remangada hasta los codos, enfrascado en la lectura de uno de esos números de la revista médica *The Lancet* que tanto le apasionan. Levanta la vista del papel y me dedica una mirada cautivadora, a pesar de su apariencia cansada.

—Ven, siéntate aquí —dice palmeándose el muslo.

Cuando estoy sobre su regazo, me coge por la cintura y hunde la cara en mi cuello.

—Necesitaba verte. Llevo un día de mierda.

Yo le acaricio el pelo de la nuca con suavidad.

—Lo sé. Me han dicho que has tenido un conflicto con Lidia esta mañana.

—Nada que no se pueda solucionar. —Se frota los ojos con vigor y me mira con cautela, como si fuera a darme una mala noticia—. Voy a estar toda la semana fuera, Luna. Tengo que irme de viaje esta noche.

—¿Otra vez? —pregunto sin poder ocultar mi decepción.

—Ya sabes cómo funciona esto, pequeña.

—¿Y a dónde vas?

—A Estocolmo.

Y, entonces, se abre una grieta invisible entre nosotros. Siento miedo mezclado con una rabia densa y pegajosa.

—Ha surgido un problema con la producción de un fármaco en la sede sueca y hay que solucionarlo cuanto antes.

—Claro. Y tienes que ir precisamente tú, no vaya a ser que tus hermanos se hernien por hacer su trabajo una puñetera vez en la vida.

Eric me mira con desconcierto y yo giro la cabeza enfurruñada.

—Oye... Pero ¿qué te pasa?

—Nada.

—No, Luna, nada no. —Me presiona suavemente la barbilla y me obliga a mirarlo—. ¿Qué pasa?

Ana, eso pasa. No yo, la otra Ana. Que me da pánico que Estocolmo le haga revivir lo que una vez sintió por ella. O que todos los años a su lado les hagan sombra a estos cuatro días y se olvide de mí. Quiero decírselo, pero no lo hago. Porque cuando me fijo en esas ojeras que no perdonan ni siquiera hoy, esas ojeras de un día tras otro acostumbrado por la fuerza a la dinámica de las tensiones, de las apariencias y las obligaciones, me digo que no tengo ningún derecho a complicarle aún más la vida. No, no lo tengo. Porque este hombre tan hermoso se ha desnudado frente a mí. Me ha enseñado sus heridas de cerca.

«Y volvería a hacerlo, aunque me rompiera en mil pedazos».

—Que ojalá no tuvieras que irte, Eric. Solo eso —confieso en voz baja.

Él me acaricia la mejilla con el dorso de la mano y me mira con esa ternura de las últimas veces a la que ya he empezado a acostumbrarme.

—Una semana pasa volando, *älskling*. Te llamaré todos los días, te lo prometo.

—¿De verdad?

—¿Alguna vez te he mentado? —dice jugueteando con el lóbulo de mi oreja—. Bésame, anda. Es una orden.

—No, Eric. Aquí no.

—Sí, Luna. Aquí sí.

Y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, me atrapa por la nuca y me acerca a su boca. Yo siento que me rompo en dos como una cáscara. Me abandono y me dejo atrapar por el vértigo de un beso excitante porque es aquí y es ahora. En este despacho, en este edificio, en este lunes de esta ciudad. Y el miedo de antes se disipa en cuanto me dejo caer por el tobogán de su lengua húmeda y caliente. Eric me tira del pelo con fuerza y se lanza a mi cuello tenso por la posición como si fuera su presa. Una oleada

espasmódica se desata enseguida en mi vientre y se expande hacia abajo con la rapidez de la pólvora. Me contraigo involuntariamente y dejo ir un gemido de placer anticipado. Y no puedo evitar preguntarme cómo es posible que pueda pasar de un momento tan tierno a un calentón así de bestial en cuestión de segundos. Joder, es que no me reconozco.

—Mira cómo me pones —dice con una ronquera animal. Me coloca la mano sobre su erección y la presiona.

Y entonces se desata el caos. Una estruendosa alarma que proviene de algún lugar del edificio comienza a sonar y se cuelga a través de las paredes de su despacho. Aparto la mano con rapidez y me separo de él rompiendo el momento por la mitad.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso? ¿Un incendio? —pregunto alterada por el alboroto que se oye al otro lado de la puerta.

—Tranquila, solo es un simulacro —responde mirándose el reloj.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Ah, que ya lo sabías.

—Claro. Yo sé todo lo que pasa en esta empresa, ya te lo dije.

Trato de incorporarme, pero Eric me retiene con fuerza sobre sus rodillas y me lo impide.

—¿A dónde crees que vas? —dice en plan seductor. Acto seguido se pone de pie con agilidad y me sienta sobre el escritorio encajándose entre mis piernas, que inevitablemente acaban enroscadas en su cintura. Todo pasa tan rápido que ni siquiera me doy cuenta.

—¿Estás loco? ¡Que nos van a ver! —exclamo tratando de apartarme de él.

—Relájate, nena. —Me sujeta las muñecas con una mano—. En menos de cinco minutos esa molesta alarma dejará de sonar, todas las puertas del edificio se bloquearán y no quedará absolutamente nadie aquí dentro.

—Pero...

—No hay peros que valgan —me interrumpe deslizando la mano por debajo del vestido. Y después me baja las bragas con una brutalidad que me deja sin aliento. Esto es lo que quería. Para esto me ha pedido que subiera. Para hacer conmigo lo que más le gusta. Lo tenía todo planeado. Y no puedo

evitar que la idea me haga sentir poderosa.

La penetración es tan violenta que siento como si me desgarrara por dentro mientras se va abriendo camino a empujones. Me duelen sus dedos clavándose en mis caderas y la intensidad de su lenguaje físico. Me duele y no puedo ocultarlo. Pero es un dolor denso y resbaladizo que huele a almizcle y se enreda en el vello que tenemos entre las piernas. Como el de mi sueño. Es un dolor sin el que ya no podría pasar. Eric me mira con tanta voracidad que tengo que agarrarme a su corbata, porque incluso aquí, incluso ahora, es capaz de desestabilizarme con esos ojos de felino salvaje.

—Llevo todo el día pensando en esto —confiesa con la boca pegada a mi frente.

Saboreo el sudor salado de su cuello y él responde a mis estímulos apretándose más. Luego, tira de mis caderas hacia abajo y se me echa encima obligándome a recostar la espalda sobre la mesa, que cruje bajo el peso de nuestros cuerpos tensos. Algunos papeles salen disparados hacia el suelo. Fuera, el pasillo se ha quedado en silencio y el barullo de la alarma ha sido sustituido por los gemidos y las palabras obscenas que salen de nuestras bocas. Deslizo las manos hasta su culo y lo aprieto con deseo, él me embiste como si el fin del mundo estuviera a punto de llegar. Ambos sabemos que no nos queda mucho tiempo, así que nos damos prisa sincronizándonos como dos bestias en celo que gruñen y se atacan hasta que acaban la una con la otra, despojados de todo lo que no sea la consecución inmediata de nuestro placer. Y, después, jadeantes y llenos de marcas, permanecemos quietos en la misma posición saboreando con las lenguas blandas los últimos minutos de esta pequeña victoria.

—Siento haberte hecho daño —me susurra con la voz sedosa.

—No me importa, Eric. No hay mayor placer que este dolor.

## Capítulo 54

Dicen que las personas tenemos muchas lealtades diferentes. Está la obvia, la que mantenemos con la ley. También hay una para con la pareja, los amigos y la familia, y otra para con el trabajo. Pero, además, existe la lealtad que nos debemos a nosotros mismos. Si algo he aprendido últimamente es que la mayoría de las veces todas esas lealtades colisionan entre sí. Y por eso me estoy devanando los sesos ahora mismo, porque digamos que mis lealtades han sufrido un choque de lo más aparatoso y tengo que decidir a cuál de ellas rescato antes.

Solo se me ocurre un motivo por el que Salvador Grau podría haber pedido verme con urgencia un viernes a primera hora de la mañana: sabe lo mío con su hijo. Puede que Eric se lo haya contado, aunque me inclino a pensar que, si hubiera dado un paso tan importante, me lo habría dicho. Hemos hablado por Skype durante horas todas las noches de esta semana y en ningún momento ha mencionado nada al respecto. Así que no, no ha podido ser él. Tal vez ha sido Johan. Lo más probable es que Lidia le haya contado lo que pasó en la reunión del lunes y haya acabado cumpliendo la amenaza de desacreditar a su hermano frente a su padre. Pero supongo que, a estas alturas, Eric ya lo sabría y me habría prevenido. Aunque, en realidad, el señor Grau podría haberse enterado por cualquiera, porque estoy convencida de que ya no queda ni una sola alma en esta empresa que no esté al tanto de lo nuestro. Ya se sabe que los rumores viajan a la velocidad de la luz.

En cualquier caso, creo que, cuando me pregunte, lo más sensato sería mentir por la lealtad que se supone que le debo a mi trabajo.

**Opción A:** «Todos los rumores que apuntan a una relación entre su hijo y yo son completamente falsos, señor Grau».

Sí. Definitivamente, negarlo todo y seguir pasando desapercibida sería lo más sensato. Lo que ocurre es que, a diferencia del común de los mortales, a mí no se me da demasiado bien fingir. Nunca he tenido una habilidad especial para ser condescendiente y, desde luego, no me considero ninguna hipócrita. Tampoco creo que decir la verdad vaya a suponer, ni mucho menos, una catástrofe para el futuro de Laboratorios Grau. Seamos serios, una empresa no se va a pique solo porque el hijo del dueño se enrolle con una empleada.

**Opción B:** «Todos los rumores que apuntan a una relación entre su hijo y yo son completamente ciertos, señor Grau».

Pero una cosa es que el hijo del dueño se enrolle con una empleada, y otra muy diferente, que se enamore de ella y quiera ascenderla de la noche a la mañana. Supongo que lo primero es excusable. Poco profesional, sí, pero excusable. En cuanto a lo segundo, dudo mucho que a Salvador Grau, un hombre tan recto y preocupado por el estatus social, pudiera parecerle aceptable. ¿Estoy realmente preparada para enfrentarme a su reacción? Es evidente que no. ¿Quiero mentir sobre algo tan importante como mi relación con su hijo? Pues tampoco. Así que creo que lo más inteligente es que no diga nada. Además, Eric fue bastante explícito cuando dijo que quería contárselo.

**Opción C:** «Solo responderé a sus preguntas en presencia de mi abogado, señor Grau».

Me detengo frente a la puerta de la sala de juntas y mi cuerpo se tensa como si se estuviera preparando para una batalla. Las manos me sudan y tengo la desagradable sensación de que podría vomitar en cualquier momento. Trago saliva e inspiro con fuerza, tratando de contener los espasmos de mi estómago. «Por favor, que sea rápido, que no duela», me digo. Llamo un par de veces con los nudillos y espero a que alguien abra. Y, si algo me queda claro enseguida es que, sea lo que sea esto, ni va a ser rápido, ni indoloro. Barro el lugar con la mirada y no puedo evitar sentir una extraña presión en el pecho. La sala está repleta de gente con caras de

preocupación. O tal vez de cabreo, no sabría decirlo. El señor Grau preside la mesa en una punta, con Angus y Johan a los lados. También están Lidia Fortuny; Antonio Kerrigan, del Departamento de IT; la directora de Comunicación, Elena Tarrés; dos tipos con pinta de picapleitos que no había visto en mi vida y Alberto. Algo va mal, me digo. Muy pero que muy mal. Aquí hay demasiada gente como para que esto sea por una relación amorosa. No sé qué ha pasado, pero esto es un consejo de guerra en toda regla.

—Tome asiento, por favor —me indica el señor Grau con voz rotunda—. No tardaremos en empezar.

Me siento junto a Alberto en una de las dos sillas que quedan vacías, tratando de pasar por alto el intimidante escrutinio al que me veo sometida.

—¿De qué va todo esto? —le susurro con disimulo.

—Ni puta idea, Ana. Yo sé lo mismo que tú.

Unos pocos minutos después y en medio de un silencio tan intenso que resulta perturbador, la puerta vuelve a abrirse.

—A ver, ¿qué es eso tan urgente que no puede esperar? —pregunta alguien, sin mayor ceremonia.

«Eric. Vale, esto empieza a ser preocupante».

Me giro sobresaltada por un creciente instinto de peligro y me encuentro directamente con su mirada de estupefacción.

—¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? Creía que llegabas mañana.

—He tenido que adelantar la vuelta.

El señor Grau carraspea con impaciencia.

—¿Podemos empezar?

Eric se desabrocha la americana y se sienta a mi lado.

—Soy todo oídos —responde tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Johan, por favor, expón los hechos.

—Claro, papá, con mucho gusto —dice esbozando una sonrisa maliciosa. Una sonrisa que solo puede inspirar los peores vaticinios—. Aunque, mucho me temo que el motivo de esta reunión extraordinaria no es nada agradable.

—Ve al grano, ¿quieres? —ataja Eric de mala gana—. No he cogido un avión a las cinco de la mañana para escucharte decir vaguedades.

—El mundo no gira en torno a ti, hermanito.

—¿Queréis hacer el favor de dejar vuestros numeritos y comportaros como dos personas adultas? —los interrumpe el señor Grau—. Hijo, tenemos un problema serio —continúa, mirando a Eric de forma sostenida—. Los incentivos de la fuerza de ventas se han hecho públicos.

Eric se revuelve en su silla y yo siento una especie de latigazo en la espalda.

—¿Qué? ¿Cómo que los incentivos se han hecho públicos? ¿De qué hablas?

«Sí, ¿de qué está hablando?».

—Aunque hemos intentado todo lo humanamente posible —prosigue Johan—, ha sido imposible detener la filtración. A estas horas, todos los datos circulan por Internet. Con nombres y apellidos.

—Señores, esto es muy grave —apostilla uno de los dos picapleitos—. Van a llovernos las demandas por vulneración de la Ley Orgánica de Protección de Datos.

—Justo lo que nos hacía falta ahora, con la prensa acechando por el asunto de las patentes —añade Lidia.

—¡Y en pleno lanzamiento de Gabarol! Esto va a afectar a las ventas, Eric —sugiere Angus con rictus de preocupación.

—Desde luego, se nos viene encima una crisis de reputación de las gordas —dice Tarrés—. No sé cómo vamos a gestionarla, con todos esos ciberactivistas poniéndonos a parir en sus blogs. ¿Sabéis cuántos *tweets* lleva ya el *hashtag* #Elincentivodelavergüenza? —Coge su iPad y lo muestra ante la sala—. ¡Treinta mil! Y no son ni las diez de la mañana. Esto ya no hay quien lo pare.

«Incentivos... Filtración... Demandas... Confidencialidad... Crisis... Ventas... Ciberactivistas...»

Las palabras percuten en mi cabeza haciendo mucho ruido. Tanto ruido que necesito sostenerme las sienes con los pulgares por miedo a que me estalle el cerebro. Luego, no sé cómo, consigo aislarme unos segundos y no escuchar nada. Es como si el bullicio de la sala hubiera desaparecido de pronto, engullido por una especie de silencio al vacío. A veces, cuando una situación alcanza límites insoportables, es necesario saltar de una dimensión a otra.

—¡Callaos! —exclama Eric devolviéndome a la realidad—. ¡Callaos ya!

—Se sujeta el puente de la nariz con los dedos y resopla con los ojos cerrados —. Si habláis todos a la vez, no voy a conseguir entender qué está pasando.

—Ya te lo hemos dicho —interviene Johan—. Ha habido una fuga de información y ahora toda la puñetera red está al corriente de los incentivos que pagamos a los visitantes médicos. ¿Lo has entendido ya o te hago un esquema?

«Qué gilipollas».

Eric chasquea la lengua y resopla, pero ignora a su hermano y desliza una mirada rápida hacia Kerrigan.

—¿Cómo es posible que haya pasado algo así? ¿Una intrusión externa, tal vez?

Johan deja ir un antipático resuello de burla.

—Más bien interna. Pregúntale a tu «fichaje estrella».

Lo suelta de forma brusca, casi rayando el sarcasmo. Y luego me dedica una caída de párpados cargada de malas intenciones.

—¿Qué? —exclamo desconcertada—. ¿Está sugiriendo que yo...?

—No lo estoy sugiriendo.

Eric se gira hacia mí con los ojos resplandecientes, las fosas de la nariz dilatadas y el gesto contraído en una mueca que oscila entre la incredulidad y el horror. Y su mirada encierra algo que no me gusta. Algo mucho más molesto que el saberme observada por todas las personas que hay ahora mismo en esta sala. Algo tan decepcionante e injusto como la desconfianza.

Y duele. Ya lo creo que duele.

—No me mires así. No he sido yo. Yo no he hecho nada.

—Ya, pues nosotros tenemos pruebas que indican lo contrario, ¿verdad, Kerrigan? —insiste Johan con cierto sadismo en su tono de voz.

—Así es. Los ficheros que contienen las cifras de los incentivos y los datos personales de sus beneficiarios han sido enviados desde la cuenta de correo ana.luna-external@laboratoriosgrau.com y el ordenador registrado al mismo nombre a una plataforma de filtraciones anónimas llamada Revealit.org.

—¡Venga ya! ¡Eso es imposible! ¡Yo no he enviado nada a nadie!

—Además, en su historial de navegación figuran numerosas visitas a una de las páginas web que tenemos clasificadas como potencialmente de riesgo,

así como un correo de contenido incendiario de un tal... —Hace una pausa para consultar los papeles que tiene sobre la mesa—. Oliver León. Otro subcontratado de IT Professional Solutions, por lo visto. Compruébalo tú mismo, Eric. Está todo aquí —dice acercándole los papeles.

Al principio, dudo durante unas milésimas de segundo. Pero enseguida me viene a la cabeza el día que Oliver me envió por escrito la *url* de *La verdad incómoda*. ¡Joder, por escrito! También me acuerdo de la bronca monumental que me echó Eric la noche que cenamos en el restaurante sueco, cuando le conté que había estado leyendo el blog. En ese momento pensé que exageraba, que no era para tanto, pero ahora me doy cuenta de que he subestimado la magnitud de mis actos. Van a utilizar todo esto en mi contra. Van a utilizarlo para reforzar mi supuesta culpabilidad. Esta gente es peor que la Gestapo.

Dios. Nada de esto tiene cabida en el guion de lo coherente.

—No me puedo creer que hayáis registrado mi historial.

—Entonces, no lo niegas —replica Johan.

—No, pero...

—¿Qué has hecho, Luna? —me increpa Eric. Y esa vena que se le marca cuando se altera hace acto de presencia y le parte en dos la frente—. ¿Qué coño has hecho?

—¡Ya te he dicho que yo no he hecho nada! ¿Cómo puedes dudar de mí?

—¿Entonces cómo explicas esto? —Me tira los papeles con furia y grita—: ¿Cómo explicas que los archivos salieran de tu correo?

Quiero preguntarle en qué momento ha dejado de confiar en mí. Qué ha pasado para que mi palabra de repente no valga nada. Dónde está el Eric de Roma que me prometió que nadie volvería a hacerme daño. Quiero preguntarle todo eso y mucho más, pero no soy capaz. Las palabras se han convertido en una bola que me atora la garganta y no soy capaz. Supongo que este es uno de esos muchos momentos de la vida en los que no tengo lo que hay que tener para defenderme.

—Me has decepcionado, Luna. No te imaginas cuánto —sentencia. Y sus palabras reverberan en mi oído como el atronador sonido de un disparo a quemarropa.

—¿Puedo decir algo? —intercede Alberto—. Conozco muy bien a Ana. Y sé que tú también, Eric. Una cosa es que haya leído un blog y otra muy

distinta es que haya filtrado información confidencial deliberadamente.

—No te ofendas, Alberto —apunta Johan esbozando una sonrisa cínica —, pero hasta un ciego vería que nada de eso —Señala los papeles que Eric me ha lanzado antes— es inocente ni aleatorio. —Alza los pómulos con arrogancia y posa su mirada venenosa sobre mí—. La gente como tú desprecia todo lo que nosotros representamos.

—No...

—Por eso lo has hecho.

—Yo no he hecho nada... Juro que no...

Alberto me pone la mano sobre el antebrazo, supongo que para impedir que continúe hablando, y dice:

—No puede ser, tiene que tratarse de un error.

Eric se levanta de la silla en un arrebato de cólera y lo señala con el dedo índice.

—¡El único error aquí es tu criterio para seleccionar personal!

Johan deja ir una carcajada siniestra y sobrecogedora.

—¿Ahora resulta que la culpa es del pobre Alberto? ¡No me hagas reír, hombre! Has sido tú quien ha metido al enemigo en casa. Tú la llevaste a la convención y tú le ofreciste un puesto interno en la empresa.

—Y no te olvides de todas las veces que me has humillado para defenderla —añade Lidia tocándose la melena con dignidad.

—Asume de una puñetera vez que todo esto es culpa tuya, Eric.

—Pues me he equivocado, ¿vale? —exclama haciendo aspavientos—. ¿Estás contento, Johan? ¿Estáis todos contentos?

Entonces le da una violenta patada a su silla y la tira al suelo.

—Maldita sea... —masculla apretando los dientes. Y hay una rabia tan real y tan profunda en las arrugas que distorsionan la belleza salvaje de sus ojos que, durante un instante, prefiero no mirar.

De pronto, el señor Grau deja caer el puño sobre la mesa con estruendo.

—Haz el favor de calmarte, que pareces un loco —le ordena sin elevar el tono de voz—. No, no estamos contentos. Y sí, te has equivocado. Y tu equivocación va a costarle muy caro a esta empresa. Te avisé, hijo. Así que no pienses ni por un momento que voy a pasar esto por alto.

—Deberías suspenderlo de empleo y sueldo hasta nueva orden —dice

Johan, haciendo leña del árbol caído.

—Cállate. No estoy hablando contigo —le espeta su padre con frialdad—. En cuanto a usted —dice, dedicándome una mirada gélida—, queda despedida con efecto inmediato. Un guardia de seguridad la acompañará a su sitio. Tiene un máximo de veinte minutos para recoger sus cosas y marcharse. Confío en que no tendré que volver a verla nunca más, ¿me ha entendido?

—Pero señor Grau, yo... —musito en un agónico último intento.

—¿Me ha entendido sí o no?

Y, por primera vez, su voz es más elevada de lo normal.

Así que, asumiendo por la fuerza que el horizonte ya no ofrece ninguna posibilidad, asiento con un vago cabeceo y me incorporo casi tambaleándome. Y luego, no sé por qué, recojo del suelo la silla que Eric ha tirado, quién sabe si como un acto inconsciente para recomponer los trozos de algo que se ha roto. Y me digo que la vida es demasiado caprichosa.

Demasiado ruin.

—Y tienes suerte de que no te denunciemos.

Las últimas palabras de Johan encienden algo dentro de mí. Noto un incómodo cosquilleo en los ojos y el amargo sabor de la traición en el paladar. Miro a Eric, que sigue de pie, con la espalda apoyada en la pared, las manos en los bolsillos y la vista concentrada en sus zapatos y, después de soltar todo el aire de los pulmones, le digo:

—Ni siquiera me has concedido el beneficio de la duda.

No me mira. Esperaba que lo hiciera, pero no lo hace. Se limita a pasarse las manos por el pelo y a exhalar como si ya no pudiera más.

—¿Y por qué debería mi hijo concederle el beneficio de la duda, si las pruebas contra usted son irrefutables?

—¡Pregúnteselo a él! —le grito con toda la rabia de la que soy capaz—. Pregúntele qué lugar ocupó en su vida.

—Lo que faltaba, una escenita melodramática —refunfuña Johan.

—Vamos a ver, Eric... —El señor Grau se frota las sienes con los ojos cerrados componiendo un gesto que me recuerda demasiado a su hijo—. Sé que este no es el momento ni el lugar, pero ¿puedes explicarme qué hay entre esta chica y tú?

Y al otro lado de su silencio solo hay un hombre grande que, de repente,

me parece muy pequeño.

—Eric...

Él sigue sin contestar a la pregunta y se muerde el labio inferior obviando que todas las miradas están puestas sobre él. Y sobre mí.

—¡Eric Grau Hansson!

—¡Nada, papá! No hay nada entre ella y yo, ¿de acuerdo? —Y, después, en un susurro que solo percibo yo, le oigo decir—: Ya no.

Todas las fibras de mi corazón saltan como si fueran resortes y me desmorono por dentro como un castillo de arena en la orilla del mar. El cuerpo me empieza a doler como si se me estuviera rompiendo en miles de cristales diminutos. Y mientras me voy rompiendo, me da por pensar que ojalá la felicidad se manifestara con la misma intensidad que el dolor. Y también pienso en Estocolmo y en cuánto me gustaría estar allí ahora mismo, no sé por qué. Después, Eric me mira con el brillo melancólico de las últimas veces y los labios crispados en una mueca de sufrimiento contenido y nos quedamos así un momento, suspendidos sobre algo que había existido pero que ahora se desvanece.

Las lágrimas me inundan los ojos. Son lágrimas de rabia, de impotencia, de agotamiento, de dolor, de pérdida.

Y de soledad. Sobre todo, de soledad.

—Dijiste que nada podría separarnos —le reprocho arrastrando la voz exhausta.

Él aprieta los párpados con fuerza.

—Por favor, Luna. No hagas esto más complicado y vete —me suplica en voz muy baja.

Inspiro despacio el aire viciado de la sala y, antes de salir, lo miro por última vez. Y me digo que, si hubiera sabido que todo iba a acabarse tan rápido, lo habría amado aún más intensamente. Luego, me doy la vuelta y me voy dando un portazo. Y entonces tengo la certeza de que ese ruido sordo me va a acompañar a todas partes, a todas horas, durante el resto de mi vida.

*Continuará...*

# Glosario

## Términos del inglés

*Asap*: Abreviatura de *as soon as possible*, lo más pronto posible

*Assistant*: Ayudante, secretario/a

*Billing*: Facturación

*Business Intelligence*: Inteligencia empresarial

*Business man*: Hombre de negocios

*Business Manager*: Gerente

*Demo*: Demostración, versión de prueba

*Dresscode*: Código de vestimenta

*Feedback*: Retroalimentación

*Financial Controller*: Contable, tesorero, controlador de gastos

*Finger*: Pasarela de acceso a aeronave

*Free drinks all night or till you die*: Bebidas gratis toda la noche o hasta que te mueras

*Functional Analysis Technical Chief*: Jefe Técnico de Análisis Funcional

*Great place to work*: Fantástico sitio para trabajar

*Groupie*: Persona que busca intimidad emocional o sexual con un músico famoso

*Iceman*: Hombre de hielo

*Internal Communications*: Comunicaciones internas

*IT (Information Technology):* Tecnología de la Información

*Know-How:* Metodología

*Lounge:* Sala

*Low cost:* Bajo coste

*MBA (Master of Business Administration):* Master en Administración de empresas

*Meeting:* Reunión

*Off the record:* En privado

*Office:* Oficina

*Outsider:* Marginado/a

*Planning:* Planificación

*Product Manager:* Responsable de producto

*Project Leader:* Líder de proyecto

*Report:* Informe

*Running:* Correr

*Seating plan:* Distribución de asientos

*Seniority:* Antigüedad

*So? I'd like to hear your opinion:* ¿Y bien? Me gustaría oír tu opinión

*Teambuilding:* Construcción de equipo

*This could be the end of everything, so why don't we go somewhere only we know:* Esto podría ser el final de todo, así que por qué no nos vamos a algún lugar que sólo nosotros conozcamos

*Timing:* Tiempo

*Trending topic:* Tema de moda

*What do you think about it?:* ¿Qué te parece?

*Win-win:* Beneficio mutuo

## **Términos del sueco**

*Älskling:* Cariño

*Fika:* Café con pastas

*God natt, min lilla Luna. Sov gott:* Buenas noches, mi pequeña Luna. Que

duermas bien

*Gravlax*: Plato típico de la gastronomía sueca a base de salmón

*Hand*: Mano

*Ja, absolut*: Sí, por supuesto

*Jag älskar dig*: Te quiero

*Kanelbullar*: Bollos de canela

*Mackor*: Bocadillos

*Mun*: Boca

*Näsa*: Nariz

*Nej*: No

*Ögon*: Ojo

*Prinsesstårta*: Tarta de la princesa. Dulce típico sueco

*Skål!*: ¡Salud!

*Sluta, bror!*: ¡Para ya, hermano!

*Smörgåsbord*: Bufé elaborado con diferentes platos fríos y calientes típicos de la gastronomía sueca

*Tack så mycket*: Muchas gracias

*Titta, brorsan*: Mira, hermano

## **Términos del italiano**

*Benvenuta*: Bienvenida

*Carabinieri*: Policía italiana

*Chi lo sa*: Quién sabe

*Gelato al limone*: Helado de limón

*Grazie, bella*: Gracias, guapa

*Ho capito*: Entiendo

*Nel blu dipinto di blu, felice di stare lassù*: En el azul pintado de azul, feliz de estar allí arriba

*Questa è la sua stanza, signorina*: Esta es su habitación, señorita

*Siamo arrivati*: Hemos llegado

*Signore, tutto bene?*: ¿Todo bien, señor?

*Tutto sotto controllo:* Todo controlado

# Agradecimientos

Hace poco leí una entrevista a un conocido novelista irlandés en la que contaba que había aconsejado a sus alumnos de escritura creativa que se dedicaran a otra cosa. «Dejadlo. Os espera una vida de soledad. Os juzgarán, se burlarán de vosotros, haréis daño a vuestras familias, los avergonzaréis», les advirtió. No digo que me vea plenamente reflejada en los terribles vaticinios de este autor, pero sí tengo que reconocer que en sus palabras hay al menos una que define a la perfección el proceso creativo: soledad. Y es que, cuando uno se pone a escribir un libro, acaba sumergiéndose en las profundidades de un mundo propio, y el otro, el de verdad, a menudo deja de existir. Sin embargo, al poner el punto y final al viaje y echar la vista atrás, se da cuenta de que no estaba tan solo como creía; por fortuna, al autor siempre hay alguien que lo acompaña.

Estas son las personas a las que debo agradecerles que me hayan acompañado en este viaje:

En primer lugar, cómo no, a Principal de los Libros y en particular a Elena y a Cristina, mis editoras y artífices de todo esto. Gracias por haberme brindado la oportunidad de hacer realidad el sueño de mi vida y por la confianza que habéis demostrado en todo momento en una autora novel. Sin vosotras, este maldito síndrome no habría sido posible.

A Salva, mi marido y lector cero, por la paciencia infinita, las críticas constructivas y las interminables sesiones de brainstorming. Gracias por ayudarme a mantener los pies en la tierra cuando a mí me da por volar. Siempre he dicho que detrás de todo escritor, hay un cónyuge muy valiente, y tú eres el mejor ejemplo de ello.

A mi familia, por el apoyo incondicional y la comprensión, a pesar de que, a veces, en la vida, se toman ciertas decisiones que no son fáciles de asimilar para el resto.

A Julio, porque sin haberlo pretendido, me dio una de las mejores ideas posibles para esta historia.

A Amanda M. Mansten, del Institut Nòrdic, por enseñarme casi todo lo que sé de la lengua y la cultura sueca. El amor por Suecia ya lo traía yo de fábrica.

A Francesc, por su inestimable ayuda cuando todo esto no era más que un proyecto embrionario. Evil is in the details.

A Miriam B. V., por la gran cantidad de horas que hemos pasado hablando de literatura y compartiendo intensidad. Horas de luz, naturalmente. Eres muy grande, pequeña.

A Carol y a Mateo, la prueba de que no todo lo que tiene que ver con el mercado laboral es malo. Gracias por haber permanecido siempre al pie del cañón, aunque la vida y el currículum nos haya acabado llevando por caminos diferentes.

A mi pequeño Eric, por haber llegado a este mundo con un pan bajo el brazo. Al final vas a tener razón, mama.

Y, por supuesto, a ti, querido lector, que estás sujetando este libro entre tus manos. Eres parte fundamental de la historia. Gracias por elegirme. De corazón, muchas gracias.

## Sobre la autora



**C**armen Sereno (Barcelona, 1982) es periodista y ha trabajado en diversos medios de comunicación y grandes corporaciones. Un día se dio cuenta de que había demasiadas historias por ahí que debían ser contadas y lo dejó todo para cumplir su gran sueño de ser escritora. Viajar es lo segundo que más le gusta después de escribir. Fotografiarlo todo, lo tercero. Habla varios idiomas

y le apasionan los países nórdicos, sobre todo Suecia. De hecho, lleva la palabra «Estocolmo» tatuada en el brazo, aunque, cuando le preguntan, suele decir que es simbólico para hacerse la interesante. Está casada y tiene un hijo que, curiosamente, fue concebido en esa ciudad. *Maldito síndrome de Estocolmo* es su primera novela.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que  
hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

